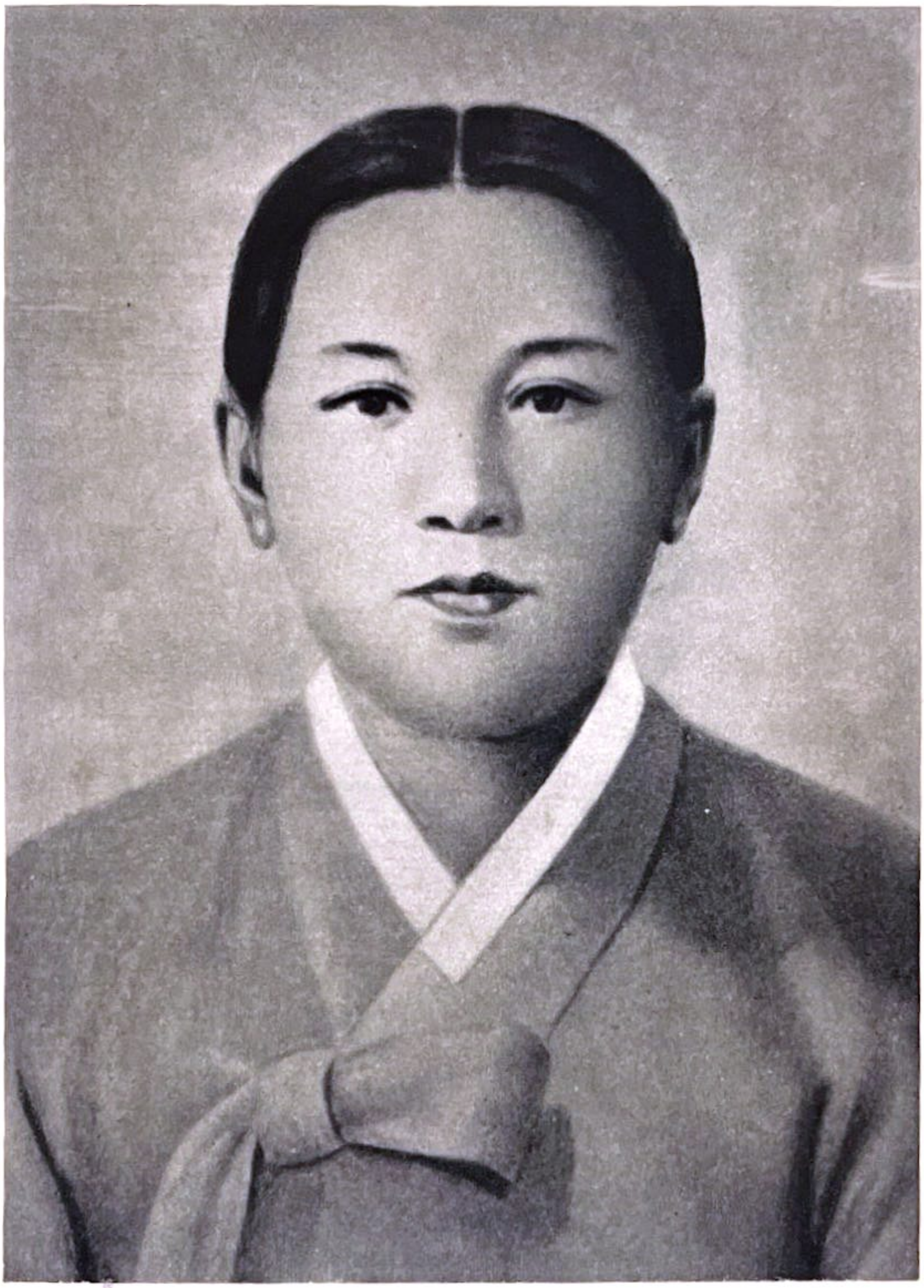
La Madre de Corea

Novela Biográfica

La Madre de Corea

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1976



En esta casa en Chilgol nació Kang Ban Sok y vivió el estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, cuando estudiaba en la Escuela Changdok.

El estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, pasó su infancia en esta casa de Mankiongde.

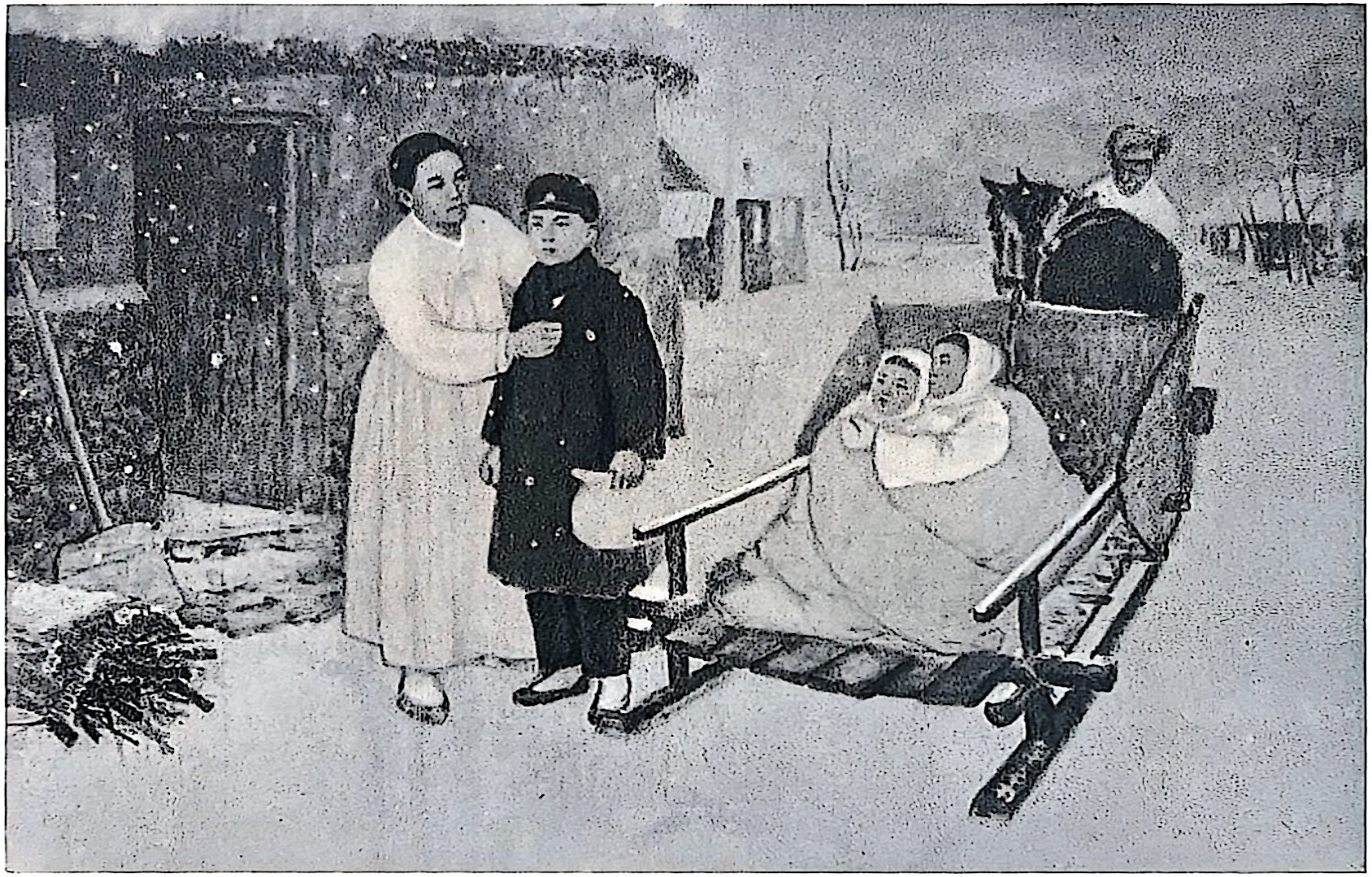
El estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, recibe educación patriótica de su madre.

Kang Ban Sok está vigilando mientras Kim Jiong Zik celebra una reunión clandestina con independistas.

Kang Ban Sok ofrece resistencia a policías del imperialismo japonés.

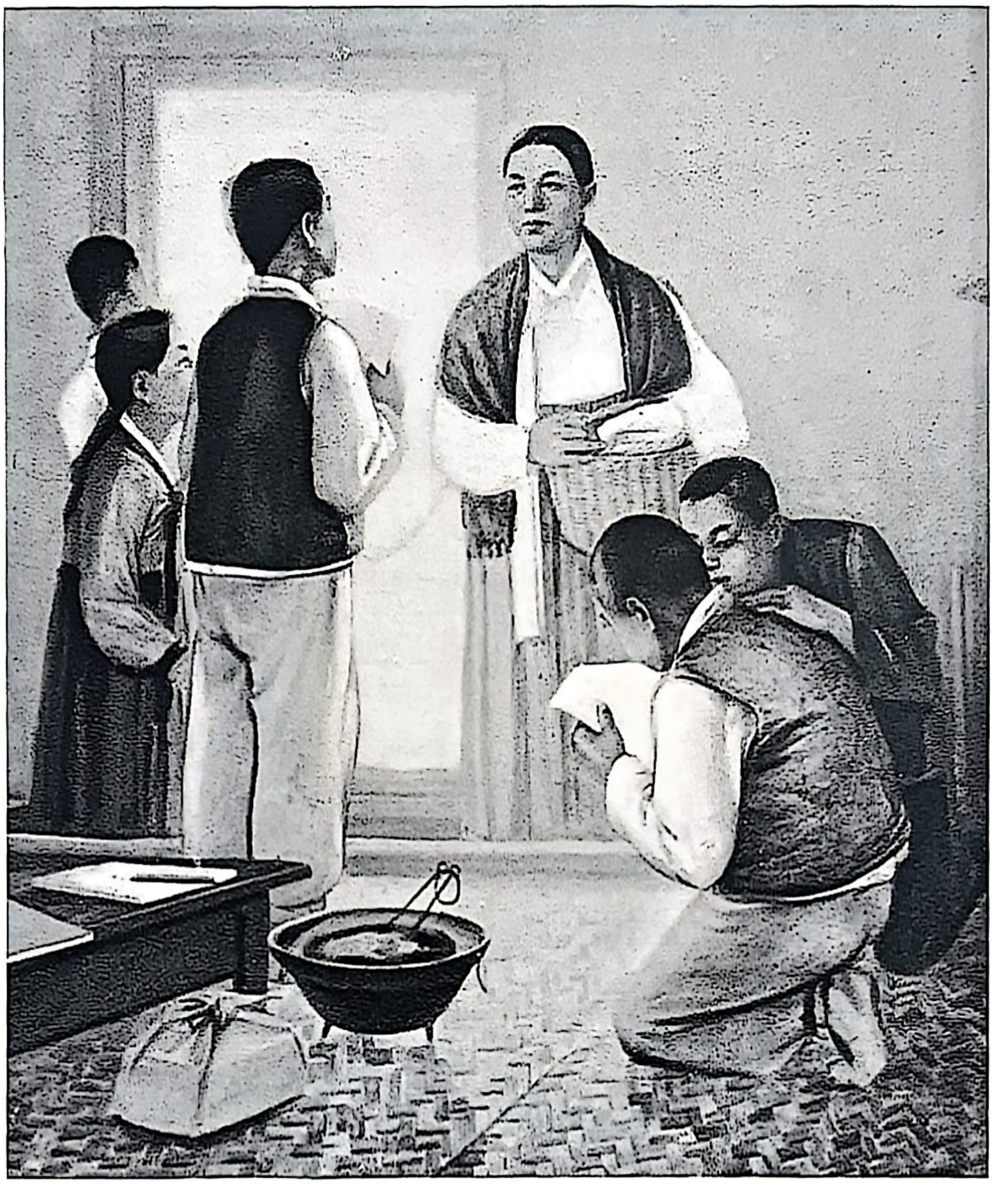
Kang Ban Sok y el estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung visitan a Kim Jiong Zik, que aun encontrándose recluido en la cárcel de Pyongyang no dejó de luchar.

Kim Jiong Zik traslada el escenario de lucha a la orilla del río Amrokang.



El estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung,
se dirige a Linziang.

Kang Ban Sok infunde el espíritu antijaponés
a las afiliadas a la Asociación de Mujeres.



Kang Ban Sok difunde el periódico
"Senal" (Nuevo día).

El estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, recibe armas que le ha traído su madre, infiltrándose a través de un tupido cordón enemigo.

El estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, recibe de su madre armas embargadas por el ardiente patriotismo del padre y por su gran propósito de hacer renacer a la Patria.

En Antu, Kang Ban Sok dirige a las masas en la lucha por liberar al estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, que se hallaba detenido.

Kang Ban Sok ayuda al estimado y querido Líder, Presidente Kim Il Sung, que estudia hasta altas horas de la noche.

Kang Ban Sok visita a un destacamento de los guerrilleros antijaponeses.

NOTA DE LA EDITORIAL

Esta biografía anovelada está dedicada a la vida y actividad tan gloriosas y luminosas como patrióticas de Kang Ban Sok, gran madre de Corea.

Kang Ban Sok consagró toda su vida a la lucha por el renacimiento de la Patria y la libertad y liberación del pueblo. Bajo la brutal represión de los imperialistas japoneses y la redoblada explotación y opresión de los terratenientes y capitalistas libró una heroica lucha arrostrando con firmeza toda índole de sufrimientos e infortunios.

Fue compañera de lucha y esposa de Kim Jiong Zik, destacado dirigente del movimiento de liberación nacional de Corea e indomable combatiente revolucionario antijaponés; fue la gran madre de Corea, la madre del camarada Kim Il Sung, estimado y querido Líder del pueblo coreano; fue una comunista ferviente y una revolucionaria inflexible. En su heroica vida y su actividad se trasluce la imagen de la gloriosa, inteligente y bella mujer coreana.

Toda la vida gloriosa y destacada de Kang Ban Sok estuvo saturada de ardiente amor a la Patria y al pueblo, de lealtad sin límites a la revolución y de odio incontenible al enemigo. Fue una mujer de voluntad inquebrantable, de altas cualidades morales y de elevado y firme espíritu.

La biografía anovelada "La Madre de Corea" relata con honda emoción, con métodos artísticos, la esplendorosa vida y actividad de Kang Ban Sok.

En esta novela, a través de una familia patriótica y revolucionaria de siempre se da a conocer el noble mundo espiritual y la brillante actividad revolucionaria de Kang Ban Sok, su alta moral y su pureza cristalina.

La Editorial se complace en presentar a los lectores el presente libro, obra muy leída por nuestro pueblo y, en especial por las mujeres coreanas.

PARTE PRIMERA

1

Era Kang Ban Sok la segunda hija en la familia de Kang Don Uk. Había nacido el 21 de abril de 1892 (25 del tercer mes por el calendario lunar) en el lugar Chilgol, aldea de Jari, cantón de Riongsan, distrito de Dedong, provincia de Piong-an del Sur.

¡Es un día de júbilo para la nación! Ha nacido una hija. La hija de la Patria. La llamarán Kang Ban Sok. Este nombre pasará a ser famoso. Nuestra nación la llamará con orgullo y sencillamente "la madre de Corea".

Tiene nuestro pueblo una remota costumbre: celebrar las fiestas encarnando alegóricamente la belleza de las estaciones del año.

Primavera. Han florecido en Chilgol los ciruelos, los melocotoneros, los albaricoqueros... Todo el horizonte parece envuelto en un cendal de polvillo floral.

La naturaleza estaba en pleno desarrollo: la primavera multiplicaba sus fuerzas; la primavera corriente, pero no la del hombre. Una cruda "helada", cual un grillete, oprimía a nuestro país por dentro y por fuera. Se avecinaban tiempos duros; el país atravesaba momentos trágicos: se veía condenado a la esclavitud, esclavitud que hubimos de soportar casi medio siglo. Para el pueblo coreano la primavera no era primavera. Unas tinieblas compactas y gélidas nos asfixiaron hasta que Kang Ban Sok hizo revolucionario a su hijo, Kim Il Sung, al que como gran guía de la nación, la Patria le confiara sus destinos.

La aparición de Kang Ban Sok fue un rayo de luz para el renacimiento de la nación y la resurrección de la Patria. Fue una fiesta en el país de la serenidad matutina: la primera golondrina de una nueva primavera en la historia de Corea.

Vete a saber qué destino aguardaba a aquella a quien tocó en suerte nacer en una humilde familia, en aquel rincón de Chilgol. Tal vez con la leche materna probase todo el dolor y la angustia de la Patria martirizada. La niña crecía hermosa, robusta y espabilada.

La naturaleza la había dotado generosamente: era Kang Ban Sok una niña de inteligencia fina y corazón bondadoso.

Su madre se maravillaba al ver lo lista y prudente que era la niña para su edad. De vez en cuando la madre se preguntaba:

—¿Qué será de ella cuando crezca?

Parecía poner en ello todo el vigor de su insondable amor y su esperanza por el futuro de su hija.

Los vecinos llamaban a la niña "la pequeña de la casa oriental". "Pequeña", por ser la segunda hija en la familia; y "de la casa oriental", por estar situada así la casa.

—¡La pequeña de la casa oriental!, ¡La pequeña de la casa oriental! Así la llamaban con cariño.

Ese apodo era símbolo ejemplar para los niños de la aldea. Todos los padres, al saber que sus hijos jugaban con la "pequeña de la casa oriental", se sentían orgullosos. Lo consideraban un buen elixir. Estaban seguros de que sus hijos habían pasado bien el tiempo. De niña, Kang Ban Sok tenía muchas amiguitas.

Resaltaba entre los niños de su edad por la agudeza de ingenio y soltura, pero no hacía gala de sus dotes ni achicaba con ello a los demás niños. Aplicaba con maestría estas ventajas para ayudar a los débiles y a los pobres: era muy sensible a las demandas de sus amiguitas e interpretaba los caprichos de éstas como una cosa natural.

Era demasiado lista para sus años, mas no presumía de ello. Toda ella irradiaba amistad y deseos de ayudar a los demás niños.

El que hablaba con ella quedaba encantado. A todos les gustaba su manera de ser y de enjuiciar las cosas como los adultos.

Sus salidas y sabias respuestas dejaban siempre perplejos a los mayores.

—¿Y tu madre? —le preguntó en cierta ocasión una vecina.

—Está escardando —respondió la niña.

—¿Bajo la lluvia? ¡Qué raro!...

Caía una lluvia fina. La niña, perpleja, miró al cielo y, de

súbito, floreció en sus mejillas una sonrisa que le grabó en ellas dos hoyuelos.

—Escuche cómo cantan las calandrias. Eso quiere decir que la lluvia acabará pronto.

En efecto, por occidente empezaban a rasgarse las nubes y a aparecer claros del firmamento. Cesaba la lluvia.

—¿De qué sabes tú, querida, que el canto de la calandria anuncia un día despejado? Se ve que esos hoyitos no están ahí porque sí ya que en ellos reside tu sagacidad —dijo la mujer, pellizcando con ternura la carita de la niña y le acarició la cabeza.

En realidad nadie le había enseñado estas cosas. Las iría aprendiendo sola y de oir hablar a los mayores. En todo era así.

La madre tenía en Kang Ban Sok una ayudante segura: traía agua, recogía plantas comestibles, limpiaba la casa, barría el patio y cuidaba del pequeño.

Tenía dos hermanos y una hermana. Al pequeño, por lo general, lo cuidaba ella, aunque el hermano y la hermana eran mayores.

Todos los hermanos vivían muy unidos. Los vecinos no cesaban de alabarlos y decían que la que llevaba la voz cantante era, claro está, la segunda.

La madre llena de sudor, escarda la huerta. La niña la ve y hace con hojas de ricino un abanico con el que abanica a su madre, o un gorrito con el que le cubre, de los rayos del sol, la cabeza.

Mira a su madre y riñe al cielo por no mandar nubes y hasta se enfada con las calandrias porque cantan sin cesar. Es que sabía que si dejaran de cantar las calandrias se juntarían las nubes y empezaría a llover.

—No tengo ni pizca de calor. Mejor será que vayas tú a la sombra —dice cariñosamente su madre.

La infancia de Kang Ban Sok no pasó sin dejar huellas: en la aldea han quedado muchos relatos conmovedores.

—¿Qué saldrá de ella? —dirá más de una vez su madre. Otro tanto se dirán los vecinos.

Por entonces, a las niñas se les deseaban un afortunado matrimonio y caer en una buena familia. Esto se explicaba por la limitación ideológica de aquella época, puesto que imperaba el criterio feudal.

Kang Ban Sok estaba muy bien educada: era honesta, hermosa y rebosaba viveza. Como un testigo de las tragedias de

Chilgol, crecía aspirando el aroma de las flores silvestres bajo los rayos del sol y acariciada por el viento. Ante sus ojos se cometían injusticias y humillaciones; veía en qué estado de indigencia vivían las familias y la aldea; todo esto quedaría grabado en la memoria de la futura revolucionaria, dispuesta a romper con la moral feudal y luchar por los derechos de la mujer y por los destinos del país.

A los cinco o seis años era una niña inteligente que mostraba curiosidad por todo. Era muy sensible hacia el mundo circundante y sentía ansias inmensurables por saber: eso constituía una imperiosa necesidad de la niña. Le interesaba todo. Todo lo captaba al vuelo, tenía una memoria impresionante. Hacía las cosas con rapidez y soltura. Empezó a hilar muy temprano. Y aunque era una labor superior a sus fuerzas y el hilar era para ella no más que un juego infantil, torcía hilo fino y uniforme.

Por naturaleza era viva y activa. Le interesaba todo lo nuevo y no paraba hasta que no lo palpase con sus propias manos.

Tenía tiempo para todo: recoger hierbas comestibles, correr detrás de las gallinas que picaban el grano y participar en los juegos del "hogar". No daba tiempo a su madre a pensar: "qué bien si estuviera aquí mi hija", y ya estaba ella allí como si hubiese adivinado el pensamiento de su madre. Lista y despierta, sabía de antemano cuándo y cómo ayudar a los mayores. Generalmente lo hacía sin que ellos se lo pidieran.

Kang Ban Sok seguía con interés los estudios de su hermano mayor y de su primo. En su vivo carácter se revelaba una inteligencia que lo captaba todo: esto era una de sus extraordinarias cualidades.

Una vez, Kang Don Uk, su padre, al volver a casa tras una larga ausencia comprobó las lecciones a su hijo mayor.

Abrió el libro y le pidió que contase de memoria la lección. El hijo, sin titubear, hizo un repaso de las lecciones anteriores. Kang Ban Sok, que estaba presente, se alegraba como si fuera ella misma la que respondiera. El padre miraba con aire satisfecho a su hijo.

Kang Ban Sok, emocionada, no se daba cuenta de que unía su voz a la de su hermano en las lecciones.

Extrañado, el padre miró a su hija.

—¿Y de qué sabes tú esto sin estudiarlo?

Se ruborizó toda. Entonces la gente decía: "¿para qué necesita estudiar la mujer?" Es verdad que a su padre jamás le oiría decir tal cosa. Se sintió culpable de algo, lo que la afligió. El padre la calmó, la sentó en las rodillas y le acarició los cabellos.

—Anda, cuéntame cómo has estudiado.

Al ver que su padre la estimulaba, se lo contó.

—Escuché cómo mi hermano estudiaba las lecciones y las aprendí.

—¿Sola? ... —preguntó extrañado el padre—. O sea que "a hurtadillas". ¡Nuestra pequeña es una joya!

—Pues bien, aunque sea "a hurtadillas", aprende mucho, hijita. Tanto la mujer como el hombre deben aprender. Sólo el saber salvará al país, que muere por causa de los canallas japoneses. Hay que estudiar y estudiar...

Era demasiado pequeña la inteligente Kang Ban Sok para comprender lo de "salvar a la Patria".

El padre repetía muy a menudo estas palabras y la palabra "samurai". La niña barruntaba que tenía un hondo sentido.

Notaba también que su padre se tornaba taciturno cada vez que las pronunciaba.

Se sintió inmensamente orgullosa por las alabanzas del padre, pero al advertir la expresión de pesadumbre en su padre, del rostro de Kang Ban Sok desapareció su gesto de alegría, cual un soplo de viento.

El padre hablaba a su hijo de la agresión perpetrada por los canallas japoneses y siempre terminaba con estas palabras: para ser patriota y luchar contra los viles japoneses, hay que estudiar mucho. En estas palabras ponía una fuerza invisible que renovaba la decisión de la pequeña Kang Ban Sok. El padre llamaba bandoleros a los japoneses para que los niños entendieran mejor. Estos bandoleros irrumpen en nuestro país, asesinan a la gente, roban el oro, la plata y otros tesoros; nos despojan de las tierras. Si no les paramos los pies, los coreanos podrán convertirse en esclavos.

¿Cómo no iban a engendrar odio en los niños estas palabras? La palabra "japoneses" la asociaba Kang Ban Sok con la imagen de un terrible monstruo.

De antiguo, en Corea, la palabra "japoneses" es sinónima de bandoleros crueles y abyectos. Había sobradas razones para ello. Habían hollado implacablemente la tierra de Corea durante la Guerra patriótica de *Imzin*. Con los años iría creciendo el odio de nuestra nación hacia los invasores. Por eso los relatos

sobre el almirante Ri Sun Sin eran muy bien conocidos de los niños.

El nombre de Ri Sun Sin suscitaba en Kang Ban Sok orgullo nacional. Además, el padre había avisado a los niños de la criminal irrupción de los samurais en Corea. El mismo se sentía muy indignado.

—¿Es que vosotros no habíais visto antes a estos siniestros canallas? —preguntó un día. Con solo acordarse de aquello, Kang Ban Sok sintió asco.

Era entonces muy pequeña. Todos los hombres guardan en la memoria dos o tres casos que fueron los que más les impresionaron en la infancia. Para ella fue la aparición de los samurais.

En la guerra chino-japonesa de 1894, los invasores japoneses, tras ganar la batalla de Pyongyang, empezaron a tender una línea telegráfica entre Pyongyang y Nampo a través de Chilgol. Cometían todo género de arbitrariedades y destruían los sembrados maduros.

La niña recordaba cómo los japoneses trataban brutalmente a los indómitos campesinos.

Parecían los japoneses bandadas de cuervos. Los coreanos vestían entonces de blanco. Por eso el traje negro lo asociaban, como regla, con el demonio.

Desde entonces, los cuervos eran para ella el símbolo de los canallas japoneses.

Por naturaleza, el cuervo es una ave repugnante. Y no porque las personas mayores escupieran al ver los cuervos. A la niña no le gustaban los cuervos por ser unos pájaros feos. Daba asco oírles graznar, robaban con maña polluelos y se reunían ante cualquier porquería.

Los malvados japoneses vestían de negro y se parecían mucho a los cuervos.

Aquella noche, su padre, que llamaba bandoleros a los japoneses, la pasó en su habitación, charlando, hasta los primeros gallos, con su hermano y varios vecinos.

La niña, entre sueños, notaba que ardía la luz en aquella habitación.

De allí salían voces de adultos.

—¿Han venido los japonesotes? —preguntó la niña a su madre, que estaba hilando.

La madre no contestó, sólo le arregló la manta. Pero la niña se pasó mucho tiempo sin dormir.

—Mamá, ¿ya no vive el almirante Ri Sun Sin?

—Duerme, hijita.

La madre volvió a pedirle que se durmiera.

2

Todo hacía pensar que Kang Ban Sok, niña inteligente, viva, justa y aplicada, había nacido para ser feliz y disfrutar en sus primeros años de las alegrías de la infancia, que nada debía entenebrecer su infancia. Así habría sido si el país no "hubiese caído enfermo", si el país hubiera estado libre de la explotación y del yugo.

Pero Corea estaba entonces muy lejos de ser así. Los invasores, los venales gobernantes feudales del país y las contradicciones sociales habían traído a la hija de la Patria opresión, pobreza e injusticias, en lugar de dicha y alegría.

La infancia y la adolescencia de Kang Ban Sok transcurrió a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Era una época tenebrosa y complicada, tanto para el país como para el mundo entero.

La dinastía feudal de Ri iba pronta hacia el ocaso. Se hicieron evidentes los propósitos agresivos de los imperialistas japoneses contra Corea. El país y su población se vieron metidos en una encrucijada.

La nobleza feudal gobernante era venal, corrompida e incapaz. El propio bienestar y la ambición los habían hecho indiferentes a los destinos del país y del pueblo. Este se desangraba sumido en la miseria, sin derecho alguno, atenazado por la explotación y la redoblada esclavitud por parte de los gobernantes feudales y de los imperialistas japoneses y sus lacayos.

El pueblo patriótico se alzó a la lucha contra los opresores. Por fin, en 1894, las provincias sureñas se vieron envueltas en la "Guerra campesina del año *Kabo*". La paciencia había tocado a su fin: los campesinos se levantaron con las armas en la mano. Los atemorizados gobernantes feudales, al servicio de las grandes potencias, pidieron a la dinastía Tsing ayuda militar.

Para mantener su poder y sus privilegios de explotadores abrieron las puertas a las tropas invasoras. Tal es la esencia de todos los que traicionan a su nación.

A poco de desembarcar las tropas de Tsing irrumpió en Corea el ejército de rapiña japonés, que sólo esperaba un pretexto para la agresión.

Estalla la guerra chino-japonesa: una guerra entre agresores por apoderarse de Corea. El agresor ejército japonés, tras aplastar las insurrecciones campesinas en las provincias del Sur y derrotar al ejército de Tsing, llegó a Pyongyang.

Kang Ban Sok era pequeña cuando vio por primera vez, en otoño, a los japonesotes, vestidos de negro, los cuales eran también miembros de las tropas agresoras. Entraron en Pyongyang esgrimiendo la espada manchada de sangre, la espada con que habían asesinado a la población campesina en las provincias sureñas.

Por doquier dejaban huellas de sus ferocidades: saqueos, incendios y asesinatos. En esto se manifestaba la esencia brutal de los samurais. Tras adueñarse de Pyongyang, los bandoleros japoneses empezaron a hacer de la ciudad un punto fuerte para apoderarse de toda Corea y agredir a China.

En abril de 1896, los agresores japoneses abandonaron Pyongyang, mas no renunciaron a sus fechorías. Los agresores, preparándose para la guerra con Rusia, trataban de mantenerse a toda costa en Corea.

En junio del mismo año, los japoneses, tras formar la "comisión para fomentar la industria en Corea" —banda terrorista para el saqueo colonial —reaparecieron en Pyongyang. Se preparaban para una guerra de agresión en todos los frentes: político, económico, cultural y militar. Simultáneamente elaboraron un amplio plan para apoderarse de tierras y de productos especiales y robar valores culturales. Organizaron la policía secreta.

En 1897 el Japón obliga a la dinastía feudal de Ri a declarar Nampo y después Pyongyang puertos libres. Abren en Pyongyang una "escuela de lengua japonesa", e instalan una "oficina de correos"; en una palabra, tratan por todos los medios de extender su poder agresor.

No había un lugar entre Pyongyang y Nampo en el que no hubiesen dejado sus sucias huellas los viles japoneses. Tras profanar las tumbas de Kogurio y otros monumentos culturales, andaban como dueños y señores por los distritos de Kangso y Dedong.

Un testigo de los crímenes cometidos por los japoneses fue

Kang Don Uk, padre de la niña, el mismo día que contaba a los niños lo de la agresión.

La gente, preocupada por el futuro de la nación y el país, estaba indignada ante estos actos de bandidaje.

Después de la "Guerra campesina del año *Kabo*", los patriotas desplegaron por todo el país el movimiento de voluntarios antijaponeses bajo el lema de "Derrotemos a los invasores japoneses".

La lucha antijaponesa se extendía también en la región de Pyongyang. En el campo de los bandidos japoneses cundía el pánico: movilizaron a las tropas dislocadas en Pyongyang y trataron de aplastar los ánimos antijaponeses entre la población con ayuda de sus lacayos.

La situación en el país era seria y complicada.

La situación del país iba empeorando, pero el pueblo no se doblegaba y combatía al enemigo. De boca en boca corrían relatos sobre la lucha de los voluntarios, relatos que se propagaban por todo el país.

Kang Don Uk no paraba en casa. En este período intranquilo, ni un solo hombre honesto podía permanecer indiferente. Sólo circulaban espantosos rumores sobre los crímenes de los samurais japoneses.

A veces, el padre regresaba apesadumbrado y huraño y se encerraba en su cuarto; otras veces hablaba, emocionado, a su familia de los éxitos combativos de los voluntarios. La muerte acechaba por doquier a los samurais: los voluntarios les asestaban golpes en la provincia de Kiongsang; en un lugar montañoso de la provincia de Kangwon tendieron a los japoneses una emboscada. En los relatos del padre aparecían de vez en cuando nombres desconocidos para la niña: Yangdok, Mengsan, provincia de Jamkiong y provincia de Juangje.

¿De dónde es el hierro?
De Zeriong, provincia de Juangje,
Provincia de Kiongsang...

Recordaba estos nombres de los cuentos de la abuela, sólo que ahora, en los relatos del padre, aparecían como escenarios de batallas entre los voluntarios y los samurais.

La niña no conocía aún todo el mapa de Corea, mas por el nombre de los lugares comprendió lo extensa y espaciosa que era su tierra, y con su fantasía infantil se imaginó escenas en

las que caballeros maravillosos, con nombres coreanos, derrotaban a los bárbaros japoneses.

Sí que le gustaban estos cuentos. Eran más conmovedores que los cuentos que hablaban de "El Sol y la Luna"; le eran más familiares que las leyendas de caballeros antiguos; esta noche veía a los voluntarios batiendo a los samurais, veía espadas y lanzas reluciendo a la luz de la luna en el monte Rionghaksan, emplazado al oeste de Chilgol, y más allá, en el monte Debosan.

La infancia de Kang Ban Sok transcurre en un período funesto en que los coreanos se ven esclavizados, privados de Patria, al apoderarse de ella los bandidos imperialistas japoneses; transcurre en un período en que el pueblo patriótico enciende la llama de la resistencia nacional a la agresión del imperialismo japonés, luchando a vida o muerte en los montes y campos de Corea.

No sólo la situación histórica del momento influye en la formación de Kang Ban Sok, sino también el ambiente familiar. Su padre, Kang Don Uk, era un ferviente patriota que luchó contra el imperialismo japonés, por la independencia de Corea; un pedagogo entusiasta y hombre de ideas avanzadas que forjaba a sus hijos como combatientes inflexibles antijaponeses.

El hermano mayor, Kang Zin Sok, fue un firme revolucionario que luchó contra el imperialismo japonés. Desde muy joven, peleó con las armas en la mano junto con otros independistas en el interior y el exterior del país por la recuperación de la Patria, siguiendo el propósito de su padre.

La familia de Kang Ban Sok era una familia progresista y patriótica. En su formación espiritual ejercieron enorme influencia el padre y el hermano mayor. La propia Kang Ban Sok se educó desde su más tierna infancia en un espíritu de odio a los imperialistas invasores japoneses y a los señores feudales, lo que le infundió el amor ferviente a la Patria y a la nación y el odio a los samurais imperialistas.

3

Kang Ban Sok era hija de una familia humilde. La tierra que tenía la tomaba en arriendo. En Chilgol no sembraban arroz debido a que la tierra era muy raquítica: aquí se daban

sólo mijo, sorgo, soya y el alforfón. Casi toda la tierra pertenecía a los terratenientes radicados en Pyongyang. Los campesinos que cultivaban la tierra en arriendo subsistían a duras penas.

La impotencia y descomposición de los gobernantes feudales, que llevaron al país a la bancarrota, hicieron el juego a los agresores. Los feudales incrementaban día a día la opresión y el saqueo de los campesinos.

Entonces gobernaba la familia de los Min —como lugartenientes— la provincia de Piong-an, e incluso llamaban a Pyongyang "ala de la casa de los Min"; oprimían y esquilmaban impunemente al pueblo y saqueaban sus riquezas. Bajo la tutela de los Min, los terratenientes puede decirse que chupaban la sangre de los campesinos.

Estos sufrían una redoblada explotación: por un lado los saqueaban y oprimían los japoneses y por otro los terratenientes. La familia de Kang Ban Sok no era una excepción; la niña, ya entonces empezó a comprender todas las desgracias de los campesinos. Como era muy avispada se dio cuenta de ello muy temprano.

Un día de otoño trillaban el mijo. Para los campesinos era una fiesta. La niña también estaba alegre. Su madre había trabajado muchísimo, había vertido mucho sudor. Habían pasado aquellos años en que la niña hacía con hojas de ricino gorritos contra el sol para su madre, y también le llevaba agua del manantial, al que iba con pasos menuditos. La gente decía: ¡Vaya mijo, qué espigas más prietas! La niña se enorgullecía, y le alegraba ver a su madre satisfecha. Muy de mañana, con el vestido empapado de rocío, corría la niña espantando los pájaros que venían a picar el mijo, cultivado con los esfuerzos de toda la familia y quedaba ronca de tanto gritar. Por fin, llegó el día de la trilla. La alegría de la niña no tenía límites. Vinieron los vecinos a ayudarles, como se practicaba en la aldea. Bromeaban y con gran destreza sacudían con mayales el mijo. El ambiente era festivo.

La niña cargaba con haces, aunque no le era tan fácil debido a los largos tallos del mijo. Los adultos trataban de persuadirla de que no trabajase, ya que las espigas se arrastrarían por el suelo. Pero la niña no podía permitirse estar con los brazos cruzados en un día tan alegre. Y se las ingeniaba para llevar en la cabeza un haz con los tallos hacia abajo y las espigas hacia arriba.

—¡Vaya niña más ingeniosa! —dijo al padre un desconocido. La niña se sintió halagada, pero el padre esbozó una sonrisa que a la niña le extrañó, aunque se olvidó muy pronto entre el ambiente alegre de la trilla. Terminada la faena toda la casa se llenó de grano, lo cual era más maravilloso que un cuento. Por eso los vecinos, compartiendo la alegría con la familia, trabajaban con tanto ahinco con los mayales y las aventadoras. Los días otoñales son cortos y las gentes se esfuerzan por acabar antes de entrada la noche. La alegría laboral prendió en la niña; era feliz por haber hecho su aporte en el trabajo común.

Anochecía. La era estaba llena de mijo. Alguien media con pasos el grano y calculaba los *som* que saldrían. (*Som*: una especie de saco de paja).

—Tú, pequeña, has trabajado muy bien, no has dejado a los pájaros picar los granos, por eso no hay espigas vacías. Este año saldrán por lo menos unos diez *som* —dijo a la niña.

¡Diez *som*!

A la niña le parecía mucho. Ella quería llenar pronto los sacos y apilarlos en el cobertizo.

Cuánto se alegrarán su madre y sus hermanos.

Pero nadie se disponía a llenar los *som*, todos permanecían sentados a los bordes de la era y fumaban preocupados.

—¿Por qué no echáis el grano en los sacos? —preguntó la niña al hombre que poco antes hacía cálculos sobre la cosecha.

—Esperamos al terrateniente. Sólo delante de él podemos echar el grano en los sacos.

—¿Al terrateniente? —preguntó insegura la niña.

—Sí, aquél que hace un rato te "alabó". Es el nuevo dueño de nuestras tierras.

La niña no sabía muy bien lo que era ser terrateniente. El año anterior y el precedente había estado aquí un terrateniente, pero ella era tan pequeña que no le prestó atención.

Al cabo de un rato vino su padre con un hombre al que llamaban terrateniente. Venía de visitar a otros arrendatarios, que también estuvieron trillando el grano. Cuando llegó, la gente empezó a llenar los sacos. Su padre, en una esquina de la era, hablaba con el terrateniente. Nadie sabía de qué hablaban. Aunque proseguía la faena, la gente prestaba gran atención para enterarse de lo que se decía.

—¡De ninguna manera! —dijo secamente el terrateniente. Su rostro se veía congestionado. El padre hizo un gesto con la mano, subrayando que era inútil hablar con él, y se fue no se

sabe a dónde. Al ver este cuadro, la niña perdió todo el interés, como si no hubiese estado alegre. Recordó el gesto amargo de su padre. El padre sabía que el terrateniente acapararía toda la cosecha conseguida por los campesinos con tanto sudor.

—Siete *som* al cobertizo y tres a casa —gritó imperativamente el terrateniente, acercándose al centro de la era.

La gente se había quedado de una pieza y se miraban perplejos unos a otros.

—¿Qué hacen que no se mueven? ¡Está oscureciendo! —volvió a gritar.

No había otra salida; la gente, de mala gana, se puso en movimiento. Tras un año de trabajo infernal recibían menos de la mitad de la cosecha. ¿Cómo van a vivir un año entero? A los vecinos no les parecía algo ajeno. A ellos les sucedía lo mismo.

En total, de diez sacos, siete para el amo y tres para los que cultivaron el mijo. La niña creía estar descifrando una difícil adivinanza; cuando se echaba el grano en los sacos, reinaba alegría y animación, y de repente, como en un cuento, todo quedaba vacío e inhospitalario.

El terrateniente sacó del bolsillo unos cordeles con marbetes, los ató a cada saco y echó a andar hacia el poblado de abajo.

Sólo entonces la gente empezó a limpiar la era.

Alguien dijo:

—Cada otoño lo mismo; uno siente un picor en el pecho.

Una alarma imperceptible inundó el corazón de Kang Ban Sok. Y no porque llegasen a sus oídos las palabras de los vecinos y hubiese entendido el estado de confusión de sus padres. Ella misma no sabía el porqué de aquella intranquilidad. La pasada noche no había podido conciliar el sueño de alegría, y esta noche, de enojo e indignación.

—¿Estos ya no son nuestros, mamá? —preguntó al día siguiente señalando con la mirada los sacos, atados con los marbetes en el cobertizo.

—No —dijo su madre suspirando.

—¿De quién son?

—Del amo de la tierra.

—¿Y cómo vamos a vivir nosotros?

La madre no contestó. Siempre respondía de buen grado a las preguntas juiciosas de su hijita, pero en ese momento no quería que la nena supiera nada. Las provisiones sólo alcanzaban todos los años hasta la temprana primavera: después de

enero y febrero costaba mucho trabajo salir adelante. Cuando la niña pregunta estas cosas, mucha amargura tendrá posada en su alma. Sólo de pensar en ello se estremecía el corazón de la madre. Kang Ban Sok volvió a preguntar:

—¿Es que ha sido el amo de la tierra quien ha cultivado el mijo?

—Hemos sido nosotros.

—Entonces, ¿por qué nos lo quitó?

—Pues porque la tierra es de él.

—¿Y por qué no tenemos tierra nosotros?

Había aún muchas cosas que no sabía Kang Ban Sok. La tierra es del terrateniente: esto no le cabía en la cabeza. Su padre y su madre trabajándola día tras día, y la tierra no era nuestra, pertenecía a un hombre que no aparecía en todo el año. No quitó ni una hierba mala y la cosecha era de él y, además ató los sacos y les puso marbetes con sus iniciales.

Pasados unos días, el terrateniente volvió a aparecer por el poblado. Vino a dar prisa a los campesinos para que acarreasen el grano. Había que llevárselo el mismo día de la trilla, pero en la aldea escaseaban los bueyes. Los campesinos empezaron el acarreo al día siguiente, pero aún no habían transportado toda la cosecha. El terrateniente insistía en que se la transportasen inmediatamente, pues temía que le robaran el grano. Algunos no resistieron la presión del terrateniente y decidieron transportar los pesados sacos con un portabultos sobre la espalda hasta Pyongyang.

A la familia de Kang Ban Sok le avisaron más de una vez. Con dificultad encontraron un buey y enviaron seis sacos, pues el séptimo no cabía. El padre cavilaba cómo hacer llegar el último y se quejaba de la suerte amarga del arrendatario.

Encima el terrateniente apuraba a la familia.

La niña había cumplido entonces los seis años. ¡No crean que los niños son tan inocentes a esa edad!

La familia se encontraba en una situación difícil. La niña había nacido en una familia acosada por la pobreza; veía cómo se afligía su madre al tener que hacerles una papilla de mijo a los niños, hasta en los cumpleaños. La papilla era la comida principal. La niña se alimentaba mañana y tarde con papilla.

En tales condiciones crecía la niña, pero sin reparar en ello. Mas a los seis años hubo de pasar la frontera de la ignorancia, tal vez a causa de aquel aciago hecho.

Era un enigma indescifrable que le torturaba con su misterio; un enigma que había pisoteado la infancia de la niña y que al mismo tiempo la había obligado a salir de ella irreversiblemente.

Kang Ban Sok adquiere un nuevo saber. Choca con un hecho sorprendente: en este mundo hay una categoría de personas que no trabajan y viven a cuenta de otras.

A estas gentes se las llamaba terratenientes o dueños de las tierras.

Otra sombra siniestra penetró en el corazón infantil de Kang Ban Sok. Esta sombra siniestra y los japoneses eran a los ojos de la niña como dos gotas de agua.

El terrateniente podía llevarse a cualquier hora siete sacos de mijo, pero jamás se borraría de los ojos de la niña su imagen de bandolero.

Bajo el cobertizo donde estuvieron los sacos andaban picoteando las gallinas.

La niña sentía muy hondo la pobreza en que vivía la familia.

En Kang Ban Sok, que vivía en la opresión y la miseria, iba surgiendo el espíritu de resistencia. Ve cómo explotan y oprimen a sus padres que trabajan día y noche; empieza a saber quién es amigo y quién enemigo. Despierta en su corazón amor a los amigos y odio a los enemigos.

4

Después de esto se sucederían más otoños y aparecería una y otra vez el terrateniente.

Los terratenientes robaban a diestro y siniestro: la niña presenció el robo que cometieron en su casa, veía cómo toda la aldea se asfixiaba bajo el latrocinio.

Así, sin querer, la niña supo que los vecinos eran tan pobres como su familia y les explotaban y oprimían igual; comprendió que debían vivir en amistad y ayudarse unos a otros.

Y eso lo sintió con mayor agudeza cuando llegó a la edad de trabajar en las faenas de escarda. Quería trabar amistad con ellos, compadecerles, ayudarles. Si terminaba antes que otros de escardar un bancal, no descansaba sentada en el lindero

del campo, sino que iba a ayudar a la vecina por el otro extremo y después a otra y seguía así hasta ayudar a la más rezagada. Después proponía descansar a todas. Sabía muy bien lo que le cuesta al que va a la zaga el último palmo de bancal a deshierbar.

En esta faena iba siempre la primera. Mas no porque fuese muy fuerte, no. Ella no era robusta, sino más bien delgada y esbelta. Su fuerte espíritu y el afán de ayudar a los demás la hacían adelantarse.

En los minutos de descanso iba a buscar agua fresca para que sus compañeros saciaran la sed. Allí donde estuviese ella reinaba la animación y parecía llevar consigo un airecillo refrescante.

A la gente le gustaba trabajar con Kang Ban Sok. Por ella sabían muchas cosas que pasaban en el mundo, oídas a su padre o a su hermano. La muchacha sabía contar las cosas con amenidad, expresando en muchas ocasiones sus propias sugerencias y esperanzas.

Los vecinos se reunían por las noches en casa de Kang Ban Sok. Les atraía el ambiente amistoso que reinaba en la familia. Kang Ban Sok era siempre muy cordial con la gente. Nadie se iba de su casa sin haber comido algo; a la fuerza tenía que invitar a la gente.

—Siéntese a comer con nosotros —rogaba al visitante que llegaba a la hora de la comida. Este alegaba que acababa de comer, pero no le servía de nada.

—Mamá prepara la papilla de una manera especial, pruébela —insistía, sentándole y poniéndole una cuchara en la mano. Nadie podía negarse. A su madre la colmaba de elogios por lo bien que cocinaba.

"La papilla hecha por mi mamá"; el "*kimchi* puesto en salazón por mi mamá", "las hortalizas adobadas por mi madre". Siempre alabando a mamá. La gente veía esto con complacencia y agrado.

En la temporada de la fruta invitaba a sus vecinos, que iban por la noche a su casa a entretenerse, y en verano, cuando no tenía fruta, invitaba a pepinos. Lo tenía por costumbre. Y no lo hacía por que en su casa abundasen, pues es bien sabido que en la familia de un pequeño arrendatario no podía haber abundancia. Todo esto se desprendía de su carácter generoso, aunque la vida no daba para mucho. Se repartía lo poco que había, se

invitaba de todo corazón y se creaba una impresión de abundancia. Kang Ban Sok tenía un alma generosa.

Gracias a su generosidad, la niña se convirtió en una muchacha muy sencilla y simpática. Sufría las desgracias ajenas como si fueran propias.

La pobreza, en muchos casos, engendraba desgracias entre los campesinos. En el poblado había más de cien casas y sucedía cualquier cosa: unos no tenían que comer, otros no tenían dinero para costear las medicinas. Cuando se enteraba de alguna desgracia, la niña se mostraba preocupada como si le afectase a ella.

Una vez en invierno se propagó en Chilgol una epidemia. Sobre los pobres, azotados por la explotación y el trabajo agotador, se abatió el demonio de la fiebre maligna. Por su rápido contagio, en decenas de casas había enfermos con alta temperatura y en un mes habían muerto unas diez personas.

La alarma cundió en la aldea. Los contactos con la gente eran peligrosos. En la forma de curar se reveló la diferencia entre ricos y pobres. A las personas adineradas las atendían médicos llegados de Pyongyang o chamanes; a los pobres no les quedaba otro remedio que confiar en la suerte y aguardar a que la enfermedad retrocediese por sí sola.

En una de las familias pobres la situación resultó ser crítica: los seis miembros de la familia, incluidos los niños, cayeron enfermos, y no tenían a nadie que les cuidase. Todos se condolían, pero nadie osaba visitarla. La condolencia se limitaba a observar la chimenea de estos vecinos: si salía humo, es que estaban vivos, y se tranquilizaban. Pero una mañana no salía humo por la chimenea.

Kang Ban Sok se acercó a la casa, que le produjo una impresión tétrica, ya que ni los vecinos la visitaban. Alguien de la familia dio señales de vida al sentir pasos.

—¿Quién está ahí? —se oyó una voz débil.

La niña se alegró porque en un principio temía que todos se hubieran muerto.

—¡Soy yo! —respondió, e instintivamente se acercó a la puerta.

—Ah, tú, la pequeña de la casa oriental —se volvió a oir la voz apagada por la emoción.

—¡Y quién iba a ser si no tú! Gracias. Pero no entres. Es ésta una enfermedad asquerosa —prosiguió diciendo la misma voz.

La voz rumoreó no sé qué cosas más, pero la niña entró sin miedo a la cocina y empezó a encender el fogón.

"Si no lo han encendido, mal irán las cosas", pensó. Y le dio mucha pena esta familia. Muy pronto se oyeron voces en la calle: los vecinos se alegraban viendo la chimenea echar humo. La niña cerró rápido la puerta de la cocina. No sabía si obraba bien o mal en la casa, a la que nadie se atrevía a entrar por miedo.

Después de calentar la casa, preguntó.

—¿Han comido algo?

—Hemos perdido el apetito... Unas veces comemos.. Según cuando... Era una respuesta llena de indiferencia y resignación.

Kang Ban Sok echó a correr a su casa y se puso a cocer huevos.

—¿Para qué cueces huevos? —preguntó su madre, que no sabía lo que quería su hija.

La hija no supo qué contestar. Vacilaba como cuando se puso a encender el fogón: no sabía si obraba bien o mal. La madre no insistió.

La niña volvió a la casa de los enfermos con los huevos cocidos y ni siquiera le pasó por la imaginación que podría contagiarse. La movía una sola cosa: salvar la vida a los pobres, ayudarlos. Esto no se hace porque alguien lo diga. Esto es un impulso de sacrificio, una necesidad natural de una persona justa, de una persona con un alma inmensa y honesta. Para esta clase de gente el autosacrificio es una vocación. Ante ella se doblegan los mismos demonios de las enfermedades. No hay en el mundo fuerza más poderosa que el autosacrificio.

La joven Kang Ban Sok, claro está, no comprendía esto: ella actuaba por mandato del corazón, como se lo sugería su conciencia. Su corazón, al sufrir tantas humillaciones y opresiones, indignado ante la perfidia de hombres codiciosos, es lógico que se volviera sensible a la justicia; se templó, no se dejó domeñar ni vejar por la pobreza y se colmó de vigor, capaz de resistir con firmeza. La gente que posee un ardiente corazón como éste, sin pensarlo, sin pose alguna, realiza nobles acciones.

Kang Ban Sok sin reparar en nada iba de cara al peligro, allí donde pululaban los microbios, allí donde nadie se atrevía a entrar. Los enfermos no supieron qué hacer al recibir los huevos; lloraban emocionados. Ellos mismos se oponían a que los visitasen, aunque la soledad les dolía duramente... Pero

Kang Ban Sok encendió el fogón y les llevó huevos cocidos. ¡Acaso el hombre es tan bueno y hermoso por naturaleza! Los enfermos vieron en la niña una auténtica persona. ¿Con qué comparar la alegría de un hombre que encuentra a otro en una isla deshabitada, en el océano?

—¿Cómo se te ha ocurrido... venir... aquí... a traernos estos huevos... aquí donde tienen miedo de venir todos. Esto no son huevos, sino un remedio que nos envía el cielo. Ya verás. Los comeremos y toda nuestra familia sanará sin falta. Tu bondad es realmente divina. Nos recuperaremos, si no, el cielo sería implacable.

La niña se fue muy pronto avergonzada por tantos elogios. Por el camino no podía contener las lágrimas que se le saltaban a los ojos. ¿Por qué se lo agradecían tanto? ¿Qué son unos míseros huevos? Le puso tan triste la impotencia de aquellos pobres abandonados que se le oprimía el corazón... Gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

5

Apenas despuntaba el día, salía Kang Ban Sok a escardar al campo. Dormía la aldea, dormían las alondras... Un caminante solitario se dirigía hacia el campo: era ella.

Aquel ávido terrateniente en el que la niña de seis años vio encarnada en persona la avidez de los terratenientes, no se sabe por qué, vendió la tierra nada más llegar la primavera. Los campesinos de Chilgol esperaban la llegada del nuevo dueño.

Este superó en codicia al primero. Anunció por su propia cuenta que subía la renta hasta de los campos sembrados y que la gente había empezado ya a escardar.

Los arrendatarios protestaron ante la subida de la renta, pero el terrateniente intentó con amenazas y chantajes presionarlos por separado: visitó a uno de ellos, a otro lo llamó a Pyongyang y a todos los forzó a aceptar sus condiciones. Envió también una carta a Kang Don Uk en la que le pedía pasar por su casa para consultar un asunto. En aquel momento no estaban el padre de la muchacha, Kang Don Uk, y su hermano mayor, Kang Zin Sok, se encontraban de viaje por cuestiones relacionadas con el Movimiento por la independencia. Por eso,

Kang Yong Sok, el hermano menor de Kang Ban Sok, se vio obligado a visitar al terrateniente.

Para el campesino el problema consistía en la subida de la renta o la renuncia a las tierras arrendadas, que eran el eje de toda su vida.

Kang Ban Sok, inquieta, no apartaba la vista de la loma de Dungzi, esperando todo el día la vuelta de su hermano. Tardaba en llegar. El sol se había ocultado; se hizo de noche. Apareció muy tarde... En el pinar graznaba un cuco.

—¿Qué tal? —preguntó nada más verle aparecer.

—¿Que qué tal? ¿Qué se puede esperar de un salteador de caminos?... —respondió secamente el hermano.

¡Qué podía hacer él contra la codicia de los terratenientes! En fin de cuentas, el campesino no podía vivir sin tierra. Esto lo sabían muy bien los terratenientes; por eso los saqueaban de aquella forma despiadada.

No le quedó otro remedio a Kang Yong Sok que hacerse cargo del aviso referente a la subida del arriendo de la tierra.

Sin el marido y el hijo mayor, la madre no podía solucionar esta embrollada cuestión: seguir arrendando la tierra o renunciar a ella. La madre se quejaba amargamente de la situación creada por el sistema de arriendo. La noche tocaba a su fin. Sólo la luz mortecina de la lamparilla de aceite chisporroteaba y rompía el silencio en la estancia, como si expresara un grito del alma de la inconsolable familia.

El padre y el hermano mayor no llegaban. Todas las faenas recaían sobre los hombros de la madre y de Kang Ban Sok, que pensaba que debía defender la tierra del mismo modo que defendiera su hogar. Por eso, nada más alborear ya estaba en el campo. El rocío le empapaba la ropa y el aire frío de la mañana le hacía temblar.

Con los años, Kang Ban Sok se tornó más alegre, sensata y afectuosa en el trato con la gente. En ella se iba formando una voluntad férrea. La gente estaba acostumbrada a verla siempre alegre y bondadosa, pero hoy, su rostro severo, era limpio y frío como el rocío de la mañana. Así son las personas de voluntad firme, que jamás desisten de sus propósitos.

El tiempo corre inconteniblemente. Pasaron 5 ó 6 años desde el momento en que comprendió la naturaleza de los terratenientes. Había dejado de ser una niña.

Parecía que en la vida de los campesinos nada había cambiado. Todo marchaba según un orden previsto: sembraban en

primavera, recogían la cosecha en otoño; el nuevo día no se distinguía del día de ayer; el año entrante sería igual que el anterior.

Pero en esos 5 ó 6 años, Kang Ban Sok hubo de soportar muchas cosas. También para el país fueron años saturados de acontecimientos, que se multiplicaban día a día, hora tras hora. El cinismo de los japoneses no tenía límites. Se preparaban para la guerra con Rusia. Esto podría parecer que no tendría relación directa con Kang Ban Sok; sobre este fondo histórico se intensificaba la explotación por parte de los terratenientes, y la vida de los pobres se hacía mucho más dura.

La muchacha sentía muy hondos estos cambios y trataba de comprenderlos. Se iba acostumbrando a pensar por su propia cuenta. Ella misma se planteaba preguntas, y ella misma hallaba las respuestas, la verdad. El terrateniente seguía despojándoles de la cosecha en el otoño. Era ya imposible callar, pues la tierra no sólo estaba empapada con el sudor de sus familiares, sino también con el sudor de ella misma. "¿Será algún día el pueblo dueño de la tierra?" Esta idea le martirizaba continuamente. A cada instante chocaba con la miseria. Los vecinos estaban sumidos en la indigencia. Y ella quería ayudarlos de alguna manera. Todos los pensamientos, todas las desgracias provenían de una sola cosa: de la tierra. Pero la cuestión de la tierra era un fardo muy pesado para sus escasas fuerzas.

Con un trabajo honrado, estaba claro para ella, era imposible salir de la miseria. Muy temprano conoció ella el trabajo. Ya de madrugada se encontraba escardando en el campo. El refrán: "Por cada ricachón se arruinan tres aldeas", lo aprendió muy pronto. En el curso de su vida consciente vería de modo irrebatible cómo el terrateniente explotaba a los campesinos.

Una verdad se grabaría muy honda en su mente: con la irrupción de los invasores, el país se arruinaba: sobre los pobres se abatían como si fuera una catarata, dobles y triples desgracias. Siendo niña conoció la invasión de los japoneses. Desde entonces su familia y sus vecinos pasaron a vivir en la mayor pobreza. Todas aquellas experiencias vividas y vistas infundieron en ella un espíritu de descontento y de intransigencia frente a la realidad.

Kang Ban Sok comenzó a deshierbar el campo, empapado de rocío. Las manos, como de costumbre, arrancaban las malas hierbas, aporcaban y aclaraban los brotes, pero sus pensamien-

tos vagaban en un mundo misterioso, fundidos con la aurora rosada de lejanas montañas y nubes. ¿Habrá allí algún país donde no haya terratenientes, donde no haya japoneses, donde la gente viva alegre y trabaje en buena armonía? Sueños sobre un mundo de leyenda. Seguía trabajando y la tierra blanda por el rocío se trabajaba bien con la azada.

Empezaron a oírse las alondras cuando tenía escardado medio bancal. Cuando lo terminó, se encendió el levante y empezó a verse claramente el contorno de la aldea. Aquí y allá empezaron a remontarse hilillos de humo como compitiendo entre sí.

Quería terminar dos bancales hasta la hora del desayuno y se apuraba. Estaba toda enfrascada en la faena: se había olvidado hasta de aquellos pensamientos que la habían embargado toda la mañana. De súbito, una sombra...

—Dios mío, tú...

Era su madre. No estaba contenta, sino enfadada por el esmero que ponía su hija en el trabajo. Kang Ban Sok comprendía que con nada se puede comparar el amor materno aunque veía disgustada a su madre. La perseverancia de la hija le daba lágrimas a la madre. No había salido temprano a escardar la pequeña por capricho, sino obligada por la pobreza. En la cama tenía que estar la pequeña, y no aquí toda mojada, los labios amoratados. La madre tenía que enojarse contra alguien y reñía a su hija.

Mas ésta se reía dulcemente.

—Pero mamá, ¿cómo se te ha ocurrido venir con este rocío? Yo ya estaba preparándome para volver a casa...

—Bueno. Tú, pequeña, no tienes miedo al rocío. Y yo, ¿qué? ¿Crees que le tengo miedo?

—¿Por qué me dices siempre pequeña, pequeña?

—Pues claro que eres una niña y no una persona mayor. Pensándolo bien.... —no concluyó la frase, y dijo con voz dulce:

—Tendrás hambre. Anda, come algo...

Sacó de una cesta una cacerola con la papilla. La madre suspiró penosamente y dijo:

—Pensé que estabas en el campo y quise cocer arroz, pero se acaban las provisiones. Y encima el canalla ese quiere subir la renta. Nada más que sufrimientos... Me temblaban las manos cuando preparaba la comida... Come, que se va a enfriar. Estás muerta de frío...

—Mamita...

La muchacha se lavó las manos con rocío, se quitó el pañuelo, se limpió la cara y se sentó al lado de su madre.

—Esta papilla está mucho más sabrosa que el arroz...

—¡Basta ya! Siempre estás con lo mismo: sabrosa, sabrosa... Tú ponte en mi lugar.

—Te juro, mamá, que tu papilla... —no pudo continuar al ver lágrimas en el rostro de su madre. Se le hizo un nudo en la garganta. Ya tranquila, prosiguió:

—¿Cómo seguir viviendo con tal ofensa?... ¿Por qué no vino a trabajar el hermano menor?

—Después de lo ocurrido no está uno para nada.

—Si no trabajamos, ¿acaso el terrateniente va a tener compasión por nosotros? Los terratenientes no se compadecen de nadie. Hay que vivir con las propias fuerzas. Apretarémonos el cinturón, pero vivamos dignamente.

Kang Ban Sok consolaba a su madre. En sus palabras había decisión y vigor. Había aprendido en su corta experiencia que sólo había que confiar en sí mismo y en sus propias fuerzas. Al mismo tiempo era esto un odio a muerte y un reto a los explotadores.

La noche pasada, Kang Ban Sok vio a su madre que, sin poder pegar los ojos, no hacía nada más que suspirar. Resurgió la imagen de su hermano, que había vuelto a casa todo mustio por la loma de Dungzi. El terrateniente era la causa de la desesperación de la madre y de la ira del hermano. El terrateniente quiere meter la desgracia en nuestra casa.

Pero la muchacha no se dejaba llevar por la desesperación. Quería ser fuerte. Hasta entonces no conocía un caso en que los débiles lograsen algo. Cuanto más le pisoteaban su sentimiento de justicia y su espíritu de resistencia, tanto más se multiplicaba su valentía.

A este estado podríamos llamarlo despertar de la conciencia de clase y con él compaginaban los sueños de la muchacha. Por eso el sueño de aquel lejano país que estaba detrás de las montañas y las nubes, donde no había ni pobreza ni terratenientes, se hacía infinitamente hermoso. Sueño semejante sólo se da en gentes con férrea voluntad y un amor especial por el día de mañana.

Ese sueño hacía alegre a la muchacha, la hacía vencer la desesperación.

El sol estaba muy alto y calentaba con una luz suave el espacioso campo. Alegres, remontándose al cielo, cantaban las

alondras. En Chilgol había realmente muchas alondras. En el campo resonaban los cantos.

Kang Ban Sok se sentía alegre, por eso el trabajo se le daba bien. Mas esta alegría se salía del margen de su propia vida, vida en la que guardaba una férrea voluntad dispuesta a hacer frente a cualquier injusticia del mundo, opresión y explotación.

Al atardecer volvió la muchacha a su casa. En el patio la vecina estiraba el cáñamo para el encolado. El patio es un lugar muy cómodo en el que se reúnen con frecuencia los vecinos para trillar o elaborar la hilanza. Siempre había mucha gente, no porque fuese un lugar cómodo, sino porque no se prohibían utilizar el patio; a nadie le daba pena dejar al vecino algún apero o herramienta; además daban buenos consejos y ayudaban de buen grado. En una palabra: los vecinos se reúnen en el patio de los mejores dueños.

La vecina, queriendo dar fin a su labor antes de que se hiciera oscuro, trabajaba junto al fuego, toda bañada en sudor, y el niño, atado a su espalda —no se sabe por qué— estaba muy caprichoso y molestaba mucho a su madre. La vecina ligaba los cabos de los hilos rotos y trataba de calmar al niño. Daba no sé qué ver esta escena.

Kang Ban Sok dejó el azadón, tomó al niño, se lo ató a la espalda y se puso a ayudar a su vecina.

—Si no fuese por el niño hace tiempo que habría acabado el trabajo —dijo, haciendo restallar la lengua y apresuró la faena en señal de agradecimiento.

Pero Kang Ban Sok no necesitaba que nadie le agradeciera nada, ya que ella estaba para eso: para ayudar a la gente necesitada. Sin el niño, la vecina se sentía ligera y se daba prisa para acabar pronto la faena. El niño seguía llorando. La muchacha pensó que estaría incómodo y lo cambió de posición. Pero no cesaba de gemir. Unas veces se echaba sobre un costado, otras veces sobre el otro y todo el tiempo tendía la manita. La muchacha se dio cuenta de que pedía algo y vio que no lejos de allí, como haciéndole rabiar, el hijo de un ricachón comía una torta de arroz. Estaba claro. Una ola de angustia le sacudió el alma.

—¡Vete! —le ordenó, haciéndole retirarse lejos con un gesto de la mano. Después se puso a tranquilizar al niño.

—No llores, querido, no llores. Mamá te hará muchas tortas para la fiesta de *Dano* (5 de Mayo según el calendario lunar).

El niño no paraba de mover los pies y lloraba. Los niños son ingenuos. Lo lógico es que los niños pidan todo lo que ven. Pero son inocentes. Vio la torta y empezó a llorar, creyendo que así la conseguiría. Pero ahora ya no está ni la torta ni el que la tenía. El niño lloraba con más fuerza. Lloraba y pegaba con la manita a Kang Ban Sok, como si fuera ella la que no le daba la torta. El niño estaba más congestionado y movía pies y manos. Por eso no podía la muchacha ayudar a la vecina. Esta se sentía molesta y estaba hasta la coronilla de los caprichos del niño. De súbito se fue hacia él con el cepillo de encolar la hilanza, dispuesta a azotarle. En las familias de los pobres, las madres descargan con frecuencia toda su ira contra los hijos. ¡Hay algo que cause más dolor...!

Kang Ban Sok sujetó la mano de la vecina.

—Por favor, vecina, no se puede pegar a un niño hambriento. ¿Qué culpa tiene él si está hambriento todo el día? Hay que golpear a otros. Déle una torta y no llorará. ¿Por qué no tiene usted torta? ¿Quién le quita a sus hijos la última torta? Contra esos chupasangre hay que luchar y no pegar a niños inocentes. ¿No sabe usted quién se adueña de la cosecha conseguida con nuestro sudor y nuestra sangre? ¡Los terratenientes! Por culpa de ellos somos pobres, pasamos hambre y estamos harapientos. Su desgracia, vecina, y nuestra desgracia...

Al pronunciar estas palabras, Kang Ban Sok sintió atravesársele un nudo en la garganta y casi se le saltaban las lágrimas, pero haciendo un esfuerzo, se contuvo. La vecina en silencio lloraba, apretando contra el pecho a su hijo mientras las lágrimas caían sobre el fuego. De repente dejó de llorar y miró asustado a su madre, al sentir su cálida ternura, y a la muchacha.

Así los hijos de los pobres pasan en una hora del mundo de la infancia al de los adultos.

La muchacha, sin querer, retornó a su niñez. Le vinieron a la memoria palabras oídas a su padre y hermano y se puso a consolar a la vecina.

—¡Que no nos vean los niños llorar! Sigamos trabajando.

Y se puso a trabajar.

6

En Kang Ban Sok empieza a despertarse la conciencia de clase. Además, al extenderse la agresión de los imperialistas japoneses, crece su espíritu antijaponés. Este estado de ánimo se refuerza durante los años en que su familia vive entre refugiados huidos de la guerra ruso-japonesa y por acontecimientos ulteriores. La guerra comenzó en febrero de 1904.

En la memoria de la muchacha están frescos los crímenes cometidos por los japoneses, que habían ocupado Pyongyang y Nampo tras la guerra chino-japonesa. Ahora le tocaba a ella ser también refugiada.

Hacía frío aquel día. La muchacha cargaba sobre la espalda un fardo en el que iban las mantas, y su madre llevaba en la cabeza un saquito con provisiones. Así abandonaron su querido hogar. El hermano pequeño lloraba. El padre y el hermano mayor decidieron quedarse.

—Es una lucha de bandoleros por apoderarse de nuestro país. En lugar de acabar con unos y otros bandoleros, no hay más remedio que refugiarse —se quejó el padre, y ordenó al hijo mayor llevar a la familia a un lugar seguro. Pero éste no quería dejar la casa.

—Yo me quedo también —dijo—. Defenderé mi casa y mi aldea como si defendiera mi Patria...

El hermano mayor, un mozo pletórico de vigor, fogoso y con mucho amor propio, se quedó. El padre no se opuso.

—Si esa es tu intención, quédate conmigo —dijo pensativo—. Entonces, que la pequeña, la madre y el menor se vayan cuanto antes de aquí.

El tiroteo, que llegaba de Pyongyang, se oía cada vez más cerca.

Entre el Japón imperialista y la Rusia zarista estalló una guerra por adueñarse de Corea. El primer combate tuvo lugar en Pyongyang y sus consecuencias podían de un momento a otro extenderse a Chilgol. Los fugitivos iban hacia Chilgol, mas no encontrando aquí refugio, proseguían su camino. Todos maldecían a los invasores de una y otra clase. Kang Ban Sok apretaba con rabia los dientes al pensar que en Chilgol podían entrar los bárbaros insulares, sobre los que tanto había oído hablar desde niña. No sabía lo que sería de su padre y de su hermano mayor, pero estaba segura de que la conducta y el comportamiento de ambos serían magníficos. Por eso, sin decir palabra, se preparó sin demora para salir, ya que hacer como quería su padre, era ayudarle. No sabía hasta dónde llegaría en su evacuación. Ella consideraba que con diligencia podría mantener lazos con el hogar.

Se dirigieron hacia el monte Rionghaksan. Hacía frío. En las montañas no había albergues y muchos fugitivos pasaban la noche a la intemperie. El tiroteo no cesaba. Al otro lado de Pyongyang subía al cielo una columna de humo y fuego. Se hablaba de los crímenes cometidos por los japoneses. Los fugitivos huían más lejos. Kang Ban Sok propuso a su madre quedarse en este lugar, pues desde él se veía Chilgol. Creía que así podría defender a su padre y a su hermano.

A veces los visitaba. El padre se asombraba de la valentía de su hija y se alegraba infinitamente.

Les preparaba la comida y volvía al monte, donde se encontraba la madre.

Al cabo de una semana, los fugitivos empezaron a regresar a sus casas. Por ventura, Chilgol sufrió menos que, por ejemplo, Falgol, situado detrás de la montaña. Aquí los japoneses despojaban a los campesinos del ganado vacuno, de los cerdos y gallinas, prendían fuego a las casas y se llevaban todo. Una banda de merodeadores vagaba por la aldea. Pero los habitantes no tenían a quién quejarse. Echando pestes contra los samurais, los habitantes volvían a levantar las casas y metían dentro los restos de los enseres diseminados por el patio.

A los ojos de Kang Ban Sok se desenvolvía la tragedia de un pueblo privado de su Estado, como le oía decir a su padre. Los sufrimientos de los vecinos de Falgol no eran nada más que una ínfima parte de lo padecido.

El pueblo coreano combatía valientemente contra los invasores japoneses, antes y después de la guerra ruso-japonesa, asestándoles contundentes golpes. Los samurais se vengaban asesinando y saqueando a la población civil de Pyongyang y sus alrededores. Estas noticias llegaban diariamente a Chilgol, y a Kang Ban Sok se le oprimía el alma. Todavía le dolía más ver el rostro de su padre cuando llegaba una noticia de esta índole. A veces, el padre se encerraba en su cuarto, perdido el apetito, y no salía de él en varios días. Entonces la madre le

llevaba la comida, pero él se negaba a menudo a comer. Kang Ban Sok entraba en el cuarto con la comida y le pedía que comiera. Él se sentaba de mala gana y decía:

—¿Cómo le va a aprovechar la comida a un pueblo que pronto se ha de quedar sin Patria?

¿Acaso no era posible pararles los pies a los agresores? La muchacha oyó hablar más de una vez de la gloriosa lucha de los voluntarios, que infligían golpes demoledores a los japoneses. ¿Por qué el pueblo, derrochando inteligencia, valor y patriotismo, no puede frenar a los canallas japoneses y se ve condenado a esta suerte? Muchas preguntas martirizaban su mente. El padre hablaba con frecuencia al hijo mayor de las causas de todas las desgracias que sufría el país. Ella oyó a veces estas conversaciones:

—Todo sucede a causa de las ideas prochinas y del servilismo de los gobernantes feudales. En el pasado doblaron la cerviz ante la dinastía de Miong, después ante la de Tsing y últimamente coqueteaban con la Rusia zarista y, en definitiva, no han podido hacer frente a la agresión del Japón. Todo por servilismo, todo porque no han sabido forjar sus propias fuerzas ni andar con sus propios pies y por confiar en la ayuda de otros. Nada se puede esperar del que baila al son de otra música. ¿Es que nuestro país no ha sido capaz de forjar sus propias fuerzas?

Y nosotros, si confiásemos en el pueblo y gobernásemos el país para el pueblo, haríamos un país próspero y tendríamos fuerzas suficientes. ¿Para qué ir lejos en busca de modelos? ¡Cuántas personas competentes y talentosas han surgido en los últimos tiempos de las entrañas del pueblo que han propuesto medidas para salvar a la Patria y al pueblo!

Había también personas que abogaban por reformas. Pero los gobernantes, obcecados por seguir manteniendo su poderío, no sólo no aceptan las ideas reformistas, sino que fulminan anatemas contra ellas. A unos los ajusticiaron y a otros los deportaron. Al mismo tiempo defendían los intereses de los ricos y cometían contra los pobres todo género de arbitrariedades. Y resultaron estériles el valor y el patriotismo del pueblo. La gente regó con su sangre las montañas y subió el caudal de los ríos. ¡Qué deplorable era eso! No había en el país un héroe, una gran personalidad que pudiera aunar a todo el pueblo valiente, leal y decidido y lo dirigiera contra el enemigo. ¡Nos falta un guía que dirija la nación! ¿Cuándo aparecerá el hombre que libere al país y lo cubra de gloria ante el mundo entero?

Algo parecido decía el padre a sus hijos.

La muchacha jamás vio a los gobernantes que habían condenado al país a la bancarrota y la ruina. Para ella los señores feudales eran igual que el lugarteniente de la provincia de Piong-an. Decían que vivían sumidos en el lujo. La gente contaba que se daban unos fastuosos paseos por el río Dedongang. Centenares de barcos, grandes y pequeños, adornados con sedas multicolores, iban río arriba y río abajo; sonaba la música de antiguos instrumentos, entre éstos *Komungo* y *Zango,* y cantaban las cortesanas. Rodeado de este séquito se divertía el lugarteniente saboreando los manjares más exquisitos y paladeando los vinos más finos.

Decían que lo que gastaban en una juerga bastaba para dar de comer varios años a toda la población de Chilgol. La gente hablaba de esto con odio y rabia.

Los gobernantes feudales cometían toda clase de desatinos en aras del lujo y de su poder fantasmal; explotaban brutalmente al pueblo. Hacían caso omiso de las leyes. Y todos sus deseos se convertían en leyes. Por ejemplo: les gustaba cualquier tierra y se adueñaban de ella; y no había nadie que pudiera protestar ante esto. Si intentabas protestar, te cortaban el cuello. Así se explica la cantidad de dueños que pasaron por la tierra que arrendaba Kang Don Uk. Los terratenientes se valían de la tutela de algún gobernante y arrebataban a los campesinos la cosecha empapada en sangre y sudor. Parte de la cosecha robada a los campesinos la entregaban a sus protectores y el resto iba a parar a sus manos insaciables. Cuando el gobernante pedía más tributo, el terrateniente subía el arriendo.

Estos odiosos y repugnantes gobernantes estaban a la cabeza del país y del pueblo y, aunque éste se batía valerosamente no pudo contener la invasión de los salteadores japoneses.

En definitiva los samurais irrumpieron en el país. A los tres meses de iniciada la guerra ruso-japonesa, más de mil japoneses fijaron su residencia en Pyongyang. Abrieron hasta una escuela primaria para sus hijos.

En 1905, los bandidos nipones forzaron a la dinastía de Ri a firmar el "tratado de protección de Ulsa", y en 1907 instalaron en Seúl una "Residencia General" y establecieron "departamentos" en las ciudades más importantes, creando un mecanismo de dominio colonial. Idéntico "departamento" fue instalado en Pyongyang.

Por aquella época aparecen por Pyongyang muchos agre-

sores imperialistas norteamericanos, enemigos jurados del pueblo coreano. Estos canallas harían de Pyongyang un centro de actividad misionera y cultural, con lo que enmascaraban su agresión a Corea.

La agresión y el saqueo de que era objeto Corea por parte de los invasores japoneses, norteamericanos, etc., y sus secuaces, colmaron de odio los corazones de los patriotas coreanos. El pueblo se lanzó con mayor ímpetu a una tenaz lucha liberadora.

Los habitantes de Pyongyang no sólo apoyaban activamente la lucha antijaponesa de los voluntarios, sino que participaban ampliamente en el movimiento patriótico, cultural y político, en el movimiento por remunerar las deudas estatales y en el boicot a las mercancías extranjeras.

Pyongyang se convierte en uno de los centros del movimiento patriótico y cultural. Se abren varias escuelas en las que la juventud adquiere enseñanza patriótica y otros conocimientos.

Tales eran el escenario de la época y la circunstancia histórica en que empieza a desenvolverse la juventud de Kang Ban Sok.

Por el mundo soplaban aires de alarma.

"¿Cómo será el mundo? ¿Qué rumbo tomará Corea?", estas ideas obsesionaban a la muchacha.

En ella se dejaba sentir la enorme influencia de su padre, Kang Don Uk, y de su hermano mayor, Kang Zin Sok. Este casi nunca paraba en casa; iba con frecuencia a Pyongyang o a Seúl.

Debido a la pobreza de la familia, Kang Zin Sok pasaba dificultades mientras viajaba por Seúl. Sin embargo, no reducía su actividad. El padre se esforzaba para satisfacerle los gastos de viaje. Por eso, la familia contraía deudas. Sobre Kang Ban Sok recaían todas las faenas campesinas. Se enorgullecía de su hermano, pues gracias a él pensaba más a menudo en el futuro del país, en los destinos de la nación y en los anhelos de los pobres.

En 1907 Kang Don Uk fundó la Escuela Changdok. Bastó que tomase la iniciativa para que muchas personas salieran a construir el edificio de la escuela. Este hecho impresionó fuertemente a la muchacha.

Llegaron carpinteros de distintos lugares. Por entonces en Chilgol había mucho bosque. En pequeñas colinas crecían pinos, y al borde de los caminos y a la orilla del río, alisos. Después de talados los árboles en las montañas y en la orilla del río, transportaban los troncos a la obra. Los carpinteros los desbastaban y cepillaban. La gente no veía en ese trabajo la simple labor de construcción. Todos trabajaban conscientemente en aras del país. Cada día acudían los constructores con su comida a la obra. El trabajo se desarrollaba rápidamente. Todos pensaban lo mismo: si estudiaran sus hijos, los destinos de la Patria no estarían perdidos. Así pensaba Kang Ban Sok. Aunque su padre no la obligaba, ella preparaba en su casa la sopa y otros platos para los carpinteros que habían acudido de otras localidades y para algunos trabajadores.

El edificio fue construido. Llegó el día de la apertura de la escuela.

"Escolares, jóvenes escolares", cantaban los niños. La letra de esta canción levantaba los ánimos y entusiasmaba a los vecinos. Kang Ban Sok no era alumna, pero estaba encantada.

Más tarde aprendería todas las canciones que cantaban los escolares. Las cantaba durante las faenas del campo. En estos momentos su alma se iluminaba y el futuro la atraía. La escuela pasó a ser un centro del movimiento antinipón. Las represiones japonesas llegarían hasta aquí. Según el "tratado de protección de Ulsa", los invasores se inmiscuían en los asuntos de Corea y prohibían la enseñanza basada en la propaganda antijaponesa. ¿Suspender dicha labor? Sin una enseñanza así, nada tendría sentido.

Kang Don Uk, fundador de la escuela, trataba de mantener este espíritu de la educación antijaponesa y eludía como podía la presión que ejercían los invasores.

Una noche dijo a su hija que había escrito una canción. Era una canción especial. Cantándola se podía aprender el abecedario coreano.

—A ver si lo entiendes todo —le dijo su padre.

—¡Qué voy a entender yo, padre...!

—Tú siempre has sido inteligente. Eres constante y tienes buena memoria. Esta canción la he hecho para las mujeres, para que aprendan el abecedario y al mismo tiempo sepan servir a la Patria. Por eso el contenido tiene que ser fácil. Si tú lo entiendes, está bien. Lee.

Con sumo respeto tomó Kang Ban Sok los versos y sintió que su padre quería transmitirle su noble idea. De cuclillas, leyó de un tirón la canción*.

*Cada estrofa empieza por una letra del alfabeto (por orden).

Con paso marcial,
Pisando firme,
Marcha adelante
La generación amada:
La juventud de Corea.

Tendrás que acostumbrarte
A penas y torturas...
Y a volar como un pájaro
Por encima de las nubes.

Es nuestra misión
Salvar al país,
Se nos ordena:
Amar a la Patria,
¡Y que yo, tú, todos
Estemos alerta!

¿Quién no conoce
La suerte del siervo?
¿Acaso es el momento
De pensar en ello?
Veinte millones
¡Alcémonos a una!

El tiempo es oro,
El tiempo es un pájaro.
No hay en el mundo
Un solo hombre
Que pueda contener
El impetuoso correr.

Un abismo negro
Han preparado al pueblo,
A ver, ¿quién es el siguiente
Para pudrirse en la cárcel?

Pensar en la Patria
Es nuestro derecho.
Guarda en el corazón
El pensamiento en ella.

El riesgo con el pensamiento
Es cosa noble,
Y si esto es así,
¿Hay fuerzas para todo?

No malgastes las fuerzas,
Si sabes de antemano

. . . .

Soldados y campesinos,
Obreros y comerciantes

El apoyo mutuo
Es promesa de unidad.

. . . .

Vayan sin miedo
A hacer algo grande;
En esa obra difícil,
Todos los medios son buenos:
Bueyes y carretas y cañones.

¡Oh! Maravillosos
Montes y ríos

. . . .

Sin temer equivocarse
Los veinte millones
¡Luchad todos a una!

En los fracasos
No decaigas,
Cuando triunfes
No te alabes.
Aprende bien
Tu obra.

Sacudámonos el yugo extranjero,
Y en nuestra calle
Habrá fiesta.

La tierra, a los labradores,
A todos los desheredados.
¿No es éste nuestro deber?
. . . .

Kang Ban Sok leyó varias veces la canción y la recitó a su padre de memoria.

El padre no pudo reprimir su júbilo.

—Eres la misma de siempre. "Te basta ver una vez, para no olvidarlo"; este refrán parece ser hecho para ti. Es cierto que la memoria infantil es algo grande —exclamó el padre, recordando, seguramente, como en la infancia la niña repetía palabra por palabra todo lo que oía.

—Padre, la memoria no tiene que ver nada. Es tu canción la que se me queda sola en la cabeza.

Hay que decir que la letra de la canción expresaba sus ideas más recónditas. Cada estrofa decía lo que la muchacha quería decir. *"Tendrás que acostumbrarte a penas y a torturas"; "¿Quién no conoce la suerte del siervo?"; "Sacudámonos el yugo extranjero"; "La tierra, a los labradores, a todos los desheredados"; "¿No es éste nuestro deber?".* El mejoramiento de la vida del pueblo, que gemía bajo la doble o triple explotación y opresión de los agresores y gobernantes feudales, y la aspiración a la tierra de aquél, constituyeron, precisamente, el sentido de la vida y la esperanza de Kang Ban Sok.

"Un abismo negro han preparado al pueblo".
"Todos los medios son buenos: bueyes y carretas y cañones".
"El riesgo con el pensamiento, es cosa noble.
Y si esto es así,
¿Hay fuerzas para todo?"

Su corazón latía al unísono de estos versos. Cada vez que repetía en voz alta la letra, la canción se iba convirtiendo en melodía con compases de dos por cuatro. El ritmo compaginaba con el sentimiento y el ánimo de la muchacha.

—Enseña la canción a tus amigas.

Pasados unos días, la canción volaba como un pájaro por toda la aldea. Era invierno y las muchachas hilaban cáñamo. En la casa donde se reunían las mujeres se cantaba esta canción. Creció el interés por la lengua materna.

Mas no dormían los esbirros venales de la sociedad proja-

ponesa "Ilzinje". Los atentados y las persecuciones contra los patriotas estaban al orden del día. Esos esbirros difundían el rumor de que las "autoridades" encarcelarían a la gente por estas canciones. Hay que decir que en las regiones que caían bajo el control de la "Residencia General" se aplicaba dicha ley. Ante este rumor, algunas mujeres, atemorizadas, dejaron de cantar esa canción. Al darse cuenta de esto Kang Ban Sok se propuso persuadirlas. Aprovechó el descanso del trabajo de hilar o tejer la cotonada para enseñar a sus amigas a leer y escribir. Entonces les pidió que cantaran de memoria como si contasen el alfabeto. Algunas se asustaron al hacerlo.

—Más bajo —decían algunas—. Que nos pueden oir.

Kang Ban Sok no se pudo contener.

—¡Por qué tanto miedo! ¿Es pecado aprender tu propio idioma? ¿Es también pecado desear ventura a tu país? No tengáis miedo. ¡Animo, aprendamos con audacia! Si vamos a temblar de miedo, éste nos devorará. Y no podremos estudiar. Si alguien os echa la culpa, decid que he sido yo. Si preguntan quién hizo esa canción, decid que ha sido mi padre. Si prenguntan por qué cantaban, decid que el alma lo pedía. Yo responderé. Cuando es nesesario hay que ser firme.

Y la muchacha cantaba en alta voz.

Ga, guia, gue, guie: "Con paso marcial, pisando firme, marcha adelante, la generación amada: la juventud de Corea".

Las voces se fundían en un coro. Los corazones se inundaban de alegría y ante sus ojos aparecía un porvenir radiante. Entonces se olvidaban de todo: de la opresión y la miseria.

7

Kang Ban Sok fue siempre una muchacha de espíritu emprendedor. En la aldea decían que no había muchacho que rivalizara con ella en lo que se refiere a sensibilidad y a asimilar todo lo nuevo. Ella misma decidía por su cuenta lo que era bueno o malo, noble o canallesco. Aunque tenía pocos años era razonable y consciente. Esto le ayudaba en cualquier asunto.

Su manera de apreciar las cosas con buen tino y sus criterios se revelaban en el trato con la gente. Sabía ser respetuosa con los adultos y ganarse la simpatía de los menores. De su

madre había heredado todas las cualidades propias de una verdadera mujer.

Aprendía de su madre todo lo que se podía aprender. Cosía maravillosamente y cocinaba muy bien. Los platos que se le daban magistralmente eran los de hortalizas y verduras. Hacía decenas de platos con pepinos y berenjenas. Como la carne era manjar raro en su casa, se afanaba por complacer a su padre y a su hermano mayor con una gran variedad de platos preparados con verduras.

A los nueve años ya se encargó de la cocina y de limpiar la casa y el patio. Cada dos días encalaba la estufa y sacaba brillo a las tapaderas de las ollas. En la tina siempre había agua fresca. Aunque la familia vivía pobre, en la casa no había un solo indicio de miseria. La casa estaba siempre limpia y llena de luz, así que el alma rebosaba en todo momento de alegría. En la casa se notaba la misma nitidez que distinguía a la propia Kang Ban Sok.

Por las tardes hilaba con su madre. Aprendió de muy niña a hilar y ya sabía tejer. Cuando aprendía algo, no trataba de imitar, sino de hacerlo mejor. Para ello aprendía con gran tesón y pensaba meticulosamente. No contenta con lo hecho cada día, siempre trataba de hacerlo mejor al día siguiente. Era tan hábil y tan diestra, que sus movimientos parecían ligeros y originales. Todo lo que salía de sus manos era muy sólido. Tejía con tanta maestría que las vecinas decían: el lienzo es suave como la seda y hermoso como el brocado.

¡Qué bien cantaba y qué alta subía en el columpio!

La fiesta de *Dano* se celebra ampliamente en la aldea. Este día los hombres compiten en lucha y las muchachas en columpios. Los habitantes de Chilgol se van a la feria de Riongsan, que es donde tienen lugar las competiciones en columpios. Las muchachas lucen sus mejores prendas. Se puede decir que esta fiesta es el día de la emancipación de la mujer que vive entre cuatro paredes. Este día valdría la pena vestirse de seda.

Kang Ban Sok no tenía vestido de seda, sino un vestido de tela casera. La madre sentía mucho que su hija no tuviera vestido de seda.

—¿Cómo vas a ir así? ¿No sería mejor que te quedes en casa? —dijo tristemente.

En comparación con los vestidos, cuajados de flores, de otras muchachas, el suyo no era de fiesta, pero esto no le hacía perder los ánimos.

—Pero mamá, lo principal es que esté limpio. ¡Qué tiene que ver aquí la seda! Además, un día así y metida en casa...

—Lo que me duele a mí es que no puedo darte un vestido de seda.

—No importa, mamá. También la luz del sol llega a lo más profundo; tendremos algún día vestidos de seda. Contentémonos por ahora con la ropa limpia.

El día prometía ser caluroso. Con un vestido blanco de tela casera, recién lavado, se andaba mejor que en traje de seda. Estaba a tono con la temporada. Otra no hubiese ido a la fiesta y se habría pasado todo el día llorando, herida en el corazón. Pero Kang Ban Sok no se desanimaba jamás por nada. Nunca la invadía el pesimismo. Vivía siempre confiando en el día de mañana, que prometía cosas mejores.

Este rasgo de su carácter la movía a enfrentarse con las costumbres feudales que exigían de la mujer sumisión y obediencia ciega sin derecho alguno.

En cierta ocasión fue con sus amigas a Pyongyang. Hay que decir que, por entonces, las muchachas rara vez salían de su aldea. Así estaba escrito en la doctrina feudal acerca de la inferioridad de la mujer con respecto al hombre, doctrina que abogaba por tener siempre encerrada en casa a la mujer. Si alguna salía de casa, debía deambular por callejones para que nadie la viera.

Pero Kang Ban Sok iba por la carretera principal que, además de ser ancha, acortaba el camino. Por ese camino no tardaría todo el día en ir y volver a Pyongyang. Si las mujeres gozaran de todos los derechos y si no fuera por lo "timoratas" que son, nadie dudaría al elegir el camino.

Sus amigas se asustaron y retrocedieron. Como si hubieran cometido un crimen, tomaban a Kang Ban Sok de la manga, para llevarla por un sendero. Estaban educadas a ser sumisas y hasta tenían miedo a pensar en la carretera ancha. Consideraban cosa propia de ellas andar por estrechos senderos, aunque tropezaran con dificultades al caminar y perdieran por ello mucho tiempo.

Al principio Kang Ban Sok no sabía qué hacer con ellas. Se dio cuenta de que eran las cadenas que arrastraban hacia muchos siglos las mujeres. No eran fáciles de romper. Pero había que romperlas. Y con calma trató de persuadir a sus amigas:

—¿Para qué vamos a andar dando rodeos si hay una carretera recta, ancha y cómoda? Las mujeres somos también personas. ¿Para qué levantar también barreras en los caminos? Tenemos que derribarlas y caminar. Tenemos que elegir los caminos con la misma facilidad que llevamos la cuchara a la boca. ¡Vamos, que mire el que quiera!... Sólo así daremos también con el camino perdido.

Kang Ban Sok consiguió convencer a las amigas que se disponían a ir poco a poco por la senda, y ella, toda digna, fue a Pyongyang por la carretera.

En este acto insignificante vemos manifestarse el fuerte espíritu de Kang Ban Sok, que, con su actividad rebelde, luchó por la emancipación y la libertad de la mujer, contra la esclavitud y la humillación, que se alzó contra los caducos prejuicios derivados de las costumbres feudales.

PARTE SEGUNDA

1

En 1908, Kang Ban Sok contrae matrimonio con Kim Jiong Zik, indomable combatiente revolucionario antijaponés.

Kim Jiong Zik nace el 10 de julio de 1894 en Mankiongde, aldea de Namri, cantón de Gofiong, distrito de Dedong, provincia de Piong-an del Sur, y era el hijo mayor de la familia de Kim Bo Jion. Antes, la familia vivió en Zungsongri, ciudad de Pyongyang, pero las privaciones y las deudas la obligaron a mudarse, en la generación de su abuelo Kim Ung U, a Mankiongde en busca de medios de vida. Mankiongde está situado a diez *ri* (cuatro kilómetros) al sur de Chilgol. Por allí pasa el río Dedongang, y a sus orillas levanta su cono al cielo el monte Mankiongbong, poniendo una nota pintoresca al paisaje. Al otro lado del río se extiende, hasta que se pierde de vista, la llanura de Kangnam. Por donde la cruza el río hay islas e islotes, y desde el Mankiongbong se abre un panorama maravilloso que impresiona la vista.

El hermano mayor de Kang Ban Sok, Kang Zin Sok, conoció durante su lucha en el movimiento patriótico a un extraordinario muchacho del lugar. Se llamaba Kim Jiong Zik y destacaba por su apasionado amor a la Patria.

Su abuelo Kim Ung U era también un ardiente patriota.

En el verano de 1866 entra en la desembocadura del río Dedongang el barco pirata norteamericano "General Sherman"; abre fuego contra ambas riberas y, seguidamente, la tripulación desembarca y empieza a cometer crímenes y a saquear a la población civil. Con esto los agresores imperialistas norteamericanos pusieron al desnudo su naturaleza rapaz en la tierra co-

reana, de la que soñaban con apoderarse desde hacía mucho tiempo.

Kim Ung U alzó a los habitantes de Mankiongde a la lucha contra el buque pirata. A los de Mankiongde se unieron los de los poblados vecinos. Todos combatieron valientemente siguiendo el ejemplo de Kim Ung U, que peleó al frente de ellos. El barco fue incendiado y los piratas perecieron en las profundas aguas del Dedongang.

Kim Ung U despertó en los campesinos pobres de Mankiongde la protesta contra la brutal explotación de que eran objeto por parte de los terratenientes y los gobernantes feudales. El pueblo sólo vivirá bien —decía— cuando acabe con todos esos malvados.

Kim Ung U, ferviente patriota, que se afanaba constantemente por ser útil a su Patria y la defendió movilizando a sus compatriotas contra la agresión extranjera, inició una página gloriosa en la historia contemporánea del movimiento revolucionario del pueblo coreano.

Kim Jiong Zik era nieto precisamente de tal hombre. También su padre, Kim Bo Jion, tenía arraigadas ideas patrióticas, al igual que el abuelo.

Así pues, en el matrimonio de Kang Ban Sok se compaginaban las ideas patrióticas de las dos familias.

La familia de Kim Jiong Zik era muy pobre, lo que recordaba Kim Jiong Rok, el hermano menor:

"Nuestra familia era una familia de labradores y, sin embargo, comía sólo una papilla de arroz a todas las horas. Recuerdo los tiempos cuando yo todavía no entendía nada. Si venían visitas, la abuela ya estaba toda preocupada, pues no sabía si llegaría la papilla de arroz para todos. Una vez, al verla trabajando en la cocina, le pregunté: '¿Es que tenemos hoy también huéspedes? Entonces de nuevo no habrá papilla de arroz para todos'. 'Sí, han venido visitas, pero, ¿qué podemos hacer? No hay otro remedio que echar más agua en la cacerola...' Parece que fue ayer. La necesidad tenía aferrada a nuestra familia por el cuello".

En esa familia entró Kang Ban Sok. Incluso después de que se fijó el día de la boda no cesó de trabajar en el campo.

En los días que preceden a la boda, la novia suele ser el blanco de las bromas por parte de las esposas de los hermanos mayores.

—¿Dónde piensas lucirte, hermana? —le preguntó su cuñada.

Era una pregunta cariñosa que le hizo para escuchar de su misma boca el nombre Mankiongde, adonde se mudaría pronto, al efectuarse la boda, nombre éste que le causaba vergüenza al escucharlo.

—¿Y tú dónde te has lucido? —Kang Ban Sok preguntó evasiva, sin dejar de trabajar.

—Yo, en el monte de Rionghaksan. ¿Y tú?

Este monte se levanta frente a Chilgol, y Kang Ban Sok lo conocía muy bien desde la guerra ruso-japonesa. Y su cuñada expresaba de tal modo su amor conyugal, pues dicho monte, como si fuera un testimonio, se veía desde todas partes cuando trabajaba con su marido en plena armonía en el campo.

—¿A ver qué me dices? Yo me he lucido en Rionghaksan, y tú ¿dónde vas a encantar con tu hermosura? —la cuñada insistía en su broma.

—Pues yo en Mankiongde —contestó por fin Kang Ban Sok, cobrando ánimo.

Al ver que contestaba con estas palabras, toda ruborizada, la cuñada se mostró muy regocijada, y todo el día repitió las mismas palabras con picardía.

—¡Maravilloso! En Mankiongde te lucirás. Tú tienes muy buen carácter y eres laboriosa y patriota. Y te convertirás allí en una flor, pero no en una flor cualquiera, sino en una extraordinaria, en una flor roja y lozana que iluminará de rojo toda la aldea... —repetía una y otra vez la cuñada como felicitándola por anticipado con motivo de su boda. Kang Ban Sok hizo suyas estas palabras. Toda su alma cantaba: "Me luciré en Mankiongde".

Era su juramento. Realmente ella quería vivir con dignidad. Y de ser flor, pues sólo roja.

Todo lo que distinguía a Kang Ban Sok en la mocedad —alta conciencia de clase, patriotismo, odio al invasor, inteligencia y perspicacia, alta pureza moral, amor al trabajo, hacer las cosas por sí sola, espíritu de sacrificio, saber distinguir el bien del mal— le permitiría por doquier, en cualesquiera condiciones, vivir una vida rica y jugosa.

2

Ya se sabe en qué situación se encontraba Corea a finales del siglo XIX, cuando nació Kim Jiong Zik.

La Patria llamaba a sus mejores hijos e hijas a la lucha contra el invasor. A ellos encomendaba sus destinos. En esa época transcurrió la infancia de Kim Jiong Zik en Mankiongde, donde hacía más de treinta años se escribió una gloriosa página de la historia de la lucha contra los invasores al haber hundido el barco pirata norteamericano "General Sherman". Por boca de la abuela conocía Kim Jiong Zik la hazaña realizada por su abuelo en esta gesta.

Desde niño era un muchacho listo y con unas enormes ansias de saber. A pesar de las privaciones que sufría su familia se entregaba al estudio siguiendo el ardiente lema: "Tienen que estudiar para lograr la recuperación del país".

En sus primeros momentos aprendió letras chinas en *"sodang"* (una escuela privada). Más tarde ingresó en la Escuela Sunjua de Mankiongde. Era un alumno sobresaliente.

Pero fue en física y matemáticas donde reveló extraordinarias aptitudes. Además era un muchacho encantador, con un excelente carácter. Tenía muchos amigos, que confiaban por completo en él.

—Para realizar grandes obras en aras de la Patria, en primer lugar hay que fortalecer el cuerpo —repetía sin cesar, haciendo ejercicios físicos. Sin ser zurdo, adiestró de tal manera la mano izquierda que la manejaba como la derecha. Si alguien le preguntaba para qué hacía eso, él contestaba: "El hombre debe estar siempre preparado para todo".

Ya de niño, Kim Jiong Zik no toleraba las injusticias. La conducta canallesca de algunas personas le sacaba de quicio. Combatía hasta el fin cualquier acto de vileza.

Una vez en la escuela *"sodang"* le sucedió el siguiente caso.

Era una norma en la escuela escribir ejercicios de redacción. En esto no había nadie que aventajase a Kim Jiong Zik. Se dice que los ejercicios de redacción son el retrato de su autor. Sus ejercicios resaltaban por la claridad de exposición, el vigor en el estilo y una prosa pletórica de imágenes, pues

reflejaban sus sueños en el futuro, su amor a la verdad y su fina observación y comprensión de los fenómenos que tenían lugar en la vida. En efecto, sus ejercicios merecían la calificación de sobresaliente.

Pero el maestro era un cínico. Calculando, tal vez, que por la buena nota de Kim Jiong Zik no conseguiría ni un trago de vino, decidió ponérsela al hijo de un ricachón. Digamos, para ser justo, que los ejercicios de este niño eran realmente malos. Kim Jiong Zik no pudo contenerse.

—No puedo estudiar más con un maestro deshonesto, como lo es usted —dijo, y se fue para siempre de aquella escuela.

Al día siguiente se presentó el maestro en casa de Kim Bo Jion a pedir perdón y a que volviese el niño a la escuela.

Este amor a la verdad haría que Kim Jiong Zik abrazase muy pronto las ideas antijaponesas. Odiaba a los agresores imperialistas japoneses, que habían tendido sus tentáculos sobre Corea. Y también le haría que se familiarizara muy pronto con las ideas patrióticas que abogaban por el renacimiento de la soberanía nacional.

La miserable vida del pueblo coreano, las contradicciones sociales y las privaciones que sufría su propia familia harían de él un revolucionario.

Comprendiendo claramente que la futura labor revolucionaria requería saber dirigir a las masas y, para eso, explicarles bien la verdad y desenmascarar el mal y los crímenes, todas las mañanas subía al monte Mankiongbong y practicaba oratoria. En 1909 participó por la Escuela Sunjua en una competición de jóvenes oradores en el campo de maniobras del valle Kiongsang de Pyongyang.

Una gota de agua es muy poco, pero de gotas de agua se forman las acequias, los ríos, los mares y los océanos, y no hay nada en el mundo que pueda contener el ímpetu del agua. ¿Acaso se puede decir que la fuerza del hombre es insignificante? ¡Levantaos, gentes! ¡Tomad conciencia de nuestro poderío y de vuestras fuerzas!

Tal era, más o menos, el sentido de este vibrante discurso. Con su lógica, fuerza de convicción y ferviente patriotismo, el orador cautivó a los asistentes y sus ideas prendieron en sus corazones. En aquel certamen, Kim Jiong Zik, entabló amistad con muchos jóvenes patriotas.

3

Después de casarse con un revolucionario, Kang Ban Sok, emprendió un camino glorioso. Y es que no hay nada más noble y honroso para un pueblo privado de Patria que la revolución. Pero su camino no está sembrado de rosas, sino de espinas. A menudo ocurren cosas tristes, desgarradoras... El revolucionario debe sobreponerse a ellas, y su mujer tiene que marchar por el mismo camino, al lado de su marido. No sólo debe amarle como marido, sino también como compañero de armas. Y si eso es muy difícil para una mujer, resulta más honroso y noble. Kang Ban Sok emprendió con coraje y firmeza este camino.

Kang Ban Sok escrutó a su nueva familia: contaba con doce personas: la abuela, los padres, hermanos y hermanas menores de su marido. Las condiciones de vida eran difíciles, tal como lo había oído decir.

La abuela estaba más encantada que nadie de haber recibido a la esposa de su nieto. Pues, desde el principio, se encariñó con ella. Le extrañó que a los pocos días de la boda, Kang Ban Sok se dispusiera a salir al campo a recoger la cosecha otoñal.

—Nuestra familia es numerosa, así que hay de sobra manos para trabajar. Te voy a contar cómo hemos vivido hasta ahora, pues de ti y de tu carácter, como mujer del hijo mayor de esta casa, dependerá nuestra vida posterior —dijo la abuela, y le acarició las manos que —advirtió— estaban curtidas por el trabajo.

—Se ve que en Chilgol trabajabas mucho. Unas manos trabajadoras son un tesoro para una familia pobre. En este mundo no hay que fiarse de nadie. Sólo de tus manos. Este mundo es cruel. Ya ves mis manos. Toda la vida trabajando y la necesidad no deja de perseguirnos como la sombra. Fíjate en esa tinaja. Así es nuestra vida. —La abuela señaló con sus dedos encallecidos por el trabajo agobiador a la tinaja que estaba en el cobertizo. Kang Ban Sok la vio y pensó que era, en efecto, una tinaja con un aspecto bastante raro.

Por lo visto, el alfarero le dio más fuego de un lado que del otro y por eso estaba torcida. Así y todo, la tinaja no chorreaba. El comerciante la llevó a vender en una lancha al muelle de Pyongyang, pero nadie se interesó por ella y fue con ella a Mankiongde. La familia de Kim Jiong Zik la adquirió por poco dinero. La abuela suspiró profundamente y continuó hablando.

—La compré por dos moneditas de cobre. ¿Por qué no iba a tener yo el deseo de comprar una tinaja sin defectos? Pero no disponía de dinero suficiente para adquirirla... Cuando me vieron llegar con ella, muchos se rieron, pero yo no estaba para juergas. Además no chorrea y su aspecto es bastante sólido. Así que no te vayas a dar por tirarla. Que en los días de alegría nos recuerde lo pobres que éramos. Y a su lado vete poniendo las hermosas tinajas que tú vayas comprando...

Estas palabras llenaron de angustia el alma de Kang Ban Sok. Cuando cuenta esto la abuela, pensó, es que le duele muy hondo. Con palabras así vierten su angustia los pobres. Y si fuera sólo la tinaja... De cada objeto que había en el cobertizo se podría contar una historia semejante. Además, cuando le contaba estas cosas la abuela es que esperaba mucho de su nuera.

Entonces Kang Ban Sok no sabía cómo actuar... Todo esto se debía a que en el país nadie se preocupaba del pueblo y los campesinos no tenían tierras propias que cultivar. En el nuevo hogar sintió poderosas ansias de ver triunfar la revolución que propugnaban el padre y el hermano mayor y en la que más tarde tomaría parte su marido.

La abuela le contó también la historia de una cortadora de paja:

—Se cortó tanta paja con ella que la cuchilla, como ves, quedó delgada.

Kang Ban Sok echó una mirada al establo y no vio al buey. Seguramente lo habrían llevado a pacer. Se alegró mucho al saber que había uno porque el buey era indispensable para las faenas agrícolas, pero resultó que no era de la familia.

—Por utilizar el buey —explicó la abuela— todos los días debemos cortar hierba para el ganado de tiro del amo, aunque no la prueba el buey que tomamos prestado. Todos los días le llevamos cinco cestos. Y como ves, la cortadora, siendo de hierro, no aguanta... Mira mis cabellos... estoy casi calva... por los cestos llenos de forraje que he llevado a la cabeza.

La abuela, al mostrar sus ralos cabellos, se rio amargamente. Aquella risa le sonó a Kang Ban Sok más bien como un lamento de los días pasados.

Kang Ban Sok, sintiendo gran simpatía por la abuela, no sabía qué decir para consolarla. Al cabo de un rato dijo:

—Más adelante, abuela, tendremos nuestro propio buey. No vamos a estar toda la vida hundidos en la miseria.

—¡Sería estupendo! Haz todo lo posible para que tengamos buey y tierra y para que vivamos felices. El abuelo de tu marido dirigió aquella acción contra los piratas norteamericanos, que perecieron ahogados en el río. Era un hombre fuerte de espíritu y de cuerpo. Siempre se esforzó por ser útil a la Patria. Sus nietos tienen que ser iguales que él. Y tú, hijita, tendrás un hijo...

La abuela la veía tan gallarda y de faz tan clara que no podía por menos que colmarse de esperanzas. La dulce Kang Ban Sok, que no se dejaba vencer por la desesperación y siempre tenía fe en el día de mañana, irradiaba bondad y pureza, suscitando en las personas cálidos y amistosos sentimientos y confianza.

La abuela, cautivada por aquella fuerza que presentía en el carácter de la mujer de su nieto, le contó todo lo que guardaba en sí. Después tomó la hoz que estaba colgada en el cobertizo y salió al campo.

Kang Ban Sok estaba indecisa, pero fue a segar hierba para el ganado. La hierba era alta y había más que en Chilgol. Crecía espesa en el monte y a lo largo del dique. Kang Ban Sok, evitando las miradas de los vecinos que la contemplaban con curiosidad, porque acababa de casarse, se dirigió a un lugar apartado, donde también había abundante hierba. En Mankiongde la había de sobra, ya que vivía menos gente por ser zona montañosa. Kang Ban Sok, con su habitual habilidad, segó una gavilla grande, se la puso sobre la cabeza y se encaminó hacia casa. La abuela, que ya había regresado, se enfadó y alegró al mismo tiempo. Pronto se comentó por la aldea lo laboriosa que era la nueva vecina.

Así empezó la vida de Kang Ban Sok en Mankiongde.

4

Kang Ban Sok decidió resueltamente mantener vivo el ambiente de amistad en la familia y ayudar a su marido, Kim Jiong Zik. Ella sustituía al marido en casi todos los trabajos del hogar, pues él asistía aún a la escuela. Trabajaba de

día en el campo y por la noche tejía, cosa que hacía también de día cuando había poco trabajo en el campo. La tierra en Mankiongde era más estéril que la de Chilgol. El algodón se daba mal, por eso lo adquiría en su poblado natal con la mitad del importe de la tela producida.

Tejía mucho. Una parte de las telas se destinaba al consumo de la familia y el resto a la venta; el dinero obtenido se empleaba para pagar los estudios de Kim Jiong Zik. Pero la vida no mejoraba. La pobreza era un pozo sin fondo. Siempre era igual, aunque ella trabajaba tanto de día como de noche.

Sin embargo, la familia no era esclava de la pobreza y vivía con dignidad; era, además, una familia sensible a lo nuevo, y se anticipaba a la realidad.

Esta atmósfera favorable que reinaba en la familia se debía a las ideas progresistas de Kim Jiong Zik. Este era enemigo recalcitrante de la moral confucianista. Por eso eran ajenos a la familia el trato autoritario y el engreimiento. Todos sus miembros eran libres y regían unas reglas muy precisas en cuanto al respeto entre los mayores y los menores y un gran afecto entre los hermanos, lo que contribuía a hacerlos modestos. Además, como decía la abuela política de Kang Ban Sok, todos eran honrados y rectos. Kim Jiong Zik se oponía a que los muchachos se dejaran los cabellos largos por "haberlos heredado de los padres". Hacía todo lo posible por librarlos de las ideas feudales del confucianismo, estimulándoles a que se cortaran el pelo.

Y es de imaginar que la conversión de Kang Ban Sok en el ama de casa de esta familia fue un buen aliciente para reforzar su carácter progresista. Kang Ban Sok era muy emprendedora, lo que había demostrado ya de muchacha, al ir y volver de Pyongyang con sus compañeras por una carretera por la que a la sazón no osaban transitar las mujeres. Otro rasgo que la destacaba era la seriedad que ponía en todo. En cuanto a las costumbres y la moral, no desechaba lo viejo sin ton ni son, ni tampoco adoptaba lo nuevo irreflexivamente. Lo valioso lo conservaba y lo útil lo adoptaba. Así pues, al romper con las viejas costumbres feudales, no tenía choques con los mayores. Además, por su laboriosidad y maestría en sus labores se granjeó el respeto de sus suegros y pasó a ser ama de casa de una familia con doce miembros.

Las ideas progresistas de Kim Jiong Zik las respaldaba mucha gente de la aldea. Es verdad que algunos no transigían

con ellas. Pero tenían de su parte a toda la juventud. Por su repulsión a las costumbres feudales y también por su ideal patriótico, Kim Jiong Zik era muy influyente en la aldea.

Al segundo año de casado sucedió el siguiente caso.

En Mankiongde apareció un japonés. Según el "Tratado de protección de Ulsa", estos canallas tenían derecho a andar por donde les diera la gana. Ya en otra ocasión habían estado en Mankiongde los japoneses. Eran sabuesos que iban a olfatear, robar algo y obtener alguna concesión. El simple recorrido de ellos por la aldea era motivo de indignación para los coreanos. Y aquel sujeto se portaba cínicamente. Al principio, el japonés pidió en mal coreano a un anciano que le indicara el camino. El viejo no le entendió y, además, no quiso hablar con él y le dio a entender con un gesto que no comprendía. Y el canalla le soltó una sarta de blasfemias en japonés, faltando al respeto a nuestras costumbres.

Al oir aquellas blasfemias, Kim Jiong Zik corrió como un rayo adonde estaba el ofensor.

—¿Quién eres tú para maltratar a los ancianos?

El japonés se asustó ante la indómita actitud del joven Kim Jiong Zik, pero en seguida se puso furioso, tal vez por su amor propio, como ocurre en tal caso con los estúpidos. Empuñó el sable, que era conocido como "bastón de sakura", tomando una posición de ataque, propia de los samurais. Lo mismo hace el ladrón que se desgañita gritando: ¡al ladrón!

Kim Jiong Zik reunió a unos cuantos muchachos y maniataron al sinvergüenza. Había que darle una lección. Además había que infundir en la gente el odio a los samurais. Llevaron al prisionero al espacioso patio del terrateniente a fin de atraer la atención de muchas personas. El terrateniente estaba aún más acobardado que el japonés.

—Sólo que en mi casa no —rogaba, temiendo las consecuencias. Kim Jiong Zik le espetó a la cara:

—Pero si el ladrón se ha metido en su casa, ¿por qué le tiene tanto miedo?

—¿Acaso ha robado algo?

—Se quiere engullir nuestro país. ¿Y no le parece ladrón?

—Aunque sea un ladrón, vale más que le soltemos por las buenas.

—¡Vaya cobarde que está hecho! —y despachó al terrateniente de su propio patio; seguidamente le escarmentó al japonés.

El terrateniente se vio en un gran aprieto. Al darse cuenta de que con Kim Jiong Zik no arreglaría nada, se dirigió a los ancianos del poblado y les pidió ayuda para soltar al japonés, pero ellos ni le hicieron caso. Entonces fue a casa de los padres de Kim Jiong Zik, pero no estaban allí. A continuación mandó a su mujer a ver a Kang Ban Sok. Esta estaba mirando junto al pozo cómo le daban la lección al enemigo.

—Hable con su marido para que suelten al japonés. Pues en su familia, a diferencia de la nuestra, la mujer puede hablar con el marido.

Por aquel entonces, debido al confucianismo, que establecía una discriminación entre el marido y la mujer, éstos apenas hablaban entre sí. La esposa era propiedad del marido y se sometía a él sin objeción alguna. Sin embargo, Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok se respetaban y orientaban entre sí e intercambiaban opiniones en cualquier asunto, lo que causaba la admiración y la envidia de la gente.

La mujer del terrateniente trató equivocadamente de aprovecharse de esta confianza entre Kang Ban Sok y su esposo.

—Aunque somos marido y mujer, no podemos interceder entre sí tratándose de semejante infamia. Todos odian a los japoneses. ¿Cómo hay que tolerarles cuando agravian a un anciano? —Kang Ban Sok contestó rotundamente.

La mujer del terrateniente se quedó perpleja.

—¡Qué crueles son ustedes, los jóvenes! Aunque sea japonés, yo, en tu caso, al menos por lástima habría pedido que lo dejaran en paz —rezongó al irse.

"Ustedes sí que son crueles —pensó Kang Ban Sok—. Y tienen el corazón de piedra, por eso no les indigna que injurien a un anciano. Todos los vecinos están indignados. Sólo ustedes son una excepción; ustedes, que temerosos de las consecuencias han ido con cuentos a una y otra parte hasta que han venido a verme, piensan sólo en su pellejo, suceda lo que suceda a otros. ¿Hay algo más cruel? Son ustedes los que nos roban hasta el último puñado de grano que sacamos del campo tras un año de duro trabajo. ¿Hay algo más cruel? En cuanto a mí, lejos de ser cruel se me saltan las lágrimas al ver a las personas hambrientas. ¿Quién es más cruel? Si soy yo cruel, será en el sentido de que tengo la firme decisión de mantenerme totalmente alejada, como por un abismo, de sujetos como ustedes..."

Al cabo de un rato se presentó el propio terrateniente. El incidente le había sacado de sus cabales. Por lo general, al

ver a Kang Ban Sok se hacía el desentendido, pero en aquel momento se encaró con ella, diciéndole:

—En su casa, como entre el hombre y la mujer no existen diferencias, me tomo con mucho gusto esta libertad. Su marido en este asunto se ha portado bastante bien. No hay nada que objetar: cosa asombrosa a su edad, tan joven como es. Lo entiendo. No tengo nada que reprocharle. También nuestro país tiene que ilustrarse.

Sin embargo, el acto de su marido, aunque puede ser una manifestación de ardor juvenil, lo considero, a pesar de todo, erróneo. Acusa al japonés de ser bandolero, pero, ¿cómo se puede tildarlo de bandolero? El no ha atracado a nadie. Si lo es, tienen que apalearlo, pero no lo es. Vale más dejarle que se vaya de la aldea. Dígaselo a su marido...

Kang Ban Sok interrumpió al terrateniente.

—No hay bandolerismo mayor que mangonear en un país ajeno —respondió cortés y resueltamente.

El terrateniente y su mujer se equivocaron. En la aldea y en la familia, Kang Ban Sok era conocida como persona tierna por su bondad y su buen corazón. Nunca reñía con los demás. En cuestiones no importantes era ella siempre quien hacía concesiones. Así pues, el terrateniente y su esposa habían visto en Kang Ban Sok sólo una mujer tierna y pacífica. Ignoraban absolutamente su rectitud y su intolerancia con la injusticia. Kim Jiong Zik hizo llevar al japonés a la orilla del río. Todos los reunidos le seguían. Se quedó sólo el terrateniente, que de pie en el mismo sitio donde se había puesto de rodillas el japonés, lo miraba con compasión.

No, él no era coreano. Cómo lo iba a ser si no sentía odio a un extranjero sin vergüenza alguna que pisoteaba nuestra dignidad...

Lo registraron y resultó ser un espía: le encontraron un mapa de Corea, hecho especialmente para fines de espionaje. La indignación del pueblo no tenía límites. El japonés irguió la cabeza como un reptil y garabateó venenosamente sobre la arena "Tratado de protección de Ulsa", como si esto le diera derecho a realizar labores de espionaje. No se mostraba arrepentido ni pedía perdón. Este hecho sacó de quicio a todos los presentes.

* * *

Así manifestaba el joven Kim Jiong Zik su indignación a la agresión de los imperialistas japoneses y a sus secuaces: los gobernantes feudales y los terratenientes. Mas ¿qué podía hacer él? La suerte del país estaba decidida. Advino, por fin, un día de vergüenza para la nación.

Un día de agosto de 1910, Kang Ban Sok estaba lavando en el río cuando vio llegar una lancha del lado de Pyongyang, que atracó al pie de Mankiongbong. De ella descendió un desconocido que preguntó a Kang Ban Sok por la casa de Kim Jiong Zik y se dirigió allí.

Al poco tiempo salió éste de casa y despacio, con pasos lentos, se dirigió hacia donde estaba su mujer. No dijo nada, sólo miraba al río, suspirando profundamente. Estaba pálido.

—Me voy a Pyongyang y volveré en seguida —dijo por fin.

Estas palabras, aunque dichas dificultosamente por el borbotón de ira, sonaron tétricas y sacudieron el alma de Kang Ban Sok.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando alarmada a su marido.

—¡Esos canallas... esos canallas... han vendido por fin a la Patria!

El cielo, la tierra y el agua del río se volvieron opacos a los ojos de Kang Ban Sok. Ni siquiera oía el rumor de la corriente.

Desde niña sabía que el país se hallaba en peligro de muerte. Hacía más de 15 años, teniendo solamente en cuenta desde el período de la guerra chino-japonesa, que duraba dicho proceso.

Pero al oír que los gobernantes habían vendido al país le pareció sombrío todo en el mundo. La Patria, tan entrañable para todos. Los gobernantes no se preocupaban en absoluto de los pobres. Al contrario, los oprimían y se lucraban a cuenta de ellos. La Patria querida, donde has nacido, donde todo te es tan conocido y entrañable. La Patria no se vende, hay que protegerla y hacer que todos vivan bien... Y esos canallas la han vendido.

Kang Ban Sok se imaginó los rostros, abatidos por el duelo, de su padre, de su hermano y su marido. Y para ella empezaron a resonar más amargamente las palabras: los canallas vendieron a la Patria.

El 29 de agosto, el Japón se anexionaba a Corea. Esta era la noticia que comunicó a Kim Jiong Zik el desconocido.

Kim Jiong Zik no regresó ni por la noche ni al día siguiente: Kang Ban Sok salió para la casa paterna de Chilgol por intuición, pues su marido la visitaba a menudo, y no sólo porque fuera la casa de su cuñado, sino también la de un buen amigo; pues se preocupaba con el hermano de su esposa, Kang Zin Sok, de los destinos del país.

En la casa reinaba un extraño silencio. Siempre tan agitada, alegre y acogedora, en ese momento parecía abandonada. Entró indecisa en el patio. Al abrir la puerta notó que todos estaban allí. Y también Kim Jiong Zik.

La madre recibió un tanto alarmada a su hija.

—Has hecho muy bien en venir. Vete a ver a tu padre.

Kang Don Uk estaba acostado. Le había conmovido tanto la noticia que se hallaba abatido.

—¿Dónde están esos ánimos, padre? Tú nos enseñaste a ser inflexibles

El padre le tomó la mano.

—Sí, sí, hay que ser valiente como tú dices, pero es tremendamente afrentoso. Nos hemos quedado sin país.

Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Yo también quedé estupefacta en el primer momento, pero recordé tus palabras: "Mientras un pueblo viva, el país resurgirá sin falta", y me recobré.

—Es cierto. Si el espíritu del pueblo está vivo, la nación no morirá. Así fue en los tiempos de Koryo y durante la guerra de *Imzin*. Entonces el rey y los nobles huyeron abandonando el país; pero el pueblo se quedó defendiéndolo con su sangre! Cuánto coraje mostraron los vecinos de Pyongyang en la guerra de *Imzin*. Este fue el motivo de la retirada de los invasores japoneses. ¡Debemos despertar el espíritu de antaño! Sólo así recobraremos la Patria. ¿Es que los coreanos, con su historia de cinco milenios, van a ser oprimidos eternamente por los agresores japoneses? ¡Jamás!

Kang Don Uk se levantó más animado y se sentó.

Un tanto tranquila, Kang Ban Sok se fue a la cocina a preparar a su padre el plato preferido. La madre ya lo había

preparado todo, pero la muchacha quería así mostrar el cariño que profesaba a su padre.

En el cuarto de al lado conversaban Kim Jiong Zik y Kang Zin Sok.

Acababan de leer en un periódico que trajeron de Pyongyang el artículo de fondo titulado "Ese día el pueblo gemía", en el cual proliferaban las palabras: duelo, aflicción, indignación e ira. Los dos cuñados dejaron de lamentarse, pues con ello no se podía salvar la Patria. Hay que luchar. Ha llegado el momento de demostrar el amor que se tiene hacia ella. El que quiera participar en el movimiento por la independencia, que lo haga. El que quiera empuñar la espada, que la empuñe. Que se desarrolle la labor de ilustración. El que quiera estudiar, que estudie. Todo tiene que estar supeditado a la liberación del país. Sus palabras eran tan entusiastas que Kang Ban Sok se sentía también animada. No se sabía cuándo empezaron a hablar ni tampoco cuándo terminarían. Uno y otro eran igualmente buenos teóricos y, además, jóvenes lozanos que prometían mucho.

Kang Ban Sok debía volver a Mankiongde, pues había salido de allí diciendo que volvería pronto. Caía la noche. La madre propuso a Kim Jiong Zik que fuera con ella, pero Kang Ban Sok salió sola de casa, pues quería que su marido siguiera hablando con Kang Zin Sok. Estaba convencida de que la conversación tan apasionada que sostenían le infundiría a su marido mayores ánimos que si se hallara encolerizado, como cuando fue a la orilla a verla después de recibir aquella funesta noticia.

—Mamá, iré yo sola.

—¿Tú sola a estas horas por el bosque?

—¿Debo temer a la oscuridad ahora, cuando hemos perdido el país, cuando nos hemos quedado sin sol y sin luna? No te preocupes. Iré yo sola. Déjalos que hablen.

—Qué terca eres, hija mía —exclamó la madre. Luego, mirando a Kim Jiong Zik, dijo como para justificarla o como para ensalzarla—: Siempre ha sido así: unas veces, suave como la seda y otras muy firme... ¿Hace lo mismo en casa?

Kim Jiong Zik se sonrió.

—Tienen que ser tenaces. Sin ser tenaz, un pueblo sin Patria no podría vivir. —Y dirigiéndose a Kang Ban Sok, dijo: —¿Puedes ir sola? Empieza a oscurecer.

—Hace un momento el padre me ha dicho que urge en-

cender el fuego del corazón cuando todo son tinieblas alrededor.

Kang Ban Sok caminaba de prisa. Cada vez era mayor la oscuridad. A quién iba a temer si marchaba por su tierra, a través de su pinar susurrante. Los pinos de Songsan, a su espalda, y enfrente, Mankiongde.

Los vecinos todavía no dormían, aunque debían estar cansados por las faenas del campo. ¿Cómo podían dormir en tanto que el país se veía abocado a la ruina? En muchos patios habían encendido hogueras para espantar los mosquitos; la gente, en torno, hablaba de los malos tiempos que se cernían sobre la Patria. En el patio de su casa estaba sentada toda la familia junto a la hoguera, incluso la abuela, que se acostumbraba a acostarse en las primeras horas de la noche.

—¿Es verdad? —preguntó a Kang Ban Sok.

Esta no contestó de repente. Todos estaban pendientes de ella. Abrigaban cierta esperanza, pero era un hecho consumado.

—¿Son falsos rumores? —volvió a preguntar la abuela.

—Dicen que es verdad —Kang Ban Sok no pudo por menos de decir la verdad.

Silenciosa, la abuela entró en casa. Kang Ban Sok advirtió la desesperación de la abuela y sintió que la culpa recaía sobre la joven generación.

Toda la familia enmudeció. Parecía que estaba dispuesta a pasarse la noche entera en el patio sin decir palabra... Alguien alimentaba la hoguera con ramas secas.

Aquella noche todo el país estaría en vela, tal vez buscando en el cielo la estrella que les iluminara el camino de la lucha por la independencia de la Patria.

5

En la primavera del siguiente año, Kim Jiong Zik terminó sus estudios en la Escuela Sunjua, en Mankiongde. No estaba en condiciones de seguir estudiando en la escuela superior por la situación económica familiar.

Era un duro golpe para él, pues consideraba que había que estudiar mucho para liberar a la Patria. Pasaban los días y seguía indeciso.

Kang Ban Sok lo presentía. Mientras pensaba en ello sin saber qué decisión tomar, entre su suegro, Kim Bo Jion, y su marido Kim Jiong Zik tuvo lugar una conversación sobre el estudio, que Kang Ban Sok oyó desde la cocina:

—Como lo decidáis vosotros, así se hará —dijo su suegro, mientras sacaba la ceniza de la pipa. Era una costumbre suya al resolver cualquier asunto serio.

—Tu mujer es el ama de la casa. Sabes muy bien que todo el día está dando vueltas sin descanso, sin parar un momento. Gracias a ella, bien que mal marcha nuestra hacienda. Eso ya lo sabes tú. Y dices que quieres continuar estudiando. Me alegra tu decisión, pero no sé que me da... Habría que conocer la opinión de ella.

Para ella era demasiado el elogio del suegro. Kang Ban Sok no sabía donde meterse. Si lo hubiesen decidido los dos, no habría surgido esa conversación entre padre e hijo. Le dieron tentaciones de entrar en el cuarto y decirle al suegro lo que pensaba ella, pero le dio vergüenza portarse así ante su suegro.

Kang Ban Sok fue al algodonal, en el que en el otoño anterior habían dejado plantas para que terminasen de fructificar. En aquellos cálidos días primaverales, los cuervos y las urracas se aprestaban a desmotar las capsulitas que empezaban a abrirse. Kang Ban Sok estaba en el algodonal para recogerlas. El río Dedongang se deshelaba y los témpanos eran arrastrados por la corriente. En el río se oía un gran estrépito.

Kim Jiong Zik fue al campo en busca de Kang Ban Sok. Ella se sentía alegre y avergonzada.

—El río se libra de los hielos —dijo Kim Jiong Zik, contemplando la corriente y dejó en el suelo el portabultos.

El deshielo estaba en pleno apogeo. La pleamar lanzaba los témpanos hacia atrás, y éstos chocaban con los que arrastraba la corriente. Témpanos, grandes como casas, se estrellaban unos contra otros y se partían haciendo un ruido atronador. Las trizas saltaban a diestro y siniestro, y los témpanos se encaramaban unos sobre otros. Así ocurría en todo el río. Evocaba batallas de gigantes. La primavera llegaba con furia. Témpanos grandes saltaban como peces a la orilla resbalando por la arena. Los rayos de sol, al posarse sobre el hielo, se convertían poco a poco en un fino cendal de niebla. Había llegado la primavera. Así, con un gran deshielo, llega la prima-

vera a las orillas del río. Una bandada de grajos, asustados, volaba sobre el río.

—Esto no lo verías en Chilgol —dijo el marido.

—Jamás he visto semejante espectáculo.

—Aquí todos los años es así. Una batalla de hielos. Lo que tiene que venir, viene, ¿no es así? Yo salgo todos los años a ver este maravilloso espectáculo. He sacado la conclusión de que sin lucha no viene nada bueno. Dentro de unos días oirás susurrar la lluvia primaveral y no lo creerás, pero no quedará ni un solo trocito de hielo sobre el río azul. En el fondo, las hierbas acuáticas se alzarán una braza. Aquí las arrancan y preparan con ellas ensaladas. Pero tú, que no sabes nadar, tienes que andar con mucho cuidado... No estaría mal que aprendieses a nadar.

Toda la familia de Kim Jiong Zik sabía nadar, y no sólo porque viviera junto al río. Un gran papel lo jugó la hazaña del abuelo que había hundido el "General Sherman". Desde entonces la natación se hizo una tradición de la familia. Acerca de esto, Kim Jiong Zik no había hablado con su esposa, sino que trataba con ella la infortunada suerte de la Patria.

—Todo en el mundo tiene su razón de ser. Aunque hoy el país está pisoteado por los canallas japoneses, llegará el día en que recuperaremos nuestra Patria, al igual que ahora ha llegado la primavera. No hay fuerza capaz de contener la llegada de la primavera.

Kang Ban Sok entendía muy bien lo que quería decir su marido con estas palabras referentes al deshielo. Sus palabras reflejaban siempre los pensamientos propios acerca del futuro del país. Cuando hablaba, su voz era recia y hasta severa. En este momento miraba al Dedongang, y su rostro irradiaba esperanza y brío juvenil.

Kang Ban Sok contemplaba la tierra de Kangnam, más allá del río, soñando con la futura primavera del país... Una bandada de patos pasó volando a poca altura.

—¿Cuándo llegará nuestra primavera? —preguntó.

—¿Cuándo? El día fijo no lo sabemos... En todo caso, para liberar al país hay que estudiar.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Tú conoces muy bien la situación de nuestra familia.

—Eso no debe preocuparte... —Kang Ban Sok le interrumpió—. ¿A dónde llegaríamos si empezáramos a hablar de la pobreza de nuestra familia? Por la mañana oí desde la cocina lo

que decía tu padre. La culpable soy yo. Tenía que haber hablado yo con él para que no se inquietase. Sigue estudiando. Yo me encargaré del gobierno de la casa.

—Te me has anticipado y no me queda nada qué decir. Quiero agradecértelo y me siento obligado.

—¿Qué dices? ¿Es que somos extraños? Aunque no entiendo bien el quid del asunto, sé que los enemigos de nuestro pueblo son los japoneses. Desde niña lo sabía. En fin de cuentas hay que estudiar para...

—Eso mismo pienso yo, y por eso quiero estudiar cueste lo que cueste. Si me ocupara de los quehaceres campesinos, tendría el alma tranquila y para ti sería un alivio. Pero hoy, en la situación en que se encuentra nuestra Patria, ésa no es la salida.

Hasta el mediodía estuvieron recogiendo algodón. Tras la pleamar vino la bajamar, e infinidad de témpanos corrían por el río hacia el mar. En lugar de los grajos aparecieron los patos. Nadaban y se zambullían en el agua azul entre los témpanos. A mediodía subía bastante la temperatura en aquellos días primaverales.

Cuando llegaron a casa, Kang Ban Sok dijo a su suegro lo que habían decidido. Kim Bo Jion permaneció un rato callado y después dijo:

—Así sea. Cuando un matrimonio vive compenetrado no hay nada para él inalcanzable. Yo sabía lo que pensabas cuando hablaba esta mañana con mi hijo. Quería que supiese a quién debía agradecérselo, así estudiará con más aplicación. Y hay que estudiar para que alcancen todo su valor el cuerpo y la sangre. Además, él es de los que no dejarán de estudiar, y sobre todo ahora, cuando el país se encuentra en esta situación. Siempre le gustó mucho el estudio. Tú misma lo sabes: hasta cuando come no deja de leer.

Incluso cuando comía, Kim Jiong Zik no dejaba de leer. Esto decía Kim Bo Jion al referirse a su afición a la lectura.

En el otoño de 1911, Kim Jiong Zik ingresó en la Escuela Media Sungsil de Pyongyang. A Kim Jiong Zik le resultaba difícil estudiar. Estudiaba con lo que ganaba trabajando. Se dedicaba al estudio por la mañana y por la tarde trabajaba en la herrería o carpintería de la fábrica anexa a la escuela. A veces las lecciones transcurrían de noche. Se las arreglaba como podía. Cuando las cosas no marchaban como él quería, iba a la escuela desde Mankiongde a Pyongyang, que se encon-

traba a doce kilómetros. El camino era malo. De Mankiongde a Solme iba por el desfiladero de Sosanangol y la ladera del monte, en el que crecían grandes árboles, y se internaba por la llanura de Botongbol, en la que había hierbas altísimas. Todos los días hacía el camino de ida y vuelta de 24 km. Kang Ban Sok le preparaba el desayuno de madrugada y le esperaba hasta bien entrada la noche para darle comida caliente. No tenía tiempo para descansar.

—Mis estudios acabarán contigo —decía a veces Kim Jiong Zik.

—En casa no me siento cansada. A ti te es más difícil.

—A mí me fortalecen estas caminatas. ¿Sabes que con esto de ir y volver a pie a la escuela me fortalezco?

Kim Jiong Zik procuraba fortalecerse; gozaba de buena salud y rebosaba juventud. Sus músculos se vigorizaban. Tendía los brazos y proponía columpiarse a sus hermanos pequeños.

Pero era en la fuerza de espíritu donde ponía más atención. La vida le convencía de que no hay nada que pueda romper un fuerte espíritu.

La voluntad hacía que Kang Ban Sok pudiera con todos los quehaceres de la casa. Lo único que no sabía dominar era la fatiga. Pero se sentía dichosa mientras su marido estudiaba.

Una vez, Kim Jiong Zik dijo que abandonaba los estudios. Fue a finales del segundo año. Kang Ban Sok no podía comprenderlo. No sólo estaba desesperada, sino que le parecía que la culpable era ella. ¿Deja la escuela por la huelga de los alumnos?

El había sido el promotor de la huelga en la Escuela Media Sungsil. El misionero norteamericano que dirigía la escuela, por "piedad" abrió unos talleres de carpintería, cerrajería, etc., en los que a los alumnos necesitados se les obligaba a trabajar 5 ó 6 horas al día. A principios del invierno de 1912, so pretexto de que los alumnos no trabajaban en la forma debida, el misionero norteamericano insultó a varios de ellos y les amenazó con expulsarles de la escuela. Kim Jiong Zik organizó y movilizó a todos los alumnos en huelga para protestar contra la conducta injusta del misionero, exigiéndole pagar mejor el trabajo extraescolar, reducir la dura jornada y respetar la personalidad de los alumnos. Aunque la lucha era por mejorar las condiciones de trabajo, de hecho era una acción de carácter antijaponés y antiyanqui, una acción contra las pérfidas ma-

quinaciones de los imperialistas yanquis y contra el sistema de enseñanza de esclavitud colonial impuesto por el imperialismo japonés.

La unanimidad del alumnado, que actuó unido bajo la dirección de Kim Jiong Zik, obligó al misionero y al director de la escuela a aceptar las demandas expuestas.

Aunque fueron satisfechas las exigencias de los alumnos, desde entonces Kim Jiong Zik cayó bajo la vigilancia de la policía japonesa.

Desde que empieza a estudiar en la Escuela Media Sungsil, Kim Jiong Zik conoce las negras entrañas de los imperialistas norteamericanos, confabulados con los invasores japoneses. Desde el incidente con el barco "General Sherman", los imperialistas norteamericanos no renunciaban a sus viles planes respecto a Corea. Bajo la máscara de preceptores religiosos y de civilizadores, penetran en Corea, difundiendo ideas de sumisión a los Estados Unidos y mancillando el honor de la nación coreana. En la Sociedad Escolar, Kim Jiong Zik realiza una gran labor, uniéndolos contra los imperialistas japoneses y norteamericanos y otros invasores. Organiza clandestinamente la Sociedad de Lectores y Amigos "Ilsin", en la que la juventud progresista se forma en un espíritu patriótico antijaponés.

Extenso era el campo de actividades de Kim Jiong Zik. Los domingos se reunían en su casa de Mankiongde sus compañeros de estudio.

Kang Ban Sok veía en esto la puesta en práctica de los anhelos de estudiar de su marido. Y ella prometió para sus adentros ayudarle con todas sus fuerzas. Y después de todo eso decía que abandonaba la escuela. ¿Qué significa esto?

—¿Es que me he esforzado poco? —preguntó con delicadeza Kang Ban Sok en cierta ocasión. Pero Kim Jiong Zik estaba tranquilo, no decaía.

—Perdona por no haber consultado antes contigo. Claro que es difícil costear los estudios, pero no es ése el motivo por el que dejo de estudiar. Tranquilízate. Hay algo más que tener en cuenta.

—Y ¿qué piensas tú? ¿Es que yo no lo puedo saber? —se extrañó Kang Ban Sok. Ella se esforzaba por que su marido estudiase y cifraba en él grandes esperanzas. No olvidaba cuando a la orilla del río durante el deshielo él había mostrado tantas ansias por estudiar. Ella veía en su marido a un combatiente revolucionario por la Patria. Estaba firmemente decidida

a ayudar a su marido en su lucha y vivía siempre con la esperanza de ver realizados los planes forjados aquel día por él.

Aquel día Kim Jiong Zik había dicho que había que estudiar para liberar al país. Y ella quería saber qué relación tenían aquellas palabras con la decisión tomada. Pero el marido no decía nada.

—Después lo sabrás. No es éste el momento propicio para hablar de ello.

Kang Ban Sok se quedó con ganas de saberlo.

Kim Jiong Zik vaciló un instante y con voz suave, pero firme, dijo:

—Es que no se trata de un asunto privado.

Kang Ban Sok miró un tanto disgustada a su marido. Kim Jiong Zik se dio cuenta y explicó:

—Hay que saber distinguir lo social de lo personal.

Esta actitud honesta y rigurosa de Kim Jiong Zik infundía en ella una confianza ilimitada y le alegraba más que si le hubiera contado todo lo sucedido.

Kang Ban Sok notaba que algo nuevo irrumpía en su vida.

Kim Jiong Zik colgó en la pared una inscripción *"Ziwon"* (Gran Propósito) compuesta por dos jeroglíficos. Y entonces le pareció a Kang Ban Sok que entendía los grandes propósitos y aspiraciones de su marido.

En casa se sentaba él junto a dicha inscripción y leía más que cuando iba a la escuela. Toda la noche se la pasaba leyendo. Siempre que Kang Ban Sok se despertaba le veía leyendo a la luz de la lamparilla. Dormía toda la aldea y dormiría todo el país, pero su luz seguía ardiendo. Kim Jiong Zik hacía planes para liberar al país. Maduraba su alma ansiosa de independencia... Este fuego iluminaba el futuro de Corea. Todos los compatriotas lamentaban desconsolados el día tenebroso en que los samuráis habían pisoteado brutalmente al derecho, las tradiciones y costumbres de la nación, y entonces dormían agobiados por su resistencia al despotismo. Y al día siguiente de nuevo volverían a sufrir la tiranía de los japoneses. Había que salvar al pueblo y el prestigio de la Patria. Si no lo lograban, ¿podría llamarse cada joven de Corea hijo de la Patria? Kim Jiong Zik buscaba la solución a este problema leyendo libros. Esta preocupación no le permitía conciliar el sueño.

A menudo se iba de casa y a menudo le visitaban. Con frecuencia iba a casa de los padres de su esposa. Y a veces venía a verle el hermano mayor de Kang Ban Sok.

—¿Qué os atrae tanto? —preguntaba ésta a su hermano. Y no porque quisiera enterarse del asunto que trataban, sino, simplemente, por su amor fraternal.

—Nos visitamos el uno al otro —respondía indiferente Kang Zin Sok.

—¿Y por las noches?

—Por la noche salimos al río Dedongang, a pescar sargos. A esa hora pican muy bien.

—Nunca he visto traer los sargos capturados.

—Lo que pescamos lo llevamos al tabernero. ¿Para qué traer a casa los peces? —bromeaba el hermano. Kang Ban Sok se reía.

—Hermana —exclamó de pronto Kang Zin Sok y con semblante serio dijo— cuando el país se encuentra como se encuentra, no hay tiempo para juergas. Tienes que ayudar a tu marido. El no es un hombre cualquiera. Es un hombre que realizará una gran obra. El necesita una mujer digna de sus méritos. Esto es lo que yo quería decirte como hermano.

Kang Ban Sok nunca había sentido un cariño tan grande hacia su hermano como en aquel momento. "Además de tener buenos padres, tengo unos hermanos excelentes", pensó.

6

A últimos de 1912, Kim Jiong Zik empezó a trabajar como maestro en la Escuela Sunjua.

A la Escuela Media Sungsil no sólo iba a estudiar. Allí agrupaba a los alumnos en torno a la Sociedad Escolar, organización legal. Organizó clandestinamente la Sociedad de Lectores y Amigos "Ilsin", en la que la juventud progresista se formaba en un espíritu patriótico antijaponés. Los alumnos, educados por Kim Jiong Zik, al terminar los estudios volvían a sus lugares natales en los que desplegaban una gran labor ilustrativa.

Kim Jiong Zik no era simple pedagogo; era un revolucionario ante una cátedra de maestro. El fue el heraldo de las ideas patrióticas y organizador del movimiento de liberación nacional.

Por lo tanto, Kim Jiong Zik no veía en los jóvenes escola-

res reunidos en el aula a personas que simplemente deseaban adquirir conocimientos, sino que veía en ellos a los combatientes revolucionarios del mañana, que engrosarían las filas del movimiento por la independencia si se les infundían bien las ideas y un espíritu justiciero.

Consideraba tarea clave difundir las ideas patrióticas antijaponesas, pero en lo que hacía hincapié era en formar jóvenes firmes y valientes. Pero no sólo se limitaba a dar explicaciones, sino que éstas tenían carácter práctico a fin de que los alumnos adquirieran experiencias en su propia vida.

Uno de los métodos para forjar estas cualidades eran los ejercicios de remo.

Sentaba a los alumnos en una lancha y les mandaba remar. Cuando iban corriente abajo los alumnos no remaban, lo que les hacía sentirse muy contentos, pero pasado cierto tiempo les ordenaba virar y remar en contra de la corriente. Iban los muchachos empapados en sudor.

—¿Es difícil? —preguntaba.

—No es fácil —respondían.

—¿Más difícil que cuando bajábamos?

—Ni punto de comparación.

—¿Por qué?

—Pues porque vamos en contra de la corriente.

—Cierto, ahora cuesta mucho trabajo. Y cuanto más fuerte sea la corriente, más nos costará. Si dejamos un momento de remar por las dificultades, la corriente nos llevará hasta sabe Dios dónde. Nos arrastrará al mar, de donde no podríamos volver a casa. Esto mismo le pasa a nuestro país: no sabemos a dónde lo ha de llevar la corriente. Corren malos tiempos. El país sigue cuesta abajo. Nuestra finalidad al estudiar reside en contener esta corriente que arrastra al país. Recuperar el país es tan difícil como remar en contra de la corriente. Pero si paramos de remar, nuestra Patria sucumbirá. ¡Remadores, dadle fuerte a los remos!

Los alumnos entendían lo que quería decir con estas palabras el maestro y remaban con más energías.

—Hala, más fuerte — alentaba Kim Jiong Zik—. Si a uno le fallan las fuerzas, que agarren el remo dos, tres, diez. Todos juntos.

Los alumnos gritaban ¡Hala!, ¡Hala! La lancha, con la proa alzada, se deslizaba velozmente.

Kim Jiong Zik seguía dando órdenes.

—No basta con ir rápido, hay que ir recto. Meta: el pico de Mankiongbong.

Kim Jiong Zik forjaba en sus alumnos la resistencia y la firmeza y les señalaba el objetivo del estudio.

Una de las cosas en que más insistía era en la unidad. Cuando subía con sus alumnos al monte, tomaba un haz de ramas y decía:

—A ver, prueba a romper esta ramita —proponía a un alumno. Y éste la rompía con facilidad—. Ahora, en vez de una vamos a romper cuatro o cinco. —Y nadie podía romperlas.

—¿Cómo se llama esta fuerza?

—La fuerza de la unidad —respondían a coro.

Cada vez que Kim Jiong Zik oía esta respuesta se daba por satisfecho, pero no podía tranquilizarse.

—Tantas veces hemos hecho este ejercicio que os parecerá trivial. Mas debo deciros que no hay verdad más grande que ésta, y no debéis olvidar que para nosotros no hay otro camino en la vida. Tened en cuenta que aunque parezca cosa fácil, es de las cosas más difíciles. A las mudas ramas se las puede juntar en dos, tres, en centenares y miles. ¿Si fueran objetos animados se los podría reunir con tanta facilidad? Cada uno haría lo que mejor le pareciera. Unos querrían estar en el centro y otros fuera. Las personas tratarían de irse en distintas direcciones y se gastarían muchas fuerzas para unirlas. Sepan una cosa: para que no los puedan romper, los hombres de una misma posición social deben aunarse. Sólo hay este camino. No olviden esta verdad.

Kim Jiong Zik subrayaba la grandeza de la unidad, pero no exhortaba a la "unidad universal", carente de principios.

—Hay personas que son como las acacias. Sus púas pinchan e hieren a los hombres. Mas no teman a las púas. ¡Agárrenlas sin miedo! Se rompen y no hacen daño a nadie. Si se las agarra con brío, se doblan y no pinchan. No teman a las acacias.

De este modo, Kim Jiong Zik dividía en dos categorías a la gente que se oponía a la unidad: a unos había que conducirlos con mano tierna, y a los otros había que destrozarlos con mano vigorosa.

Había que romper a los elementos projaponeses y pronorteamericanos, y a los señores gobernantes, terratenientes, burguesía compradora y burócratas.

Son los que doblan la cerviz ante los japoneses y ante las fuerzas extranjeras, los que no quieren saber nada de la Patria, los que no quieren que se una la nación, y para ello levantan infinidad de barreras.

Kim Jiong Zik decía:

—Agarradlos con mano dura y rompedles los dientes.

La juventud respetaba al maestro. Su prestigio no tenía límites. Muchos seguidores suyos se reunían en la Escuela Sunjua. La policía japonesa se había dado cuenta de ello y la tenía controlada. A veces el ayudante del gendarme con sable en la cintura o algún agente vestido de paisano iban a escuchar las lecciones de Kim Jiong Zik y trataban de buscar cualquier pretexto para molestarle.

El trabajo de Kim Jiong Zik relacionado con la labor escolar, continuaba también en casa, puesto que Kang Ban Sok debía participar a veces en tal labor. Por aquel entonces, las madres no iban a la escuela a discutir con el maestro, Kim Jiong Zik, los problemas referentes a sus hijos, sino que en muchos casos visitaban con este propósito a Kang Ban Sok.

Cuando Kim Jiong Zik alababa o amonestaba a los niños, las madres daban muestras de agradecimiento o pedían excusas a Kang Ban Sok. Muchos padres no comprendían bien lo que significaba la educación escolar. Por ejemplo, una abuela fue a ver a Kang Ban Sok para quejarse de que a su nieto le habían cortado demasiado el pelo; una madre no quería que su hijo se estropease las manos trabajando en el huerto de la escuela. Decía: "¿Para qué mandar entonces a nuestros hijos a la escuela? Para dedicarlos al 'odioso trabajo' es mejor que se queden en casa, donde sobra trabajo".

Kang Ban Sok realizaba con ellas una labor explicativa. Cosa difícil por cierto. Esto lo consideraba como una cosa circunstancial en aquel período de la ilustración del país, pues había que despertar su conciencia.

Policías de paisano visitaban con frecuencia a Kang Ban Sok. En vista de que Kim Jiong Zik figuraba en la "lista negra", a ella le preguntaban sin fundamento alguno si su marido había salido por la noche, qué personas le visitaban, etc. Kang Ban Sok siempre estaba alerta.

—¿Y de qué lo voy a saber yo? No he visto a nadie. Sólo sé que lee mucho por las noches.

Kang Ban Sok mantenía una actitud firme y tajante con ellos.

—Lo sabemos todo —le decían para intimidarla.

—Si lo saben, ¿para qué preguntan? Hagan lo que quieran, si lo saben. Además si supiera algo no lo diría. ¿Qué coreana iba a contar las cosas de su marido a gente extraña? Mujeres coreanas de ésas ni las hubo ni las habrá.

Le daba asco hablar con los policías secretos, y Kang Ban Sok siempre encontraba un pretexto para echarlos de casa. No los consideraba personas. Es verdad que entre ellos había algunos conscientes.

Un día apareció en Mankiongde y visitó a Kang Ban Sok el ayudante del gendarme, que siempre iba de uniforme, pero ese día se presentó de paisano.

—Señora, me siento culpable y vengo a pedirle perdón —dijo. Kang Ban Sok se quedó perpleja sin encontrar la respuesta, mientras el visitante continuó diciendo: —Ayer me quité el uniforme japonés. He escuchado muchas veces a su marido y cada vez he sentido un remordimiento de conciencia. Aunque en el pasado cometí faltas como perro de los japoneses... Es una vergüenza vender a la Patria por una taza de arroz. Su marido es un gran hombre. ¿Quién no se conmueve al oir sus ardientes discursos? Después de pensarlo mucho he decidido quitarme el oprobioso uniforme. He estado con su marido en la escuela. Me he puesto el traje coreano y me parece que he vuelto a nacer. Siento un gran alivio. Y he venido a pedirle perdón por las pasadas y desagradables visitas. Perdone.

—Me alegro que se sienta bien tras despojarse de ese uniforme. ¿Qué no se puede hacer con semejante decisión? —Le respondió Kang Ban Sok, consolándolo.

—Tiene usted razón. Su marido me ha aconsejado que me vaya a trabajar al campo.

Esa era la mano fuerte y ardiente de la que hablaba Kim Jiong Zik.

Kang Ban Sok había visto a gente mala, a la que había que machacar implacablemente. Pero también vio a gente consciente que reconoció su error, a la que había que alentar y llevar por el camino de la resurrección.

7

El 15 de Abril de 1912, Kang Ban Sok dio a luz su primer hijo. Era una primavera histórica, de gran regocijo y de renacimiento para la nación. Esta primavera nos traía a un nuevo hijo de Corea, que en el futuro sería el respetado y querido Líder de nuestro pueblo: el Mariscal Kim Il Sung. Como felicitando su nacimiento, ese año, en Mankiongde, los albaricoqueros, melocotoneros y ciruelos florecieron como nunca.

El pueblo canta y cantará siempre el nacimiento del Mariscal Kim Il Sung como un gran acontecimiento, como una gran felicidad y gloria.

Cada año se celebra el 15 de Abril como Fiesta Nacional. Al llegar esta fecha, la gente, alegre y emocionada, se dice: "¡El natalicio del querido Líder!", recordando aquella primavera con infinita veneración y fidelidad a él.

Sus corazones rebosan gratitud al Mariscal Kim Il Sung, y el ayer, el hoy y el mañana de la nación están tan estrechamente ligados con su nombre que se siente como si la historia de la nación empezara desde aquella fecha. Por eso llaman a este siglo el siglo de Kim Il Sung y lo cantan con amor y orgullo.

En la actualidad, el pueblo coreano vive con el nombre del Mariscal Kim Il Sung, en los labios; el pueblo de la parte Norte del país vive alegre y feliz, sin preocupación alguna, en nuestro régimen socialista fundado por él. Pero en Corea del Sur, cuanto más tenebrosa es su situación, más se alza el pueblo con el nombre del Líder en los labios a la lucha final, confiando en la victoria de la revolución, en el dia de mañana y en la reunificación de la Patria.

El Mariscal Kim Il Sung es el sol de nuestra nación.

Gracias a él vamos por un camino glorioso.

El Mariscal Kim Il Sung es un gran dirigente, es el Líder del pueblo coreano.

Según decían los antiguos, en un día tan significativo como el del nacimiento del Mariscal Kim Il Sung, las cigüeñas debían pasarse en la ventana del cuarto donde él nació y mover jubilosas sus alas.

Los vecinos de la aldea llenaron el patio de Kang Ban Sok. Iban a felicitar a ella y al primogénito. Cómo podrían comparar esta felicitación con el alborozo de las cigüeñas. No podía haber, en efecto, una felicitación mejor que la de toda la aldea, que la de todo el pueblo. Kang Ban Sok había compartido siempre con ellos las alegrías y las penas. Por eso, ellos iban a felicitarla, alegrándose como si fuera suya la felicidad de ella, y les deseaban, a ella y al primogénito, largos años de vida y dicha. A los vecinos de Mankiongde les había tocado en suerte celebrar el nacimiento de nuestro respetado y querido Líder, el Mariscal Kim Il Sung.

La bisabuela, al enterarse de que el niño había nacido muy sano no cabía en sí de júbilo.

—¡Es un sol este niño! Eres nuestro Zung Son (biznieto). No cabe duda de que cubrirás de gloria al país, mi querido Zung Son.

Zung Son, tal como lo llamó por primera vez su bisabuela, resultó ser el nombre familiar del niño.

Pueden imaginarse por qué se alegraba tanto la bisabuela al llamarlo Zung Son. Ella se enorgullecía siempre de su marido Kim Ung U, cuyo nombre pasó a la historia de la nación por la hazaña realizada contra los bandidos norteamericanos del barco "General Sherman". Así pues, tenía la esperanza y la confianza de que tanto el nieto como el biznieto heredarían la sangre del abuelo y bisabuelo y serían fieles hijos de la Patria.

La felicitación de la abuela fue la que mayor alegría produjo a Kang Ban Sok, pues le hacía recordar cómo en Chilgol, hablando con su cuñada, había prometido lucirse en Mankiongde. Casualmente, aquellas palabras suyas coincidían con las de su abuela política. Kang Ban Sok se propuso que su hijo llegaría a ser famoso. Siempre que le abrazaba se sentía llena de esperanza.

Todas las mujeres que acarician a sus primeros hijos cifran en ellos sus máximos deseos y esperanzas. Todas las madres coinciden en aspirar a ese máximo, pero el nivel de éste es distinto en cada madre.

Lo que quería Kang Ban Sok de su hijo era que se hiciera un incomparable patriota, un gran hijo de la Patria y que recuperara a ésta. El recién nacido miraba sin pestañear, con ojos brillantes, como si buscara algo. Entonces, la madre, pensando en las desgracias y el martirio que sufría el pueblo, ponía la

mano debajo de la cabecita del pequeñuelo y se la levantaba como para hacerle escuchar los lamentos del pueblo.

—Zung Son, escucha esos gritos desgarradores —dijo en voz baja a su hijo—. Son nuestros compatriotas, que se desesperan y no encuentran salida del callejón en donde están metidos. Tú, niño mío, serás un General que acabarás con los samuráis que hollan nuestro país. Tu padre hace todo lo posible para barrerlos de nuestra tierra. Cuando seas mayor obrarás como él y sacarás al país del atolladero. Erradicarás de nuestra tierra la miseria, la opresión y la explotación.

El niño quiso volver la cabecita hacia donde estaba la luz del sol. Kang Ban Sok lo incorporó hacia la ventana.

En la educación del pequeño su madre puso todo su corazón y solicitud.

¡Kang Ban Sok, madre de Corea! ¡Con qué palabras se podrá apreciar como se merece la gran hazaña que efectuaste al formar a tu hijo como Líder de la nación! ¡Cuánta atención y cuidado pusiste en su formación! Lo que se ha conocido por los hechos que vienen transmitiéndose no refleja más que una pequeña parte de tu esfuerzo y aún se desconoce lo más importante, que quizás se trasluce en el amor y solicitud paternal, más alto que una montaña y más profundo que el océano, que profesa al pueblo el Mariscal Kim Il Sung.

Kang Ban Sok no crió a su hijo sólo con ternura materna. Le educó también en las ardientes ideas patrióticas de su padre. Kim Jiong Zik solía decirle que en ningún momento descuidara la formación del niño como buen patriota.

Kang Ban Sok le cantaba al niño por la mañana y por la tarde, a manera de canción de cuna, una canción que Kim Jiong Zik compuso y que a veces canturreaba de buena gana.

Tú, hijo de Corea, nuestro hijito,
Crece sano para ir a la escuela;
Sé obediente en casa y amable con la gente.
Y para todo el país serás un héroe.

Con esa canción le infundía los primeros sentimientos de amor a la Patria. Para Kang Ban Sok esta canción no era simplemente una canción, sino también su credo de vida, cuya esencia fue inculcando a su hijo cada día con su ejemplo práctico. Hay en el mundo muchas bellas canciones, pero son pocas las

que pasan a ser norte de la vida. La canción puede tener una fuerza vital y educativa si el que canta la refuerza con su propio ejemplo.

"Sé obediente en casa y amable con la gente".

En la familia Kang Ban Sok daba un magnífico ejemplo. Vivía en paz con todos los vecinos y les ayudaba en lo que podía. Veneraba a sus suegros y jamás discutía ni se justificaba ante ellos.

Siendo el ama de la casa como era, asumía la responsabilidad por los fallos de sus cuñadas, diciendo: "Yo tengo la culpa y eso no volverá a repetirse", y nunca trataba de aclararlos y, mucho menos, de ocultar sus equivocaciones. Ri Bo Ik, su suegra, consideraba a Kang Ban Sok la mejor nuera del mundo por su generosidad y honestidad. A los parientes y a los vecinos siempre les decía que le apenaba no poder darle de comer y vestirla como se merecía.

El ambiente cordial y respetuoso que reinaba en la familia hizo obediente al pequeño.

Detrás de la casa había un enorme melocotonero que todos los años daba abundantes frutos. Cuando maduraron los melocotones, el pequeño pidió a su madre que se los cogiera, a lo que Kang Ban Sok contestó, aconsejándole:

—Que los pruebe primero el abuelo, después la abuela y tu padre y luego tú. Así, al año que viene habrá más melocotones y serán más sabrosos.

El niño comprendió que los debía probar después del abuelito. Más tarde, cuando sus compañeros le pedían que cogiera melocotones, les decía:

—No, no puedo cogerlos hasta que me lo permita el abuelito.

Son incontables los casos de esta índole.

En invierno, cuando su madre volvía del trabajo, el pequeño le tomaba las manos entre las suyas y las calentaba con su aliento.

Y por la noche, a la hora de dormir, colocaba la almohada de su madre en el sitio más caliente de la casa:

—Aquí dormirá mi mamá.

Seguidamente tomaba a su madre de la mano y la llevaba al sitio elegido por él.

Cuando el abuelo llevaba los primeros albaricoques, el niño se los ofrecía a su mamá:

—Pruébalos tú, mamá.

Y si ella se negaba, él le metía en la boca un albaricoque, diciendo:

—Si mamá no lo quiere, yo tampoco.

Todo esto era imitación de los ejemplos que Kang Ban Sok daba en el trato con sus suegros y demás familiares.

Kang Ban Sok, después de terminar de trabajar en el telar, aunque estuviese muy cansada no se olvidaba jamás de preguntar a sus suegros si sentían frío en el dormitorio. Si notaba que la estufa no estaba muy caliente, la volvía a encender y sólo después se acostaba. Esta amabilidad que mostraba el niño, la asimilaba de su madre.

La madre es la mejor educadora de los hijos, sobre todo en la edad temprana.

No en vano dice la gente que si la madre quiere verse a sí misma debe mirar a sus hijos.

El comportamiento ejemplar de Kang Ban Sok fue transmitido completamente a su hijo, que obraba de manera irreprochable.

Un día de primavera, Kang Ban Sok fue con su hijo a la casa materna de Chilgol. En esa ocasión, como tenía asuntos que resolver en Pyongyang, marchó sola a esa ciudad, diciendo que volvería a la hora de comer. El pequeño la aguardaba junto a la puerta de la cerca a la hora fijada. Ya llevaba mucho tiempo esperándola, pero no llegaba. Sin duda alguna le habría ocurrido algo, pues nunca faltaba a su promesa. El niño no se movía del sitio. No pudiendo sufrir más viéndolo así, la abuela se le acercó y le tiró de la mano varias veces para que fuera a comer, ya que tardaba su madre. Pero no le obedeció replicando:

—Mamá no ha venido todavía y...

Luego salió el abuelo y le pidió que entrara, pero no hizo más que repetir las mismas palabras.

Kang Ban Sok volvió en horas de la tarde.

—He tardado por los muchos asuntos que tenía que resolver. ¿Has comido, Zung Son?

—¿Cómo iba a comer sin ti? —dijo el pequeño, agarrando la mano de su madre.

—Perdone, prometí comer contigo y he tardado. La vez siguiente, pase lo que pase, cumpliré mi promesa.

El niño no se había enfadado, ni mucho menos. Estaba contento de tenerla a su lado. Le preocupaba que su madre no hubiese comido y la miraba compadecido. Sin embargo, ella, pasando la mano por la cabeza del hijo, le explicó por qué había tardado. Esto tal vez pudiera parecer algo extraño a otras personas. Incluso la abuela dijo:

—¿Por qué te disculpas ante el niño?

—Porque es un niño, y lo prometido hay que cumplirlo. Así sabrá lo que es la confianza, y cuando sea mayor sabrá apreciarla.

Kang Ban Sok, además de que educaba a su hijo, quería verle alegre, animoso y honesto.

Esto lo testimonian bien las anécdotas sobre un par de alpargatas y una roca.

De niño, Zung Son usaba alpargatas. Se las hacía su abuelo Kim Bo Jion. La familia no tenía dinero para comprarle calzado de cuero, que otros solían ponerse en las fiestas. Cada vez que se acercaba el Año Nuevo, toda la familia soñaba con comprarle zapatos de cuero. Pero... no dejaba de ser un sueño. Para una familia pobre resultaba tan difícil comprar incluso zapatos de cuero...

En vísperas de una fiesta de Año Nuevo, el abuelo le hizo unas lindas alpargatas. Su propósito era alegrarle por lo menos con un par de alpargatas, ya que era imposible comprarle los zapatos de cuero. Kang Ban Sok les puso unas cintas rojas, azules y amarillas y les cosió florecillas y mariposas hechas de tela. Resultaron muy bonitas y, además, bordadas.

El día del Año Nuevo, el nieto saludó con una inclinación a su abuelo. Este sacó las alpargatas.

—Zung Son, tú también tienes que ponerte aunque sólo sea una vez alpargatas bordadas, ¿de acuerdo?

El niño se puso muy contento. Era la primera vez que se ponía tales alpargatas.

En el mercado de Pyongyang vendían calzado de cuero y zapatos muy bonitos, mas sólo podían comprarlos los ricos. Pero, ¿acaso podían compararse con aquellas alpargatas, bordadas por Kang Ban Sok con tanto esmero?

Kang Ban Sok no se desesperaba por la pobreza de la familia ni se lamentaba por eso.

En Mankiongde, cerca de la casa, había una roca inclinada, sobre la cual Zung Son jugaba con sus amigos como si fuera un tobogán. A esa roca la llamaban roca-trineo. Kang Ban Sok, cuando iba por agua a la fuente por la mañana y por la tarde, veía cómo su hijo se deslizaba por aquella roca, lleno de alegría y satisfacción como si se deslizara por un empinado monte. Pero, ¿cómo quedaba su ropa? Cada día de juego

destrozaba la indumentaria y aunque su madre la remendaba constantemente eso no servía de nada. ¡No había tela que aguantarse!

Además de esta diversión, el niño jugaba al fútbol, y claro es, rompía las alpargatas. Pero la madre jamás pensaba privar de esta alegría a su hijo. No quería que la sombra de su pobreza recayera sobre su niño querido.

Al verle correr tras el balón, hecho con paja de arroz, o deslizarse sobre una tabla, a modo de trineo, ella sufría por no poder comprarle una pelota grande de goma y un trineo de verdad... Por eso nunca le prohibía jugar como lo hacía.

Cuando el hijo empezó a razonar, a menudo se abstenía de jugar por no estropear la ropa y el calzado.

La madre le decía:

—¿Qué importa que se rompa la ropa? Lo que importa es que tú crezcas sano y alegre. Basta con que duerma yo un poco menos y teja un poco más. Así que juega como quieras al fútbol o en la roca.

Ella, aunque cuidaba mucho de las cosas, educaba a los hijos de tal manera que no fueran esclavos de ellas. Esa gran solicitud por el hijo ayudó a éste a crecer alegre y vivaracho.

No había quien cuidara más de las cosas que ella. Si era tan hacendosa no era solamente porque estimara mucho las cosas, sino también por su deseo de mantener la casa ordenada y pulcra, como tiene que ser la vivienda de una familia revolucionaria, y también por su espíritu de independencia, que consiste en sostenerse con sus propias fuerzas, sin apoyarse en nadie por muy agobiadora que fuera la pobreza que sufría la familia. Desde pequeña se crió en este espíritu trabajando y luego contribuyó a ello la educación de su marido. En efecto, era un espíritu magnífico.

Kang Ban Sok jamás pedía ayuda a nadie, a pesar de que estaba tan atenazada por la pobreza. Aunque fueran muchas las dificultades, siempre salía adelante con sus propias fuerzas. Sabía conservar y cuidar bien de las cosas y hacer todo lo que era necesario. Por eso, aunque era tan pobre, no se reflejaba en su rostro la sombra de la pobreza ni se advertían indicios de miseria en su familia.

Kang Ban Sok utilizaba todo aquello de que disponía de la manera más práctica, eficaz y apropiada, después de meditarlo y calcularlo detenidamente.

Cuando se trasladó a la casa de Kim Jiong Zik, con motivo

de su casamiento, encontró en la cocina un cántaro, que por tener, además de muchos parches de tela y barro, una gran raja, sólo servía para guardar productos secos.

Kang Ban Sok lo arregló con mucho cuidado y volvió a usarlo para el agua. Si se agrietaba lo embadurnaba con barro, y si se rompía lo reparaba. Así, el cántaro, que era de color gris, quedó blanco.

Las suelas de las alpargatas las remojaba y las cambiaba de pie para que se gastasen menos. Las alpargatas de Zung Son las cosía con cuerda de paja. Aunque parezca poca cosa, cuánto tiempo hacía durar más las alpargatas y cuántas fuerzas economizó al abuelo, que era quien las hacía. Cuando jugaba el niño con sus amigos, jamás se olvidaba de mojar la suela de las alpargatas en el primer charco que veía.

Kang Ban Sok, aunque era tan cuidadosa de las cosas, nunca prohibía a su hijo que jugara. Era sublime y admirable la educación que daba a su hijo e insondable el amor que le profesaba.

Kang Ban Sok prestaba mucha atención al desarrollo mental de su hijo. Este buscaba la confirmación de su madre a todo lo que oía decir a otros. Sentía gran curiosidad por todas las cosas y a veces ponía en aprieto a la madre con sus preguntas. Esta recurría entonces a su marido para darle la respuesta adecuada.

No faltaban hechos delicados.

Una vez, en el mes de enero, Kim Jiong Zik llevó prestado de Pyongyang un gramófono para los vecinos de Mankiongde. Al oir canciones en el aparato, la gente se sentía muy alegre, pero en el pequeño Zung Son era mayor la curiosidad que la alegría. No le cabía en la cabeza que un tubo produjese sonidos humanos. Cuando alguien le dijo que dentro del tubo había un perro, se desbordó la curiosidad del niño. Precisamente en ese momento se oyó una canción sobre un perro, y por el tubo empezó a ladrar el animal.

—¿Es verdad que hay un perro? —preguntó al hombre que estaba al lado.

—Sí, hay un perro pequeñito, como una uña —respondió en broma el hombre. El niño miraba sin cesar al extraño tubo. La curiosidad era cada vez mayor.

Cuando quedó solo empezó a hurgar con palito en el tubo. Pero, el perro no salía. Entonces decidió buscarlo en las entrañas del gramófono. Lo desmontó y con un cuchillo escarbó

en el fonocaptor. El perro no aparecía. Le llamaron la atención los discos, y los hizo trizas. Y nada. Aquello era misterioso. Se quedó pensativo con el gramófono roto delante. Entró Kang Ban Sok y se asustó mucho, pues el aparato no era de ellos y además costaba mucho dinero. Pero no riñó al hijo porque sabía que no lo había estropeado con mala intención.

—¿Buscabas al perrito?

—Sí. ¿Por qué no está?

—No hay ni puede haber tal perrito.

—¿De verdad?

—No es un perro, sino es el mismo aparato el que produce esos sonidos. Cuando venga tu padre, pregúntaselo.

Cuando llegó Kim Jiong Zik, Kang Ban Sok le contó lo sucedido en ausencia del hijo.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que cuando vengas le contarás por qué no sale el perro del gramófono.

—Has hecho bien. No está mal la intención de Zung Son al buscar un perro dentro del gramófono, y tú has hecho bien en no reñirle. Si tenemos en cuenta su inclinación a la investigación, ¿qué importa que haya roto el gramófono? En el futuro también debemos fomentar en él esa afición.

Kim Jiong Zik estaba tan contento como si hubiese ocurrido algo extraordinario. Llamó a Zung Son, que estaba jugando en la calle.

—¿Qué, no has encontrado al perro?

—No está allí, papá.

—Y no podía estar. Ahora te voy a explicar el porqué.

Llevó al hijo al cuarto donde estaba el gramófono roto y le explicó en forma clara y amena por qué salían aquellos sonidos.

Kang Ban Sok descubrió en su hijo otras muchas cualidades destacadas. El niño no olvidaba nunca lo que se le enseñaba y no se portaba nunca mal. El niño se criaba robusto y sano. En todos los sentidos era un niño modelo. La madre ponía toda su pasión en la educación del hijo. Anhelaba verle hecho un hombre, y tenía la firme seguridad de que su hijo sería un hombre excelente.

—Sé fiel a tu abuelo, abuela y padre. Mantén buenas amistades con tus amigos—, diría infinidad de veces su madre. Kang Ban Sok depositaba toda su esperanza, al nacer su hijo,

en qué éste sería un auténtico patriota y que abrazaría el gran pensamiento de su padre.

Con frecuencia, Kang Ban Sok cantaba a su hijito esta canción:

El cielo-cielito es alto,
El campo-campito, ancho,
Pero cuando crezcas tú,
Les superarás en todo.

8

Kang Ban Sok no sólo prestaba especial atención a la educación de su hijo, sino también a la de sus cuñadas. Una familia de doce almas debía vivir muy compenetrada, llena de fe en la revolución y en el porvenir. De no ser así, los miembros de la familia se verían abatidos, y sus ánimos, destrozados. Kang Ban Sok consideraba que bajo cualesquiera circunstancias había que vivir con dignidad y rendir lo más posible si se tiene fe en el futuro. Lo volvió a confirmar después de que una jovencita pasara a ser la esposa de su cuñado.

Kim Jiong Zik le había dicho infinidad de veces:

—Yo eduqué a Jiong Rok y a Jiong Guon; ahora tú debes educar a la mujer de Jiong Rok. Si nosotros, que nos consideramos revolucionarios, no podemos llevar tras de sí a los miembros de nuestra familia, ¿cómo lo vamos a poder hacer con gente extraña?

Jiong Rok y Jiong Guon eran los hermanos menores de Kim Jiong Zik. En total eran tres hermanos. Kim Jiong Rok se casó, y así, Kang Ban Sok tuvo por primera vez una cuñada.

Kang Ban Sok tenía siempre bien presentes las palabras de su marido de que era necesario revolucionarizar a todos los miembros de la familia. No era tan fácil hacer revolucionaria a toda la familia. En cuanto a esto, Kang Ban Sok pensaba más que nadie en la mujer de Jiong Rok.

Se había casado siendo muy jovencita y Kang Ban Sok la quería como si fuese su hermana. Había nacido en una pobre familia campesina y desde muy pequeña hubo de conocer las pesadas tareas campestres. Además estaba enferma de la vista.

Esta enfermedad se dejaba sentir con mucha frecuencia después de casada.

Kang Ban Sok ponía sobre sus rodillas la cabeza de su cuñada y la peinaba: por la mañana y por la noche le lavaba los ojos con agua salada; Kang Ban Sok podía pasar sin probar bocado, pero jamás dejaba a su cuñada sin él. Si llevaba a casa alguna golosina quien primero la probaba era su cuñada.

Mas a Kang Ban Sok no sólo le satisfacía la fraternidad y simpatía que profesaba a su cuñada. Lo principal fue que hizo a la joven mujer confiar en el día de mañana.

La familia vivía con armonía y se dedicaba en cuerpo y alma a un objetivo claro sobreponiéndose al hambre, a la pobreza.

La riqueza de espíritu es la joya más valiosa. Precisamente por eso los vecinos de la aldea respetaban a la numerosa familia de Kim Jiong Zik.

La familia estaba acostumbrada a los registros efectuados por la policía y los agentes de paisano. Para todos los de la familia estaba clara la actividad revolucionaria de Kim Jiong Zik; en ella se perfilaba con nitidez el futuro de Corea.

Pero la mujer de Jiong Rok se mostraba preocupada. A esto se refería Kim Jiong Zik.

Kang Ban Sok después de la conversación con su marido empezó a prestar especial atención a la educación de su cuñada. Le enseñó a leer. La muchacha era tan inteligente que podía aprender de memoria "miles de jeroglíficos", pero no sabía lo que significaban, como no conocía tampoco el sentido de la vida.

—¿Conoces esa expresión: ver una hoz y no darse cuenta de que se parece a esta letra? —preguntó a la cuñada.

—Sé que lo dicen a la gente analfabeta, pero lo de la hoz no sé por qué es.

—Pues porque la hoz se parece a esa letra. Es lamentable que el campesino que siega hierba y recoge ramaje no sepa que la hoz que tiene en las manos se parece mucho a dicha letra. Si no sabes lo que tienes en la mano no sabrás nada de las cosas que están más lejos. Eso puede suceder contigo si no estudias. Además tienes que estudiar, pues eres muy joven. Mira, esta letra es la *Gui-uk*.

Kang Ban Sok dejó la hoz en el suelo.

—Y esta letra se llama *Gui-uk*. Ves qué fácil.

—Esta letra es la *Gui-uk* —dijo sonriente la cuñada.

Kang Ban Sok notó en la sonrisa de la muchacha un reproche a sí misma por no saber cosas tan fáciles, mezclado con alegría, por haber aprendido algo nuevo.

Kang Ban Sok era una excelente maestra. Se valía de la experiencia adquirida en la infancia cuando aprendió el alfabeto; utilizaba toda clase de objetos que encontraba a mano y formaba con ellos líneas horizontales y verticales.

—A la guadaña le acoplamos este palo, y a éste una piedra y tenemos esta sílaba la *Ga*, y si acoplamos dos piedras, resultará la *Guia*.

La muchacha tenía buena memoria, repetía todo lo que hacía Kang Ban Sok y muy pronto aprendió todo el abecedario. Kang Ban Sok le enseñó una canción a base del alfabeto, que escribió su padre, Kang Don Uk.

Con paso marcial,
Pisando firme,
Marcha adelante,
La generación amada:
La juventud de Corea.
Tendrás que acostumbrarte
A penas y torturas...
Y a volar como un pájaro
Por encima de las nubes.

Le enseñó todas las canciones que sabía. En voz baja, las cantaban sentadas junto al hogar y, en alta voz, en el campo. Eran canciones patrióticas escritas por su padre, Kang Don Uk, y por su marido, Kim Jiong Zik.

Una de las canciones preferidas se titulaba "¡Adelante!". La había escrito Kim Jiong Zik.

La infinidad de las aguas del Pacífico y del
Atlántico son la unión de los riachuelos de los
Valles intramontanos.
El desarrollo de nuestros pocos conocimientos
Sólo es posible
Después de miles de penas y sufrimientos.

El camino adelante que espera a los jóvenes
Es tan escabroso como un sendero de montaña.
Hay que marchar sin desanimarse ante
el padecimiento.
¡Adelante, jóvenes, con una valentía redoblada

¡Por la civilización y la prosperidad del país!

La furia de los vientos que soplan
Es la unión del aire amorfo e incoloro.
El éxito de nuestro pequeño trabajo
Será fruto de esfuerzos incansables.

....

Una buena canción tiene una fuerza poderosa. Al principio nos atrae su melodía y después empezamos a penetrar en el fondo de la letra. Es entonces cuando se convierte en idea y en fe del hombre.

La cuñada, que aprendía esta canción, poco a poco empezó a comprender las ideas revolucionarias y las aspiraciones de Kim Jiong Zik. Su conciencia de clase se despertó rápidamente. A ello contribuyó la permanente labor educativa realizada por Kang Ban Sok.

Las ansias que mostraba por saber la cuñada no tenían límites. Lo mismo le sucede a quien aprende el abecedario. Kang Ban Sok le enseñó todas las canciones compuestas por Kim Jiong Zik.

Kim Jiong Zik compuso muchos versos y canciones. Tenía dotes de poeta y compositor. Escribía versos y los corregía una y otra vez hasta altas horas de la noche. A veces se pasaba escribiendo varias noches, emocionado e indignado consigo mismo. Había veces que estaba muy agitado por la indignación y sufría mucho al no saber si el contenido de sus versos llegaría a oídos de la gente. Además, tenía que contener la ira y tristeza para escribirlos. Kang Ban Sok se daba cuenta de todo esto y sufría en silencio.

Kim Jiong Zik había educado en las ideas revolucionarias a sus hermanos. Se querían todos mucho y mantenían una amistad fraternal, que era muy diferente al caduco criterio de la moral feudal. Era un cariño basado en la comprensión mutua. Les gustaba cantar juntos a los tres hermanos, lo que daba impresión de que más que hermanos eran amigos.

Kang Ban Sok y sus cuñadas, al igual que Kim Jiong Zik y sus hermanos, vivían en plena amistad. Se entendían todos muy bien. Gracias a esto en la familia reinaba un ambiente de concordia. Mas esto no era todo. Se respiraba un aire revolucionario. Toda la familia sabía que Kim Jiong Zik encabezaba

al movimiento patriótico antijaponés, y por eso le ayudaban todos. Esto constituía una tradición revolucionaria y un proceso de revolucionarización de la familia.

Sin embargo, aún era jovencita la cuñada. No podía decir que su mentalidad se hubiera forjado por completo.

Un día salieron todos al campo a trabajar. En casa se había quedado sola la cuñada. Kang Ban Sok vio de lejos caminar hacia la aldea a varios agentes de la policía. "A ver si mi cuñada se va de la lengua, sorprendida", pensó Kang Ban Sok. Y volvió de prisa a la aldea.

En el patio de la casa un policía preguntaba algunas cosas a la cuñada. Kang Ban Sok vio que ésta se mantenía firme, sin doblegarse.

Cuando entró Kang Ban Sok en la casa, el policía que estaba sentado en la terraza se irguió y le hizo una reverencia; su cuñada, que estaba junto a la puerta de la cocina, al verla salió corriendo a su encuentro.

—Oye, de seguro que sabrás todo mejor que yo. Pues claro que tu marido no va a ninguna parte. ¿Acaso no respondo bien a esas preguntas de: ¿a dónde va tu marido y quién le visita? De día a la escuela y por la noche está en casa. Por las mañanas temprano sale a pasear al monte Mankiongbong.

La cuñada que miraba con enfado al policía, prosiguió:

—Desde que estoy casada no he visto ni una sola vez al marido de mi cuñada ocuparse de otra cosa. Los domingos sale a trabajar al campo. Si quiere saber más detalles vaya a la escuela y pregúnteselo a él mismo. Así se ahorra el dar estas caminatas. ¿Es que quiere que diga algo que no es verdad?

Kang Ban Sok sintió asombro y alegría al ver a su cuñada tan formada, tan firme. Cobró ánimos al ver la actitud de su cuñada y se lanzó al ataque contra el agente.

—Si usted quiere saber algo, me lo pregunte a mí. En lo que se refiere a mi marido, debo decirle que por el día está en la escuela y por la noche en casa...

El agente hizo un gesto con la mano, enfadado y aburrido ante las mismas respuestas de las dos cuñadas.

—Ya lo sé, ya lo sé. Por la mañana sube al monte. Yo pregunto si hace otras cosas. Lo sabemos todo, así que digan la verdad.

El policía gruñó algo y cansado de preguntar siempre lo mismo, se fue.

Kang Ban Sok elogió a su cuñada.

—Has estado muy bien. Tratan de cogernos por la palabra. Lo pasaremos mal si picamos. Lo mejor de todo es responder que no sabes nada. Y lo principal, no tenerles miedo. ¿Tú crees que ellos esperan que les digan la verdad? Simplemente quieren desconcertarnos. Y hay que tener cuidado con lo que se habla.

—Me hago cargo, querida. Ahora más que antes. Haces muy bien en recordármelo. Cuando sentí pasos, el corazón casi me saltó del pecho. Resulta que cuando los ves más de cerca no son nada. Así que, hermana, puedes considerarme como miembro de tu familia.

—Siempre lo has sido.

—Y ahora aún más.

Kang Ban Sok se dio cuenta inmediatamente de que había cumplido con su deber como cuñada mayor. Con el deber que incumbe a la que gobierna una familia revolucionaria.

9

Kim Jiong Zik trabajó en la Escuela Sunjua, de la aldea natal de Mankiongde, desde 1912 hasta la primavera de 1916. En este período desarrolló una gran labor para cohesionar a sus compañeros.

La revolución requería a dirigentes, numerosos militantes y una organización. Por eso, la tarea de Kim Jiong Zik consistía en aquellos momentos en agrupar a la gente. Después de que el Japón se anexionó a Corea, muchos estaban preocupados por los destinos del país. Muchas personas hablaron un lenguaje común y se hicieron amigos. Pero había que agruparlos y forjarlos para que, arriesgando la vida, pudieran participar en la revolución.

No era fácil encontrar correligionarios. Bajo el implacable régimen militar no se podía hablar abiertamente de estas cosas clandestinas. Al saber que había personas que se desvelaban por la suerte de la Patria, Kim Jiong Zik entablaba contacto con ellas y las estudiaba: unas, simplemente, sentían pesar, pero otras querían actuar. Con éstas Kim Jiong Zik se entendía mejor y creó una organización clandestina.

El campo de actividad de esta organización era muy extenso. Sus militantes estaban en todas partes donde había gente: por el Este, de Pyongyang a Kangdong, Songchon, Yangdok, Mengsan; por el Oeste, hasta Anzu y Sukchon. Kim Jiong Zik mantenía contacto con todos. A veces, viajaba por Chientao. Para entrevistarse con sus camaradas aprovechaba las vacaciones y a veces se encontraba con ellos en las noches oscuras.

Kim Jiong Zik salía de casa de noche y llegaba a menudo con los pantalones y la larga bata empapados del rocío. Después de secados, quedaban en ellos tales señales que al observarlas atentamente se podía adivinar los "paseos" nocturnos.

Kim Jiong Zik tenía que andar mucho por las noches para entrevistarse con los camaradas. A veces, esos encuentros tenían lugar en los montes.

Kang Ban Sok hacía desaparecer con mucho cuidado todas las huellas para que ninguna persona ajena pudiera sospechar.

Kim Jiong Zik llegaba en horas muy avanzadas de la noche o al amanecer y caía rendido en el lecho.

En seguida, Kang Ban Sok tenía que limpiarle la ropa a fin de que no quedasen indicios de sus caminatas.

Habría sido absurdo pensar en mudarse cada vez, cuando tenía tan poca ropa. Y esas caminatas había que realizarlas casi cada día. No quedaba otro remedio que limpiar de madrugada la ropa sucia.

Kang Ban Sok no dijo eso a nadie porque era consciente de que tal tarea figuraba en sus obligaciones revolucionarias, orientadas a asegurar el trabajo clandestino de Kim Jiong Zik. Para ello, en cuanto salía su marido colocaba un brasero para secar y planchar la ropa después de su llegada.

Los extraños a menudo ponían de ejemplo a Kim Jiong Zik como al hombre que vestía pulcramente. Por su vestimenta nadie podía sospechar de sus "paseos" nocturnos. La atenta de Kang Ban Sok no descansaba ni un momento. Constantemente remendaba, lavaba y planchaba la ropa. Sólo la desvelada abuela estaba enterada de esto y aprobaba tácitamente la oculta solicitud de Kang Ban Sok.

Al principio, Kim Jiong Zik no se percató de tal cosa. Al desvestirse de la ropa ensuciada, él creía que una vez desaparecida la humedad era suficiente con cepillar el barro seco. Y al encontrarse por la mañana con la indumentaria limpia, planchada y almidonada, pensaba que se trataba de ropa nueva.

Pero al repetirse esto una y otra vez, adivinó el ajetreo de su esposa.

—Pensando en ti procuro andar con cuidado para no manchar la ropa, pero la hierba es tan alta...

Al escuchar a su marido, a Kang Ban Sok le remordió la conciencia y le dijo:

—Si vas a pensar todo el tiempo en la ropa, tus movimientos serán embarazosos y no andarás con soltura. ¿No es así? Yo estoy enterada de tal cosa por las faenas del campo. Y tú me hablas de esto cuando tienes que cumplir importantes tareas. Por cierto que tengo yo la culpa, puesto que debía haberte preparado unas cuantas mudas.

—Tú siempre te me anticipas. Ya no tengo nada que decir.

—Y no digas nada. La ropa y los quehaceres domésticos déjalos de mi cuenta. Si hay que aconsejarse de algo, yo misma diré lo que sea.

Con el lavado, zurcido y planchado, Kang Ban Sok ayudó toda su vida a la causa revolucionaria de Kim Jiong Zik. Con cada remiendo de la ropa diríase que ayudaba a curar las heridas del país, y con la plancha parecía que borraba las cicatrices de la Patria.

Su firme voluntad, la que correspondía a la esposa de un revolucionario, le permitió luchar invariablemente con el cansancio, e incluso en las cortas noches estivales, después de realizar las faenas del campo, llegar a superarlo.

Las actividades clandestinas de Kim Jiong Zik eran cada vez más amplias. En torno a él se habían agrupado muchos compañeros. Para entrevistarse con ellos ya no era suficiente con las noches.

En julio de 1914 estalló en Europa la Primera Guerra Mundial. En agosto del mismo año, el Japón se incorporó a la Entente. Sus tropas desembarcaron en la península de Shantung, China, "settlement" de Alemania. Desde aquel día se complicó más y más la situación del mundo y se hizo más inestable. Kim Jiong Zik aprovechó el momento para desplegar con mayor actividad la labor organizativa.

Le visitaban muchos compañeros de lucha, y Kang Ban Sok se desvivía por atender a tan estimados visitantes, para los que nada escatimaba. Le era entrañable el movimiento revolucionario y quería a su esposo. Y esto se manifestaba en la acogida que dispensaba a los visitantes.

Sólo a ellos les servía arroz cocido, mientras que la familia seguía comiendo la papilla de siempre.

A veces la abuela del marido decía conmovida:

—Por fin servimos a nuestros huéspedes arroz. Antes cuántas veces tuve que aguar la papilla. Entonces no podíamos ni pensar en el arroz. Me duele recordar lo que sufría yo cuando no tenía con qué invitar a los visitantes.

La causa no consistía en que hubieran aumentado las provisiones con la llegada a la casa de Kang Ban Sok, sino era simplemente que la abuela ensalzaba su generosidad.

—Abuela, yo puedo pasar una vez sin comer, pero a los visitantes hay que atenderlos debidamente.

—Estoy de acuerdo contigo, querida. Nosotros podemos apretarnos el cinturón, pero para esta gente no debemos escatimar nada. Hay que tener en cuenta que no se trata de una gente cualquiera. Me barrunto que son del Ejército Independista. Si lo permiten las circunstancias, hay que invitarlos con arroz, aunque tengamos que pedirlo prestado a los vecinos.

La abuela comprendía muy bien las aspiraciones de su nieto.

Al escuchar estas palabras, Kang Ban Sok se sintió más segura, como si todos sus compatriotas se agruparan entre sí. Mankiongde, pequeña aldea a las orillas del Dedongang, se convirtió en la cumbre que atraía la mirada de la gente de toda la península de Corea.

Los visitantes no podían dejar de acariciar y hablar con el inteligente Zung Son, cuyas contestaciones eran siempre certeras y precisas, lo que entusiasmaba a los que conversaban con él, los cuales lo elogiaban mucho, además de agradecer la comida servida y la hospitalidad recibida. Su bisabuela y abuela recordaron durante mucho tiempo estas alabanzas y se enorgullecían.

A veces, la generosidad rebasaba todos los límites. Una vez, Kim Jiong Zik pidió a Kang Ban Sok que lavara en seguida la ropa de un compañero, de unos cuarenta años, que hablaba con un fuerte acento de la provincia de Kiongsang. Este debía salir por la noche a resolver un asunto urgente. Pero su ropa estaba muy sucia. Aquel hombre había tenido que caminar mucho a causa de sus actividades orientadas a conquistar la independencia del país.

—Ahora dale algo mío, que vamos a pescar, mientras tú... —dijo Kim Jiong Zik a su mujer.

Era verano. Y a pesar de eso resultaba difícil lavar y secar hasta la noche la vestimenta, incluida la larga bata de cáñamo, pero Kim Jiong Zik confiaba en la habilidad de Kang Ban Sok.

Kang Ban Sok se fue al río a lavar, pero la ropa estaba

tan erosiada por sudor que al restregarla estaba a punto de romperse. ¡Si hubiera tenido alguna muda de repuesto! Kang Ban Sok anduvo revolviendo el baúl y no encontró nada. En este momento lamentó mucho ser pobre. No sabía qué hacer... Estuvo mucho rato pensando, hasta que decidió ir a Chilgol, a casa de su padre.

La madre se percató muy pronto del aprieto en que se veía su hija y buscó un traje del padre.

Por la noche el visitante, una vez vestido, antes de marcharse, dijo:

—Estoy seguro de que no podría vestirme tan pronto con un traje tan bien lavado, aunque estuviera en mi propia casa. Transmita mi gratitud a su esposa. Hablaré de ella sin falta en casa.

Antes de su marcha, en el patio, el visitante volvió a repetir esas palabras elogiosas.

No se sabe cuándo llegó el desconocido a su casa, en la provincia de Kiongsang, pero con toda seguridad que les habló a su esposa e hijos del lavado relámpago de ropa efectuado en Mankiongde. Y advertiría que es así como deben comportarse los revolucionarios entre ellos y que así tiene que ser la esposa de un revolucionario. Lo que no sabía el forastero era lo del viaje de Kang Ban Sok a Chilgol.

A ella no le interesaba que él se enterara de su viaje. Además, cómo lo iba a saber si Kang Ban Sok no se lo dijo ni a su marido para que éste no se sintiera en una situación embarazosa. Kim Jiong Zik y su compañero pensarían que Kang Ban Sok había lavado la ropa.

Kang Ban Sok no lo hizo para que alguien lo supiera, sino que lo consideró como un deber imprescindible para con los combatientes del movimiento de la revolución y como obligación ante la revolución.

Despidió con la mirada al desconocido que iba acompañado por su marido, y se fue en seguida al campo.

En estas pequeñas, pero importantes tareas, Kang Ban Sok ayudaba de todas las maneras a su marido e iba tomando comprensión de su actividad revolucionaria. Pero cuando vio por primera vez un revólver, ella se sentía inquieta.

Una noche apareció Kim Jiong Zik con alguien. Era una costumbre en la familia no prestar atención a los forasteros, hasta que Kim Jiong Zik no hablaba de ellos. Kang Ban Sok debía estar alerta, pues en cualquier momento podía llamarla

su marido. En la habitación de al lado conversaban en baja voz. Kang Ban Sok prestaba atención sin querer, a esta conversación. Oyó un chasquido seguido de otros más.

—Si se pudiera disparar —oyó decir.

El corazón comenzó a latirle aceleradamente. Se dio cuenta de qué se trataba.

Al poco tiempo reinaba el silencio. El forastero y Kim Jiong Zik se habían quedado dormidos.

Al darse cuenta de que los asuntos de Kim Jiong Zik iban adelante, Kang Ban Sok comprendió que debía prepararse para nuevos acontecimientos. Se pasó mucho tiempo en vela.

Por la mañana desapareció el desconocido y Kim Jiong Zik se quedó leyendo un libro. Haciendo la limpieza del cuarto, Kang Ban Sok vio un objeto conocido: la bolsa de tabaco de su hermano mayor, Kang Zin Sok.

—¿Era mi hermano?

—¿Por qué dices eso?

—Aquí está su bolsa de tabaco...

—¿Cómo ha podido olvidarla?

Kim Jiong Zik metió la bolsa en el bolsillo y siguió leyendo. No dijo nada de lo que había ocurrido la noche anterior.

10

Al principio de la primavera de 1916, Kim Jiong Zik se trasladó al poblado Nedong, de Dongsamri, cantón de Koub, distrito de Kangdong, provincia de Piang-an del Sur (en la actualidad poblado Nedong de Bongjuari del distrito de Kangdong), donde trabajó de maestro en la Escuela Miongsin y, al mismo tiempo, desplegó activamente sus labores revolucionarias.

Cuando le dijo lo del traslado a Kang Ban Sok, ésta no le preguntó la causa, pues sabía que todo su trabajo estaba relacionado con planes grandiosos. Se inquietó porque no sabía qué lugar era el poblado Nedong de Kangdong y si sería un sitio incómodo para las actividades revolucionarias de su marido; y porque había oído decir que el nuevo lugar era un rincón perdido entre montañas.

—Afirman que es un lugar remoto —expresó.

—Yendo por el río Dedongang hacia arriba, está a unos 150 *ri* de aquí. Entre montes...

—¿Hay allí japoneses?

Kim Jiong Zik adivinó lo que pensaba Kang Ban Sok, y respondió:

—¿Y dónde no los hay? Pero no tantos como aquí, cerca de Pyongyang.

—Si es así podré quedarme tranquila; vete ya que estás decidido.

—¿Y tú? ¿Podrás tú sola con todo? Aunque mi ayuda no era grande, pero...

—No discutas los asuntos particulares cuando te marchas por una gran causa. Tampoco debes preocuparte de los asuntos domésticos. Sabré desenvolverme con la ayuda de los padres. Así que puedes irte tranquilo.

—Veré cómo marchan allí las cosas y te llamaré; si van mal... pues, qué vamos a hacer.

—Si me necesitas, escríbeselo al padre.

—Estoy seguro de que saldrás adelante. Cuida de los niños. Si se educa bien Zung Son...

Kim Jiong Zik quería mucho a Zung Son. La anécdota del gramófono relata bien la minuciosa atención que prestaba Kim Jiong Zik a su hijo cuando lo educaba. También mimaba y quería a su segundo hijo, Chol Zu. Al marcharse le atormentaban a Kim Jiong Zik muchas cosas: la pobreza de la familia, la educación de los niños queridos, etc. Pero no debía de pensar sólo en esto, sino que tenía que dedicarse a la gran causa. Kim Jiong Zik partió confiando todo a Kang Ban Sok.

El poblado Bongjuari estaba situado junto a unos cerros próximos a la orilla del río, muy cerca de Pyongyang. Tenía buenas comunicaciones con los distritos de Kangdong, Songchon, Sunchon y Dedong. El lugar era muy cómodo para la lucha clandestina.

Kang Ban Sok no había estado nunca allí, pero había oído hablar de las particularidades de ese lugar. Por eso despidió con alegría a su marido, deseándole éxitos en su actividad revolucionaria.

En Kangdong, Kim Jiong Zik mandaba muy a menudo cartas a casa, en las que trataba de las cosas caseras, enviaba saludos y, al mismo tiempo comunicaba a Kang Zin Sok, que estaba en Chilgol, que las cosas marchan bien.

Kang Ban Sok se dedicaba plenamente en Mankiongde a las faenas caseras y a la educación de los niños.

Se alegraba al ver cómo crecía Zung Son, que se transformaba perceptiblemente: ya hemos hablado de sus primeros años. En los juegos y diversiones era incansable e ingenioso. Tenía gran imaginación y rebosaba romanticismo infantil.

Le gustaba encaramarse a los árboles. Lo que más le agradaba era contemplar el panorama desde la copa de los árboles. En su mente se forjaban planes grandiosos. Al percatarse de ello, el abuelo enrolló el tronco con una cuerda de paja y podó las ramas para que pudiera subir con más facilidad. Luego de ejercitarse empleando ese procedimiento, el niño aprendió a trepar a toda clase de árboles.

Un día de verano se desató una tormenta sobre la aldea. Poco después salió el sol y apareció el arco iris en el firmamento. Parecía que desde la copa del alto fresno, frente a la casa de Mankiongde se podía alcanzar el arco iris con la mano.

Era hermoso y se asemejaba a un gran puente por el que bajaban desde el cielo las hadas de los cuentos.

Sin que nadie le dijera nada, Zung Son subió al árbol a coger el arco iris, que de repente desapareció por detrás del río Dedongang. Entonces se subió a un pino del monte Mankiongbong para atrapar el arco iris. Pero, por supuesto, no consiguió nada.

—Mamá, ¿por qué se escapa siempre el arco iris? —se quejó a su madre.

—Porque eres aún pequeño. Cuando crezcas y estudies mucho, lo cogerás y subirás por él al cielo.

Un día de mucho sol, Kang Ban Sok pulverizó el agua con la boca, y las gotas saltaban al suelo formando un pequeño arco iris. Al verlo, Zung Son palmoteó alegremente y trataba de atraparlo con la mano... Siempre que aparecía el arco iris en el cielo se subía al fresno del patio o al pino del Mankiongbong.

Durante la ausencia de Kim Jiong Zik, Kang Ban Sok continuó educando a Zung Son y ocupándose de los quehaceres domésticos. Al mismo tiempo tenía que enfrentarse al terrateniente que vivía al lado. Era el mismo que le pidió que intercediera por el japonés que había sido castigado en su patio. El terrateniente quiso talar dos álamos de los tres que había plantado Kim Jiong Zik junto con sus dos hermanos, cuando estu-

diaba en la Escuela Media Sungsil. Entonces dijo a sus hermanos:

—Debemos combatir contra los invasores japoneses para recuperar al devastado país. Cuando estos álamos elevan sus verdes ramas hacia el cielo, nuestra Patria se liberará del yugo extranjero y será independiente. Tenemos que luchar todos hasta que se logre la independencia del país. Después haremos un país nuevo y viviremos felices.

Es decir, la plantación de esos árboles tenía un sentido simbólico derivado del grandioso propósito de Kim Jiong Zik, que tanto amaba a su Patria. Quería verlos crecer altos y fuertes, afrontando las tempestades y las tormentas, con raíces profundas y con muchos anillos que surgirían cada año.

Al crecer los árboles tendrían que ser testigos de la sagrada lucha del pueblo coreano contra los opresores japoneses, lucha que se desarrollaba en todos los rincones del país, escribiendo hazañas brillantes.

Kim Jiong Zik atendía con esmero los árboles y enseñaba a Zung Son a regarlos y cuidarlos. Con el tiempo, los árboles se fueron haciendo cada vez mayores, con ramas frondosas, semejantes a los anhelos revolucionarios de Kim Jiong Zik.

También los aldeanos contemplaban con gran atención los álamos. Y no sólo se limitaban a advertir en ellos su crecimiento. Para ellos significaban la esperanza de que el país sería independiente cuando los álamos aventajaran en altura al fresno que crecía junto a ellos.

Kang Ban Sok, después de haber marchado su marido a Kangdong, contemplaba los árboles con mucho cariño, como cuando estaba él. Se alegraba al ver cómo el exuberante ramaje acogía los rayos del sol de mayo y al escuchar el susurro de las hojas con el soplo del viento.

Cuando las cosas no le salían como quería, contemplaba largo rato los árboles y sentía acrecentarse sus energías. Al ver sus vigorosos y esbeltos troncos advertía un nuevo aflujo de energías. Los álamos atraían la atención no sólo de la familia de Kim Jiong Zik sino también de toda la aldea, y eran objeto de diversos comentarios. Se los relacionaba con el movimiento patriótico que había surgido en el país, el cual emocionaba a todos. Sólo el terrateniente de la aldea se asustaba al escuchar los rumores, que calificaba de infundados.

El odioso terrateniente se proponía talar dos álamos de los

tres, aduciendo que quitaban el sol a su huerto. Pero por ventura fue descubierto. Se lo impidió Kim Bo Jion.

Si era la sombra la causa por la cual el terrateniente trataba de talar los árboles, resultaba que cuando estaba en la aldea Kim Jiong Zik los árboles no daban sombra, y desde que se marchó él empezaron a dar sombra. Entonces no se atrevía a hacer el terrateniente tal cosa, pero en ausencia de Kim Jiong Zik mostró su repugnante manera de ser.

Kang Ban Sok no pudo contener la ira y espetó al terrateniente.

—Los árboles no dan sombra a tu huerto, pues están en la parte oriental. Sólo dan sombra por la mañana, pero por la mañana toda la huerta está en sombra porque la oculta el Mankiongbong de los rayos del sol. Por la tarde la sombra se inclina al Este, sin que dé en tu huerta. ¿De qué sombra hablas? No quieres talar los árboles por la sombra que dan al huerto, sino que es otra sombra la que preocupa a tu alma miserable. Temes a los árboles plantados por un patriota porque eres culpable ante la nación y sirves a los japoneses.

Desconcertado, el terrateniente no supo qué contestar y se marchó. Kang Ban Sok defendió aquel símbolo de las nobles aspiraciones de Kim Jiong Zik, que amaba a la Patria y a la tierra natal.

Kang Ban Sok se desvivía por llevar bien el gobierno de la casa, al igual que cuando estaba en casa su esposo.

Una hermana de su marido se casaba con un muchacho de la isla Dudanri. La boda es un gran acontecimiento en la vida de cada persona. Kang Ban Sok lo sabía muy bien. Por eso hacía todo lo que estaba a su alcance. Recordaba siempre la abnegación de su madre, que en Chilgol se afanó por prepararle una buena dote cuando se casó. Ella no la olvidaba nunca.

Claro que en una familia pobre, un acontecimiento alegre se convierte en motivo de inquietudes. No encontró un baúl donde meter la ropa. Debía casar pobremente a su cuñada, que iba a formar un nuevo hogar.

La cuñada seguía trabajando como si no pasara nada. Mas, ¿qué sentía en su alma? Kang Ban Sok lo sabía.

La madre suspiraba amargamente por la suerte de su hija, pero hacía todo lo posible por ocultarlo. Kang Ban Sok, como la mayor de las cuñadas de la familia, sentía amargura por el infortunio de la suegra y la cuñada. No había nadie con quien

discutir este asunto, pues estaba ausente Kim Jiong Zik. Se aproximaba el día de la boda.

Kang Ban Sok comprendía bien a su suegra. Sentía en lo más hondo sus sufrimientos. Iba a casar a su hija con una pobre dote, y le apenaba que se fuera su cuñada. Kang Ban Sok padecía mucho por la pobreza y se esforzaba por superarla. Pero jamás había sentido tan aguda la pobreza como en aquellos días, en vísperas de la boda.

—Mamaíta, no se preocupe. Le daré a mi cuñada mi baúl. Está nuevo —dijo Kang Ban Sok a su suegra.

La suegra sentía hondamente la generosidad de su nuera. Pero no podía en modo alguno aceptar la sugerencia de Kang Ban Sok.

—De ninguna manera. Ese es el único baúl que tú llevaste cuando te casaste. ¡Con lo que le costaría a tu madre buscarte el baúl! Las madres sufren la misma amargura cuando... Me apena mucho ahora el que no consiga un cofre. Lo sentiría muchísimo tu madre en Chilgol si lo supiera. Basta con que sufro yo sola. No quiero apenar a...

La suegra recordaba los hechos del pasado, recordaba que no había podido ayudar a Kang Ban Sok cuando se casó y se lamentaba de aquella pobreza que no podía remediar.

—Pero no podemos mandarla sin baúl. Si la suerte nos acompaña, compraremos otro —dijo Kang Ban Sok.

En fin de cuentas, Kang Ban Sok decidió darle a su cuñada su cofre, que utilizaba con mucho cariño. El que tenía Kang Ban Sok era un cajón de madera, color de tierra roja, sin adorno alguno. Cuando lo estaba limpiando para sacarle brillo, se acercó su cuñada.

—Cuñada, por favor —dijo con voz trémula.

—Esto no es cosa tuya. La muchacha que se va a casar, debe estar sentada sin moverse. ¡No digas nada! Sólo harás sufrir a tu madre. Tienes que pensarlo. Mejor que salgas de aquí.

Kang Ban Sok le dijo con indiferencia, pero sentía que su alma se oprimía.

Esos días debía estar alegre, pero la pobreza le apesadumbraba.

—No sé cómo agradecértelo... No lo olvidaré jamás...

—Que seas feliz. Y piensa siempre en la gente pobre. Si estuviera aquí tu hermano te diría las muchas cosas que debes hacer después de casada. No te asustes ante las necesidades.

Ten fe en tus propias fuerzas. Así me dice siempre tu hermano. Tú ya lo sabes bien. Todo esto se debe a que nos han privado del país. No te quejes de la suerte. Hay que luchar contra los japoneses y conservar la esperanza de que en nuestra calle habrá fiesta algún día.

—Sí, hermana.

—Eso está bien.

En este momento apareció la suegra de Kang Ban Sok.

—Ahí viene la madre. Vete pronto de aquí. No tiene que sufrir la madre. Nosotros los jóvenes tenemos que aguantarlo todo y conservar el ánimo. ¿Entendido?

Kang Ban Sok enseñaba a su cuñada, próxima a casarse, con su modo de ser y con su firme convicción.

Le deseaba que fuera feliz. Infundía a la hermana de su marido, al igual que amaba y enseñaba a la otra nuera, que era muy joven, la idea patriótica antijaponesa.

El día de la boda, la cuñada se fue a vivir a Dudanri. La barca navegaba despacio por el río Dedongang. La cuñada, de pie, sobre la cubierta, junto al baúl que le regaló Kang Ban Sok, contempló largo rato su Mankiongde natal hasta que la lancha llegó al embarcadero de la otra orilla. Kang Ban Sok permaneció en el embarcadero hasta que el cortejo desapareció entre los sauces de la ribera.

Sobre el río soplaba un fuerte viento.

11

En la temprana primavera de 1917, Kim Jiong Zik llamó a su familia para que se trasladara a la aldea Nedong, distrito de Kangdong, donde se encontraba él. Habiendo recibido el aviso, Kang Ban Sok abandonó Mankiongde. El equipaje, aunque no era mucho, lo había enviado días antes en barca, porque el barquero que le había transportado en el otoño anterior simientos de batatas cultivadas por Kim Jiong Zik, al enterarse de que iba a mudarse, fue hasta Mankiongde a buscar su equipaje en ocasión de su viaje a Pyongyang, que hizo cuando se deshelaba el río. Por la conducta del barquero, que le hizo complacido este favor, Kang Ban Sok se dio cuenta de que

Kim Jiong Zik gozaba de respeto entre los habitantes de aquel poblado.

Kang Ban Sok llegó al embarcadero Mekzon. Allí empezaba el distrito de Kangdong. El lugar, como había oído, era montañoso. Hileras de montes se extendían hacia el oriente. No había llanuras. Cuando hubo andado un buen tiempo por la carretera que iba a la cabeza distrital de Kangdong, apareció a la izquierda un angosto valle, que terminaba en el monte Bongjuasan. Al pie del monte se encontraba el poblado Nedong, que tenía unas 70 u 80 casas.

Al llegar a un lugar que da acceso al poblado, se oían tañidos de una campana. Procedían, sin duda alguna, de la Escuela Miongsin donde trabajaba Kim Jiong Zik. Al enterarse de eso Zung Son echó a correr hacia donde sonaba el tañido, a abrazar a su padre.

Antes de llegar a la escuela, todo el poblado sabía ya que habían llegado; la gente salía de sus casas y los saludaba con gran amabilidad. Todos decían unánimemente que si hubiesen sabido que llegaban aquel día, habrían salido a esperarles al embarcadero; alababan a Zung Son por haber recorrido a pie tan larga distancia a pesar de su tierna edad y querían llevarlo en brazos.

Pero Zung Son no quiso, y no hacía más que mirarlo todo con mucha curiosidad: los montes, los altos árboles y el susurrante arroyo.

—Hola, Song Zu, qué bravo eres, que has venido a pie —le saludó su padre, llamándole por su nombre verdadero—. Aquí tendrás muchos amigos. Las montañas son altas y podréis jugar muy bien a la "guerra".

—¿Y hay río?

—Pues claro que lo hay. Allí donde atracó la barca. Ese río es también el Dedongang.

Kim Jiong Zik habló a Zung Son de las curiosidades del nuevo lugar para que se habituase pronto a él.

La Escuela Miongsin se encontraba en la falda del monte. En ella había una habitación aparte, en la que estaba el equipaje esperando la llegada del ama de la casa.

En la estufa había empotrado un perol y estaban preparados víveres y leña, cosa que habían hecho los padres de los alumnos. A menudo visitaban a los recién llegados. La gente del lugar era sencilla y se alegraba de la llegada de la familia del maestro. Kang Ban Sok recibía a todos con los brazos abiertos.

Por su trato sincero se dio cuenta de que los vecinos sentían gran afecto por su marido. Lo había advertido ya en la persona del barquero.

—Quisiera pedirte muchas cosas —le dijo aquella misma noche Kim Jiong Zik—. Primero, tienes que trabar buena amistad con la gente y quererla. Muchos son humildes. Debes ser un ejemplo para ellos. Muestra con tu conducta cómo debe vivir la gente que ha perdido la Patria. Hay que inculcarles ideas patrióticas antijaponesas. Las faenas caseras, la educación de los niños y todo lo demás tienen que servir para formarlos en el espíritu patriótico antijaponés. Aquí, entre los montañeses, persisten infinidad de costumbres caducas. Por ejemplo, todavía hay niños que llevan largas trenzas. Es de imaginar cuál es la mentalidad de quienes están aún tan aferrados a estas costumbres. Para que vayan cambiando poco a poco estoy yo en la escuela; tú, con tu ejemplo en la calle, debes enseñar a las mujeres. Tienes que ser su educadora y una combatiente.

—Lamento tener pocas fuerzas. Pero al salir de Mankiongde venía dispuesta a todo.

—Las fuerzas surgen cuando se trabaja. No hay persona que haya nacido sabiéndolo todo.

—Esta gente parece noble y cariñosa. Al menos, por esos preparativos hechos para nosotros...

—Los han hecho los miembros de la organización Jakkiogue. Y las mujeres que acababan de visitarnos son sus esposas.

—¿Jakkiogue? —preguntó extrañada, pues era la primera vez que oía este nombre.

—Sí. Aquí hay una organización que tiene ese nombre. Fue creada para promover la enseñanza. A sus componentes les liga una estrecha amistad; se ayudan mutuamente en todos los aspectos. Ahora contamos con otras organizaciones, como la Bisokgue y la Jiangtogue. La finalidad de todas estas organizaciones es la de unir a la gente, inculcarle ideas patrióticas antijaponesas e incorporarla al movimiento por la independencia de Corea.

La Jakkiogue la fundé nada más llegar en la primavera pasada y las otras dos no hace mucho. Los resultados están a la vista: se nota cierto cambio en la mentalidad de la gente y existe un gran sentido de solidaridad y de cohesión. Uno solo no puede hacer nada, como dice muy bien el refrán: No hay general sin soldados. Hay que contar con la ayuda y el respaldo de las masas.

Así, a grandes rasgos, Kim Jiong Zik explicó en qué consistían dichas organizaciones.

La organización Bisokgue tenía preparado el texto de los futuros monumentos de piedra. Se titulaba: "Epigrama inolvidable". En la introducción se decía:

"...Campesinos que luchan entre las malezas sudando en los días estivales y amigados con la azada y la hoz; pescadores en pos de cardúmenes, navegando en frágiles embarcaciones, a sabiendas de que serán devorados por los peces si se desata la tempestad sobre el mar infinito; gente dedicada a la recolección de hierbas medicinales y a la tala de árboles, sabedores de que serán pasto de los lobos si dan un paso en falso en un abrupto despeñadero; a ustedes no se les escapa lo duro y peligroso de todo eso...

¿Qué es lo que ellos exigen cuando así arriesgan su vida sin ninguna vacilación? Lo que exigen es vida eterna e inmortal para el país."

Las masas trabajadoras —campesinos, pescadores, leñadores, buscadores de plantas medicinales y mineros— son los que producen todos los bienes, son los que cultivan el pan, pescan, talan el bosque para hacer viviendas, recogen plantas medicinales para curar las enfermedades, extraen el hierro, el oro y la plata para hacer instrumentos de trabajo y objetos de valor. Si dejaran un solo día de trabajar, el mundo se sumiría en las tinieblas, desaparecerían los países, sucumbiría la sociedad. A esta gente habría que glorificarla eternamente y asegurarle la vida.

De hecho, esto estaba muy lejos de ser así.

Por un trabajo de esclavos, tan difícil y peligroso, sólo recibían miseria, vejaciones y esclavitud.

¿Para qué seguir hablando? Nos hemos quedado sin Patria. Corea se halla bajo la bota de los samuráis.

Primero hay que recuperar la Patria y después se podrá hablar de la "vida eterna". ¿Cómo se puede pensar en ella cuando estamos privados de la Patria? La desgracia ha venido con la invasión japonesa.

¡Oh pueblo, privado de Patria!

Al conocer el texto de la inscripción, Kang Ban Sok se sintió orgullosa de la actividad desplegada por su marido, el cual superaba todas las dificultades en aras de la liberación de la Patria y sembraba en los corazones de la gente la semilla de patriotismo. Ella veía los frutos de su abnegada actividad

iniciada en Mankiongde. Y se acrecentaban sus deseos de marchar hombro con hombro al lado de su marido y de ayudarle.

Las distintas organizaciones antedichas aparentemente debían favorecer los intereses comunes, prestarse ayuda económica y mantener relaciones amistosas, pero al mismo tiempo eran organizaciones legales llamadas a ayudar a la futura organización clandestina.

Tal organización clandestina podría mantenerse como tal y agrupar en torno suyo a las masas trabajadoras y desarrollarse así en un movimiento de masas, sólo después de crear organizaciones auxiliares, de carácter legal.

Este principio organizativo lo elaboró de manera creadora Kim Jiong Zik hacía mucho tiempo. Su patriotismo y su ímpetu revolucionario le indujeron a buscar métodos que nadie había puesto aún en práctica.

El objetivo de la organización clandestina era, antes que nada, restablecer la soberanía estatal y lograr la independencia.

Esta tarea no podía cumplirla un puñado de personas. Por eso tenía que alzarse a la lucha toda la nación unida. Para ello se requería una organización y un núcleo dirigente. Eran muy pocos los que entonces comprendían esta verdad.

Después de colocarse en la Escuela Miongsin, Kim Jiong Zik realizó toda clase de esfuerzos para que la organización clandestina estableciese fuertes lazos con las organizaciones legales de masas como la Bisokgue, la Jakkiogue y la Jiangtogue.

La organización clandestina difundía sus objetivos entre los militantes, influyendo en ellos ideológicamente, e incorporaba en sus filas a los mejores, a quienes encomendaba dirigir bien sus respectivas organizaciones legales.

Para Kim Jiong Zik, las organizaciones legales —ya se lo había explicado una vez a Kang Ban Sok— eran los medios protectores de su causa. Dicho con otras palabras: el movimiento por la independencia no quedó reducido a las actividades de unos pocos precursores, sino que se convirtió en un movimiento de masas. Al arraigar bien entre las masas sus bases, éstas parecían las raíces de un árbol gigantesco, que tendía su copa al cielo. No importaba que el viento rompiera el tronco, ya que de sus raíces brotarían otros vástagos.

El 23 de marzo de 1917 surgió la Asociación Nacional Coreana.

No era una simple organización clandestina local, compuesta por unas cuantas personas. Era una organización revo-

lucionaria antijaponesa clandestina, que siendo muy influyente, tanto en Corea como fuera de ella, fue la más importante de nuestro país en el período anterior a la difusión del marxismo-leninismo en nuestra tierra. Esta organización constituyó un nuevo hito en la historia de la lucha por la liberación de Corea.

Al fundar la Asociación Nacional Coreana y al agrupar en ella a los compañeros, Kim Jiong Zik trazó el objetivo de que los propios coreanos conquistaran por sí mismos la independencia, expulsando a los imperialistas norteamericanos y europeos y a los japoneses, aprovechándose de la pelea que habría de surgir entre ellos por el dominio de Asia, cuando los primeros se expandieran por este continente.

Mantenía relaciones con las organizaciones patrióticas tanto fuera como dentro del país, enviaba revolucionarios a las provincias de Juangje, Kiongsang, Zonla y a otros lugares del país para incrementar las filas de su organización; colocaba en estas provincias a dirigentes territoriales y fijó la fecha para celebrar una reunión anual de éstos: el día en que se iniciaban las clases primaverales en la Escuela Media Sungsil.

En Antun colocó a un enlace y en Pekín, un corresponsal de la organización.

El secreto de las actividades era muy estricto, ya que la Asociación actuaba bajo la represión de los imperialistas japoneses. Se usaba clave tanto para las comunicaciones por escrito como para las orales. La Asociación, por ejemplo, era designada con las palabras "negocio, agricultura, comercio", y el estado ideológico de los componentes, con el término "termómetro".

Kim Jiong Zik trabajaba sin descanso para reunir dinero y comprar armas. De los mejores compañeros planeaba formar cuadros militares y enviaba a miembros de la Asociación para trabajar con las masas a fin de que difundieran las ideas patrióticas antijaponesas.

El objetivo de la Asociación Nacional Coreana propugnado por Kim Jiong Zik era el único justo en aquellas circunstancias.

Tal objetivo consistía en que la independencia de Corea sólo podía ser alcanzada por los propios coreanos, y no por fuerzas del exterior, preparando y aunando a todos los patriotas, pero no elevando peticiones o esperando reformas, sino combinando de manera racional la actividad política con la militar. De este modo fue trazado el camino independiente y activo de lucha.

La disciplina organizativa revolucionaria que reinaba en la Asociación cohesionaba a ésta. En la incorporación de miembros regía un principio riguroso: sólo se admitía a los que estuvieran prestos a ofrendar la vida por la resurrección de la Patria.

Lo fundamental en la Asociación Nacional Coreana era la unidad y cohesión en cuanto a las ideas y la voluntad de lucha de los militantes. No se transigía con vacilaciones de carácter ideológico ni con las desviaciones.

* * *

Inmediatamente después de la fundación de la Asociación Nacional Coreana, en el poblado de Nedong se celebró una asamblea ilegal. Kang Ban Sok creyó que se reunían los miembros de las organizaciones legales. Las aulas jamás estaban vacías: de día estudiaban los alumnos y por las noches la juventud trabajadora. Después se reunían los militantes de las organizaciones legales para decidir en común cómo luchar contra las expropiaciones realizadas por los viles japoneses y los terratenientes y para tratar de la urbanización del poblado.

Kim Jiong Zik hacía todo lo que podía para mejorar las condiciones de vida de sus convecinos. El lugar estaba sembrado de piedras, y los campos de grava; la tierra no era buena. La gente sembraba sólo trigo y cebada, que era lo que se cultivaba desde tiempos remotos porque creían que eran las únicas plantas que daban cosechas relativamente buenas en tierras pedregosas. Por eso, el campo a la orilla del río Susongchon, afluente del Dedongang, que pasaba por allí, se llama Mekzombol, o sea, "campo de trigo y cebada". No es difícil imaginarse la pobreza de aquella gente, que sólo se alimentaba con una papilla de trigo y cebada.

Al interesarse por la suerte de la aldea, Kim Jiong Zik no sólo se compadecía de la vida difícil de sus vecinos, sino que les explicaba la causa de su infortunio. La causa de tal situación se debía a que el país se encontraba bajo el yugo extranjero y a que las contradicciones sociales lo desgarraban, impidiéndole progresar. Como lo decía bien claro la inscripción "Epigrama inolvidable", Kim Jiong Zik sostenía que los trabajadores tenían que vivir sin faltarles nada y su trabajo tenía que merecer honor y gloria.

Kim Jiong Zik compartía con los campesinos las penas y las alegrías, y en los momentos libres trabajaba con ellos en el campo.

Les explicaba que no había tierras malas; que se harían fértiles si se limpiaran de piedras y se abonasen bien, y que si se sembrara lo que mejor se diese, se obtendrían buenas cosechas. Además les aconsejaba sembrar plantas diversas.

Pero los campesinos, temiendo quedarse sin provisiones, al carecer de experiencia para dedicarse a otros cultivos, continuaban sembrando lo mismo: trigo y cebada.

Kim Jiong Zik sembró en su parcela maíz y batatas, la abonó con hojas caídas de los árboles y además la escardó a su debido tiempo. Todos se asombraron de la buena cosecha que obtuvo en el otoño. Las batatas resultaron tan grandes que incluso las envió a Mankiongde para semillas. Las semillas de esas batatas se las había llevado el barquero a Kang Ban Sok el otoño anterior.

Kim Jiong Zik hacía todo lo posible para imbuir en la gente la fe en el día de mañana. A su juicio, Nedong era un lugar en el que podían sembrarse los más variados cultivos. Puesto que en el monte crecían bien los árboles, no había motivos para no plantar frutales. Si se construyera una presa en el río, hasta se podrían crear arrozales y también podría instalarse una piscifactoría.

Según las previsiones científicas de Kim Jiong Zik, después de la independencia Nedong se transformaría sin duda alguna en un lugar acogedor. Estos pronósticos emocionaban a los campesinos y contribuían a forjar en ellos el ansia de independencia.

Por las noches reinaba una gran animación en la escuela por esos pronósticos. Se discutía y se soñaba. Aquella noche ocurrió lo mismo. Ya avanzada la noche, la gente reunida regresó a casa. Poco a poco se apagaron las luces del pueblo, y en la escuela aparecieron, silenciosas, otras personas. Eran camaradas de Kim Jiong Zik, con quienes éste se había reunido primero en Mankiongde y, después de su paso a Nedong, en un valle o sobre una gran roca en el monte Bongjuasan, para tratar de los problemas del movimiento por la independencia.

Kang Ban Sok se dio cuenta instintivamente de que iba a celebrarse una importante reunión. Estaba oyendo andar con pasos cautelosos, cuando entró su marido en el cuarto.

—Por favor, sal afuera y vigila. No esperamos a nadie, pero por si acaso.

Le pedía que vigilara. ¿No la habría llamado de Mankiongde para esto? Además, ¿a quién iba a encargar esta misión tan importante? Cuando Kang Ban Sok salió, a la luz de las estrellas distinguió el rostro de aquel visitante que hablaba con la pronunciación característica de la provincia de Kiongsang, y al que lavó la ropa en Mankiongde. Seguramente habría estado esperando hasta entonces en el pinar. Vio también al comerciante de la tinta negra y pinceles que había pasado la noche anterior en una escuela privada de la aldea vecina y que ese día pensaba pernoctar allí. Este iba de escuela en escuela haciéndose pasar por vendedor de pincelitos, y en realidad era un correligionario de Kim Jiong Zik. Se presentaron también dos miembros de las organizaciones legales, vecinos de la aldea.

La reunión fue muy larga. Kang Ban Sok se acomodó en el local de la escuela y miraba con ojo avisor a través de una rendija de la puerta para ver si aparecía alguien. La noche era en las montañas oscura y tranquila. Cuando cantaron los primeros gallos terminó la reunión. Los participantes se perdieron en la niebla de la madrugada. Poco después de despedirlos apareció Kim Jiong Zik.

—Vete a dormir un poco, ya amanece —dijo a su mujer tranquilamente, aunque quizás se sintiera muy emocionado por la gran importancia de lo que habían discutido en la reunión. En estas palabras de Kim Jiong Zik se reflejaban su sinceridad y el respeto a su esposa. Después se dirigió a la clase.

12

Por la mañana sonaba una trompeta en el monte Bongjuasan. La tocaba Kim Jiong Zik cada día, ya hiciera buen tiempo o malo, cayera nieve o lloviese, en verano y en invierno. Además de indicar la hora, el toque era como una señal movilizadora que exhortaba a la lucha por el futuro.

El creía que esto contribuiría a cohesionar a la gente haciéndole levantarse y acostarse al mismo tiempo, al estilo militar. Por ello, aunque lloviera o nevara, no dejaba ni un solo día de subir al monte antes del amanecer para tocar la trompeta.

Antaño se tocaba el tambor o la campana, pero a Kim Jiong Zik le gustaba más la trompeta. Pues daba un aire militar, concordando con la actualidad, y anunciaba que habían cambiado los tiempos.

El sonido llegaba a muchos poblados de los alrededores. En las madrugadas de niebla y lluvia se extendía aún más lejos. Y no un solo día, ni dos, sino todo el año los montañeses sabían qué hora era, y no por el canto de los gallos, sino por el toque de la trompeta. Además sabían quién era el que la tocaba. Para ellos ya no significaba un simple sonido de trompeta, sino un símbolo de esperanza y promesa.

Sabedor de eso, Kim Jiong Zik no dejó de tocar ni un solo día la trompeta. Aunque estuviera enfermo, también subía al monte, y al tocar la trompeta respirando el aire matinal, decía que se sentía mejor.

Después de haberse trasladado a Nedong, Kang Ban Sok comprendió por qué iba su esposo a la montaña a tocar la trompeta. Y cuando él se quedaba leyendo hasta horas avanzadas de la noche o regresaba muy tarde a casa por la noche, ella se sentía inquieta por si a la mañana siguiente él no podría levantarse a tiempo para tocar la trompeta. En tales casos, ella se despertaba primero por si acaso, pero nunca tuvo que despertarle.

—No te preocupes, duerme tranquila y despiértate cuando suene la trompeta. ¡Te cansas tanto durante todo el día y aún quieres ser la ayudante del trompetero! No ves que puedes caer enferma al no resistir esa tensión... —le dijo Kim Jiong Zik.

Pero el deseo de ayudar en todo a su esposo hacía que Kang Ban Sok se despertara siempre temprano, de madrugada.

En cierta ocasión, Kim Jiong Zik se demoró más que otras veces. Se apagaban ya las últimas estrellas. Por costumbre, Kang Ban Sok se despertó a la hora de siempre, pero no había llegado su esposo. En lo primero que pensó fue en la trompeta.

—¿Acaso no la vamos a oir hoy? —se dijo angustiada. Por supuesto, su marido no la tocaba a petición de nadie. Quizás le ocurriera algo que le impidiese hacerlo. Tal vez la gente pensara así al no oírla. Pero Kang Ban Sok no podía tranquilizarse con este pensamiento, pues sabía que el toque no era solamente para anunciar la alborada, sino que se trataba de una tarea revolucionaria para infundir ánimos y vigor a la gente.

Kang Ban Sok salió a la calle desconsolada. Caía una lluvia fina. Se preguntaba por qué no regresaba su marido; si era

por la lluvia o porque le hubiera ocurrido algo. Se inquietaba mucho, pues nunca había tardado tanto como entonces: regresaba siempre en la misma noche, por muy lejos que fuera en su labor revolucionaria.

El día aclaraba más. Kang Ban Sok decidió no esperar más e iba a entrar en casa cuando sonó de pronto la trompeta en el monte Bongjuasan. Se dirigió allí pensando en quién podría haberla tocado. En la ladera se encontró a su marido que bajaba de la cumbre.

—Me he retrasado por un asunto. Salí de allí por la noche y sólo he llegado de madrugada. Inmediatamente he venido al monte. Hice bien en llevar conmigo la trompeta.

—Y yo que estaba tan preocupada.

—Hay que tocar la trompeta todos los días. Es necesario esto para demostrar que estoy siempre en casa.

Kim Jiong Zik se encontraba bajo la vigilancia de la policía, que lo consideraba sospechoso. Tal vez ésta tuviera en cuenta el toque para cerciorarse de que Kim Jiong Zik se encontraba en la aldea. Y para darle esa seguridad, Kim Jiong Zik tocaba cada día la trompeta.

—No sabía que volverías por la mañana, y he sentido no haber aprendido a tocar la trompeta.

—Es menester que les enseñe a tocar a los alumnos.

Por todas partes subían al monte Bongjuasan los alumnos de Kim Jiong Zik. Iban a hacer gimnasia todas las mañanas bajo la dirección del maestro.

El ardiente patriotismo de Kim Jiong Zik y su ingenio y capacidad táctica se manifestaban en infinidad de actividades, y de manera especial en la educación de la joven generación.

Todas las lecciones de la lengua materna, el estudio del alfabeto chino, de geografía, historia y composición que impartía estaban impregnadas de ideas patrióticas. Los temas de los ejercicios de redacción eran por lo general así: "¿Qué debemos hacer?", "¿Por qué estudiamos?". La respuesta que él esperaba era evidente: lo que se debía hacer era liberar de invasores japoneses al país y el objetivo del estudio consistía en acumular fuerzas con el fin de liberar a la Patria y en forjar la entereza revolucionaria y una voluntad inquebrantable de lucha.

Kim Jiong Zik imbuía las patrióticas ideas antijaponesas comparando la suerte del pueblo, privado de la Patria, con la situación del perro de una casa en que ha fallecido el amo.

La Patria —decía— ha dado a sus hijos e hijas la vida y los ha criado; les proporciona pan y les sacia la sed con el agua de sus manantiales.

Nos ha enseñado a hablar y ha formado los sentimientos, ideas, costumbres y tradiciones del pueblo. ¡Es la madre de todos! Sin ella sería imposible nuestra existencia. Sin ella sucumbiríamos todos. La Patria es entrañable a todos. Por eso, ya de antiguo, el pueblo se aunaba para defenderla. Si estamos unidos no hay nadie que pueda arrebatárnosla, pero si estamos dispersos la perderemos. Nuestra nación siempre estuvo unida y se destaca por su cohesión.

Hay pocos países en el mundo que tengan un solo idioma como el nuestro. No hay un país que conserva tan alta la pureza de la nación como el nuestro. Nuestro pueblo siempre ha rechazado heroicamente las invasiones en defensa del honor nacional y ha superado las dificultades y pruebas con que ha tropezado, demostrando el heroísmo sin límites de la nación. Pero por la impotencia de los degenerados gobernantes feudales, los invasores se han apoderado del país.

Es triste constatar que nos hayan arrebatado el país a nosotros, pueblo valiente y glorioso, y que lo mangoneen los miserables japoneses. Nuestro deber consiste en recuperar la soberanía del país y poner fin a los sufrimientos y martirios del pueblo.

Kim Jiong Zik formaba en sus alumnos a personas de férrea voluntad e inquebrantable fidelidad. En medio de una ladera del monte Bongjuasan, que desciende abruptamente, hay una roca llana como un patio. Kim Jiong Zik llevaba con frecuencia a sus alumnos a ese lugar para que se forjara en ellos una voluntad inquebrantable, semejante a las rocas. Y allí realizaba actividades extraescolares. El maestro deseaba apasionadamente que sus alumnos vivieran firmemente, como una roca incrustada muy hondo en la tierra, como estoicas montañas de la Patria, y se convirtieran en auténticos patriotas, incapaces de abatirse ante el embate de las ráfagas y ventoleras.

Forjar a los alumnos en el amor a la Patria mediante el contacto con la naturaleza era un método pedagógico que Kim Jiong Zik venía aplicando desde que era maestro de la Escuela Sunjua, en Mankiongde. Mientras allí hacía que los alumnos remaran en una lancha en contra de una fuerte corriente, en Nedong les estimulaba a escalar elevados cerros. Los muchachos subían de un tirón hasta el "asiento de roca".

Si alguien se rezagaba en el camino, era ayudado por el maestro a fin de que lograra ascender hasta la cima. Kim Jiong Zik organizaba charlas de los alumnos con las peñas para que se formara en ellos un carácter estoico, firme como la roca. Todo esto se derivaba de sus aspiraciones revolucionarias.

—Para trabajar en provecho de la Patria —decía a sus alumnos y también a sus hijos— hay que forjarse físicamente.

La lucha en el agua era un medio excelente para lograr el temple físico y la voluntad de lucha. El maestro llevaba a sus alumnos al río Susongchon y les enseñaba a nadar. Luego dividía a los muchachos en dos grupos, que debían enfrentarse entre sí. Gritando y chapoteando agua a los contrarios, trataban de penetrar a través del equipo adversario. Los nadadores más hábiles se metían en los sitios más profundos y "envolvían" al contrincante por la retaguardia. Si alguno no resistía ese embate y se salía a la orilla, el maestro le decía:

—Si no eres tenaz a pesar de tu juventud, ¿cómo vas a superar las dificultades? Si uno retrocede, abre una brecha al enemigo y la solidaridad se viene abajo.

Si no podemos resistir esa lucha en el agua, ¿cómo vamos a liberar al país?...

Kim Jiong Zik enseñaba todas las cosas a los muchachos desde el punto de vista del interés de la causa de la liberación del país, infundiéndoles el espíritu de la cohesión. Esto lo testimonia elocuentemente el episodio de las azufaifas silvestres. En Bongjuasan crecían muchos arbustos que daban azufaifas. El fruto era dulce y tenía pequeñas semillas. Su aspecto era lleno y redondo como un mortero. Por eso las llamaban azufaifas "mortero". El maestro llevaba a los alumnos al monte a recoger frutos. Hacía con estos un montón. Después los repartía en partes iguales. Los que habían recogido más se enfadaban. El maestro no lo pasaba de largo, aunque era una pequeñez. Y sentaba a los alumnos alrededor y les explicaba:

—El trabajo requiere mucho sudor, por eso hay que preocuparse por aliviar las dificultades de los demás. Pero el fruto del trabajo hay que repartirlo por igual, ya que todos son compañeros.

Este precepto del maestro correspondía a una magnífica costumbre nacional de Corea: compartir las penas y las alegrías, vivir en amistad con los vecinos y ayudarse mutuamente en los momentos difíciles. Kim Jiong Zik enseñaba a sus alum-

nos a no ser ambiciosos ni arribistas, a trabajar bien y a vivir en armonía todos juntos.

El maestro enseñaba a los alumnos a querer a la patria chica y al país mediante la educación laboral.

—Por el bien del país hay que plantar muchos árboles —les decía. Y con ellos plantaba álamos, perales y otros árboles en torno a la aldea y en las orillas del río Susongchon en el tiempo destinado a la gimnasia matinal o al terminar las clases.

La montaña de Bongjuasan enlaza con la Desongsan, de Pyongyang. En tiempos remotos las señales de peligro se transmitían con antorchas que ardían en las cumbres. La montaña Desongsan, por llamas de noche y humo de día, anunciaba a la Bongjuasan el peligro que se cernía, y de allí a la Bongsude, y viceversa. Y miles de guerreros, levantando nubes de polvo en la llanura de Mekzombol, se dirigían hacia Pyongyang para aplastar al invasor. Al regreso, los vencedores se bañaban en las aguas del río Yolfagang.

Las operaciones militares rondaban la mente de Kim Jiong Zik, que se proponía liberar al país compaginando la labor política con la militar. A la montaña Bongjuasan la comparaba a un general, y a los cerros grandes y pequeños, así como a los matorrales de sorgo, a un ejército. A veces, emocionado, decía que si se dispusiera de un ejército tan numeroso como esos matorrales se derrotaría a los imperialistas japoneses y se conquistaría la independencia de Corea. Parafraseando los versos del general Nam I afirmaba apasionadamente que había que desgastar las rocas de la montaña Bongjuasan afilando la espada de la venganza y secar el río Yolfagang abrevando al corcel guerrero.

Así eran sus ardientes aspiraciones de aniquilar al enemigo para devolver a la Patria la libertad e independencia.

Decía a sus alumnos:

—Nuestro país posee maravillosos montes, cristalinas aguas y una naturaleza incomparable. Pero está ocupado por el enemigo. Y esto ha ocurrido por la actividad traidora de los degenerados e impotentes gobernantes feudales. Nuestro deber consiste en alzarnos a la lucha en filas compactas para recuperar la Patria que nos han arrebatado. Tarde o temprano venceremos. Si no vencemos nosotros, vencerán los que nos sigan.

Kim Jiong Zik les hablaba a sus alumnos de la belleza de la naturaleza del país, de las perspectivas de la revolución coreana y les leía sus versos y les cantaba canciones.

Después de su llegada a Bongjuari, Kang Ban Sok pasó a considerarse miembro del personal de la Escuela Miongsin. Pronto desapareció la frontera entre la escuela y la casa, que estaban en un mismo patio.

Los alumnos iban muy a menudo a la vivienda del maestro. Kang Ban Sok los trataba como si fuesen sus propios hijos. Les calentaba el arroz cocido que llevaban para comer, manteniéndolo en un lugar templado de la habitación. Al almorzar, según los alimentos que les habían preparado en casa, algunos alumnos comían alegres y orgullosos, y otros, avergonzados de sus comidas, que eran poco sabrosas, se alejaban a un rincón de la escuela o al monte. Kang Ban Sok comprendía muy bien su estado de ánimo y pensó: supongamos que sea inevitable que traigan mijo o cebada cocida, porque aquí no se cultivan otras plantas. Pero no se debe permitir que por eso los niños sientan amargura, teniendo que comer escondidos. Al hacerlo así se contribuiría a formar en ellos el estoicismo y la firmeza, semejantes a las rocas, que desea imbuirles Kim Jiong Zik. Yo enseñaría a los niños a divertirse juntos y a compartir la comida que traen a la escuela... Y eso les enseñó Kang Ban Sok. Incluso les llevaba comida de su casa y sentaba a los alumnos en un corro para que comieran juntos. Además aderezaba la comida que llevaban los niños. Una vez sazonada por ella, cualquier comida se hacía en seguida sabrosa, de tal modo que ninguno de los que la llevaba pudiera sentirse humillado. Así, la hora del almuerzo resultó ser para los chicos un momento alegre y agradable. Todos los niños eran como hermanos, como miembros de una misma familia.

Mientras que Kim Jiong Zik infundía a los alumnos el amor al trabajo y el sentimiento de igualdad cuando iban a recoger frutos de azufaifos, Kang Ban Sok aprovechaba el descanso de la comida para fomentar la amistad y la armonía. Kim Jiong Zik era un padre para los alumnos, y Kang Ban Sok, una madre.

A los más pequeños Kang Ban Sok les daba como merienda por lo menos soya tostada o el arroz que se pegaba al perol. En verano prestaba una atención especial a la comida de los alumnos, a los que prohibía rigurosamente comerla si notaba que se había estropeado, aunque fuera un poco. En esos casos les daba comida de la suya.

La ropa de los niños le daba también mucho trabajo. Cosía botones y cordones y remendaba la ropa rota durante los

juegos. Tenía gran facilidad para adaptar a la medida las prendas que no se ajustaban a los niños. Kim Jiong Zik velaba por la higiene de los alumnos. El mismo les cortaba el pelo con una máquina que había comprado para este fin. No dejaba entrar a la clase a los que iban mal aseados. Kang Ban Sok llevaba a estos alumnos al riachuelo y los lavaba con jabón. Kim Jiong Zik decía que el alma del hombre se refleja en el aspecto exterior. Y la cuestión no consistía en ir lujosamente vestido, sino con pulcritud y aseo. Pero no todos los padres respondían a esa exigencia de Kim Jiong Zik. Sin embargo, gracias a la solicitud y el amor de Kang Ban Sok, todos los niños del poblado andaban tan limpios como "soles", como decían los vecinos, y crecían animosos y honestos. Esto resaltaba de manera especial al comparar a los alumnos con los de la escuela *"sodang"* del poblado de al lado, que llevaban el pelo largo con trenzas, y los pantalones y las camisas salpicadas de tinta negra. Esta escuela la mantenía una sociedad religiosa. Los alumnos de una y otra escuela se peleaban de vez en cuando. Kim Jiong Zik propuso infinidad de veces a los amos de la escuela vecina unificar ambas escuelas, alegando que los tiempos habían cambiado. Pero los patrones de la escuela *"sodang"* se mantenían en sus trece, lo que desconsolaba a aquél. ¿Por qué estudiar el pútrido confucianismo? Se enturbiaban las almas infantiles con versos rutinarios como éstos: no te arregles el gorro debajo de un ciruelo, pues la gente podrá creer que estás robando ciruelas; no te arregles el zapato que se te salga del pie, en un huerto, pues la gente sospechará que estás robando pepinos, etc. Con esta ideología cautelosa y pasiva envenenaba la ingenua mente de los niños. Cómo se podía estropear con semejantes desvaríos a los hijos e hijas de la Patria, cuando había que enseñarles a ser audaces y activos y a actuar por su propia cuenta... ¡Daba congoja ver todo esto!

Kim Jiong Zik decidió demostrar la inconsistencia de estas ideas con prácticas y ejemplos conscientes. Poco a poco fueron pasando alumnos de la escuela *"sodang"* a la Escuela Miongsin.

Por el contrario, un alumno suyo pasó a la escuela *"sodang"*. Era el hijo del terrateniente Bek, de la aldea.

Kim Jiong Zik conocía muy bien la naturaleza de los terratenientes. Vendían al país, aprovechando su condición de gobernantes feudales, que eran unos redomados miserables. También era terrateniente quien pidió a Kim Jiong Zik que

perdonara a un japonés, hecho que ocurrió en Mankiongde. Bek, que retiró de la escuela a su hijo, era tan avaro que prohibió a los vecinos coger barro de su cerro para embadurnar las paredes de las casas. Asustado de la educación antijaponesa que impartía Kim Jiong Zik a sus alumnos, Bek, además de sacar a su hijo de la escuela, trató de convencer a otros padres para que hiciesen lo mismo, argumentando que los muchachos sólo serían personas cultas cuando aprendieran los jeroglíficos.

El enemigo empezaba a enseñar los dientes.

—Hay que tomar medidas —dijo Kang Ban Sok a su marido, preocupada por su suerte.

—En el trabajo, como es natural, suele haber contratiempos. El sentido de nuestra vida consiste en superarlos —contestó Kim Jiong Zik—. Nuestra tarea reside en agrupar a nuestro lado a todos los hombres honestos. Entonces las tretas del terrateniente reventarán como pompas de jabón. Yo actuaré en la escuela e influiré en los miembros de las sociedades Jakkiogue, Bisokgue y Jiangtogue, y tú trabajarás con las mujeres de la aldea.

—¿Y cómo hay que unirlas?

—¿Acaso no lo sabes? Sigue haciendo como hasta ahora: cuida con cariño de los niños como si fueran tuyos y comparte las dificultades con las vecinas. Ponte en el lugar de ellas y entérate de lo que sienten. Así encontrarás el camino de su corazón y sabrás lo que tienes que hacer.

Kang Ban Sok fue aún más perseverante en el cumplimiento de esta tarea. Cuidaba de los alumnos como si fueran hijos suyos, tenía amistad con los vecinos y les ayudaba en todo. Jamás olvidaba que en todo lo que realizaba, no sólo ayudaba a la labor revolucionaria de su marido, sino que hacía su aporte a la lucha. Su vida era cada vez más consciente.

Su actitud sensata y su actividad consciente hicieron que su vida fuera ideal y valiosa y que le proporcionara frutos cada vez más apreciados.

13

Aunque hacía poco que había llegado al poblado Nedong, la influencia de Kang Ban Sok entre las mujeres era enorme.

Roturó una pequeña parcela, en la que sembró mijo. Tal parcela, muy inferior en superficie al campo de Mankiongde, le permitió dedicarse a la agricultura, gracias a lo cual podía compartir los sentimientos de las mujeres de la aldea. Luego de realizadas las faenas con rapidez y habilidad, ayudaba desinteresadamente a sus vecinos.

—No sabemos cómo pagarle estos favores —decían las mujeres—. Como tiene un campo tan pequeño, ni siquiera podemos ayudarle.

No era sólo eso lo que más admiraban las vecinas. Se asombraban de la habilidad de Kang Ban Sok en el trabajo. Ellas consideraban que la mujer de un maestro tenía que ser una señorita. Bajo un régimen así, en el que los campesinos no habían disfrutado del resultado de su trabajo durante milenios, las labores campesinas se consideraban una ocupación poco digna, una labor despreciable. Al principio, cuando Kang Ban Sok no trabajaba en las faenas del campo, sino que se quedaba en casa, por su indumentaria y conducta las mujeres creían que no sabía hacer las faenas. Pero cuando vieron que ninguna de ellas le igualaba en el trabajo, se sintieron atraídas por la esposa del maestro. Además se quedaba para ayudarles. No sabiendo cómo expresarle su gratitud, las mujeres sentían preocupación por el pago del trabajo.

—Si nuestro huerto es pequeño y lo laboramos pronto, no podemos tranquilizarnos mirando como las malas hierbas se comen los sembrados de nuestros vecinos. ¿No es así? Todos somos personas humildes y tenemos que considerar los asuntos del vecino como cosa propia —decía Kang Ban Sok.

La gente humilde, en el medio rural, se agrupaba a menudo para laborar en común la tierra. Era una buena costumbre establecida la de ayudarse unos a otros. Esta antigua costumbre adquirió mayor amplitud. Aunque sea una sola persona la que procede así, si tal persona se identifica con las aspiraciones de las masas y se coloca a la cabeza de la lucha, su conducta adquiere una fuerza poderosa. Eso mismo ocurrió con Kang Ban Sok en ese caso.

Esto no se reducía exclusivamente a la ayuda en las faenas del campo. Kang Ban Sok ayudaba también a las vecinas a coser y a preparar la comida. De estas labores había aprendido de su madre cuando era muchacha. Cocinaba gran variedad de platos con diversas hierbas que crecían en abundancia en los montes. Cada plato de hierba guisado por ella tenía un sabor particular. Enseñó a las mujeres los métodos más avanzados de tejer las cotonadas. A diferencia de Chilgol, en Nedong, que era un lugar montañoso, se daba peor el algodón y por eso, el arte de tejer se hallaba atrasado. Enseñó a las mujeres los procedimientos más eficaces y ella misma tejía. Nadie la aventajaba en las labores agrícolas ni en las demás faenas propias de la mujer. Kang Ban Sok empezó a jugar en seguida el papel rector entre las mujeres del poblado.

La nobleza de sus puntos de vista y la capacidad para apreciar correctamente las cosas contribuyeron a que muchas mujeres se agruparan en torno a ella. Trataba con respeto a los ancianos e infundía en los jóvenes la esperanza en el futuro.

Empezó a enseñar a las mujeres a leer y escribir.

Al igual que cuando estaba solo Kim Jiong Zik, después de llegar su familia, la Escuela Miongsin justificó su nombre, siendo un centro de actividad ilustrativa, agrupando en este período a las mujeres. A menudo se reunían en ella los hombres y las mujeres, los ancianos y los jóvenes, y discutían los problemas que les interesaban, lo que unía a todos.

Kang Ban Sok se interesaba mucho por la urbanización del poblado.

Cerca del río, que pasaba junto a la Escuela Miongsin, había un manantial que no se secaba ni en las sequías más fuertes. Por lo visto brotaba de las capas más hondas del monte Bongjuasan. El agua, además de exquisita, era tan fría que en los días más calurosos se enfriaban los dientes al beberla.

Pero nadie cuidaba del manantial, aunque lo utilizaban todos. Seguramente por considerar que era de nadie. Alrededor habían crecido malezas. Kang Ban Sok veía desde la ventana cómo la gente se abría paso entre la maleza para llegar al manantial y cómo se inclinaba para beber agua.

Una vez, Kang Ban Sok arrancó las matas de endrino y mandó a los niños que trasplantaran un sándalo. Luego desparramó guijarros del río alrededor de la fuente, que brotó más limpia, transparente y en abundancia. Después colocó unas piedras grandes para poner los cántaros y una jiguera para coger el agua.

El manantial aportó un tono más a los paisajes del poblado. Las mujeres iban por la mañana y por la tarde por agua o a beber desde los campos y a descansar un rato. Los caminantes daban un rodeo para saciar la sed.

Desde allí se veía a los niños jugar o hacer gimnasia en

el patio de la escuela, y llegaban las voces de los niños que leían o cantaban.

Al conocer Kang Ban Sok los frutos de la actividad revolucionaria de Kim Jiong Zik en Bongjuari, trataba de atenuar su preocupación por la vida mísera que llevaban en Mankiongde su suegra y su cuñada menor. Pero no podía desentenderse de la familia que vivía en Mankiongde. Le escribió una carta a su suegra pidiéndole que fuera a ver a sus nietos. La suegra prometió ir en el otoño, el día de difuntos, ya que en verano eran muchas las faenas. Ya entonces los campesinos limpian los aperos para guardarlos. Kang Ban Sok esperaba con impaciencia la visita de su suegra después de medio año de separación.

Cierto día, la víspera de una fiesta, una vecina le regaló unas tortas de arroz glutinoso. Kang Ban Sok decidió guardarlas para su suegra. Y los colocó en un jarro con agua fría. Así se conservarían hasta que llegara, pero aquélla no se ponía en camino.

Apareció diez días más tarde. Las tortas se conservaban frescas porque Kang Ban Sok cambiaba varias veces al día el agua.

La suegra comió con buen apetito las tortas, pensando en la bondad y afabilidad de su nuera.

—Eres bondadosa como nadie. Eres como aquel personaje del cuento, que servía fresas a la mesa hasta en invierno.

Este hecho llegó a oídos de las mujeres del poblado. Se enteraron cuando la suegra visitó a algunas vecinas para agradecerles las atenciones dispensadas a su hijo y nuera al trasladarse a vivir a ese poblado.

Se enteraron de otra maravillosa cualidad de Kang Ban Sok: de su respeto y cariño a sus suegros. Si ese hecho hubiera ocurrido en invierno, nadie se habría asombrado. Cualquiera podía conservar unos cuantos días unas tortas de arroz para invitar a los familiares ya que en esa estación no existe peligro de que se estropeen. Pero para cambiar unas cuantas veces al día el agua del jarro había que tener un corazón extraordinariamente bondadoso.

Por lo visto fue entonces cuando las mujeres del poblado se percataron de lo profundas que eran las raíces de las que emanaba el patriotismo de Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok.

—Es cierto, a las personas se las conoce por sus hechos —indicó una vecina, repitiendo lo que les enseñaban cada día el maestro y su esposa y recordando su ardiente patriotismo.

En efecto, no podía haber ningún patriota que no respetara ni amara a sus padres. Todo patriota quiere más que nadie a sus padres, a su esposa y a sus hijos. Este respeto y cariño no es un simple sentimiento humano, sino que está engarzado con profundas raíces a la suerte de la Patria.

Esta gente noble está embargada por un inmenso amor a la Patria y le dedica toda su vida.

Cuando sucedió el caso de las tortas de arroz, Zung Son tenía cinco años. El veía cómo su madre cambiaba el agua en el jarro para poder conservar las golosinas a fin de invitar a la abuela.

14

Kim Jiong Zik estudiaba a fondo en los periódicos y revistas la situación internacional y, sobre todo, la marcha de la Primera Guerra Mundial.

Seguía con especial atención las acciones agresivas del imperialismo japonés. Habiéndose adherido pérfidamente a la Entente y so pretexto de combatir a los alemanes, desembarcó tropas en la península de Shantung con el propósito de instalar allí una plaza de armas para conquistar a China. Como comunicó el corresponsal de Pekín, el gobierno feudal y reaccionario del conservador Yuan Shih kai se hizo projaponés. Corea se vio sumida en una situación catastrófica a consecuencia de la traición de sus gobernantes. ¿Seguirían los gobernantes chinos el mismo camino? Las canalladas de los gobernantes feudales no se limitaban a un solo país. El odio y el desdén que sentía Kim Jiong Zik hacia ellos contribuía a formarle ideas avanzadas.

Además, Kim Jiong Zik analizó a fondo las acciones de los imperialistas. En ellos no había ni un ápice de justicia, ni merecían confianza; lo único que necesitaban eran concesiones y agresión. Por dichas concesiones se agrupaban o se dividían; los que hoy eran "amigos" mañana serían enemigos, y los enemigos de ayer se hacían "amigos" en el presente.

Esto lo atestigua la entrada en la Entente de la Rusia zarista e Inglaterra. Una de las causas de la derrota de la flota rusa del Báltico en el Estrecho de Corea, durante la gue-

rra ruso-japonesa, consistió en las maquinaciones de Inglaterra. Esta, al mantener en sus manos el Canal de Suez, impidió el paso a la Flota del Báltico, la cual tuvo que contornear Africa, pasando cerca del Cabo de Buena Esperanza. Inglaterra informaba y daba toda clase de facilidades al Japón para que éste destruyera a la flota rusa, agotada por la larga travesía, en el Estrecho de Corea. Partiendo de esto la Rusia zarista e Inglaterra no podían entrar en la Entente, pero la alianza, a pesar de todo, fue posible porque Rusia quería aplastar a Alemania y salir a la península de los Balcanes, e Inglaterra temía la expansión de los germanos y, sobre todo, perder su influencia en el Mediterráneo.

Análogas relaciones se establecieron entre la Rusia zarista y el Japón. Habían pasado menos de diez años desde que lucharon entre sí por adueñarse de Corea. ¿Qué relaciones existían entre China y el Japón? Tras usurparle Formosa, establecieron una "alianza". En todo caso, el motivo era uno: las concesiones y la expansión de la influencia. Las víctimas eran los países pequeños y débiles.

De todo esto Kim Jiong Zik sacó las siguientes conclusiones de gran importancia:

Los choques entre los imperialistas eran inevitables. No se sabía cuál sería el desenlace de la Guerra Mundial, pero lo que sí era evidente es que el Japón se portaría como si tuviera "privilegios especiales" en China y chocaría por ello en Asia con la influencia norteamericano-europea. Y no contaría con el apoyo de Inglaterra ni de los Estados Unidos.

La tarea de Corea consistía en ponerse en pie sin esperar nada de nadie, ponerse en pie con sus propias fuerzas. Tanto los EE.UU. como Inglaterra, Francia, la Rusia zarista y China sólo deseaban una cosa: devorar a Corea. Era inútil forjarse ilusiones de que Corea recibiría ayuda de esos países, pues inevitablemente sería devorada por ellos. No se podía confiar en ninguno de los imperialistas. Unicamente se podía tener fe en sí mismo. Y para ello había que acrecentar el potencial. Este era el objetivo de la Asociación Nacional Coreana. No se sabía cuándo llegaría ese momento, pero lo que sí estaba bien claro era que ese día llegaría cuando los coreanos se hicieran fuertes.

Un momento favorable sería cuando el Japón y las fuerzas norteamericano-europeas se enfrentaran por la cuestión china.

Rigiéndose por dichos criterios, Kim Jiong Zik desplegó la actividad de la Asociación Nacional Coreana.

El entregaba todas sus fuerzas a ampliar la Asociación dedicando especial atención al desenlace de la Guerra Mundial y a los cambios de situación de la postguerra que habrían de producirse. Sabía muy bien que sin fuerzas preparadas no se podría alcanzar resultado alguno, aunque el final de la guerra crearía una coyuntura favorable para Corea.

Kim Jiong Zik desarrolló su actividad con la esperanza de que de diez mil hombres que formara saldría aunque sólo fuera un auténtico revolucionario. Estaba resuelto a sembrar un sinfín de semillas patrióticas revolucionarias. Sabía que algún día darían brotes. Servirían de terreno y abono al amor a la Patria, la conciencia nacional, la historia, la naturaleza y hasta las costumbres. Aunque habían pasado nada más que seis o siete años después de la llamada "anexión", los coreanos tuvieron que sufrir mucho. Las penalidades e infortunios engendraron patriotismo en la gente, patriotismo que se hacía cada vez más sólido a medida que se recrudecía la opresión de los invasores japoneses.

Estas mismas semillas sembró en Bongjuari, donde actuaban varios miembros de la Asociación Nacional Coreana. Estos asumieron responsabilidades en las organizaciones Jakkiogue, Bisokgue y Jiangtogue. Estas organizaciones legales estaban cohesionadas en torno a la Asociación.

Con su trabajo entre las mujeres y vecinos, Kang Ban Sok prestaba gran ayuda para consolidar dichas organizaciones. Las mujeres creían en ella para todo.

Muchas personas visitaban a Kim Jiong Zik en Bongjuari. Eran los miembros de la Asociación Nacional Coreana, que actuaban en diversas localidades del país, e iban a verle para tratar de los asuntos de la Asociación. Iban haciéndose pasar por familiares o por vendedores de pinceles. En muchos casos aparecían por la noche, y en otros casos Kang Ban Sok decía a los vecinos que habían llegado parientes o vendedores de pinceles.

Había algunos que para mantener el secreto iban con un montón de libros, haciendo ver que acudían para discutir su contenido.

Le visitaban personas vestidas de distinta manera y bajo cualquier pretexto. Kim Jiong Zik las llevaba al monte o a la orilla del río, como si fueran a contemplar la naturaleza. De hecho, por aquel entonces abrigaba varios proyectos y planes

para desarrollar el medio rural, inmediatamente después de conquistar la independencia.

En sus conversaciones con los visitantes desconocidos era muy frecuente oírle hablar de embalses, de campos de regadío, de cómo cultivar mejor el huerto de árboles frutales y de dónde emplazar una piscifactoría. Las personas que oían hablar de esto lo consideraban como el tema único de sus conversaciones. Una vez que los interlocutores se apartaban un poco, al pie de una roca o bajo un pino, pronunciaban discursos apasionados acerca de los destinos de la nación y de la Patria.

Los miembros de la Asociación Nacional Coreana de distintos lugares iban a ver a Kim Jiong Zik y le llevaban infinidad de noticias, sintiendo gran amargura por la suerte de la Patria. Con gran aflicción y la voz quebrada por la congoja, lloraban implorando ayuda a las rocas. ¿Cómo podían las entrañables montañas permanecer mudas al oir los gemidos del pueblo? ¿Acaso no caían sobre ellas sus lágrimas y su sangre? Hablaban también de sus aspiraciones. Trabajaban de acuerdo con las instrucciones de Kim Jiong Zik. Pero era muy grande la carga que hacían recaer sobre ellos los dolorosos y penosos acontecimientos. He aquí uno de ellos: como consecuencia de la "ley del catastro" puesta en vigencia por los bandidescos agresores japoneses, éstos despojaron en pleno día de la tierra a los campesinos. ¿Se podía tolerar eso?

Y no sólo por eso iban los miembros de la Asociación a ver a Kim Jiong Zik; iban a verle para recibir instrucciones, aprender a luchar y saber qué medidas debían tomar. Luego de oir sus quejas, Kim Jiong Zik les daba las indicaciones pertinentes y ellos volvían a sus lugares a proseguir la lucha.

Después de ser instruidos por Kim Jiong Zik desaparecían por los desfiladeros en distintas direcciones. Kim Jiong Zik se quedaba mirando cómo se alejaban, hasta que se perdía de vista la bata blanca que llevaban, y entonces descendía a la aldea con pasos pausados.

Cuando el marido iba al monte, Kang Ban Sok ponía oídos y ojos a todo, para advertir oportunamente el acecho de algún sospechoso. Estaba preparada para prevenir a su esposo del peligro en cuanto se diera cuenta del más insignificante indicio de sospecha.

Era un momento de gran tensión para ella.

Permanecía de guardia saliendo para eso a menudo de casa, hasta que su marido aparecía solo.

A ella le parecía que avanzaba todo el monte.

Después de estas conversaciones con los emisarios, Kim Jiong Zik se mantenía callado y se enfrascaba en la lectura. Esperaba acciones de los miembros de la Asociación. Si recibía un aviso de parte de los enviados, ya fuera escrito u oral, volvía a reanimarse y a interesarse por las cuestiones más diversas.

15

Medio año después de la llegada de Kang Ban Sok a Bongjuari, en el otoño de 1917, se celebró en la Escuela Miongsin un certamen artístico y competiciones deportivas entre los escolares. En la cancha se levantó una tienda de campaña. En el programa de la fiesta figuraban también competiciones entre adultos: los padres de los alumnos y los vecinos del poblado. Fue más bien una gran fiesta deportiva rural.

Esto contribuyó a unir aún más a los vecinos, pues al frente de los festejos se encontraban los miembros de las organizaciones Bisokgue, Jakkiogue y Jiangtogue, los que aseguraron la exitosa marcha de las competiciones deportivas y del certamen artístico de los alumnos.

Los vecinos pidieron que se ampliara la escuela nocturna después de recogida la cosecha otoñal. Los ejercicios de gimnasia y militares, las competiciones deportivas, la exposición de dibujos infantiles, las canciones y las intervenciones de los oradores fueron acogidos con gran emoción por los padres de los alumnos.

Kim Jiong Zik veía en ello el avance de la revolución. Constituía un importante logro el hecho de que no sólo estudiaran y se politizaran los alumnos, sino también que se desarrollara la conciencia de sus padres. Este era el objetivo de su trabajo. Así se extendían las perspectivas del quehacer escolar.

Uno de aquellos días irrumpieron en la escuela policías con los sables envainados. Fue durante una lección de la tarde.

—¿Cómo se atreven a entrar con las botas llenas de barro? —les increpó el maestro.

Al oir la voz de su marido, Kang Ban Sok salió apresurada-

mente de su cuarto y vio que la escuela estaba rodeada por un policía japonés a caballo y policías coreanos.

Al ver la actitud resuelta de Kim Jiong Zik, los policías no se atrevieron a entrar en la clase. El maestro, tranquilo, salió de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó sin inmutarse a un policía. Y éste, todo confuso, presionado por la serenidad del maestro, farfulló:

—Por favor, venga con nosotros un momento y nada más.

Los alumnos, al oír estas palabras, salieron corriendo de la clase e hicieron un corro alrededor del maestro como para defenderlo. Algunos, llorando, se agarraron a las mangas del maestro.

Kim Jiong Zik miró con ternura a los alumnos, los acompañó hasta el aula y después ordenó al monitor que continuase la lección. Luego dijo a su esposa:

—Volveré pronto. Díselo a los niños.

Con una tranquilidad imperturbable salió de la escuela. Tras él, a ambos lados, iban los odiosos policías coreanos y más atrás el policía japonés a caballo.

Kang Ban Sok, que había salido a la calle, rebosando odio e indignación, estaba dispuesta a impedir cualquier acción irrespetuosa o brutal respecto a su marido, pero al darse cuenta de que los policías se mostraban, por el contrario, desconcertados por la serenidad de Kim Jiong Zik, esperó tranquila las decisiones de su marido. El siempre le aconsejaba que cuanto más peligrosa fuera la situación más serena debía mostrarse.

Sin embargo, cuando Kim Jiong Zik traspasó el portón del patio de la escuela, a Kang Ban Sok le parecía que todo el mundo se hubiera hecho de pronto tenebroso y se agitara en un torbellino. Las palabras de su marido, diciendo que volvería pronto y que tranquilizase a los alumnos, resonaron en sus oídos como un presentimiento agorero.

¿Por qué no he tratado de defenderlo contra aquellos miserables policías? Lo hubiera salvado a cualquier precio. ¿Qué me importaba que blandieran los sables y dispararan los fusiles si, al fin y al cabo, lo podía salvar?

Kang Ban Sok comprendía la importancia que tenía la actividad revolucionaria de Kim Jiong Zik. Y debía defenderlo aunque fuera al precio de su vida.

Cuando su marido desapareció detrás del monte presintió una larga ausencia, un martirio.

La escuela quedó vacía al instante: los alumnos salieron a acompañar al maestro. Al lado de Kang Ban Sok permanecía solo el pequeño Zung Son.

Habitualmente jugaba con los alumnos, pero en aquel momento permaneció con la madre y miraba con ira hacia el lugar por donde habían llevado a su padre.

Tenía crispados sus pequeños puños. Chol Zu, el hermanito menor, sujeto a la espalda de su madre, señalaba con la mano el camino por el que se había ido su padre y pedía ir tras él.

Kang Ban Sok entró en casa, puso en orden el escritorio y salió a la calle cuando volvían los alumnos.

Le contaron que el japonés les había amenazado con la fusta, pero que acompañaron al maestro hasta que éste les ordenó que volvieran a la escuela.

Los niños no entraron en la clase, sino que fueron a la vivienda del maestro y se situaron ante Kang Ban Sok. Parecían preguntar con sus ojos negros: ¿Qué hacer? Kang Ban Sok sentía una fuerte convicción de que ella era, además de la esposa de Kim Jiong Zik, su compañera revolucionaria y que, por eso, debía continuar su labor.

—Volved a la clase. ¿Qué os ha dicho el maestro al marchar? ¿Acaso no os ha dicho que debéis estudiar como de costumbre? ¿Sabéis por qué esos japoneses se llevaron al maestro? No quieren que estudiéis. Sí, lo que más temen ellos es que los alumnos, gracias al estudio, amen más a su país. ¿Y pueden dejar de estudiar? Ahora es cuando hay que hacerlo con más aplicación. ¡Ahora mismo a clase! Si estáis encolerizados por el arresto del maestro, debéis estudiar más. Yo me haré cargo del curso inferior.

Parecía que los niños se habían vuelto mayores. Dirigidos por el monitor del curso superior, entraron en clase y se sentaron en sus sitios. Se les oyó cantar el himno escolar. Kang Ban Sok apenas pudo contener las lágrimas al oírlo. Los alumnos tenían la costumbre de cantar este himno —compuesto por Kim Jiong Zik— en los momentos de alegría y de desgracia para cobrar o redoblar el ánimo. Aparecieron las vecinas, admiradas de la decisión tomada por los alumnos de seguir estudiando, pero, a la vez, se sentían intranquilas.

Kang Ban Sok hacía todo lo posible para no aparecer turbada ante ellas.

—Seguramente vendrá pronto —explicó—. Todo eso se

debe a que nuestro país está ocupado. ¿Qué se saca con desesperarnos? ¡Hay que ser fuerte!

Apareció un muchacho de la aldea con una nota para Kang Ban Sok.

Era Jo, miembro de la Asociación Nacional Coreana. Kim Jiong Zik le echó la nota en el camino sin que lo advirtieran los policías. Había ido acompañando al detenido hasta el embarcadero Mekzon de acuerdo con un plan trazado por la Asociación para casos extraordinarios. Después de leer la nota, Kang Ban Sok se dirigió sin dilación hacia la parte trasera de la casa, cerca de la chimenea, y sacó de debajo de unas tejas un legajo de documentos y los quemó en el fogón.

En cuanto quedó convertida en cenizas la última hoja se oyó el pataleo de un caballo. Era el policía japonés, que, furioso y con ojos rabiosos, dijo gruñendo:

—Déjame ver la casa. Debo registrarla.

Era evidente que sólo después de haber cruzado el río se le ocurrió pensar que podría haber en la casa documentos comprometedores.

Sin pedir permiso ni quitarse las botas, entró en la habitación y se dispuso a abrir el armario. Al verlo, Kang Ban Sok no pudo contenerse.

Era imperdonable irrumpir con tanta desvergüenza en una casa. Sólo los perros japoneses, carentes de moral y cortesía, eran capaces de hacer eso. Una persona que no desdeñara a otros no podía obrar de tal manera.

¿Por qué habían detenido a Kim Jiong Zik? ¿Qué culpa tiene él? Se entregaba por entero a la causa de la liberación de la Patria y no escatimaba fuerzas para educar a la joven generación. ¿Acaso se le podía detener por eso?

A pesar de que Kang Ban Sok había quemado los documentos secretos por orden de su marido, estaba intranquila y le temblaban las manos, pues en esos documentos se hallaba registrada toda la actividad de Kim Jiong Zik a lo largo de diez años, desde los tiempos de Mankiongde. Y se vio obligada a quemarlos cuando había que conservar eternamente estos inapreciables documentos para darlos a conocer a las futuras generaciones. Y en ese momento, rebosante de indignación y de un sentimiento de protesta, que no sabía en quien descargar, irrumpió groseramente en la vivienda el policía japonés.

Kang Ban Sok abrió enérgicamente el armario y, sacando a puñados la ropa, se la arrojó a la cara al policía.

—¡Mira bien, canalla! —le espetó y le escupió a la cara.

El policía, estupefacto ante la inesperada protesta, reculó y se agarró al umbral para no caer. Al llegar a Corea, los japoneses habían sido informados acerca de este país: "En Corea rigen normas muy rigurosas de cortesía, por lo cual se la llama 'país cortesano del oriente'. Sobre todo, las mujeres tienen una asombrosa integridad. Pero si se respeta estas normas morales sería imposible gobernar a Corea. Y hay que pisotear las costumbres culturales y el espíritu nacional de Corea por medio de las armas. En caso contrario sería inevitable la derrota moral y no se podría gobernar el país". En esto se basaba el llamado "gobierno militar".

Con este "espíritu samurái" trataba el policía japonés de influir en Kang Ban Sok, pero no tuvo entereza suficiente al ver la mirada fulminadora que le lanzaba desde la terraza. El fusil y el sable eran impotentes. Jamás había pensado que en un poblado perdido entre montañas se enfrentaría oara a cara con una figura ejemplar de la mujer coreana, de la que había oído hablar. Y seguramente pensaría: ¡En qué lío me he metido! ¿Y las mujeres que había alrededor de la casa, que lo miraban con los ojos encendidos por el odio?

El policía japonés salió a toda prisa llevándose unos cuantos libros.

Las mujeres se quedaron estupefactas. El despreciable, pero temeroso japonés, armado y todo, había sido expulsado de la manera más vergonzosa, y no por un hombre, sino por una mujer, por una madre. Kang Ban Sok les infundió la confianza de sí mismas. Contemplándola con admiración, las mujeres empezaron a recoger los libros y la ropa que estaban desparramados por el soportal y el patio.

Desde ese momento, Kang Ban Sok sintió agudamente la falta de Kim Jiong Zik, sintió que se había quedado sola. No lo lamentaba por ella, sino por la crisis en que se encontraba el movimiento revolucionario que dirigía Kim Jiong Zik.

El corazón empezó a latirle con más fuerza cuando se dio cuenta de que solamente dependía de ella la suerte de la obra de su marido.

Decidió que, costara lo que costase, debía proseguir la causa de Kim Jiong Zik. Debería continuar trabajando con las mujeres, como le había aconsejado su marido. Las mujeres recogían en aquel momento las cosas dispersas y la contemplaban sin saber cómo consolarla.

—Gracias, pero déjenlo. Yo misma recogeré todo. Creo que las he molestado. Pero no olviden que los japoneses son nuestros enemigos. Fíjense bien. ¿Por qué han detenido a un hombre inocente? ¿A dónde vamos a parar si seguimos viviendo sumisos a los canallas japoneses? Son unos ladrones que han venido a nuestro país y nosotros somos los dueños. No hay por qué temerles. Si les tememos, ¿qué será de nosotros? Nos despojarán de todo. ¡Hay que ser audaz! Podremos seguir viviendo si nos mantenemos firmes y alertas.

Nadie quería irse. Ansiaban oírla hablar, querían quejarse a ella de sus angustias. Sólo por la tarde, los alumnos y vecinos se fueron a sus casas. Zung Son que hasta aquel momento no se sabía dónde estaba, se acercó a su madre y se aferró a su falda.

Hasta entonces Zung Son sólo había visto en su madre infinita bondad, ternura y cariño. Pero aquel día la había visto dar una réplica contundente al odiado japonés que se había llevado a su padre. Desde que los policías habían detenido a su padre, Zung Son estaba embargado por la ira a aquellos canallas. Sólo pensaba en vengarse de aquel miserable japonés y por eso nada le tranquilizaba. Por tal razón no había seguido a los alumnos que acompañaron a su padre y no cantó con ellos en la clase. Nada calmaba su ira. Pero se sintió satisfecho al ver que su madre había escupido a la cara al japonés y a patadas le había obligado a salir de casa con los brazos en alto. El niño sintió una confianza aún mayor en su madre.

En su infancia, Zung Son, tan vivo y curioso, había visto infinidad de cosas impresionantes, pero ninguna de ellas dejó en su mente tan marcada huella como esta detención de su padre y la protesta de su madre.

—Mamá —llamó sin querer.

La madre le acarició la cabecita.

—Vete, hijito mío, a jugar con los niños. Papá no vendrá seguramente mañana. No te preocupes. Ya les dará el merecido castigo a esos perros. Hasta que vuelve triunfador, sigue jugando como antes.

Por el patio corría solo un autito hecho con tallos de zahina por el mismo Zung Son. Lo movía el viento del tardío otoño.

En el poblado fueron detenidas también otras personas.

Sus familiares fueron a visitar a Kang Ban Sok. La gente sentía gran afecto por ella, que con tanta energía se había comportado el día que detuvieron a su marido. Y ese efecto les hacía visitarla en los momentos difíciles, puesto que en ella buscaban consejo y consuelo.

Kang Ban Sok era una mujer con firmes convicciones.

Sabía que en el poblado había pocos miembros de la Asociación Nacional Coreana y quiénes eran. Si los invasores japoneses hubieran tenido datos fehacientes, no habrían arrestado a la gente sin ton ni son. Lo hacían porque no sabían nada seguro, confiando en encontrar una pista. Así que la gente no debía temer nada y mantenerse firme. Además, había que abstenerse de hablar.

—En casa no hay que mostrar alarma. Es lógico que estén preocupadas. Yo también estoy intranquila. Los días cada vez son más fríos; pero hay que dominarse, hay que conservar la presencia de ánimo, aguantarse y realizar bien las faenas domésticas. Fíjense bien. No sabemos a quién más detendrán. Pero al que detengan se encontrará con los que detuvieron anteriormente y les dirá con qué dignidad se portan sus familias. Esto les ayudará a resistir.

Kang Ban Sok habló con cada mujer teniendo en cuenta su situación. Les dijo que cuando se sintieran solas que pasaran por su casa.

Un día aparecieron su cuñado Kim Jiong Rok y su hermano Kang Yong Sok.

Estaban intranquilos por ella, que se sentía sola, sin más compañía que los niños y lejos del lugar natal. En efecto, ausente su marido y sin parientes, el poblado le era extraño. En Mankiongde vivían los padres y los hermanos de su marido y cerca de allí en Chilgol sus familiares. No cabía duda que había que marchar a aquel lugar. La suegra había pedido al cuñado y al hermano de Kang Ban Sok que la llevaran a Mankiongde. Dijo que sentía mucha pena por los dos nietos.

—Hermana, envía en barca los bártulos antes de que se hiele el río y ponte en camino. Si el cuñado cayó en desgracia, ¿para qué sufrir tú sola?

En estas palabras se manifestaba el amor fraternal. Pero Kang Ban Sok no accedió a lo que le proponían.

—No te preocupes tanto. A veces en un año hay incluso tres sequías, pero en otoño también se recogen cosechas. Del mismo modo, el hombre no puede esperar sólo cosas buenas. Y en la vida puede haber vicisitudes como esas sequías. Hay que saber hacerles frente.

—Tienes razón. No importa que haya sequía. Pero no te podemos dejar sola con los niños en un lugar extraño. No podemos irnos sin ti. En tiempos como éstos debemos vivir todos los hermanos juntos, ayudándonos mutuamente. Eso es lo que pienso.

—Estoy ansiosa por irme, pero ahora es imposible. Han detenido a varios vecinos y nadie ha vuelto todavía. Todos piensan que esto sucedió porque luchaban por la Patria, y quien les imbuyó esa idea fue tu cuñado y yo soy su mujer. Supongamos que me vaya porque no está aquí él. Entonces, ¿qué diría la gente? Hay que esperar a ver cómo acaba el asunto de los detenidos; entonces podré marcharme. No está bien preocuparse sólo de uno mismo. Mi deber es quedarme aquí y compartir con todos las desgracias y alegrías. Cuando se arregle este asunto iré aunque sea en invierno. Marchaos vosotros solos. Además, qué necesidad hay de barco. No tengo nada que llevar... Un atillo a la cabeza y nada más.

Al notar un alto sentido de responsabilidad en la decisión de Kang Ban Sok de quedarse a pesar suyo allí, lugar extraño, a vivir con la gente que sufría, ni Kang Yong Sok ni Kim Jiong Rok trataron de persuadirla.

De este modo, Kang Ban Sok pasó el invierno con sus hijos y sin el marido en Bongjuari.

Un viento frío penetraba en la espaciosa clase, en la que por el día estudiaban alegremente los alumnos y por la noche los vecinos. Cuando cayó la primera nevada en la cancha de deportes no había huella alguna.

Sin embargo, dentro de la estancia había siempre mujeres. Al principio, nada más entrar, empezaban a hablar alarmadas de la suerte que corrían sus maridos.

Kang Ban Sok comprendió la inutilidad de estas conversaciones y decidió enseñarles a leer y escribir, y les leía libros de cuentos, despertando en ellas la ideología patriótica. Además les hablaba de la justedad de la lucha que libraban sus maridos.

Al avanzar el invierno se supo quién fue el delator que entregó a la Asociación Nacional Coreana.

El delator fue el terrateniente Bek, que había llevado a su hijo a la escuela *"sodang"* para que aprendiera los jeroglíficos. Este canalla demostró por completo lo que era.

El poblado estaba indignado. La gente volvía la cabeza cuando se encontraba con él en el camino. Las mujeres escupían al rostro a su mujer y a la nuera, y los niños propinaban palizas a los hijos del delator. Por este motivo se armaron muchos escándalos y se practicaron más detenciones. Al principio el terrateniente quería asustar a la gente, pero no pudo resistir el desprecio y el castigo mudo de la gente y empezó a negar que él tenía que ver con la denuncia. Pero de ningún modo podía atenuar la ira de toda la aldea. El odio hacia el terrateniente era enorme. Por su parte, Kang Ban Sok conoció aún mejor el alma vil de los terratenientes. Desde la infancia supo cómo eran las almas encanalladas de los amos. Desde la niñez conocía a los voraces, avaros y miserables señores que vendían a la Patria. Los conoció en su infancia, y en Mankiongde conoció a un tal Che. Pero sólo entonces se dio cuenta de que no los había conocido por entero.

Había sido el terrateniente el que delató a Kim Jiong Zik, el que lo puso en manos de los policías japoneses.

El terrateniente acusó a Kim Jiong Zik, alegando que quería mejorar la vida de los humildes e instruir a sus hijos. El terrateniente era un miserable e insaciable engendro humano.

Era un enemigo jurado con el que no se podía vivir bajo el mismo cielo.

Así era Bek. El odio hacia él no la dejaba dormir por las noches. Kang Ban Sok se enardecía cuando iban las mujeres a su casa. Recordaban la explotación y opresión que tenían que padecer en la aldea por su culpa y su avaricia y por lo degenerado que era.

Una vez visitó a Kang Ban Sok un compañero de Kim Jiong Zik, apellidado Zang. Al enterarse de la denuncia se puso furioso.

—¡A ese lo mato yo! —exclamó, enseñándole una pistola. Quería consolar a Kang Ban Sok y, a la vez, afianzar su decisión. Pero ella se opuso.

—Muchas gracias —dijo—. Con la imaginación lo he matado centenares de veces.

—¡No faltaba más! A gente como ésta no hay que dejarle viva. Hay que pegarle un tiro.

Estaba dispuesto a presentarse inmediatamente en casa de Bek. Pero Kang Ban Sok lo contuvo, diciéndole:

—Yo creo que debe pensarlo. ¿Sería conveniente que realizara ahora lo que se propone? Yo quisiera que pusieran en libertad a los detenidos y también es necesario que continuaran

las lecciones en la escuela. Mas, ¿qué será de ellos si se hace lo que ha pensado?

Estas palabras dejaron pensativo a Zang. Por fin dijo:

—Sí, esto puede perjudicarles. Pero, ¿se puede dejar a ese canalla así?

—Medítelo bien. Yo creo que Kim Jiong Zik pensaría lo mismo que pienso yo. No estaría mal enlazar con él y...

—Sí, tiene usted razón. Me enteraré como sea de cuál es su opinión y actuaré. Perdóneme por mi carácter brusco...

Kang Ban Sok no supo si Zang llegó a consultar o no con Kim Jiong Zik. Zang desapareció de pronto de la aldea, pero los rumores que corrían por el poblado acerca de la aparición de Zang asustaron tanto a Bek que se marchó a Pyongyang, donde estuvo mucho tiempo sin atreverse a volver a su casa.

En la primavera de 1918, un numeroso grupo de detenidos por el asunto de la Asociación Nacional Coreana fue puesto en libertad.

Como suponía Kang Ban Sok y como decía a las mujeres de los detenidos, Kim Jiong Zik libró con acierto la lucha durante las investigaciones. El asumió toda la responsabilidad. Esto le costaría soportar las torturas más brutales, pero no se doblegó. Por eso pusieron a todos en libertad menos a él y a algunas personas más.

—Hemos salido porque Kim Jiong Zik aguantó todas las torturas, que son difíciles de imaginar —le contaron a Kang Ban Sok los excarcelados al explicarle cómo habían podido salir de la cárcel.

—Cuesta mucho hablar ahora de aquellas torturas. Dejarlo a él en aquel maldito lugar y ponernos a nosotros en libertad es algo que merece que le pidamos perdón. Su marido es realmente un hombre fuerte, recto, inflexible. En la celda andaba siempre con la cabeza erguida y nos enseñaba a hacer lo mismo. Cuando le veíamos se sonreía. Nos bastaba verle para que nos sintiéramos más fuertes. El no perdía el tiempo. Siempre se le veía pensativo y estudiando algo. Por eso, para él hasta en aquella reducida celda se le abría el mundo entero.

Una vez, mirando correr el agua que atravesaba el muro de la cárcel por un canalillo del patio, dijo:

"El agua sale fuera libremente y nosotros no podemos salir. ¡Cómo anhelamos la libertad! Pero, ¿acaso somos nosotros, los encerrados tras las rejas, los únicos que apreciamos la libertad? Toda nuestra hermosa Patria ha sido convertida en una cárcel por los samuráis. Cada coreano debe luchar para derrumbarla y conquistar la independencia y la libertad para el país."

Su marido está en la cárcel, pero siempre tiene el pensamiento puesto en la lucha. Cuando se enteró de que nos ponían en libertad ni siquiera se inmutó porque se quedaba solo; nos dijo: busquen un nuevo maestro a los niños, y sigan trabajando en las organizaciones. Háganlo por mí. Y nos alentaba.

Estos relatos conmovían el corazón de Kang Ban Sok. Se pasó todo el invierno pensando en la obra y en la salud de su marido. Con el corazón dolorido se lo imaginaba agotado por los sufrimientos cuando escuchaba los relatos de los excarcelados acerca de todo lo que habían soportado y visto. Pero al mismo tiempo aparecía en toda su grandeza la imagen valiente de Kim Jiong Zik tras las rejas de la cárcel.

Se le antojaba una gigantesca montaña. Y al escalar su cumbre se divisaba otra y otra y otra...

Le llegaron noticias de que la policía, al chocar con la valerosa resistencia de Kim Jiong Zik no sacó nada en conclusión y después de varios meses de instrucción judicial se vio obligada a fabricar falsos testimonios y pasar la causa al fiscal. Seguramente habría decaído de salud a consecuencia de las torturas; además durante la instrucción judicial estaban prohibidas las visitas y los paquetes.

Kang Ban Sok pensó que había llegado la hora de partir para Mankiongde a fin de ayudar a Kim Jiong Zik. Y había deshelado, por lo que salió en lancha de Bongjuari. Y aunque había vivido menos de un año en Kangdong, muchas cosas habían dejado en su alma una huella imborrable.

Kim Jiong Zik había dirigido desde aquel lugar el movimiento revolucionario por la independencia del país, había sembrado la semilla de la revolución y sufrido el infortunio. La despedida con los alumnos fue conmovedora y triste.

Kang Ban Sok recorrió la escuela una vez más por si se dejaba algo sin arreglar.

Cuando fue posible continuar las lecciones, limpió el aula, puso en su sitio el material escolar y renovó el que estaba desgastado para que los alumnos pudieran utilizarlo durante mucho tiempo. Lo colgó todo en las paredes con el mismo gusto y con el orden meticuloso con que arreglaba su propia casa. Colocó un marco con jeroglíficos escritos por Kim Jiong Zik.

Esos jeroglíficos decían "Ziwon" o sea, "Gran Propósito". No había nada en la escuela que no hubieran tocado las hacendosas manos de Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok, y esas cosas reflejaban sus anhelos. Los alumnos se propusieron llevar el equipaje hasta el paso del río, pero ya las vecinas se habían anticipado. No quedaban nada para los niños.

—Estudiad con aplicación —dijo Kang Ban Sok a los muchachos, formados en el patio, como cuando hacían ejercicios de gimnasia, al salir por última vez de la escuela.

Kang Ban Sok estaba muy impresionada. Los alumnos se habían formado como para un desfile a fin de despedirse de Kang Ban Sok, rindiendo así homenaje a Kim Jiong Zik, el maestro de ayer, que en aquel período se encontraba en la cárcel.

Kang Ban Sok quería estrechar la mano a cada alumno. Los mayores tuvieron que trabajar mucho para regir la escuela durante la ausencia de Kim Jiong Zik; y de los niños menores se había cuidado la propia Kang Ban Sok como si hubiesen sido sus hijos.

Todos le eran entrañables y queridos. Se veía que todos deseaban abandonar sus sitios para estrechar las manos en la despedida, pero nadie se atrevía a salir de la fila formada. Los contempló Kang Ban Sok, convencida de que eran dignos de confianza.

—Estudiad mucho, muchachos. Sólo así podremos recuperar al país y entonces nos volveremos a ver.

Kang Ban Sok se despidió de los alumnos con estas palabras de Kim Jiong Zik. Después salió con paso apresurado del patio de la escuela.

—¡Buen viaje! ¡Hasta la vista! —gritaban los alumnos. En el embarcadero había también mucha gente.

Cuando la lancha entró en el rápido del río, el embarcadero fue poco a poco quedando atrás. Pero en él permaneció durante mucho tiempo la gente agitando los brazos en señal de despedida.

De la otra parte del monte llegó el sonido de la campanilla de la escuela, que recordaba el gran pensamiento de Kim Jiong Zik.

16

Kang Ban Sok regresó sin su marido a Mankiongde después de un año de ausencia. Cuanto mayor era su alegría por volver a su tierra natal, tanto más notaba la falta de Kim Jiong Zik.

La primavera. Se acercaba rápidamente la temporada de siembra.

Nada más llegar, Kang Ban Sok se encargó de los quehaceres domésticos. Además se le planteaba una nueva tarea: aliviar la situación en que se hallaba su marido. Decían que por dinero se podía transmitir paquetes de provisiones, antes del "juicio".

Se decía que un abogado podría ayudar mucho. Pero Kim Jiong Zik no lo aceptó cuando Kim Jiong Rok se lo propuso en su visita. Al decir éste que iban a buscar un abogado, aunque contrajera deudas, Kim Jiong Zik manifestó:

—No necesito ningún abogado. Lo que diga él lo puedo decir yo. ¿Para qué gastar dinero en vano?

El celador que estaba junto a ellos empezó a apurarles, diciéndoles que había terminado el tiempo de la entrevista. Kim Jiong Zik, mirándolo severamente, le dijo con energía:

—Sinvergüenza, ¿piensas que porque estoy detrás de las rejas ya me habéis doblegado? ¡Ya lo verás! Esta arbitrariedad tuya la tendré en cuenta.

Fulminado por la mirada de Kim Jiong Zik, el celador se puso rojo como la grana y empezó a hablar sólo del tiempo.

Llegó el día de la entrevista de Kang Ban Sok con su marido. Se puso en camino con un fardo envuelto con cotonada, como si fuera a Chilgol, y llevó consigo a Zung Son. Era un riesgo ya que en aquel entonces la mujer no debía ir a tales lugares como la cárcel o el juzgado. Debían confiar en su destino. En esto consistía la "virtud de las mujeres". Pero esto no tenía nada que ver con Kang Ban Sok. Siendo una muchacha había elegido una luminosa senda afirmando de esta manera el derecho de la mujer.

¿En quién iba a confiar Kim Jiong Zik en su desventura, aparte de su mujer? Ella debía acudir con audacia en su ayuda.

Ella debía ir a verle, pues algo tendría Kim Jiong Zik que decirle que no se podía escribir ni transmitir a otra persona. Por supuesto, tal cosa estaba prohibida en las entrevistas, pero sólo ella podría comprender lo que quería comunicarle él por la expresión de la cara o algún gesto.

En Chilgol, su madre le pidió que dejara a Zung Son.

—A buen sitio llevas al pequeño —le dijo.

Era un buen consejo para una persona muy cariñosa. No hace falta enseñar a los niños las cosas malas y horrorosas. Se comprende el deseo de los padres de criar a sus hijos puros e inocentes. La bondad de ciertos padres hace todo lo posible por no herir ni atemorizar el alma infantil, pero Kang Ban Sok, tras una pausa, decidió:

—Vendrá conmigo a la cárcel para que sepa dónde se encuentra su padre. Además, cuando el país se halla en semejante situación, ¿vale la pena preservar a los niños de todo lo que pasa alrededor? Hace falta que los temple la lluvia y el viento.

—¿Lo crees así? —dijo su madre. Después miró a Zung Son y le preguntó:

—¿Te quedas con la abuelita? —y le tendió la mano.

—No, yo quiero ver a papá —respondió el niño, haciendo un gesto con la mano.

—Es igual que eras tú en la infancia —dijo la abuela, llena de orgullo, aunque no se sabía a qué se refería.

En la cárcel hicieron pasar a la madre y al hijo a una habitación de entrevistas. Espesos muros, rejas en las ventanas y suelo de cemento. La estancia era lóbrega porque no entraba el sol en ella; del techo pendía una lámpara eléctrica que arrojaba una luz mortecina. Había un celador sombrío, con sable. Todo producía una impresión abrumadora.

Se oyeron unos pasos cansinos y de súbito apareció tras las rejas Kim Jiong Zik.

—Ah, ha venido mi Song Zu.

Una sonrisa alegre borró la delgadez y lividez del rostro de Kim Jiong Zik. Pero al observar atentamente se veía lo atormentado que estaba. A Kang Ban Sok se le oprimió el corazón.

—De verdad que está desconocido Song Zu. Fuera de aquí, un mes es mucho tiempo.

Kang Ban Sok levantó al niño y lo acercó al rostro de su padre.

—¡Padre! ¡Papá! —exclamó el pequeño.

Pero a los rostros del padre y del hijo los separaba una distancia de más de mil leguas: los fríos barrotes de la reja.

—¡Hay que ver cómo has crecido!

El padre alababa todo el tiempo a su hijo por lo que había crecido, y el niño guardaba en lo hondo de su alma un sentimiento que anhelaba expresar. Y por eso dijo:

—Mamá le escupió a la cara y él se asustó —manifestó Zung Son con la misma expresión que ponen los niños cuando cuentan un suceso extraordinario.

Al principio Kim Jiong Zik no entendía lo que quería decirle su hijo pero después de mirar a los ojos de su mujer se imaginó lo que había pasado y se echó a reir a carcajadas:

—¡Nuestra mamá es una heroína! Tienes que parecerte en todo a ella.

El niño, después de contarle todo lo que le pareció, se bajó de los brazos de su mamá. Marido y mujer se quedaron solos.

—¡Has hecho lo que tenías que hacer! Así debes hacer.

Kim Jiong Zik alabó a su mujer sin dejar de sonreir alegremente.

De súbito desapareció la sonrisa. Se aferró con ambas manos a los barrotes y se echó hacia delante como si quisiera arrancarlos de cuajo y salir. Miraba tranquilamente a su esposa. Permanecieron unos instantes callados, mirándose a los ojos.

No hacen falta palabras cuando existen una profunda confianza y un ardiente amor. Con los ojos se infundían aliento el uno al otro y se hizo mayor su decisión. En esos breves minutos se dijeron muchas cosas. De repente, Kang Ban Sok preguntó a su marido:

—¿Estás enfermo?

—No, tranquilízate. Mirarás por la casa, ¿no es así?

—De la casa no te preocupes.

—Está muy bien que te hayas quedado el invierno en Kangdong. Has obrado muy bien, muy bien. Si te hubieras ido de repente, la gente lo habría sentido... Esta noticia me animó mucho. Sigue así siempre, me has entendido bien.

—¿Cómo voy a saber todo lo que tú piensas? ¿Tienes algo que indicarme...?

—No, nada. Ahora que estás en casa, la familia se sentirá más tranquila. Educa bien a Song Zu. Dile a Jiong Rok que me consiga más libros, los que le pedí, y que me los mande.

—¿Qué libros?

—De medicina.
—¿De medicina?
—Sí, los libros de medicina ayudan a curar las enfermedades del hombre y quizás ayudan también a curar las enfermedades del alma. De ellos depende todo.
Kang Ban Sok comprendió para qué quería los libros de medicina.
El celador empujó a Kim Jiong Zik para que se fuera anunciándole que había terminado la visita.
—Song Zu, sé obediente —dijo para terminar Kim Jiong Zik. Se dio la vuelta y echó a andar despacio por la sombra con olor a humedad. Kang Ban Sok siguió con la vista a su marido y echó una mirada a las negras fauces de la cárcel. Mientras resonaban sus pasos no se apartó de donde estaba.
Cuando salieron de la cárcel, Zung Son preguntó:
—¿Y dónde está aquel japonesote del caballo?
Esta pregunta volvió a la madre a la realidad. El hecho de que Zung Son no olvidase al policía que arrestó a su padre, le infundió nuevos ímpetus para seguir luchando.
—No está aquí. Pero los que están ahí son tan canallas como aquél. Por estos perros tu padre no ha podido cogerte en brazos.
El niño, al que tanto le gustaba hacer preguntas, permaneció callado y pensativo hasta que salieron al gran camino de Sosongri.
Kang Ban Sok le compró caramelos en una tienda.
—Esto para ti, de parte de tu papá.
—¿Y cuándo saldrá?
—¿Ves estos árboles? Cuando se cubran de hojas, entonces vendrá nuestro papá.
El tiempo corre rápidamente. Sobre todo corre imperceptiblemente para las personas que trabajan en el campo.
Había llegado completamente la primavera, la primavera de la que hablaba Kang Ban Sok a Zung Son.
Los árboles florecieron, pero Kim Jiong Zik no volvió. Zung Son jugaba solo, lo que llamaba la atención de los mayores, ya que jugaba alegremente, con mucho entusiasmo. Una vez, Kang Ban Sok lo sentó en un columpio que había detrás de la casa.
—Zung Son, siéntate y vuela al cielo. Cuando llegue el verano subirás muy alto y cogerás el arco iris. —Pero Zung Son no sabía aún columpiarse como para alcanzar al cielo. La

madre lo sentaba y lo columpiaba. Alto, alto, más alto. El niño veía el río Dedongang.
—Mamá, en el Dedongang ya no hay hielo.
—¿Qué hielo, hijito? Ahora estamos en el verano —dijo la madre sin pensarlo, y continuó columpiando al niño.
—Mamá, los árboles ya soltaron las hojas.
Kang Ban Sok sintió palpitar su corazón, pues el niño pronunció estas palabras con un profundo significado.
Cada vez que preguntaba el niño cuándo volvería el padre, ella le había dicho que cuando el Dedongang se deshelara y brotaran las flores y las hojas... Su hijo no olvidaba nada. Esperaba con gran impaciencia a su padre. Para el niño las flores y las hojas, todas las señales de los cambios en la naturaleza, estaban ligados al regreso de su padre. La madre pensaba que no debía ser así. Esto podía entristecer al niño.
—Zung Son, el río Dedongang se ha liberado del hielo, los árboles se han cubierto de hojas verdes, pero tu padre no ha vuelto todavía. Tu padre ha luchado por liberar al país. ¿Qué delito ha cometido para que lo encarcelen? Pronto serás mayor para vengarlo.
El niño se imaginó a su padre sufriendo tras las rejas de la cárcel.
—¡Lo vengaré sin falta!
—Pues claro que lo vengarás—. Le dijo la madre, pero no le explicó cómo debía vengarlo. Como madre, sólo despertaba esta idea en la conciencia del hijo.
¿De qué iba a saber ella que su niño encontraría la manera de vengar a su padre?
Después de pasar el sumario a la fiscalía, la policía seguía visitando la casa de Kim Jiong Zik en Mankiongde. Los japoneses consideraban "gente de ideas sospechosas" a los miembros de la familia del combatiente revolucionario.
Se metían con ella por cualquier motivo. Hacían hincapié en el estado sanitario de la casa, que era impecable. Kang Ban Sok no dejaba ni un instante sucia la casa y la mantenía siempre limpia.
A pesar de esto, el policía japonés que iba a inspeccionar el estado sanitario buscaba motivos para desprestigiar a la familia. Pasó la mano por la puerta de la cocina para ver si había polvo, pero se quedó defraudado por no encontrar suciedad, lo que lo enfureció todavía más.

—¿Por qué andan sueltas estas gallinas? ¿No saben qué propaga la porquería?

—¿Qué porquería? —le lanzó una mirada fulminada Kang Ban Sok. Y el canalla aquel no hablaba de eso porque estuvieran sucias las gallinas. Lo que se proponía era atemorizar a la mujer.

En aquel mismo instante, un trozo de algún objeto de cerámica, lanzado por alguien fue a dar en la pared. El segundo trozo hizo blanco en el policía. El japonés, muy espantado, salió disparado del patio con ojos desorbitados.

Los vecinos que se habían reunido, preocupándose del asunto, junto a la cerca se dispersaron.

Kang Ban Sok también se asustó, pero supo muy pronto quién había sido el lanzador. Entre los vecinos vio correr como una flecha a su hijo.

Zung Son tenía una excelente puntería con el tiragomas.

El policía, rabioso, blasfemaba y amenazaba, pero Kang Ban Sok no le hizo caso.

Sintió orgullo al ver la ágil figura de su hijo, que la había defendido y odiaba a los japoneses. Hasta entonces no se había imaginado cómo podía comportarse el niño, al que le decía que había que vengar al padre. Su acción hizo latir con fuerza el corazón de la madre, en tanto que las amenazas y acusaciones del policía japonés, y también éste, le tenían sin cuidado.

Nada más irse los policías, Zung Son dijo a su madre:

—Cuando tenga un fusil de verdad dispararé contra todos ellos.

Ninguna amenaza de los policías japoneses armados podía atemorizar a aquella madre coreana.

Kang Ban Sok no podía por menos que enorgullecerse de tener un hijo tan admirable.

El odio que sentía el niño a los invasores japoneses crecía junto con él. En verano, muchos ricachones paseaban en lancha por el río Dedongang, pues les gustaba pasear en lancha borrachos, acompañados de rameras. Con ellos iban japoneses. Un día, Zung Son hizo rodar una gran piedra desde el Mankiongbong hasta el río. El pánico entre los ricachones de Pyongyang fue tremendo.

Ocurrió así. En cierta ocasión, cuando una lancha navegaba con unos japoneses al pie del Mankiongbong, Zung Son y otros chicos hicieron rodar desde la cima una piedra enorme, que por cierto no cayó en la lancha, pero la confusión que armó fue tremenda. La piedra rodó por el barranco con estrépito y al caer al río levantó una gigantesca tromba de agua. Los japoneses y los ricachones que iban en otras lanchas se lanzaron aterrados hacia la otra orilla, mirando con pavor a la cumbre del monte. El alcalde fue amonestado rigurosamente por "evidente manifestación de animadversión".

En el poblado no dieron mucha importancia al incidente, considerándolo como una travesura del pequeño Zung Son. Creían que eso era factible ya que al niño le gustaba jugar a la guerra... Los vecinos, como es natural, lamentaban que la piedra no hubiera dado en el blanco.

El alcalde visitó a Kang Ban Sok.

—Su hijo por un poco... cómo se dice... es muy descuidado...

A través de los vecinos Kang Ban Sok sabía que el alcalde no consideraba el asunto tan grave como lo creía el malicioso terrateniente Che.

—Los niños son traviesos y pueden cometer imprudencias.

—Debería usted advertírselo severamente al chiquillo.

—Pues no faltaba más.

Kang Ban Sok, como ya escuchó a los vecinos, no dio importancia a la "advertencia" del alcalde. Tampoco explicó a la gente lo que significaba la acción de su hijo.

Esta acción, dictada por el deseo del niño de vengar a su padre, enorgullecía a Kang Ban Sok.

17

A finales del año 1917 se celebró el juicio contra Kim Jiong Zik en el tribunal local de Pyongyang. Se vio la causa por vía individual.

El "juicio" fue un gran triunfo de Kim Jiong Zik contra los imperialistas japoneses. En el otoño anterior la policía había arrestado a más de cien patriotas, y entre ellos a Kim Jiong Zik, lo que produjo un enorme escándalo. En toda Corea la policía japonesa detuvo a muchos miembros de la Asociación Nacional Coreana, encabezada por Kim Jiong Zik, y a otras personas ligadas a ella, y no ocultaba su alborozo porque se creía haber "detenido a todos" los patriotas coreanos.

Era una época en que los imperialistas japoneses, después

de ocupar Corea, para frenar las acciones patrióticas y revolucionarias privaron al pueblo de toda clase de libertades: de opinión, prensa, reunión, manifestación y asociación. Incluso disolvieron, por considerarla peligrosa, la organización "Ilzinje", que colaboraba con ellos. Sin indagaciones detenían y encarcelaban a los patriotas y otros ciudadanos coreanos.

Como es lógico, bajo un régimen policíaco los patriotas eran sometidos a las torturas más inhumanas. Como "promotor principal", a Kim Jiong Zik le trataron de la manera más brutal.

Realizaron el ridículo intento de quebrantar su fidelidad a la revolución con charlatanerías acerca del "alma auténtica".

A los jueces, a pesar de leer el acta de la entrevista de Kim Jiong Zik con Kang Ban Sok en la cárcel, en la que figuraban los cordiales saludos a los familiares, su preocupación por ellos y el deseo de que Kang Ban Sok se ocupara de todos los asuntos de la casa, no les cabía en la cabeza que un revolucionario amara tanto a su familia. Veían en esto rasgos del "alma auténtica" en un hombre débil. Y decidieron convencer a esta "alma auténtica". La respuesta inequívoca no se hizo esperar:

"Uno tiene 'un alma auténtica' cuando posee una convicción propia y fuertemente arraigada en su fuero interno, que ningunas condiciones externas pueden cambiar. En este caso, nuestro deseo de liberar al país, como deseo de un miembro de la Asociación Nacional Coreana, no puede alterarlo nadie, aunque lo descuarticen".

Kim Jiong Zik no se doblegó, resistió valientemente hasta el final; defendió con decisión el espíritu de la revolución.

No sólo luchaba por él, sino que hacía todo lo posible para salvar a sus compañeros. Por eso asumió toda la responsabilidad.

A eso se debe que la policía dejara en libertad a los demás compañeros, por considerarlos ajenos a la causa incoada contra Kim Jiong Zik. El solo compareció ante el tribunal.

Eso fue un triunfo.

Kim Jiong Zik rechazó dos veces la sentencia: la primera vez, dos años de reclusión, y la segunda, año y medio. Así que tuvo que comparecer por tercera vez.

—Yo no puedo aceptar tal pena. ¿Qué delito puede constituir el que un coreano haya amado a su país y haya trabajado por él? Yo no puedo aceptar esa injusta decisión del tribunal.

Y la tercera vez el acusado también se mantuvo con dignidad.

Desde tiempos remotos llaman a Corea el país de las montañas maravillosas y de los ríos cristalinos de tres mil *ri*. Y no sólo porque sus montes sean hermosos, cristalinas sus aguas y transparente su cielo. Miles de años nuestros antepasados fueron dueños de estos montes y ríos; con el sudor de la frente y con la sangre de sus venas abonaron esta tierra.

Y esta tierra, que durante milenios cuidaron con tanto esmero nuestros antepasados y en la que descansan sus restos, no podemos cederla a ningún miserable invasor.

Nuestra nación, con su larga historia y cultura, tiene tradiciones patrióticas imborrables de defensa de la Patria. Ahora que ustedes, japoneses, han ocupado nuestro país y se esfuerzan por aplastar nuestra nación, nuestro derecho y deber sagrados consisten en alzarnos en defensa de nuestra tierra entrañable. ¿Qué tienen que ver con nosotros los canallas japoneses que han venido a nuestro país? Ellos no han regado nuestros campos con su sudor ni han construido diques en los ríos. ¿Qué derecho tienen ustedes a arrebatar la tierra a nuestro pueblo?

Aprovechándose de que nuestros campesinos no poseen documentos que justifiquen el derecho de posesión de la tierra, ustedes, de la manera más infame, han elaborado un catastro que les despoja de centenares de miles de *zongbo* de tierra, que entrega a la "Compañía de Explotación Colonial del Oriente", con lo que obligan a nuestros campesinos a salir de sus lugares y emigrar a Chientao del Norte y Occidental. En vista de esto es imposible no alzarse a la lucha.

Todo el pueblo coreano bulle de odio. Un día llegará en que la ira estalle como un volcán. Entonces sí que nadie podrá sofocar la ira encendida en el corazón de la gente. Por la fuerza de las armas detienen a los patriotas y los encarcelan, mas no lograrán ustedes aherrojar su espíritu. Este se hace cada vez más potente y libre y despliega sus alas en el cielo, augurando un gran acontecimiento. ¡Ténganlo bien presente!

Este ardiente discurso lo pronunció Kim Jiong Zik en el proceso. En él anunciaba al mundo entero que el pueblo coreano no había muerto, que vivía. ¡Cuántas veces golpeó el presidente del tribunal sobre la mesa, tratando de hacer callar al acusado! Pero todo en vano, pues Kim Jiong Zik se negaba a reconocer al tribunal si no le dejaban hablar...

En fin de cuentas, decidieron juzgar al patriota a puertas cerradas. Desalojaron la sala y Kim Bo Jion, que asistía con su familia, tuvo que salir a la calle. Pero Kim Jiong Zik siguió hablando en voz alta. La gente se ponía de puntillas junto a la puerta a fin de escuchar lo que decía dentro, pero la echaron del patio. Querían a todo trance aislar del pueblo al patriota. Sin embargo, la gente no se movía del sitio. El ardiente patriotismo de Kim Jiong Zik había conquistado los corazones de la gente.

El enemigo condenó definitivamente a Kim Jiong Zik a nueve meses de reclusión, lo que constituyó un gran éxito logrado en su persistente lucha contra el tribunal. En lugar de dos años, nueve meses. En cualquier caso sólo la lucha salva a los revolucionarios. En esto no cabe la conciliación; el revolucionario no se puede hacer ilusiones acerca del enemigo, porque eso sería inevitablemente el fracaso.

Quizás creyeron los japoneses al encarcelar a Kim Jiong Zik que los sufrimientos físicos sofocarían su pasión revolucionaria, Pero se equivocaron completamente. Para los revolucionarios, la cárcel también es una escuela de forja ideológica. Ellos no conocían una gran verdad: allí donde hay opresión surge la resistencia, y en la cárcel esta resistencia se hace aún mayor.

Kim Jiong Zik no perdió el tiempo. Se aficionó a la medicina, leyendo los libros que le facilitaron sus familiares. En la primera entrevista le dijo a Kang Ban Sok que se haría médico para curar a los pobres. Pero sin enderezar los destinos de la Patria enferma, no se podía confiar que todas las personas físicamente sanas, sin excepción, no sufrieran traumatismos de carácter moral. Leyendo cada línea de los libros de medicina trazaba, en realidad, un nuevo curso del movimiento de liberación nacional antijaponés encaminado a imprimir mayor actividad a la revolución coreana.

Kang Ban Sok pasó muy aburrida la primavera y el verano. Los días fueron para ella mucho más largos que para Kim Jiong Zik, que esperaba cumplir pronto la condena. El cambio de estaciones transcurre inadvertidamente para los campesinos. Cuando arrancan las malas hierbas en los arrozales no tienen tiempo para levantar la cabeza y no se dan cuenta de cómo se van la primavera y el verano y de cómo llega el otoño. Mas para Kang Ban Sok, siempre ocupada en las faenas, el tiempo corría muy lentamente. Aguardaba el comienzo del otoño, cuando debía volver de la cárcel Kim Jiong Zik. Se esforzaba por terminar pronto las faenas del campo: la siembra, la escardadura de

cereales y la siembra de pimientos. Kang Ban Sok cuidaba con esmero los brotes, pues cuando el pimiento da las vainas llega la cosecha otoñal, y con ella debía volver su marido.

El día que debía ser puesto en libertad Kim Jiong Zik, su padre y su hermano Kim Jiong Rok tomaron unas angarillas y se fueron a Pyongyang. Creían que Kim Jiong Zik no podría llegar solo hasta casa.

Salió por la puerta de la cárcel vistiendo un traje de entretiempo, que le había llevado Kang Ban Sok, con unos libros en la mano. Su andar era poco firme. Kim Jiong Rok acercó las angarillas y su hermano se echó a reir.

—No faltaba más. ¿Para divertir a los japoneses? Estos deseaban que si no me moría en la cárcel, por lo menos saldría inválido. No tengo que echarme sobre angarillas como querían ellos. Aunque me cuesta, tengo que andar. En libertad y bajo la luz del sol, surgen nuevas fuerzas. Debo ir con la cabeza bien alta. Que sepan que los coreanos no se mueren ni aun en la cárcel y que se mantienen bien firmes. ¡Qué felicidad pisar la amada tierra de la Patria! ¡Vámonos!

Cuando empezó a andar Kim Jiong Zik, moviendo con dificultad las piernas, su padre no pudo contenerse y le volvió a proponer que se acostase en la camilla. Entonces Kim Jiong Zik le dijo:

—Padre, mientras viva andaré con mis propios pies.

Se agarró del brazo de su hermano y echó a andar. Era la imagen del ave de Fénix.

Todo Mankiongde se alegró al ver llegar a Kim Jiong Zik. Muchos vecinos salieron a esperarlo al monte Songsan. La alegría en la familia no tenía límites. Era conmovedor ver el júbilo de la abuela.

—¡Por fin has venido! Los japoneses han sido incapaces de vencerte. Ven aquí para que te vea. Qué delgado estás. A pesar de todo has venido a pie y eso es lo importante. La salud la puedes recuperar en casa. ¡Cómo me he alarmado esta mañana cuando he visto que llevaban una camilla! Dicen que a las personas que se ponen enfermas fuera de casa y no regresan a ella con sus propias piernas les aguarda una mala suerte. ¿Qué les puede esperar cuando ni el cuerpo ni el alma tienen fuerzas? Pero tú has venido a pie. Creo que eso se debe a tu espíritu, pues con esa salud...

La abuela, palpándole la espalda y chasqueando con la lengua, repetía sin cesar:

—¡Canallas! ¡Lo han mutilado! Pero no importa, lo que importa es que viva el espíritu. Yo cuidaré de tu salud.

Desde la primavera, la abuela criaba gallinas. En las haciendas humildes, los pollos van a parar en el otoño al mercado. Pero la abuela no vendió ni un solo pollo y los conservó todos para cuando llegara su querido nieto.

Kim Jiong Zik estaba más débil que lo que se habían imaginado debido a la mala alimentación, las pésimas condiciones higiénicas y las torturas sufridas en el puesto de la policía y en la cárcel. Pero empezó a recuperarse poco a poco gracias al cuidado de la abuela y de toda la familia.

El no tenía tiempo para descansar. De nuevo dedicó todas sus fuerzas a restablecer la organización y a trazar una nueva vía de lucha. Sin que hubiese transcurrido un mes desde su excarcelamiento hizo un viaje a Chientao. La vida de la cárcel había reforzado su amor a la Patria, su odio a los imperialistas japoneses y su voluntad revolucionaria. No pudiendo refrenar su espíritu combativo ni su ardiente patriotismo, compuso estos versos:

Aquel verde pino de la colina Namsan,
Cubierto de nieve y escarcha,
Está sufriendo mil dolores.
Pero quién duda, compañero, que reavivará
Con el retorno de la templada primavera.

De vuelta de Chientao a finales de 1918, Kim Jiong Zik emprendió otro viaje para aproximar la primavera, para resucitar a Corea, que soportaba pruebas crueles.

—No te preocupes si tardo algo en venir —dijo a su esposa.

—¿A dónde vas ahora?

—Al Norte otra vez.

—¿Al mismo lugar que antes?

—Ahora iré más lejos. Visitaré Chientao Occidental y Septentrional y otros lugares.

—Dicen que allí hace mucho frío, y si te marchas ahora...

—¿Qué importa eso si el país se encuentra en tal situación...? Pronto desplazaré allí mi campo de actividades.

—Habrá que irse si es necesario, pero te lo digo por no conocer qué lugar es ése.

—Allí hay mucha gente que no puede vivir en la Patria.

—¿Y se puede vivir allí?

—Si no se puede vivir en su país, ¿cómo se podrá vivir en otro país? Es que se va allí al azar. Hay muchas personas de las provincias de Kiongsang y Zonla. Cuanto más al sur, antes llegaron allí los japoneses, y cuantos más japoneses hay, peor vive la gente. Por eso marcharon muchos al norte. También hay muchas personas de las provincias de Piong-an y Jamkiong, porque se encuentran cerca. En fin de cuentas se van los que no pueden vivir en su país.

Kang Ban Sok se imaginaba a Chientao Occidental y Septentrional, adonde de niña había oído decir que habían ido muchos combatientes del Ejército Voluntario. Había oído decir también que se dirigían hacia allí muchos emigrantes. Se imaginó una columna interminable de emigrantes y vio con claridad a su Patria que se estremecía por algo, a su Patria que sufría espantosas calamidades.

Kim Jiong Zik le dijo a su mujer que tenía el propósito de abandonar la tierra natal para desplazar el centro de la actividad revolucionaria a las orillas del río Amrokang y a las regiones de Manchuria del Sur. Así lo había decidido en la cárcel. Kang Ban Sok se pasó toda la noche enguatando el abrigo de su marido. Había oído que allí se partían los árboles y las piedras por las heladas.

Al marcharse de su pueblo natal, Kim Jiong Zik dijo a sus compañeros y vecinos:

—¿De qué me sirve la vida si no logro la independencia del país? No importa que me hagan trizas, tengo que luchar contra los imperialistas japoneses.

Si caigo en la lucha, mi hijo continuará mi obra. Si él corriera la misma suerte, luchará mi nieto. Cueste lo que cueste debemos triunfar y lograr la independencia del país.

A las personas que le escuchaban les bullía la sangre. Antes de salir, Kim Jiong Zik visitó a Bongjuari, distrito de Kangdong. ¡Lugar inolvidable! Allí vivía mucha gente de confianza. Después de la partida de Kang Ban Sok los excarcelados habían reanudado las lecciones en la escuela. Al despedirse de los jóvenes, dijo:

—Los destinos del país están en manos de la juventud. Por eso debemos consagrarnos a liberar al país y a la nación e ir siempre a la cabeza. Si queremos hacer algo grande por nuestra Patria debemos tener en cuenta lo siguiente: pertrecharnos ideológicamente y esto requiere estos cuatro elementos: pasión, ener-

gías, amistad y cohesión. Lo más importante es la pasión, ya que refleja la actividad y posición del hombre, su estado anímico. La pasión decide el éxito en todos los trabajos.

En el invierno de aquel año nevó mucho.

Kang Ban Sok esperaba noticias de su marido. Con frecuencia recordaba la poesía de su marido titulada: "El Pino Verde de la Colina Namsan".

Kim Jiong Zik le había dicho que en cuanto se instalara se llevaría a la familia.

Llegó la primavera. Se derritió la nieve del monte. Los pinos extendieron su verde ramaje. Kang Ban Sok no veía en esto un simple cambio producido por la primavera. Veía en ello la firme fe y entereza de Kim Jiong Zik.

18

Estalló el Levantamiento del Primero de Marzo, que se inició bajo la influencia de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia.

Hacía un año que Kim Jiong Zik había hecho ante el tribunal una declaración rotunda, semejante al estallido de una bomba. Había dicho que los coreanos no habían muerto, que se alzarían en cualquier momento. Y así fue.

Fue como la erupción de un volcán.

El primero de marzo, Pyongyang y Seúl se levantaron a un mismo tiempo. Todos los habitantes se echaron a la calle; los alumnos abandonaron las escuelas, los comerciantes cerraron sus tiendas y se adhirieron a los manifestantes. Los obreros se declararon en huelga. Los gritos de "¡Viva la independencia de Corea!" atronaban en todas las calles.

La policía y los gendarmes japoneses, llenos de miedo, emplearon las armas contra los manifestantes. Corrió la sangre. Pero la manifestación siguió el 2, 3 y 4 de marzo. La insurrección se extendió a los distritos y aldeas vecinos.

Se produjeron acciones en Mankiongde y Chilgol.

Kang Don Uk leyó en el cantón de Riongsan, distrito de Dedong, ante miles de personas, la Declaración de la Independencia y después las condujo para destruir la comandancia de la

gendarmería en Pyongyang. En las primeras filas iba también Kang Zin Sok.

La noticia de lo ocurrido en Pyongyang se propagó en seguida por las aldeas cercanas. Al anochecer creció el griterío y sonaron disparos de armas de fuego, lo que se oía en las aldeas, impidiendo dormir a los campesinos. Cómo iban a dormir si había llegado el día tan esperado durante los diez años transcurridos desde la "anexión".

Se rebelaron también los campesinos. Al aparecer los primeros manifestantes se les unían gritando "hurras", los campesinos, que habían abandonado sus caseríos y campos. A los sonidos del gong, la columna pasaba por las aldeas creciendo cada vez más y levantando nubes de polvo. Como un río impetuoso se dirigía a Pyongyang.

Las mujeres acompañaron durante mucho tiempo a sus maridos e hijos a la lucha sagrada. Había también muchos niños.

Kang Ban Sok, con las vecinas de su poblado, llegó hasta el puerto de la montaña, tras Mankiongde, y cuando empezó a perder de vista a los manifestantes, subió al monte Mankiongbong, desde donde se contemplaba Pyongyang.

Sobre la ciudad pendía una niebla blanquecina que no se debía sólo al viento primaveral. El rumor de la airada muchedumbre hacía estremecer todo alrededor. Parecía que era el propio rumor el que levantaba el polvo al cielo para mezclarse con los aullidos del viento. Los gritos y los silbidos del aire, que se oyeron todo el día en la ciudad, hicieron que Kang Ban Sok y sus amigas, que se encontraban en el monte Mankiongbong, no pudieran aguantarse y prorrumpieran en "hurras".

Ese día, el pequeño Zung Son acompañó a los adultos hasta la misma puerta Botongmun, Pyongyang, y regresó a casa sólo al anochecer.

En Mankiongde se recibían a cada momento noticias de las manifestaciones de Pyongyang, que eran muy enérgicas, pero el relato de Zung Son describió una escena más aún expresiva.

Cuando Zung Son llegó hasta la puerta Botongmun, los alrededores de ésta se hallaban llenos de personas, reunidas de todas partes. Era tanta la gente que no había dónde poner los pies. La multitud se movía de un lado para otro, pero siempre avanzando paso a paso hacia delante. Tanto cuando se paraba como cuando corría o retrocedía, gritaba: "¡Viva la independen-

cia de Corea!". De la ciudad salían potentes "hurras". La policía y los soldados japoneses trataban de cerrar el paso al torrente humano, que querían unirse con los de la ciudad. Zung Son se escabullía entre la gente y se unía a las grandes concentraciones. El júbilo y la emoción habían hecho que se olvidara de la casa y de su madre.

Aquí y allá aparecían policías a caballo con los sables desenvainados, que le recordaron al japonesote que detuvo a su padre en Bongjuari. La gente les arrojaba piedras. Zung Son hacía lo mismo.

En Mankiongde jugaba entusiasmado a la guerra o se deslizaba por la roca pero nunca se había sentido tan emocionado como al encontrarse cerca de Botongmun. Aquello ya no era un juego infantil, sino un combate de verdad furioso e inconciliable. Estaban sofocados por la cólera y la pasión combativa los rostros concentrados y viriles de los adultos, que por lo general miraban a los niños sonrientes, con expresión acariciadora.

Zung Son vio cómo un caballo, tras recibir una pedrada, echó a correr a galope, derribando al policía japonés de la silla.

Los insurrectos se batieron todo el día contra los policías. Sólo al caer la tarde empezó a decaer la batalla. La gente comenzó a retirarse. Y con ella se fue Zung Son. Se dio cuenta de lo lejos que estaba de casa. Y echó a correr. Por el camino vio muchas cosas que lo indignaron. Vio cómo la gente llevaba a heridos. Muchos iban sangrando. Angustiado y enfurecido, el niño no quiso adelantarse a ellos. Fue largo rato tras una camilla, pero al acordarse que su casa estaba muy lejos y que lo esperaba su madre echó a correr otra vez.

Era ya de noche y la gente seguía aún conmovida. De la parte de Pyongyang se oían disparos. Tal vez los japoneses disparaban para asustar a la gente.

—Mamá, los japoneses disparaban. La sangre caía en el suelo —explicó el niño, todo agitado, en cuanto entró en casa—. Nosotros hemos luchado contra los japoneses. Ellos montados a caballo y con el sable y nosotros a pedradas.

Kang Ban Sok aguardó a que se calmase el niño, y luego le dijo:

—Una vez más han matado a coreanos. Por eso se daban "¡hurras!", para que estos perros se vayan de nuestra tierra.

—Mamá, dicen que mañana la gente volverá a gritar. ¿Me dejarás ir también a mí?

Al recordar la tensión experimentada todo el día, quiso prohibirle que se fuera otra vez, pero después pensó que su inquietud maternal no tenía por qué reprimir el espíritu combativo del niño.

—Bien. Irás, pero no solo como hoy. ¿Sabes lo preocupada que me has tenido? Mañana iremos juntos.

—¿Tú también irás, mamá?

—Sí, iré, ¿o es que mamá no puede ir? Todos van a gritar "hurra" llenos de odio a los japoneses. Todos los coreanos tienen que ir.

Kang Ban Sok sabía por propia experiencia la importancia que tienen en la formación de una conciencia las fuertes impresiones en la vida de los niños.

Para hacer que el niño fuera como su padre, destacado dirigente de la lucha de liberación nacional antijaponesa, no había que perder ni una sola ocasión favorable para fomentarle el odio a los japoneses.

La insurrección fue aplastada. Comenzaron las redadas. Miles y decenas de miles de patriotas fueron asesinados y encarcelados por los policías japoneses, que no se sentían satisfechos de eso. Cada día aparecían policías en Mankiongde para detener a Kim Jiong Zik, que no estaba en casa. El se había ido en vísperas de la insurrección, lo cual era demasiado sospechoso para la policía. Por ello interrogaban a Kang Ban Sok. Lo que le era más sospechoso a la policía era el hecho de que durante más de diez días, desde el mismo día en que estalló la insurrección, se encendía una antorcha en el monte Mankiongbong.

Llegaban noticias de que habían detenido a muchos patriotas. Esto preocupaba a la familia de Kim Jiong Zik. Kang Ban Sok sabía que su marido actuaba en una de las ciudades norteñas, pero estaba intranquila por su larga ausencia.

Envió a algunas personas a Kangdong para que se enteraran de la suerte de Kim Jiong Zik, pero allí nadie sabía nada de él.

En Kangdong el choque fue también violento. Miles de personas se rebelaron, dirigidas por miembros de las sociedades Bisokgue, Jakkiogue y Jiangtogue.

A todos les asombró la grandiosa y enérgica manifestación de Bongjuari, aldea que varios años atrás no era otra cosa que un alejado rincón montañoso. Las semillas de la revolución sembradas por Kim Jiong Zik habían dado frutos.

Después de la partida de Kang Ban Sok, gracias a la actividad de los vecinos de Bongjuari seguían actuando la Asociación Nacional Coreana y las organizaciones Jakkiogue, Bisokgue y Jiangtogue.

Después de la insurrección, todo el territorio coreano se sumió en la calma, al igual que la naturaleza después de una tormenta. Pero el volcán no estaba extinto, sino que ardía, esperando el momento apropiado para entrar en erupción. El movimiento de liberación nacional del pueblo coreano extrajo de la insurrección una buena lección y fue tomando nuevas formas aún más enérgicas.

Al no existir una clase revolucionaria y un partido revolucionario, capaces de dirigir con acierto esta lucha y a causa de la posición vacilante de los nacionalistas burgueses, que eludían la lucha y se dedicaban a la especulación política, había fracasado el pueblo, que se había alzado a la lucha con gran ímpetu.

Al final de la primavera, Kim Jiong Zik regresó a Mankiongde.

Conocía los sucesos ocurridos en Pyongyang y en las aldeas vecinas y, en especial, en Kangdong. Le entusiasmó Zung Son con su relato acerca de cómo había llegado a la puerta Botongmun. El padre lo elogió mucho.

La policía vigilaba la zona de Mankiongde, pero él se las arreglaba para burlarla con habilidad e iba a muchos lugares para establecer contactos con los camaradas. Un día le dijo a Kang Ban Sok que había que trasladarse a la orilla del Amrokang.

Había elaborado un gran plan: el de establecer el campo del movimiento de liberación nacional antijaponés en la zona del río Amrokang y en Manchuria del Sur.

La ribera de ese río y en particular Manchuria del Sur ofrecían excelentes condiciones para el movimiento revolucionario de aquellos tiempos. Uno de los factores más favorables para desarrollar el movimiento antijaponés era la composición clasista de la población. Allí vivían muchas familias campesinas pobres de Corea, que habían tenido que cruzar el río Amrokang al no poder soportar la explotación y opresión de los imperialistas japoneses, de los gobernantes feudales y los terratenientes. En Manchuria del Sur actuaban, si bien con poca perseverancia, destacamentos del Ejército Voluntario y militantes del

movimiento antijaponés por la independencia, que habían luchado dentro del país antes y después de la ocupación de Corea por los imperialistas japoneses. Además Manchuria del Sur, separada de Corea nada más que por el río, tenía una buena posición geográfica y bosques muy tupidos.

Una vez conocidas estas circunstancias favorables y la situación general, Kim Jiong Zik decidió elegir la cuenca del Amrokang y el Sur de Manchuria como centro de la actividad revolucionaria.

De Mankiongde al Amrokang habría unos mil *ri*.

Kang Ban Sok trataba de imaginarse este camino. De muchacha fantaseaba acerca de que detrás de las montañas y de las nubes, lejos muy lejos, existía un maravilloso país en el que no había señores feudales, ni terratenientes ni japoneses. Había oído decir que hasta el Amrokang llegaba una vereda montañosa con subidas muy pendientes y que allí no circulaban trenes ni automóviles. Había que ir a pie no menos de dos semanas. Al otro lado del río estaba la tierra china, por la que corrían perros grandes como caballos, y en la que hacía mucho frío.

—Si este camino lleva a la liberación de la Patria, ¿por qué no ir allí? Está lejos, pero iremos —accedió Kang Ban Sok. Sintió pena por tener que abandonar la tierra natal. El marido la consolaba.

—Lejos, pero es también nuestra tierra. Además ya han abierto el camino los que se han desplazado allí por no poder vivir en la tierra natal. En el camino no te faltará compañía. Desde aquí, parece que está lejos, pero cuando echas a andar, no es nada, si piensas en el camino que recorren nuestros hermanos desde las provincias Kiongsang o Zonla. Cuando piensas que vas a compartir con ellos las penas y las alegrías en bien de la Patria, te sentirás aliviada. Es lo mismo que cuando fuiste a Kangdong.

—Pese a todo se disipará la pena que produce abandonar la patria chica. ¿Acaso se puede comparar con la pena que sentimos por la pérdida de la Patria?

No te preocupes por mí. Cumple la misión que te has propuesto —respondió Kang Ban Sok.

Los padres de Kim Jiong Zik tampoco se opusieron a su plan.

Transcurridos unos cuantos días después del regreso de

Kim Jiong Zik ya estaban prestos para emprender el camino. La policía seguía tendiendo redadas a los patriotas.

Kang Ban Sok dominó con mucho trabajo la amargura que la embargaba por separarse de sus familiares y se forjaba ilusiones de que volverían a Mankiongde después de que renaciera la Patria.

Se pusieron en camino con sus dos hijos. Les acompañó largo rato Kim Bo Jion, al que explicó su hijo la decisión que había adoptado y la razón por la que iba a abandonar la tierra natal.

—Volveremos, volveremos sin falta cuando conquistemos la independencia del país. Sin recuperar el país no podría mirarle a la cara, padre.

Tras escuchar atentamente sus palabras, el padre contestó:

—Sí, hijo mío. No hay otro camino. He venido diciendo que el hombre debe saber hacer pagar bien cara su sangre. Pero, ¿cómo puede demostrar el hombre lo que vale su sangre si no la consagra a la Patria? Y ahora a pelear contra el enemigo en el campo de batalla en aras de la Patria y del pueblo. ¡Esa es la verdadera fidelidad a la Patria!

¡Querido Mankiongde, espéranos! Volveremos el día en que el país sea independiente.

Así se despidieron padre e hijo.

Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok abandonaron a Mankiongde y se dirigieron a Chilgol, donde pensaban pasar un día.

De Mankiongde a Chilgol sólo había diez *ri*, pero el recorrido les pareció infinitamente largo. Hasta entonces Kang Ban Sok había ido allí como si fuera a la casa vecina, más de una vez al día y con un fardo de algodón a la cabeza, pero en esta ocasión el camino le pareció interminable.

Al día siguiente la familia emprendió el viaje.

Pensaban ir de Pyongyang a Anzu en tren, y de allí a Kechon, Kangue y Zungangzin, andando.

Cuando más avanzaban hacia el norte, más altas eran las montañas. Hubo que pasar cordilleras que no tenían ni punto de comparación con los montes de Kangdong.

Al acercarse al pueblo de Zasong, les advirtieron que había una guarnición japonesa que registraba minuciosamente a todos los viandantes. Por allí era riguroso el control por estar cerca la frontera. Con el matrimonio iba un compañero de Kim Jiong Zik. Este propuso a su amigo:

—¿No sería mejor dar un rodeo que meternos en una aventura?

El compañero insistía en que había que ir directamente, a través de la pequeña ciudad, porque tenía prisa. Ninguno de ellos cedía.

—En estos casos no está mal preguntar a otras personas. ¿Tú, qué opinas? —dijo Kim Jiong Zik, dirigiéndose a su esposa.

Confiaba en la intuición de su esposa, cuya ayuda requería a menudo. Ella también estaba acostumbrada a compartir incondicionalmente la opinión de su marido. Esta confianza mutua se basaba en el respeto que se profesaba el matrimonio revolucionario.

En fin de cuentas se decidió dar un gran rodeo. Más tarde se enteraron de que aquella tarde los soldados de la guarnición japonesa habían detenido a mucha gente.

Como había dicho Kim Jiong Zik, las veredas montañosas que conducían a Manchuria estaban llenos de gente que huía por no poder subsistir en la Patria. Delante iban los hombres, llevando a las espaldas una mesa y otros objetos sobre los que iban sentados los niños más pequeños; detrás iban las mujeres con bártulos a la cabeza, entre los que destacaba una jiguera, y las madres llevaban de la mano a los niños ya mayorcitos. Esas familias formaban largas columnas, y no de diez o veinte personas sino de centenares y miles. No tenían un lugar fijo de destino. Simplemente iban a Chientao septentrional o a Chientao occidental.

Hablaban de la belleza de sus lugares natales, de los que habían sido expulsados por la fuerza. Al alejarse de ellos y acercarse a la frontera se los imaginaban más bellos y entrañables.

En los diez y pico días de recorrido, Kang Ban Sok había oído hablar a muchas mujeres acerca de sus pueblos y de sus amarguras por haber tenido que abandonarlos.

Y siempre la causa era la opresión de los japoneses y el despotismo de los terratenientes, que se habían adueñado de su patrimonio. Algunos habían escapado por la noche. Por estas calamidades se estremecía la Patria.

—¿Llegará un día en que volvamos a nuestras casas por este mismo camino? —decían todos como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—¿Y por qué no ha de llegar? —dijo Kang Ban Sok.

—¿Usted está segura? —preguntaban, acercándose a Kang Ban Sok.

Esperaban que las convenciera.

En ella se acrecentaba la decisión, y aunque sólo fuera por aquella gente había que liberar a la Patria. Estaba segura de que el camino por el que iban era el camino de la revolución.

Allí las montañas eran más pequeñas, y los ríos corrían hacia el oeste.

Otro día más de camino y a la vista de todos los fugitivos aparecería el río Amrokang.

PARTE TERCERA

1

Zungangzin, ciudad situada en la ribera del río Amrokang, en la que fijó en un principio su residencia Kim Jiong Zik, era el extremo norte del país. Día y noche llevaba allí sus olas el río Amrokang, río de amargas lágrimas de coreanos, expulsados de su Patria por los invasores japoneses.

Arrojados más y más al norte, habiendo abandonado su tierra, nuestros compatriotas, agotados por el duro camino, se detenían a la orilla de este río.

Allá, en la margen opuesta, se extendía otra tierra, el Nordeste de China, con su desconocida naturaleza.

Con la mirada puesta en montes y ríos desconocidos, que se divisaban en la neblina de polvo levantada por el viento, los fugitivos se despojaban de los fardos y buscaban piedras en la orilla para hacer una fogata a fin de preparar la comida, por última vez, en su tierra.

Columnas interminables de coreanos expulsados por los samuráis japoneses iban camino del destierro y allí encontraban un lugar en el que antes que llegaran ellos, compatriotas a los que no conocían se habían preparado la comida en las mismas piedras, y sobre ellas se habían levantado las columnas de humo de las hogueras.

Habían pasado la primavera y el otoño, y los remolinos de nieve y la lluvia lavaban las piedras, renegridas por el hollín, pero sus huellas seguían marcadas de manera imborrable.

Muchos coreanos habían pasado el río, pero el torrente parecía no acabar nunca. En el paso del río saltaba a la vista cómo los coreanos expulsados de la tierra natal por los japoneses se convertían en fugitivos. Era un lugar donde se sentía más fuertemente la angustiosa situación de la Patria. Diríase

que si se aplicara el oído a la tierra se oirían los gritos de dolor que resonaban en la Patria.

Los fugitivos hacían cola esperando la barca para pasar al otro lado. Insolentes gendarmes y policías japoneses y aduaneros, empuñando las armas registraban sus fardos, rebuscando hasta en los forros de la vestimenta. Esos invasores eran insaciables incluso cuando los fugitivos abandonaban la Patria.

Kang Ban Sok, que veía este espectáculo del paso del río por primera vez y las piedras renegridas por el hollín, le dijo a Zung Son.

—Fíjate bien, hijito mío. Este es el extremo más septentrional de nuestro país, y a la gente que se prepara la comida por última vez en la Patria, incluso en este lugar, no la dejan tranquila los malditos japoneses.

Eso le dijo Kang Ban Sok para que Zung Son recordara toda la vida las ferocidades y la crueldad de los japoneses, aunque entonces era muy pequeño. El niño, sin decir palabra, apretaba fuertemente la mano de su madre. Comprendía ya muy bien por qué le decía eso.

Más adelante, Zung Son fue a menudo a la orilla y al embarcadero y miraba cómo pasaban los fugitivos. Después se lo contaba todo a su madre sin omitir ni un solo detalle. Se repetía siempre la misma historia: la gente preparaba la comida y pasaba el río, soportando las humillaciones de los japoneses. El éxodo no tenía fin. Pasaban centenares, miles de personas, y cada una con su sino. Todo esto conmovía a Zung Son, que refería indignado a su madre todo lo que veía en la orilla del río.

Una vez llegó corriendo a casa y le dijo a su madre que en la orilla había un hombre enfermo. Kang Ban Sok fue al río, se llevó al enfermo a casa y lo cuidó durante varios días.

Después de este caso, Zung Son se enteró de que había que llevar a los enfermos a casa. Su padre había instalado un punto sanitario en la casa, donde curaba a los enfermos.

Kim Jiong Zik desarrollaba en Zungangzin una gran actividad revolucionaria, haciéndose pasar por médico, y trabajaba en la casa de un tal Kang, dueño de un gabinete odontológico y de un hotel.

Por aquel entonces en Zungangzin se encontraban reunidos muchos miembros del movimiento por la independencia de la Patria y otros patriotas. Se detenían allí al dirigirse a distintos lugares de Manchuria del Sur, que era un lugar muy

favorable para las actividades del movimiento, y pasaban por allí también cuando regresaban a Corea.

Kim Jiong Zik reunió allí a los compañeros con los que había establecido contacto en Bongjuari y Mankiongde.

Un tal Kuon, que había sido detenido durante el Levantamiento del Primero de Marzo, y que luego fue excarcelado, así como otros compañeros, recibieron nuevas instrucciones de Kim Jiong Zik para librar la lucha y directivas para las organizaciones del país. Estos compañeros salían de allí para cumplir tareas en Seúl y otros puntos de Corea.

Kim, un empleado de la oficina local de correos, actuaba a las órdenes de Kim Jiong Zik, así como O y Ja, que habían llegado de otros lugares. Y desde allí organizaba directamente todas las formas de lucha.

Después de que Kim Jiong Zik trasladó a las orillas del Amrokang el centro de la actividad revolucionaria, empezaron a crecer rápidamente las filas de los miembros del movimiento antijaponés.

La vida de Kang Ban Sok era también difícil y tensa. Aparte de las faenas caseras, ayudaba a su marido en la labor revolucionaria. Además, debía mantenerse muy atenta para preservar la seguridad de su esposo.

Ambas cosas eran difíciles, pero ella salía adelante con eso, entregando todas sus fuerzas anímicas. Al salir de Mankiongde lo juró ante sus montes y ríos entrañables, y las nuevas circunstancias afianzaron su decisión.

En el nuevo lugar resaltaban con singular relieve el enfrentamiento entre las fuerzas revolucionarias del pueblo coreano y las del imperialismo japonés. Ya en el período del Levantamiento del Primero de Marzo, en Zungangzin se alzaron contra los imperialistas nipones las masas, que habían adquirido conciencia nacional. Salieron en manifestación a la calle, arrancaron de la silla del caballo al jefe de la gendarmería y lo mataron. En lo sucesivo se produjo un nuevo auge en la mentalidad antijaponesa de los coreanos.

Los enfurecidos imperialistas japoneses dislocaron en Zungangzin, que por aquel entonces era nada más que una cabecera de cantón, del distrito de Zasong, muchos gendarmes y policías; una guarnición de más de 200 hombres. Instalaron numerosos puestos y sucursales de la policía, construyeron en la orilla del río bastiones artillados y tendieron un compacto cordón de centinelas. Simultáneamente pusieron en movimiento

a sus agentes secretos encargados de descubrir a las personas sospechosas.

En estas condiciones, dedicándose a la práctica de la medicina, dirigió Kim Jiong Zik el movimiento revolucionario dentro y fuera de su país. A los pobres los curaba gratuitamente, imbuía una mentalidad antijaponesa a las masas y agrupaba a los compañeros revolucionarios. Manteniendo vínculos estrechos con éstos, discutía en las visitas médicas todas las cuestiones y recaudaba fondos para el movimiento por la independencia. Por su puesto sanitario pasaban muchas personas cada día; unas, para examinar cualquier cuestión, y otras para recibir instrucciones, antes de salir a cumplir alguna misión en la Patria o en otro país.

Kang Ban Sok comprendió por qué se había instalado su marido en Zungangzin y participaba activamente en su labor revolucionaria.

Al punto sanitario acudían muchas mujeres, para que las atendiera Kim Jiong Zik o para pedir consejo acerca de las indisposiciones del marido y de los hijos. Kim Jiong Zik las curaba sin cobrarles nada, y las mujeres, en sus conversaciones con Kang Ban Sok, le expresaban su gratitud por la desinteresada ayuda.

En las conversaciones, Kang Ban Sok hablaba con ellas con la franqueza propia de las mujeres, de todo lo que no les había dicho Kim Jiong Zik y realizaba entre ellas propaganda antijaponesa. Por las mujeres se enteraba ella de los acontecimientos que sucedían en la localidad y sabía lo que decía la gente acerca de Kim Jiong Zik. De ese modo ayudaba a su marido en el trabajo con la población local.

Kim Jiong Zik desplegaba activamente su labor revolucionaria apoyándose en la ayuda de Kang Ban Sok. Uno de los aspectos de esta labor consistía en enviar sistemáticamente advertencias por escrito a los secuaces del imperialismo japonés. El contenido de estas advertencias era más o menos el siguiente:

"Combatimos en tierra extraña, derramando la sangre por la independencia de Corea. Tú sabes bien que nuestros padres y madres, esposas e hijos, que sufren bajo el yugo de los imperialistas japoneses, andan desnudos y muertos de hambre, sin medios de existencia. Y tú, coreano de sangre, ¿a quién sirves? Todavía no es tarde. Deja de ser un sabueso de los imperialistas japoneses. Si te queda aunque sólo sea un ápice de conciencia del coreano, ¡álzate a la lucha sagrada por la independencia de Corea!

Si continúas sirviendo a los imperialistas japoneses, como enemigo del pueblo que eres, jamás podrás borrar tanto oprobio. Te lo advertimos con todo rigor."

Estas advertencias se escribían bajo la dirección de Kim Jiong Zik, que había organizado ese trabajo. Las señas y nombres se escribían en los sobres variando la letra. Además, los sobres eran de los que usaban los funcionarios japoneses. De ese modo se podía eludir mejor la censura. Los sobres se conseguían, por supuesto, recurriendo a toda clase de artimañas.

Los traidores que recibían estas cartas se asustaban muy en serio y temiendo que se les desenmascarara ante el pueblo, no actuaban abiertamente.

Kang Ban Sok distinguía a primera vista a los visitantes del punto sanitario que realmente estaban enfermos y a los que eran miembros del movimiento por la independencia que acudían allí para entrevistarse con su marido. Entre ellos había compañeros de lucha, abrumados por las penalidades sufridas, a los que conocía en Mankiongde o en Bongjuari. Cuando su marido conversaba con ellos, Kang Ban Sok decía a los demás pacientes que estaba ocupado con otros enfermos y cuidaba para que nadie les estorbase.

Cuando se alargaba la charla, Kim Jiong Zik cogía la caña de pescar y se iba de casa con sus compañeros de lucha revolucionaria. La pesca le ayudaba mucho a Kim Jiong Zik a elaborar los planes de la actividad revolucionaria.

Contemplando el suave balanceo del agua y fija la mirada en el sedal, reflexionaba sobre la situación creada en el país y los cambios operados en el ámbito internacional y trazaba nuevas orientaciones. El lugar donde pescaba era un punto de citas clandestinas con compañeros revolucionarios y allí mismo se dedicaba a preparar políticamente a la gente. Por sus compañeros se enteraba de la situación y con arreglo a ella les daba nuevas instrucciones y les encomendaba nuevas misiones. Al marcharse aquéllos se entrevistaba también con personas que simpatizaban con el movimiento, entre las que divulgaba las ideas revolucionarias.

—Con la lucha revolucionaria debemos recuperar sin falta la Patria que nos han arrebatado y lograr la independencia de Corea, aunque nos cueste la vida. Por la independencia de Co-

rea todos nosotros, los coreanos, debemos unirnos y combatir, y conquistarla con la propia fuerza de los coreanos.

Para alcanzar dichas metas debemos ejercer influencia revolucionaria en las masas. Y ante todo hay que cohesionarlas firmemente para que se alcen a la lucha contra los imperialistas japoneses.

Siempre que iba a pescar, Kim Jiong Zik se llevaba con él a Zung Son. Mientras el padre hablaba con sus compañeros de lucha, el niño jugaba con los chiquillos de la vecindad.

Enterada de esto, Kang Ban Sok enviaba a su hijo para que jugara con los chicos en el lugar en que se disponía a pescar Kim Jiong Zik.

Zung Son, que se daba cuenta inmediatamente de qué se trataba, haciendo como que era trompetero se llevaba a los niños donde era necesario y jugueteaban alegremente, dedicándose a la "caza" de japoneses o a luchar sobre la arena del río. Eran juegos que le gustaban más a Zung Son.

Allí, a la orilla del Amrokang, acudían también a jugar los niños japoneses. Trazaban un círculo en la arena, se metían dentro dos adversarios y jugaban empujándose uno a otro. Se consideraba vencido el que era echado del círculo. A eso se reducía la lucha. Se empleaban distintos procedimientos. El más importante de ellos consistía en sacar a empujones del círculo al rival. Un día se entabló sobre la arena la lucha entre los chicos coreanos y japoneses. Por lo visto, a los chicos coreanos les pareció una simpleza la lucha de los japoneses, y fueron los primeros en lanzarse, pero no tenían tanta experiencia como los contrarios. Los muchachos japoneses empezaron a zaherir a los coreanos exactamente igual que lo hacían sus padres.

Zung Son no pudo aguantarse. Por supuesto, recordó el mandato de su padre de que no jugase con los niños japoneses, y no jugaba con éstos, pero viendo cómo eran derrotados los coreanos y se mofaban de ellos, se metió en el círculo y agarrando a un chiquillo mayor que él y más corpulento lo levantó y tiró al suelo, como hacen los verdaderos luchadores coreanos. El niño japonés empezó a protestar diciendo que así no se jugaba.

—¿Qué dices que no es reglamentario? ¡Vaya porquería! Tú luchabas a lo japonés y yo a lo coreano. Tú podías haberme tumbado a mí, pero no lo conseguiste. ¿Probamos otra vez?

El niño japonés cayó dando volteretas y no pudo incorporarse en seguida.

—Con estos japonesotes no hay que jugar —dijo Zung Son, y se llevó a los niños coreanos.

El chiquillo japonés era hijo de un comerciante que tenía un kiosco frente a la pensión donde vivía Zung Son.

Ese mismo día Zung Son contó a su madre lo sucedido. De pequeño se había acostumbrado a decirle todo lo que le pasaba. Recibía el consejo de la madre y se enorgullecía de lo que había hecho. Después de escuchar a su hijo, Kang Ban Sok lo alabó.

—Has hecho bien al luchar a la coreana. Además de que nos han quitado el país, nos obligan a luchar como lo hacen ellos. ¡Qué desvergüenza! Pero el caso no consiste sólo en esto. Todo debemos hacerlo a nuestra manera, tenemos que vivir con nuestra propia cabeza. De aquí en adelante vale más que no trates con ellos.

—Si yo no jugaba con ellos, mamá. ¿Es que acaso son mis amigos? Es que me dio rabia verlos reírse de los niños coreanos, que habían sido vencidos.

—En estos casos hay que enseñarles a no levantar el pico. Entonces no podrán despreciar a los coreanos.

Kang Ban Sok alabó a su hijo, y en ese momento llegó Kang, el dueño de la pensión, que se había enterado de lo ocurrido.

—Dicen que Song Zu le zurró a un gallito japonés. ¿No se meterá ahora su padre con usted?

A pesar de que Kang Ban Sok comprendía la inquietud de Kang, no podía aprobar el miedo que tenía a los samuráis.

—Claro que se lo diré a su padre cuando venga, pero nunca está de más darles una lección a esos niños para que no mortifiquen a los nuestros.

—De acuerdo, pero no se olvide que ellos son japoneses.

El dueño de la pensión volvió a pasar por la tarde cuando llegó Kim Jiong Zik. Le habló de sus temores. Pero el padre de Zung Son al enterarse de lo ocurrido se echó a reír.

—No importa. A ese insolente había que enseñarle que dos y dos son cuatro.

Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok realizaban permanentemente labor clandestina y consideraban que no tenían que agachar la cabeza ante los japoneses y siempre rechazaban con dignidad su cicatería. Y esto era completamente natural para

ellos, ya que su orgullo nacional no les permitía otra cosa. Al mismo tiempo, esto les permitía asegurar su labor conspirativa.

Había días que enviaban hasta 370 cartas de advertencia a los lacayos del imperialismo japonés. Se expedían por correo de diversas maneras. Kim, el empleado de correos, ayudaba en esto a Kim Jiong Zik y a su esposa.

La policía japonesa vigilaba Zungangzin, ya que la mayor parte de las cartas llevaban el sello de la oficina de correo local.

La policía trabajaba en todas partes. Todos los coreanos que vivían allí eran sospechosos, y en especial los que mostraban abiertamente su conciencia nacional.

Kim Jiong Zik fue uno de los primeros en los que recayeron sospechas.

A los japoneses, antes que nada, no les gustaba que gozara de buena reputación entre la gente gracias a su labor médica. Se creían que esta profesión le proporcionaba bastante dinero. Kim Jiong Zik curaba a los pobres gratuitamente, ya que consideraba que practicar la medicina era un acto caritativo.

Se enteró en cierta ocasión de que en un hospital japonés habían puesto en la calle a un enfermo grave porque no disponía de dinero para costear su hospitalización. Kim Jiong Zik lo curó de balde. Con esto los japoneses habían sufrido una derrota moral. Además Kim Jiong Zik no sólo asistía en su gabinete a los enfermos, sino que iba a visitarlos en bicicleta a domicilio.

En el manillar de la bicicleta guardaba documentos secretos. La policía no podía imaginarse que aquel joven médico, con el fonendoscopio al cuello, fuera el autor de los disparos nocturnos que hacían blanco en los policías japoneses que vejaban al pueblo y en sus malvados lacayos.

No sentían hacia él la más mínima simpatía, pues Kim Jiong Zik no les consideraba personas dignas. Y cuando ese padre japonés que pretendía defender a su insolente hijo no osó hablar siquiera con él, esto suscitó comadreos sospechosos.

Se podría citar infinidad de ejemplos de esta índole. Sin embargo, la policía no sabía cómo meterse con él, sobre todo cuando estaba en la orilla del río con la caña de pescar, sumido en reflexiones sobre los destinos del país y de su nación. Con su aire concentrado y serio les parecía a los policías japoneses que era un hombre aficionado a la pesca.

No sabían cómo hacerle picar en el "anzuelo" y tampoco podían aducir nada de su vida cotidiana y de su conducta. Y a

pesar de todo lo hicieron vigilar por los sabuesos y lo incluyeron en la lista de sospechosos. El ver en cada persona un hombre sospechoso era costumbre muy extendida y motivo de alarma entre los samuráis.

Después de la llegada de Kim Jiong Zik al Amrokang, elementos traidores, haciéndose pasar por enfermos, acudían a menudo a su consulta con el propósito de obtener información.

Para ganarse la confianza de Kim Jiong Zik y de los "pacientes", miembros del movimiento antijaponés, esos sabuesos expresaban a veces su descontento hacia los imperialistas japoneses y renegaban de las arbitrariedades de la policía, mostrando airada indignación contra el orden existente.

Kang Ban Sok, que prestaba atención a lo que sucedía en el gabinete y estaba siempre alerta, consideró sospechosa tal "audacia". En primer lugar, esta "audacia" no se sabe por qué la demostraban inesperadamente y siempre cuando estaban presentes algunos compañeros de lucha de Kim Jiong Zik, y en segundo lugar, porque en los anatemas lanzados contra los samuráis se advertía hipocresía.

Kang Ban Sok prevenía a Kim Jiong Zik, comunicándole sus inquietudes.

—Ten cuidado. Se comportan de una manera extraña. Me recuerdan la conducta de Bek en Bongjuari. ¿Lo recuerdas?

—Ay, has pensado lo mismo que yo —contestó el marido—. Si odiasen realmente a los japoneses no lo demostrarían a gritos, cuando ese sentimiento debería guardarlo en lo profundo de su corazón, dada la aguda vigilancia del enemigo. La insinceridad les sale por la boca. ¡Imbéciles! Sólo sirven para ser lacayos de los japoneses.

Pasados unos días visitó urgentemente a Kim Jiong Zik un camarada. Dijo que en un cuaderno de notas que se le cayó en un bar a un policía coreano, figuraba el nombre de Kim Jiong Zik, que debía ser sometido a una estricta vigilancia. El policía era de la comisaría de Zungangzin. Según ese compañero aún no se sabía quién era el delator.

Una vez más se cernía el peligro sobre Kim Jiong Zik.

La nota de la agenda del policía y la conducta de los sospechosos visitantes hacía suponer que la policía tramaba alguna pérfida intriga contra él.

Pero Kim Jiong Zik conservaba, como siempre, la serenidad. Era fiel al principio de que hay que mantener la sangre fría cuando la situación se hace más crítica.

Prosiguió su labor como antes: los miembros del movimiento antijaponés, después de recibir instrucciones de Kim Jiong Zik, se dirigían al interior del país; las amenazadoras advertencias seguían llegando a los funcionarios reaccionarios y a los sabuesos de los samuráis.

La gente seguía viendo por la calle al joven médico con su fonendoscopio en la bolsa, colgada del manillar de la bicicleta, que se dirigía a visitar a los enfermos. Todo como antes.

La policía japonesa estaba desconcertada. Según informaban los agentes secretos, en Zungangzin había una base de posta por la que pasaban a Manchuria Meridional y a Corea miembros del movimiento antijaponés. El joven médico que había despertado sospechas seguía ejerciendo como si no sucediera nada, y no se le veía implicado en nada. Por eso no se le podía detener a la ligera. Pero la policía seguía recopilando denuncias de sus agentes.

En esta compleja situación, Kim Jiong Zik decidió trasladar el centro de sus actividades al Nordeste de China, como ya lo había previsto encontrándose en Mankiongde. Gracias a la buena organización del trabajo en Zungangzin se había creado un sistema de dirección muy preciso en el país y fuera de él, y habían sido seleccionados compañeros en los que se podía confiar. Pero el enemigo tendía sus tentáculos más y más.

Antes de partir, Kim Jiong Zik reunió a sus compañeros que lamentaban su marcha.

—Los revolucionarios llevan su obra hasta el fin y no la dejan a mitad de camino...

El partió para Linziang.

Kang Ban Sok se hizo cargo de los asuntos domésticos. Con ella se quedaron los dos hijos, Zung Son y Chol Zu. El menor no comprendía lo que significaba la partida del padre, y a Zung Son tuvo la madre que explicárselo.

—Salimos mañana de nuestra tierra patria.

—¿Mañana? —Zung Son sorprendido miró a la madre.

—Sí, mañana. Aquí no podemos seguir viviendo. Los japoneses quieren detener otra vez a tu padre. Por eso se ha ido a proseguir la lucha desde la otra orilla.

—¡Mamá!—. Sólo pronunció esa palabra. Pero al observar la agitada expresión del rostro de su hijo, que se caracterizaba, a pesar de sus pocos años, por su seria actitud respecto a las cosas y por su previsión, Kang Ban Sok comprendió cuál era el sentimiento que le embargaba.

—Mamá, ¿en la otra parte del río viven también coreanos?

—Allí hay muchos. Tú mismo viste en el río las piedras renegridas por el hollín. Muchos compatriotas nuestros, antes de dar el salto, prepararon la comida en ellas. Aún siguen pasando el río. ¡Y cuántos pasarán todavía!

—Donde estén tú y papá siempre estaré bien. Y sobre todo si viven allí coreanos.

Al día siguiente, Kang Ban Sok recogió los bártulos, se los puso a la cabeza y salió con los niños hacia el paso del río. La esposa de Kang y otras vecinas querían acompañarla, pero para no llamar la atención de la policía japonesa, se despidió de ellas en la casa.

Había que pasar el río sin meter ruido innecesariamente para no despertar la curiosidad de la gente ajena.

En la lancha había muchos refugiados.

Cuando comenzaron a embarcar, todos querían ser los primeros. Se sentían atemorizados al ver cómo los policías y aduaneros registraban las maletas y cacheaban a las personas, por lo que se armó una gran confusión. Cuando zarpó la lancha volvió a reinar el silencio. Todos veían alejarse la orilla y los montes de la Patria.

"¡Adiós, Patria!", parecían decir todos con el pensamiento.

Sólo se oía el rítmico chapoteo de los remos.

Kang Ban Sok estaba segura de que no se iban para siempre. Jamás había abandonado la idea de la independencia de la Patria. Pensando en esto se imaginó el día del regreso a la Patria, pero el ánimo abatido de sus acompañantes influía en ella.

La lancha había pasado el rápido del río y dejado atrás los bancos de arena, situados en la parte de Zungangzin. Las figuras de las personas que preparaban la comida en la orilla coreana se iban haciendo más borrosas. De las hogueras se levantaban finas columnas de humo gris.

2

La ciudad china de Linziang (provincia de Kilin) se encontraba frente a Zungangzin (la tierra coreana se veía desde la otra orilla del Amrokang).

En el extranjero, separado sólo por la franja del río, se sentía muy hondo el haber quedado sin la tierra entrañable, el alejamiento forzoso de la Patria.

Cuantas veces al día, desde una tierra extraña, desde la que se veía tan cerca la tierra de los antepasados, sumida en la penumbra, se dejaba sentir la pertenencia a una nación privada de Patria.

En Linziang Kim Jiong Zik alquiló una casita situada cerca de la carretera que conducía al río Amrokang. En ella fijó un letrero: "Enfermería de Sunchon". Y allí transcurrieron días de vida difícil y de lucha.

Luego de haber trasladado el centro de la lucha revolucionaria a aquel lugar, Kim Jiong Zik siguió dirigiendo la lucha dentro y fuera de Corea. De tiempo en tiempo recibía informes de los compañeros que actuaban en Pyongyang, Seúl, Busan y otras regiones de Corea. Con frecuencia enviaban paquetes con medicamentos a la "Enfermería de Sunchon".

Kim Jiong Zik los abría con mucho cuidado. Kang Ban Sok veía cómo el rostro de su marido se ensombrecía unas veces y otras se iluminaba, y cada vez se imaginaba también los rostros de los compañeros de su marido que marchaban a trabajar al interior del país, y a los que en otros tiempos había arreglado la ropa o preparado la comida.

Cuando Kim Jiong Zik se despedía de ellos, que se marchaban para el interior del país, les decía:

"...Para restaurar e independizar a la Patria hay que agrupar a los camaradas de revolución, aunque sólo se trate de uno más. Nosotros contamos con muchas personas...

Si van a Corea, esfuércense por agrupar a los jóvenes patriotas... Y si hay entre ellos algunos que quieren venir aquí con armas o dinero, envíenmelos. Además, envíenme datos sobre los puntos militares neurálgicos del imperialismo japonés y, junto con eso, una relación de los lacayos que obstruccionan el movimiento independentista y un informe de sus crímenes.

Deben tener muy presente que estas tareas no son fáciles de cumplir.

Adondequiera que vayamos, debemos ser siempre conscientes de que podemos morir ya sea de hambre, de golpes, o de frío. Un revolucionario no debe abandonar nunca el gran propósito que una vez se hizo..."

El rostro de Kim Jiong Zik aparecía radiante de alegría cuando llegaban noticias de que sus compañeros de lucha lograban éxitos en la labor de cohesionar a los camaradas revolucionarios.

Kang Ban Sok recordaba a todos los correligionarios que habían acudido a que les aconsejara su marido y conocía el carácter de cada uno.

Cuando se lo decía a su marido, éste se asombraba de la capacidad de observación de su mujer al apreciar a las personas, pues ella consideraba la obra revolucionaria de su marido como la suya propia.

Entre los compañeros que visitaban a su marido algunos marchaban el mismo día, pero otros permanecían unos cuantos días. Por lo general era gente que realizaba trabajo clandestino ocultándose de la rigurosa vigilancia de los imperialistas japoneses, y por eso no podía elegir el momento más adecuado para el encuentro. Aparecían a veces pasada la medianoche o cuando la familia vivía con grandes dificultades. Todos eran personas valiosas que arriesgaban la vida en aras de la Patria. Podían llegar cansados y hasta hambrientos...

¿Quién les iba a ayudar con tanta solicitud a no ser Kang Ban Sok?

Kang Ban Sok economizaba todo lo posible las provisiones y su vida era humilde y modesta. Pero no escatimaba nada para ellos.

Renunciando al descanso se levantaba ya avanzada la noche, preparaba la comida y, a veces, hasta lavaba. Esto, en Linziang no sucedió una vez, ni dos, sino continuamente, durante meses, desde el primer día en que llegaban hasta el último día cuando se iban.

Las vecinas al verla tan atareada le ayudaban cuando no podía atender a tanto visitante. Una de ellas, Yu, le preguntó en una ocasión:

—Vecina, ¿vale la pena trabajar tanto en vano? Cuántos años vinimos escuchando lo mismo: independencia e independencia, como si Corea fuera a ser independiente hoy o mañana. ¿Cómo podemos creer en esa palabra?

Kang Ban Sok recordó unas palabras dichas por su marido a sus compañeros.

"...Adondequiera que vayamos, debemos ser siempre conscientes de que podemos morir ya sea de hambre, de golpes, o de frío. Un revolucionario no debe abandonar nunca el gran propósito que una vez se hizo..."

Sí, era difícil el camino de la revolución. Pero lo que hacía

ella —preparar la comida y lavar la ropa—, por mucho tiempo que se dedicara a ello, no tenía punto de comparación con el hambre, las palizas ni con el frío. ¿Acaso aquella ocupación podía producir cansancio o aburrimiento?

—Vecina, el fruto madura cuando le llega la hora —respondió seriamente Kang Ban Sok—. Ahora pasamos privaciones, pero en un futuro cercano Corea será independiente. Entonces viviremos todos felices.

Kang Ban Sok estaba dispuesta a ofrendar su juventud, todas sus fuerzas, por la salvación de la Patria. Jamás se desesperaba, ni sentía cansancio, aunque pasaban los años y Corea no alcanzaba la independencia. Ella tenía siempre fe en el futuro luminoso, en la independencia de Corea.

¡Triste nación coreana!
Has vivido feliz, generación tras generación,
En un país con 4 mil años de historia.
¿Cómo has descendido hoy a esta situación?

Cuando rompan con sus manos, compañeros,
Las cadenas y las sogas que me atan,
El tronar de las vivas a la independencia
Agitará el Mar del Este y moverá las montañas.

Si las hierbas y los árboles de Namsan tuvieran
Ojos llorarían con nosotros.
Si los peces del Mar del Este tuvieran alma,
Su tristeza sería la nuestra.

Cuando rompan con sus manos, compañeros,
Las cadenas y las sogas que me atan,
El tronar de las vivas a la independencia
Agitará el Mar del Este y moverá las montañas.

Esta canción la repetía mentalmente Kang Ban Sok sin cesar. Era de Kim Jiong Zik y se titulaba "Consagración". La habían aprendido Zung Son y toda la familia.

Kang Ban Sok la rememoraba cuando hacía por la noche la comida y lavaba la ropa a los compañeros de su marido cuantas veces era necesario, al igual que lo hiciera antes en Bongjuari y en Zungangzin, además de realizar todas las demás labores del hogar.

3

El diploma de la Escuela de medicina "Sevrans", colgado en la pared de la antesala de la "Enfermería de Sunchon", confirmaba que Kim Jiong Zik tenía derecho a ejercer de médico. Los agentes secretos del imperialismo japonés, enviados de Corea para ver qué se hacía en la enfermería, se convencían de ello, más que todo.

Con fines conspirativos, Kim Jiong Zik consiguió por mediación de sus compañeros de Pyongyang tal diploma, que colocó en la antesala de la enfermería para hacerse pasar por médico.

Cuando encontraba en el exilio a compatriotas enfermos y sin dinero —obreros y campesinos expulsados de la tierra natal— sentía con más fuerza aún la imagen de la Patria martirizada.

Y con el mismo tesón con que curaba a los compatriotas enfermos, dirigía las labores clandestinas, enviaba compañeros a la Patria, practicaba el manejo de la pistola con que debía someter a los enemigos, mantenía correspondencia secreta con los compañeros de Corea y realizaba propaganda antijaponesa.

Kim Jiong Zik publicaba en la escuela coreana de Linziang un periódico que informaba de los acontecimientos políticos que tenían lugar en Corea y en el extranjero, de la actividad de las organizaciones revolucionarias y de algunos miembros del movimiento por la independencia e insertaba temas de carácter educativo para difundir la ideología progresista y las ideas patrióticas antijaponesas. Este periódico se difundía clandestinamente, y no sólo en la zona de Linziang, sino también en Pyongyang y otras regiones de Corea. Esa publicación desempeñó un singular papel en el despertar ideológico y político de las masas, y formaba a revolucionarios y al pueblo.

Kim Jiong Zik era implacable con los enemigos de la revolución, a los que siempre combatió de manera inconciliable. Desplegaba actividad política orientada a aislar a los elementos hostiles y a agrupar a las fuerzas antijaponesas. Y toda esta actividad la conjugaba con la lucha armada.

Para derrotar al imperialismo japonés, pertrechado hasta los dientes, se necesitaban armas. Y Kim Jiong Zik las conse-

guía recurriendo a los más diversos procedimientos ilegales. Las conseguía por medio de sus compañeros que actuaban en Manchuria y enviaba a compañeros a Primorie, a la Unión Soviética, para que las lograran. Las armas llegaban entre montones de leña, en cajones con *insam* silvestre, en barriles de miel, en haces de paja y hasta en ataúdes.

Además, Kim Jiong Zik se ocupaba de la formación de cuadros político-militares entre los representantes de la juventud progresista llegados de Corea y de distintas regiones de Manchuria. Esta preparación se llevaba a cabo en escuelas militares, como, por ejemplo, la Sajezungmiong, en Patouziang.

Una vez, Kim Jiong Zik reunió en dicha escuela a los padres y maestros de los alumnos y les dijo lo siguiente:

"La Escuela Sajezungmiong prepara cuadros para el movimiento por la independencia. Aunque Corea es una colonia de los imperialistas japoneses, nosotros jamás olvidamos a nuestro país. Tenemos que conquistar sin falta la independencia de Corea. Y ello depende de la gente que preparemos para futuras batallas por la independencia del país. Lo esencial hoy para los padres de los alumnos es arreglar la escuela para que funcione bien.

Los maestros deben prestar más atención a la asistencia y al aprovechamiento de los alumnos. Dicen que hay alumnos que no pueden asistir a las clases por la mala situación económica de su familia. Hay que ayudar debidamente a sus familias. Debemos observar rigurosamente la conspiración del movimiento por la independencia. Hay que guardar muy bien los documentos secretos y las armas".

Los grupos armados, organizados entre los jóvenes preparados por Kim Jiong Zik, asaltaban constantemente en diversos lugares fronterizos los puestos de la policía japonesa, atacaban a los policías y militares y los desarmaban y ajusticiaban a los vendepatrias. El asalto a la serrería de "Kumdong", perteneciente a la empresa maderera de Zungang, es un ejemplo patente. Había grupos que realizaban profundas incursiones hasta la provincia de Piong-an del Sur y otras regiones del país, donde arrasaron las instituciones japonesas.

De este modo, Kim Jiong Zik organizó y libró aún más activamente la lucha armada, siendo la base de la acción revolucionaria la zona que comprendía las localidades de Zungang, Linziang y Patoukou, con la particularidad de que el propio

Kim Jiong Zik dirigía las actividades armadas de los grupos de combate.

Y Kang Ban Sok, desde que escuchara una noche en Mankiongde el chasquido producido por las pistolas, al cargarlas su esposo y su hermano mayor Kang Zin Sok, a menudo observaba cómo Kim Jiong Zik llevaba armas a casa y las repartía entre los compañeros. Ella comprendía muy bien que las armas eran indispensables para hacer la revolución.

Cuanto más encarnizada era la lucha revolucionaria de Kim Jiong Zik, que adquiría formas violentas, mayor era la compasión y cariño que sentía éste por sus compatriotas expulsados de la tierra natal.

Y cuando un pobre campesino, curado por Kim Jiong Zik, se miraba compungido las manos, no sabiendo como pagar al médico, éste le dijo, magnánimo:

—Si quiere pagarme por la curación, cuando se libre Corea pase por mi casa. Ahora todos vivimos en tierra extraña y somos pobres. Mas no está lejos el día en que recuperemos la Patria y cruzaremos de nuevo el Amrokang para regresar. Entonces nos veremos y viviremos todos bien.

La noticia de que Kim Jiong Zik se preocupaba de los obreros y campesinos, y en general de los pobres, se difundió ampliamente. Por eso eran muchas las personas que procuraban entrevistarse con él.

Un almadiero se rompió una pierna al chocar dos balsas, y su estado era desesperado. En el hospital le dijeron que había que amputarle la pierna. Y si le cortaban la pierna, ¿cómo podría subsistir en lo sucesivo? Y si no se la amputaban, podía fallecer. A pesar de todo, la familia del obrero quería salvarlo y pidió ayuda al hospital, el cual exigió una elevada cantidad de dinero por la curación. Al obrero, que no tenía ni para comer, no le quedaba nada más que esperar la muerte. Los familiares del balsero se enteraron de que Kim Jiong Zik curaba a los pobres. Y se llevaron al herido. Kim Jiong Zik se vio en una difícil situación, pues nunca había curado a heridos tan graves y carecía de instrumentos. Pero, consciente de que el obrero se encontraba en una situación sin salida, consiguió a pesar de todo las medicinas necesarias, para lo cual tuvo que ir a diversos lugares, y emprendió con toda abnegación la curación del herido. Gracias a eso empezó a mejorar la pierna, sin necesidad de amputársela, y el almadiero volvió en definitiva a su trabajo.

Se puede decir que si Kim Jiong Zik salvó la vida del herido, y en fin de cuentas la de toda su familia, no fue por su gran preparación médica, sino por su amor a los pobres. Por eso, la gente de Linziang empezó a llamar a Kim Jiong Zik "el médico enviado del cielo" para salvar vidas. Lo trataban con profundo cariño y respeto.

Kim Jiong Zik, además de ayudar generosamente a los pobres, los obreros y campesinos, les imbuía una mentalidad progresista, despertando en ellos la conciencia de clase, y los agrupaba en organizaciones.

A Kim Jiong Zik lo admiraban no sólo sus compatriotas.

Entre la población china, sobre la que había tendido sus tentáculos el agresivo imperialismo japonés, Kim Jiong Zik realizaba una gran labor propagandística de carácter antijaponés. Con bondad y cordialidad se preocupaba de los infortunados campesinos chinos, que padecían enfermedades sin recibir asistencia médica alguna. A esta gente la curaba y proveía de medicamentos gratuitamente.

En Linziang vivía un anciano chino, de apellido Wang. Era un bracero que había rebasado los 60 años y que toda su vida había trabajado para un rico, siendo maltratado y humillado. El anciano enfermó de una terrible afección cutánea y todo el cuerpo se le cubrió de costras.

El ricachón al que había dedicado toda su sangre y sudor, lo despidió del trabajo por estar imposibilitado.

Wang se vio en una situación angustiosa. Habiendo perdido a esa avanzada edad el albergue y padeciendo, además, una terrible enfermedad, lo único que le quedaba era morirse.

Kim Jiong Zik se enteró de esto y curó al anciano sin cobrarle, por supuesto, ni un céntimo por el tratamiento ni por las medicinas.

La recuperación del anciano fue una alegría para Kim Jiong Zik y para su mujer. Todos los vecinos se alegraron infinitamente, pues sentían de todo corazón lo sucedido al viejo Wang.

Kim Jiong Zik logró ejercer su influencia incluso sobre un policía chino que liberado de su odiosa ocupación se pasó al lado del pueblo y hasta velaba por la seguridad de Kim Jiong Zik.

En aquellos tiempos se celebraban en casa de Kim Jiong Zik frecuentes reuniones de revolucionarios por la noche. Todos sus compañeros llevaban armas. La dirección de

policía china de Linziang se enteró y decidió tenderles una redada mientras tenía lugar una de esas reuniones.

El policía Yu previno en secreto a Kim Jiong Zik de lo que se tramaba, para lo cual fue subrepticiamente a su casa.

No sólo lo vigilaban agentes del imperialismo japonés, sino también funcionarios chinos venales.

Para eludir estas constantes persecuciones, Kim Jiong Zik se veía obligado a luchar cambiando a menudo de domicilio. Y siempre en estos casos sobre los hombros de Kang Ban Sok recaían quehaceres aún más penosos.

Tenía que resolver muchos asuntos. Además de ocuparse de las faenas domésticas, debía encargarse de las cuestiones relacionadas con los contactos de Kim Jiong Zik con otros compañeros. Además dedicaba especial atención a la educación de Zung Son. Después de trasladarse al Nordeste de China, Kim Jiong Zik, a pesar de lo ocupado que estaba, dirigía sistemáticamente el estudio del hijo. Pero como tenía que ausentarse de la casa, esto implicaba interrupciones en los estudios de Zung Son.

Kang Ban Sok estudiaba para enseñar a su hijo la lengua coreana, la historia y geografía de Corea. Le contaba interesantes leyendas antiguas e historias de famosos guerreros patriotas.

La madre entregaba todas sus fuerzas para desarrollar en su hijo un sentimiento de justicia y de valentía, que debía manifestar en la lucha por la verdad. Para eso le contaba cosas del pasado del país y aportaba datos de la realidad circundante.

Un día fue a verles Kang Zin Sok, su hermano mayor. Había creado en Corea "El Grupo Juvenil por la Independencia de Corea" y trabajaba abnegadamente para acrecentar esta organización ilegal.

Había ido a hablar con Kim Jiong Zik de cómo marchaban las cosas y a aconsejarse acerca del desarrollo ulterior de la lucha.

Fue un encuentro muy cordial. No sólo fue encuentro del hermano y la hermana, sino de dos revolucionarios que marchaban juntos por el espinoso camino de la lucha revolucionaria.

—¡Hermano!

—¡Hermana!

Y la emoción les trabó la lengua.

Kang Zin Sok, que no había visto en mucho tiempo a su hermana, advirtió inmediatamente en su rostro el reflejo de las

muchas penalidades sufridas durante la ausencia. Cuando le dijo que Kim Jiong Zik se había marchado un mes antes a Fusung, lo comprendió todo sin más explicaciones.

El rostro de la hermana aparecía, como siempre, límpido y puro. Pero el hermano vislumbró en él la sombra de veladas dificultades. Desde la infancia, la hermana jamás mostraba su preocupación o angustia.

No en vano decía su padre:

—Cuando te veo me olvido de todas las preocupaciones.

Su carácter era alegre y jovial. Por otra parte le gustaba analizar profundamente la esencia de las cosas y captaba al instante el estado de ánimo de las personas.

Y su hermana, mujer de elevado ánimo, se sonreía en aquel momento, aunque su marido se había marchado y le tocaba a ella sola hacer frente a las dificultades y ocuparse de las actividades revolucionarias.

—Es mucho lo que has sufrido —le dijo, compadecido Kang Zin Sok.

—¿Acaso es esto sufrir si tenemos en cuenta que somos revolucionarios...? ¿Y cómo marchan tus asuntos?

Kang Zin Sok habló pormenorizadamente de su actividad a la hermana y le explicó cuál era la situación del país.

Después del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, los imperialistas japoneses reemplazaron el antiguo "gobierno militar" por un "gobierno cultural". En realidad eso fue solamente el enmascaramiento de los anteriores métodos de burdo dominio por otros más pérfidos. En realidad era igual que el "gobierno militar" y si difería en algo era únicamente en que los métodos de gobernación eran más crueles y arteros. En el país seguía siendo horrible la opresión de los invasores y se derramaba la sangre del pueblo. La burguesía nacional asustada por eso, emprendió el camino de las reformas, y una parte de ésta se descompuso, capituló ante los invasores y se puso a su servicio.

En estas condiciones tenía que librar la lucha Kang Zin Sok.

Sólo quedaba un camino: luchar contra el invasor, contra los imperialistas japoneses, pero dolía en el alma ver cómo se derrumbaban moralmente ex-militantes del movimiento por la independencia. De esto quería hablar con Kim Jiong Zik.

—Kim Jiong Zik dice que el Ejército Independista no podrá él solo hacer renacer el país.

—¿Esto dice tu marido? ¿Que no podrá hacer renacer el país?

El rostro de Kang Zin Sok tomó un aire grave.

—Cuando vuelva, habla con él —repitió la hermana.

—Es cierto que de eso ya hablaba él hace tiempo. Decía que había que tomar otro camino. Con frecuencia se refiere a Lenin y habla de la Revolución de Octubre en Rusia. Al actuar en Corea, yo también he comprendido que ha llegado el momento de cambiar los métodos de lucha. De esto quiero hablar con él.

Como pensaba Kang Zin Sok, en aquel período tocaba a su fin en Corea el período del movimiento nacionalista. Después del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, también en nuestro país empezó a propagarse el marxismo-leninismo; se advertía la transición del movimiento nacionalista al movimiento comunista.

Kim Jiong Zik ya había comprendido que el movimiento antijaponés de liberación nacional debía desarrollarse en la nueva etapa bajo la bandera del marxismo-leninismo, y él mismo se puso a la cabeza de esta lucha como el gran promotor en este período histórico del cambio de rumbo de la lucha. Kim Jiong Zik llevaba a cabo preferentemente la labor propagandística y organizativa entre las masas obreras y campesinas. Estaba seguro de que sólo al luchar apoyándose en las masas populares, encabezadas por los obreros y los campesinos como enseñan las ideas de la Revolución de Octubre, sería posible la liberación nacional y la supresión de la desigualdad clasista y social.

Kang Ban Sok habló a su hermano de todo lo que había oído a Kim Jiong Zik: de los cambios y del desarrollo de la lucha, después del Levantamiento Popular del Primero de Marzo, en toda Manchuria, y de la fase actual de la lucha que se desplegaba en las regiones de Linziang, Fusung, Juaten, Kilin y Jailung. Sólo después de esto le preguntó cuáles eran las novedades de su pueblo.

—¿Qué tal crecen los álamos de Mankiongde?

Kang Ban Sok recordaba siempre como su marido, al plantar los tres álamos en Mankiongde, dijo que cuando crecieran el país sería independiente.

—Cuando os recuerdan en casa a ti y a tu marido —le dijo el hermano— contemplan esos árboles.

Kang Ban Sok se imaginó a su querido Mankiongde; vio la roca-trineo por la que se deslizaba el pequeño Zung Son y la

roca-buque donde jugaba a la guerra contra los invasores japoneses. En sus oídos susurraban las aguas del Dedongang y oía el estampido de los témpanos en el período del deshielo.

Kang Zin Sok echó un vistazo a la habitación, que era más que modesta.

Sólo el escritorio del niño desentonaba. Sobre la mesa había un florero con flores.

Kang Zin Sok se percató de que su hermana tenía que enfrentarse permanentemente con las necesidades, pero que no escatimaba nada para los hijos.

Tomó un libro que había en la mesa. Era la Historia de Corea.

—¿Pero es que Zung Son lee ya este libro? —preguntó asombrado.

—El padre le enseña. Tiene una memoria envidiable. Basta con que le cuenten una cosa una vez para que se la aprenda.

—Igual que tú. Y su padre es lo mismo. Fórmalo bien. Y cuando su padre no está, ¿le enseñas tú?

—Yo no sé mucho para enseñarle, pero trato de inculcarle el espíritu de su padre.

—Eso es lo principal, pues el porvenir depende de los niños. Si hereda el espíritu de su padre, Corea será independiente.

—Eso pienso yo, y entrego todas mis fuerzas a la educación de los hijos. A veces a Zung Son le encomiendo tareas de enlace. Claro que me inquieto por él, pero me doy cuenta de que lo formo. Hay que forjarlos aunque les azote el viento y la lluvia, y yo también vivo así. Pues bien, de este modo ellos escucharán y verán siempre cosas nuevas y tendrán un espíritu sano.

—¡Eres formidable, hermana! Esto también me alegra siempre que te veo —exclamó el hermano.

Pasados unos días apareció Kim Jiong Zik. Ya habían terminado las redadas en la región de Linziang y le dieron la noticia de que había llegado su cuñado de Corea. Protegido por las tinieblas de la noche, se presentó en casa.

Fue para él una gran alegría este encuentro después de una larga separación. Como si se viera con camaradas de los que trabajaban en la Patria bajo su dirección.

Kang Zin Sok quiso compadecerse de su cuñado por las muchas penalidades que había sufrido durante la separación, pero Kim Jiong Zik le interrumpió, haciendo un gesto con la mano y dijo:

—Eso díselo a ella, que es quien ha tenido que soportar grandes dificultades —dijo y con un movimiento de cabeza señaló a su esposa.

Para Kang Zin Sok este matrimonio era el más revolucionario y el más feliz del mundo.

En este momento se dio cuenta de la importancia de su misión para el país.

Su cuñado y su hermana eran revolucionarios y junto con ellos marchaba él por el camino del renacimiento y la independencia de la Patria. Desde la niñez se había criado con la hermana y ahora marchaba con ella por la misma senda por la que iba su marido. Y no era sólo la senda familiar, por la que iban los dos hermanos, los dos cuñados, sino la senda por la que marchaban compañeros que habían coincidido en su acción revolucionaria.

—Se ve que es una excelente persona mi hermana —dijo Kang Zin Sok a Kim Jiong Zik.

—Lo son todos los revolucionarios —respondió Kim Jiong Zik.

Este empezó a preguntarle con mucho detalle cómo trabajaban los compañeros que habían regresado a la Patria y examinaron los métodos de lucha futura.

Explicó a Kang Zin Sok cómo se debía agrupar a los revolucionarios, formar los cuadros militares y llevar a cabo la propaganda política antijaponesa.

En esta conversación condenó enérgicamente a los renegados que se esforzaban por comportarse a gusto del "gobierno cultural", impuesto por los imperialistas japoneses, y preconizaban las reformas en la lucha. Subrayó que en Corea no podría haber libertades si no se lograse una independencia que permitiera al país ser gobernado por los coreanos en aras de los propios coreanos.

Recalcó que se debían confiar de las propias fuerzas y no esperar ayuda del exterior, conjugar la actividad política con la militar y luchar con el apoyo de las masas, encabezadas por los obreros y campesinos.

Al cabo de unos días Kang Zin Sok regresó a la Patria con nuevas tareas a cumplir.

La víspera de la partida, Kim Jiong Zik puso delante de él dos pistolas y le dijo:

—Guárdalas bien. A todos los que emprenden el camino de la lucha les digo que un solo disparo, a veces, suena más fuerte

que el grito "hurra" en miles de gargantas, pero que su uso inoportuno podría acarrear gran perjuicio a la causa.

Kang Zin Sok escuchaba atentamente las palabras de su cuñado, como si fueran también un consejo de la hermana que lo miraba con infinita confianza y cariño. En su serena mirada él leía un excelente consejo.

Kang Ban Sok sabía lo peligroso que era cruzar con las pistolas la frontera.

—¿Cómo las pasarás a la otra orilla, hermano?

—Ya pensaré algo y las pasaré como sea —contestó Kang Zin Sok con aplomo.

—Yo las pasaré. Pues no podré estar tranquila hasta que te vea sin novedades en la otra orilla. ¿De acuerdo?

—Pero, ¿cómo las vas a pasar tú?

—¡Qué no voy a hacer yo por ti...!

Kang Ban Sok escondió las pistolas entre los forros del vestido y pasó con ellas el río sin novedad alguna.

Cuando llegaron a un lugar en donde no podrían ser vistos por los policías japoneses, Kang Ban Sok entregó a su hermano la peligrosa carga.

—Perdona, hermano, que después de tanto tiempo que no nos vemos no haya podido acogerte como es debido.

—¡Menudo regalo me habéis hecho! ¿Y aún quieres más convites? —dijo Kang Zin Sok, palpándose los bolsillos en que había ocultado las pistolas.

—No olvides los consejos de Kim Jiong Zik.

Kang Zin Sok contempló con gratitud a su hermana y después le susurró al oído:

—¡No te preocupes, hermana! Tú, como siempre, eres formidable. Te pido que te ocupes de Zung Son y hagas de él un gran hombre.

4

En 1921, Kim Jiong Zik se vio obligado a trasladar la base revolucionaria de Linziang a Patoukou, distrito de Changpai.

Este pueblecito se encontraba a unos 200 *ri* al este de Linziang Amrokang arriba. Al igual que en Linziang, sólo el río lo

separaba de Corea; en la ribera opuesta estaba Popiong, distrito de Juchang.

En Patoukou había revolucionarios que trabajaban bajo la dirección de Kim Jiong Zik. Cuando se hizo mayor la vigilancia enemiga de la "Enfermería de Sunchon" instalada legalmente por él en Linziang, decidió trasladarse a Patoukou.

—Mamá, ¿nos mudamos otra vez? —preguntó Zung Son.

—Sí, hijo mío, es necesario. Esto es también la lucha contra los japoneses —contestó la madre.

El niño no preguntó más. Lo había comprendido todo.

Los habitantes de Linziang despidieron cordialmente a la familia de Kim Jiong Zik, a la que respetaban profundamente. Acudieron, además de sus compañeros de lucha, coreanos a los que había curado gratuitamente e instruido, también chinos, con el viejo Wang a la cabeza, a quien Kim Jiong Zik había curado aquella terrible enfermedad de la piel que se prolongó seis meses.

—Gracias por todo —decía Kang Ban Sok a cada uno que la despedía—. Nos veremos en una Patria libre. ¡Hasta la vista!

Kang Ban Sok siguió con los hijos a Kim Jiong Zik por el camino de Patoukou.

Hasta que no desapareció tras el puerto de la montaña, nadie de los que habían ido a despedir a la familia se movió del puesto.

Muchos de los que les despedían se ofrecieron para llevarles los bártulos. Kang Ban Sok les dio las gracias y se opuso cortés, pero resueltamente. Sólo el viejo Wang no le hizo caso, y tomando el atillo de sus manos anduvo durante largo rato al lado de ellos.

—Por favor, no vaya más lejos. Vuélvase —repitió varias veces Kang Ban Sok.

—No me ofenda, que soy un anciano. No me cuesta nada. Han hecho ustedes tanto por mí... —contestó Wang, y siguió caminando con ellos.

No podía olvidar el anciano la bondad de Kim Jiong Zik, que, además de curarle, se preocupó de su futuro. Después de recuperarse, el viejo Wang le llevó veinte *won* y dos paquetes de galletas.

Kim Jiong Zik se asombró al enterarse de cómo había conseguido el anciano el dinero.

Kim Jiong Zik supo que el viejo se había colocado otra vez de bracero y que había pedido un anticipo al amo. Regañó a

Wang porque volvía otra vez a uncirse al mismo yugo de bracero que le había acarreado una grave enfermedad, que no habría podido curar por carecer de recursos. Kim Jiong Zik le dijo que no quería que le pagara la curación y que lo que debía hacer era devolver inmediatamente el anticipo. En señal de gratitud aceptó sólo un paquete de galletas. De ese modo, el viejo Wang se despojó del yugo de bracero. Y no podía olvidar que de esa manera habia pasado a ser libre, aunque seguía siendo pobre.

Patoukou, adonde se había trasladado Kim Jiong Zik con la familia, era una localidad defendida de los vientos por abruptas montañas. Por el poblado pasaba el río Gaisintsi, afluente del Amrokang.

Por este gran río fronterizo navegaban sin cesar almadías. En aquella zona se habían acomodado fugitivos de Corea, arrojados por la pobreza, que trabajaban como esclavos en las explotaciones forestales o cultivaban las míseras parcelas en los desfiladeros. Allí enfrente, en el embarcadero Popiong veían a sus compatriotas que con sus míseros ajuares esperaban cola para cruzar el Amrokang. Ese era el espectáculo habitual de las localidades fronterizas en aquellos tiempos.

Kang Ban Sok alquiló una casa a un coreano y se dedicó a los quehaceres del hogar. Kim Jiong Zik hizo una reparación para que tuviera tres habitaciones; en la entrada de una de ellas colocó el siguiente letrero: "Enfermería Kuangze".

La fama de la nueva enfermería se propagó rápidamente entre los coreanos que vivían en Patoukou y sus alrededores. Y no podía ser de otra manera. A las personas que no tenían dinero para pagar las medicinas, Kim Jiong Zik les decía: "¿Acaso el dinero vale más que el hombre?". Y para curarlos no escatimaba los medicamentos; además, cuando se enteraba de que había enfermos que no podían acudir a la visita, iba a verlos a su casa, por lejos que vivieran. Y todo esto, mientras proseguía con más actividad su trabajo revolucionario.

Al año de pasar a aquel lugar, en verano, en Popiong se puso enfermo gravemente un tal Zang. Era imposible llevarlo a la enfermería por la gran crecida del río a consecuencia de las lluvias. La barca no circulaba. Zang estaba casi en la agonía. Al saberlo, Kim Jiong Zik, despreciando el peligro, cruzó el impetuoso río a nado y prestó al enfermo la asistencia médica necesaria.

A comienzos del invierno de ese mismo año se presentó una vieja diciendo que vivía en Popiong y que su marido estaba muy grave. Luego, tan afligida como por la salud del marido, le dijo que la dispensara por haber ido sin dinero. Sin prestar atención a estas palabras de la anciana, Kim Jiong Zik le recetó la medicina necesaria y le indicó que volviera al día siguiente. Pero ese día no apareció, aunque tenía que presentarse por la gravedad del enfermo. Kim Jiong Zik se inquietó. Pensó que no iba por falta de dinero. Casos así los hubo antes. Al día siguiente decidió ir a visitar al enfermo. Fue al embarcadero, pero por la noche se había helado el río. Y nadie se atrevía a andar sobre el hielo. Era peligroso, quizás la capa de hielo no resistiera. Pero no podía abandonar al enfermo a la ventura. Sin temor a sumergirse en el agua a través de la fina capa de hielo, logró pasar a la otra orilla. Como él suponía, la vieja no se había atrevido a ir con las manos vacías, a pesar de que el estado del enfermo se había agravado mucho.

Kim Jiong Zik dio al enfermo una medicina y lo trató durante una semana, hasta que mejoró. Cuando se hubo restablecido, el enfermo consiguió dinero y fue a ver a Kim Jiong Zik para pagarle las medicinas, aunque era imposible abonarle con dinero tanto bien como le había hecho. Kim Jiong Zik no sólo rechazó el dinero, sino que invitó al anciano a que comiera lo que había preparado Kang Ban Sok.

Kim Jiong Zik ayudaba con todo afecto a los pobres, y la "Enfermería Kuangze" estaba siempre llena de gente.

Amparándose en su situación legal, Kim Jiong Zik dirigía clandestinamente el movimiento antijaponés. De distintas regiones de Corea le llegaban paquetes con medicamentos en los que sus compañeros le enviaban informes cifrados. Al recibirlos salía con frecuencia a zonas alejadas, como Fusung.

A menudo hacía correr el rumor de que salía para diez o veinte días a fin de asistir a los enfermos, cuando en realidad recorría las regiones de Juaten, Mongziang, Antu, Kilin, Jueinan y Fusung, en las que celebraba reuniones con sus compañeros de lucha revolucionaria, y después regresaba a casa.

Kim Jiong Zik trabajaba con ahinco para aunar a todas las fuerzas antijaponesas sobre la base de la unidad de acción del movimiento antijaponés por la independencia, cuyos miembros actuaban dispersos por toda Corea y fuera de ella; y se esforzaba por ampliar la base de masas del movimiento revolucionario.

En aquellos tiempos difíciles en que los imperialistas japoneses habían intensificado la represión política y el saqueo

económico, el movimiento antijaponés por la independencia no estaba unido en la acción debido a las peleas entre grupos que existían en su seno.

Kim Jiong Zik se percataba de que sólo con las camarillas de todos estos grupitos, que se preocupaban de su posición personal y de alcanzar influencia, no se llegaría a la cohesión del movimiento por la independencia ni a la unidad de acción. A esa gente les eran ajenos los intereses de la revolución. Kim Jiong Zik realizaba toda clase de esfuerzos para despertar y aunar a las capas inferiores de las masas. Por eso se desplazaba con tanta frecuencia a los lugares más diversos, en los que celebraba reuniones. En ellas decía:

"...Si queremos recuperar nuestro país perdido, todos debemos sumar nuestras fuerzas. Cualquier trabajo está fuera de toda posibilidad de realización si lo acomete una sola persona. La cohesión y la unidad de ideas son algo valiosísimo, especialmente para los coreanos.

Engaños, desconfianza y fraccionalismo equivalen a la pérdida de la mitad de la fuerza en el combate contra los pillos japoneses.

Para nosotros, los que estamos dispuestos a sacrificarnos por la restauración de la Patria y la independencia del país, no hay armas más poderosas que la cohesión y la unidad de ideas. ¡Coreanos, unan todas sus fuerzas y conságrense a la sagrada causa de la independencia coreana!..."

Al mismo tiempo que se esforzaba por conseguir la unidad de acción de los participantes en el movimiento antijaponés por la independencia, Kim Jiong Zik hacía todo lo posible por pertrechar a los miembros más progresistas del movimiento con una ideología avanzada.

Los miembros del movimiento por la independencia insistían en mantener los viejos procedimientos de lucha para la liberación nacional. Esta nociva concepción era destrozada por los argumentos de Kim Jiong Zik, el cual enseñaba que sólo se alcanzaría el triunfo de la revolución aplicando nuevos métodos con el apoyo de los obreros y campesinos, como había ocurrido en Rusia.

Gracias a su enérgica actividad, la parte más progresista de los militantes del movimiento por la independencia tendía su mirada hacia la Rusia socialista y empezó a adoptar la ideología más avanzada, y en lo sucesivo, muchos de ellos pasaron del

movimiento nacionalista al movimiento comunista, haciéndose comunistas.

Por aquel entonces había aparecido en Patoukou un elemento extraño, el manco Son, que había residido en Zungangzin. Al parecer era sospechoso.

En cuanto se trasladó a Patoukou instaló un hotel no se sabía con qué dinero. Cuando estaba nublado o llovía, se presentaba en la "Enfermería Kuangze" aquejado de dolencias en los brazos. La aparición del manco Son alarmó a Kang Ban Sok y la tenía en constante tensión. Hablando con Kim Jiong Zik, se refirió a él.

Después de escucharle, Kim Jiong Zik se sumió en reflexiones y le contestó:

—Vamos a tomar precauciones. En las riberas del Amrokang no hay un solo lugar en el que no se encuentren los japoneses y sus sabuesos. Cuando empezamos a trabajar aquí ya lo sabíamos —y continuó diciendo—. Si nos apresuramos a quitar de en medio a ese canalla, echaremos todo a perder. Esto debemos tenerlo presente. A él tampoco le será fácil saber algo de nosotros y además estamos en el Nordeste de China y aquí los japoneses no pueden actuar como quisieran.

Después de esta conversación, Kim Jiong Zik fue aún más cauteloso cuando iba a entrevistarse con los compañeros en Corea a fin de despistar a Son y demás agentes secretos. En tales casos decía que partía hacia Fusung.

Kang Ban Sok seguía dedicando mucha atención a la educación de Zung Son y de los dos pequeños.

Era la primavera. Desde la orilla, Kang Ban Sok miraba al pequeño Zung Son que se dirigía en lancha hacia la orilla opuesta, a Popiong, en donde muchos compatriotas hacían cola para pasar el río.

Llevaba una carta que le había entregado su padre para la organización revolucionaria de Popiong.

—Se la entregas a quien te dijo tu padre y a nadie más. Esperas la respuesta —le indicó su madre.

El niño se fue seguro de que cumpliría la tarea encomendada por el padre. La madre se quedó en la orilla. Miraba cómo se alejaba la lancha en la que bogaba su hijo.

Nada más atracar en la otra orilla, Zung Son sin volver la vista hacia la madre, corrió como una flecha al lugar indicado por su padre.

El rostro de la madre, al ver la silueta del chico aparecer

y desaparecer entre los álamos de la otra orilla, resplandeció de infinito orgullo.

Zung Son cumplía una misión de su padre.

"¡Ya vas por el camino del padre!", pensó.

La pequeña figura desapareció y ya no se la volvió a ver, pero en el pensamiento de Kang Ban Sok surgía la imagen de Zung Son corriendo rápidamente con los puños crispados. E incluso le pareció que oía sus pisadas en el camino.

Pasado un rato vio a Zung Son que regresaba corriendo por el sendero de la otra orilla.

Al pasar a la orilla coreana no había vuelto ni una sola vez la cabeza, pero en ese momento, cuando la lancha seguía la ruta de regreso, se puso la mano a modo de visera para ver mejor. Al advertir a su madre agitó la mano. Por fin la lancha atracó en la orilla.

Kang Ban Sok, al contemplar el rostro sofocado de su hijo, exclamó:

—¡Bravo, muchacho!

Si la misión la hubiese cumplido ella, de seguro que no habría experimentado tanta alegría. Después de esta tarea, Zung Son cumplió a menudo encargos similares, asegurando los contactos clandestinos de su padre.

Y no iba sólo a Popiong, sino más lejos.

Puesto que Patoukou estaba situado en territorio chino, los invasores japoneses no habían echado hasta entonces sus garras sobre él.

Pero los imperialistas japoneses sobornaban a reaccionarios chinos y enviaban al territorio chino agentes y esbirros para que amenazasen a patriotas coreanos y los secuestrasen para asesinarlos.

Los invasores japoneses habían tendido una red de agentes secretos en la región de Patoukou, para cazar a los revolucionarios que pasaban a Corea desde el Nordeste de China.

Estaba claro que al no poder detener a Kim Jiong Zik en Patoukou los japoneses esperaban capturarlo en cuanto pasase a la otra orilla.

Por entonces, Zung Son iba a menudo a la parte coreana, lo que lógicamente podía infundir sospechas.

Pero él despistaba con gran habilidad a los policías y volvía sin novedad a casa después de cumplir los encargos del padre.

Cada vez que salia Zung Son para cruzar el río, Kang Ban Sok le daba instrucciones y le enseñaba las reglas de la clandestinidad.

Era su obligación como madre, aunque su hijo actuaba con gran maestría y precisión.

Zung Son iba creciendo y era ya un adolescente. Kang Ban Sok se esforzaba por hacer de su hijo un hombre que apoyase con toda el alma los nobles propósitos de su padre. Su esfuerzo era enorme. Siempre acompañaba y esperaba a su hijo en la orilla.

En las aguas del Amrokang, río que conservaba muchas historias angustiosas de nuestros compatriotas, se reflejaba la figura de la madre.

5

Zung Son asistía a la Escuela Primaria de Patoukou.

Cada vez se parecía más a su padre: valiente e inteligente. La madre seguía con atención el desarrollo de su hijo mayor, el cual tenía un carácter jovial y sabía analizar a fondo la esencia de las cosas y de los fenómenos.

Ya no pedía que le contasen cuentos. Entonces preguntaba cosas relacionadas con lo que había leído en los libros y daba su propia opinión acerca de ellos.

La madre era testigo de cómo ansiaba adquirir conocimientos, que cada día iban acumulándose en su mente reflexiva, y de cómo, a diferencia de los muchachos de su edad, procuraba aprender más y más.

La escuela a la que asistía Zung Son era china. En ella estudiaba con gran aprovechamiento y gozaba de mucho prestigio entre los alumnos chinos.

El niño contaba a su madre lo acaecido durante el día y exponía el comentario que le merecía.

Ya en Mankiongde, en los años de la infancia, jugando a la guerra con los niños, sabía adoptar con prontitud soluciones justas, y por eso lo llamaban "ministro de la guerra". Y allí en China, actuaba de titán al jugar a la "derrota de los samurais". En seguida aprendió a hablar con toda corrección el chino.

Los maestros le alababan por su espíritu justiciero y por sus grandes éxitos en el estudio.

El director de la escuela, al reprender a los alumnos que se portaban mal y eran desaplicados, siempre ponía a Zung Son de ejemplo a seguir.

—Portaos en la escuela y en casa como el alumno Kim Song Zu —decía el director—. Es cortés, justiciero y excelente estudiante. Kim Song Zu es coreano. Y vosotros, estando en vuestro país, no podéis ser como él. ¿Por qué ocurre eso? El es el primero en los estudios, aunque se dan en chino. ¿Por qué conocéis vosotros peor que él vuestra propia lengua? ¡Es vergonzoso!

Era un alumno ejemplar en todos los aspectos de la vida y además se caracterizaba por su sensatez y adoptaba decisiones justas en las discusiones. Casi todos los alumnos, tanto coreanos como chinos, estaban de su parte y hacían lo que les decía.

Una vez hubo un choque entre alumnos coreanos y chinos. Zung Son que había comprendido acertadamente la causa del incidente, visitó al director de la escuela y le exigió que educara a los alumnos chinos, y que él se encargaría de educar a los coreanos.

El director, impresionado por el buen juicio y la valentía de Zung Son, no pudo por menos de contárselo a Kang Ban Sok.

Al poco tiempo la madre se enteró de que su magnífico hijo sufría algún infortunio sin que ella lo supiera.

Se trataba de que en aquella escuela estudiaban hijos de funcionarios y terratenientes manchúes. Al ver a los niños coreanos los irritaban y ofendían llamándoles "kaolibanz" (coreano indigente) o "vanguonu" (esolavo sin Patria). El hijo de un polizonte, un grandullón de las clases superiores, que presumía de fuerza, azuzaba a los chinos. Como era muy alto le llamaban "Chang el Largo".

Zung Son no pudo aguantar la ofensa a su dignidad nacional y agarró a "Chang el Largo" y lo tiró al suelo. No lo dejó moverse hasta que juró que no repetiría más aquellas palabras.

Cuando Zung Son se lo contó a su madre, estaba más serio que nunca.

—Mamá, estas palabras no sólo las dicen los hijos de policías, como "Chang el Largo", sino también otros niños.

—¿Otros niños?

—Sí.

—Las dicen sin saber bien lo que significan. Explícales lo contentos que se ponen los canallas japoneses al oir estas palabras que dañan en lo más hondo a los coreanos. Debes hacerlo —dijo la madre al hijo, sintiéndose lacerada por el dolor.

Es difícil resignarse ante la pobreza y las desgracias y más aún aguantar sin réplica alguna semejantes ofensas. Eso enseñaba siempre Kang Ban Sok a su hijo.

Sin embargo, estas injurias al sentimiento nacional no sólo partían de los imperialistas japoneses, también era agraviado por ellas Zung Son cuando provenían de los alumnos chinos, aunque éstos las proferían inconscientemente.

Después de hablar con la madre, el niño se echó sobre la espalda el portabultos y se fue al bosque a recoger ramaje para la lumbre. Era una costumbre del muchacho. Iba al bosque todos los días después de salir de la escuela y los domingos. Ese mismo día un niño, llamado Riong Jo, que había llegado de Linziang, quería ir con él. Pero Zung Son se fue solo, ordenando a su compañero que se quedara en casa haciendo un ejercicio de composición.

Kang Ban Sok había recogido a este niño huérfano y lo había colocado en la misma escuela china en que estudiaba Zung Son.

Como todas las asignaturas se estudiaban en lengua china, los niños coreanos debían poner mucho empeño para no rezagarse.

Riong Jo estuvo medio año yendo a la escuela sin comprender en las clases lo que decía el maestro. E incluso cuando aprendió a comprender y hablar chino, también le costaba mucho trabajo escribir las composiciones.

Le ayudaba Zung Son, pero a pesar de todo no salían bien las composiciones.

Riong Jo recurrió a la astucia. Se ejercitó valiéndose de los viejos cuadernos de Zung Son y a veces copiaba las composiciones que encontraba en ellos.

Riong Jo estudiaba en una clase inferior, y como el maestro no se acordaba de tales composiciones, le ponía buenas notas.

Los temas de los ejercicios de redacción se referían a las estaciones del año, a excursiones escolares, etc. Por lo que los cuadernos de Zung Son del año anterior le venían como anillo al dedo.

Kim Jiong Zik, Kang Ban Sok y Zung Son se rieron mucho al enterarse de la argucia de Riong Jo. Zung Son le dijo que de ese modo no aprendería a expresar sus pensamientos y ya no le permitió que copiara.

Por eso Riong Jo se quedó aquel día castigado por Zung Son a hacer composiciones mientras él iba por leña. Como iba muy a menudo al bosque después de salir de la escuela Zung Son tenía muy estropeado el calzado.

Kang Ban Sok estaba desconsolada por no tener recursos para comprar a su debido tiempo calzado al hijo. Una vez le dio dinero y le dijo que se comprase unas botas en Popiong. Pero Zung Son, en lugar de comprarse calzado para él, lo compró para su madre.

—Te he dicho que te compraras calzado.

—Pero tú también lo necesitas.

Conmovida por la atención de su hijo, ya no le amonestó. Era cierto que también ella tenía estropeado el calzado. Y aquel atento y bondadoso hijo, que siempre ayudaba a sus compañeros en desgracia, recogía ramaje en aquel momento. ¿En qué pensaría?

Le vino a la memoria uno de los ejercicios que copió Riong Jo de uno de los cuadernos. Se titulaba "Patriotismo". Seguramente Zung Son estaría pensando en eso. En la composición se decía:

"...Para vivir en el mundo el hombre tiene que hacer muchos trabajos, de los cuales el más valioso es servir a su país y al pueblo. Un refrán antiguo dice que un pueblo sin patria está peor que las aves y las fieras. Por eso, instaurar un Estado y servir al pueblo constituye una gloria y una obligación nuestras. Todo el pueblo debe levantarse unido y jurar eterna fidelidad al país..."

Kang Ban Sok soñaba con ver a su hijo estudiar en un lugar en que no sintiera humillada su dignidad nacional, como sucedía con los niños coreanos. Una vez, al volver Kim Jiong Zik a casa le habló de lo ocurrido durante su ausencia. Y añadió:

—No estaría mal abrir en Patoukou una escuela para niños coreanos. Aunque sea pequeña por lo menos los niños no sentirán humillada su dignidad nacional y podrán ir con la cabeza bien alta.

Kim Jiong Zik estuvo de acuerdo con lo expuesto por su esposa. Hacía tiempo que sentía la necesidad de instalar esa escuela a que se refería Kang Ban Sok.

Después de pensarlo un rato, dijo que él se encargaría de proponerlo y se esforzaría por construir una escuela para los niños coreanos.

Repitió varias veces para sí "humillación de la dignidad

nacional..." mientras iba y venía por el patio, con las manos enfundadas en las mangas, mirando adelante lleno de ira y odio, puesto el pensamiento en los malvados imperialistas japoneses.

6

Transcurría el mes de enero de 1923. Pronto cumpliría once años Zung Son.

Estaba a punto de terminar los estudios en la escuela primaria de cuatro grados de Patoukou. Los padres hablaban a menudo de esto.

Kim Jiong Zik, que pensaba mucho acerca del futuro del hijo, expuso a su mujer la decisión que había tomado.

—Hay que mandar a Song Zu a Corea —dijo—. Ya te he dicho a menudo que si fracaso en la lucha, nuestro hijo deberá proseguirla. Y si a él le ocurre lo mismo, que luche nuestro nieto. Cueste lo que cueste debemos triunfar y conquistar la independencia de nuestra Patria.

Kang Ban Sok escuchaba atentamente a su marido.

—Pero nuestros hijos se crían en China —continuó diciendo Kim Jiong Zik—. Por bien que estudien, esto es peor que estudiar en la tierra coreana. Hay que hacer que Song Zu estudie la lengua de su país y vea con sus propios ojos la situación en que se halla su Patria. ¿No sería mejor mandarlo a la tierra natal?

Kang Ban Sok presentía la decisión que tomaría Kim Jiong Zik.

No en vano le enseñaba Geografía e Historia de Corea, le narraba las proezas de los famosos guerreros patriotas coreanos, le hablaba de hombres célebres de otros países, y en especial de Lenin, y de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia. Con esto quería que su hijo siguiera el ejemplo de estos hombres, fuera un patriota y un revolucionario. Y para ello, pensaba, el muchacho debe ver con sus propios ojos en qué situación se encuentra la Patria y conocer las penalidades del pueblo.

—Sí, así será mejor. Lo mandaremos a Chilgol donde vive

mi padre, para que estudie en la Escuela Changdok. ¿Qué te parece?

—Yo también he pensado en eso. Que estudie en la escuela de mi suegro.

Después de esta conversación, Kim Jiong Zik fue a Corea para enterarse de la actividad revolucionaria de los compañeros y visitó de paso a Mankiongde y Chilgol.

Cuando volvió a casa dijo a su mujer:

—Que Song Zu se prepare inmediatamente para el viaje.

—¿Con quién irá?

—Que vaya solo.

—¿Solo?

Kang Ban Sok no podía dejar de asustarse de tal decisión. No se imaginaba cómo podría mandar solo, en un crudo invierno, a su hijo de once años, aunque su desarrollo era superior al correspondiente a esa edad. Eran mil *ri* de camino...

Pero Kang Ban Sok no intentó oponerse a la propuesta de su marido para que aplazara la marcha hasta la primavera, en la que mejoraría el tiempo.

Kang Ban Sok conocía muy bien el carácter de su marido. Ella sabía que antes de tomar una resolución la pensaba mucho y la llevaba a efecto cueste lo que cueste. Por eso aprobó la propuesta del marido. Pues todo lo que decía su marido tenía siempre un hondo sentido.

—Nuestro hijo verá la Patria tal como es, martirizada por la bayoneta de los imperialistas japoneses —dijo— y verá a nuestros compatriotas derramar amargas lágrimas y sangre, y verá también cómo luchan. Esto será la mejor escuela para él, que está llamado a compenetrarse con grandes ideales y asumir los destinos de la Patria. Yo no quisiera mandar al niño, que aún no tiene once años, a mil *ri* de distancia por lugares donde no circulan trenes. Song Zu debe ir y recorrer a pie la tierra de nuestra Patria. Ese camino templará su voluntad y hará más firme su mentalidad.

Por la noche Kang Ban Sok sacó del baúl un corte de tela de algodón y le hizo un traje al hijo.

Y con gran amor maternal enguató las prendas de su hijo.

Kim Jiong Zik aconsejó a Song Zu antes de partir:

—Para que en el futuro puedas dedicarte a la gran causa en aras de la Patria y del pueblo, antes que nada debes conocer bien las cosas de tu país. Hay que conocer, claro está, las de otros países, pero el hombre, que conoce únicamente las cosas

del extranjero, siendo ignorante de las suyas será poco diferente de un foráneo en cuanto a la mentalidad, aunque no cambie de nacionalidad. ¿Y podrá cumplir su misión si no piensa con su propio cerebro? No podrá hacer nada. Se aprende de alguien sólo para hacer que lo tuyo sea mejor y más bello. Por eso tienes que ir a Corea sin falta. ¿No temes ir solo?

—No tengo miedo —respondió Zung Son mirando a su madre, que estaba sentada a su lado.

Kang Ban Sok sonrió. Estaba dando las últimas puntadas a la ropa de su hijo que le estaba cosiendo durante unos cuantos días.

—Pues claro que nuestro Song Zu puede ir solo —dijo la madre.

Satisfecho por el apoyo de su madre, el muchacho repitió con aplomo:

—Padre, iré yo solo.

Kang Ban Sok aconsejó a su hijo.

—No olvides lo que te ha dicho tu padre. Debes ver a Corea con tus propios ojos. Ten cuidado que no se te hielen los pies y las manos en el camino.

—No te preocupes, mamá.

Llegó la mañana en que el niño debía ponerse en camino. Caía una cruda helada. El niño preguntó a su madre:

—Mamá, hoy hace mucho frío. ¿No será mejor salir mañana?

Kang Ban Sok quedó un rato pensativa. Su corazón, lacerado de dolor por la zozobra que le producía a la madre la partida del hijo le incitaba a decirle "sí", pero se contuvo.

—Lo mejor es salir el día que fijó tu padre. Si no sales hoy por el frío, vete a saber cuándo saldrás. E ir, hay que ir. Del frío te resguardaré yo. Ponte la ropa que más te abrigue.

Satisfecho por la mirada cariñosa de su madre, Zung Son dijo en voz baja:

—Mamá, venceré al frío. Me voy.

—Eres magnífico, hijo mío.

Aquella mañana de crudo invierno, el 30 de enero, Zung Son se puso unos calcetines de tela enguatados que le había hecho su madre y emprendió el camino de mil *ri*. El viento agitaba los bajos de la larga bata.

Entre la ropa llevaba bien guardado el itinerario de la ruta, hecho con mucho cuidado por su padre, así como dinero para los gastos del viaje. En el esquema, Kim Jiong Zik indicó los nom-

bres de las ciudades por donde debía pasar y los lugares en que tenía que pernoctar.

Le aconsejó también que debía telegrafiar dos veces a sus padres: una al llegar a Kangue y otra al entrar en Pyongyang.

Después de atravesar el río Amrokang, caminando sobre el hielo, Zung Son emprendió el recorrido de mil *ri* para llegar al lugar donde debía proseguir sus estudios. Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok le acompañaron largo tiempo con la mirada. A su lado estaban Chol Zu y Yong Zu —los hermanos— y también Riong Jo, el huérfano adoptado por la familia.

Kim Jiong Zik se sentía muy satisfecho por el aspecto viril de su hijo, que caminaba resuelto a pesar del fuerte viento y la helada.

—No cabe duda de que nuestro Song Zu llegará a Pyongyang. Y para nosotros ha llegado la hora de ir a casa —dijo con alivio el padre.

Pero Kang Ban Sok no podía irse a casa. Le parecía que marchaba con su hijo por el camino. Estuvo mirando el paso de Popiong, aunque no se veía al pequeño Zung Son, el cual caminaba ya por la tierra natal. Ella fue la última que regresó a casa.

Le pareció que la vivienda había quedado vacía.

Se recuperó en seguida y empezó a hacer las faenas caseras.

Por aquel entonces no existía la vía férrea Manfo, y en general el transporte funcionaba mal. Claro que Zung Son podía haber utilizado algún autobús o camión, que circulaba muy raramente. Esto lo sabía Kim Jiong Zik, pero en su decisión de mandar a su hijo a pie a estudiar a la Patria había un sentido muy profundo.

Quería enseñar a su hijo desde pequeño a que se apoyara siempre en sus propias fuerzas, a que forjase su voluntad en el crisol de las privaciones y las pruebas.

En adelante tendría la posibilidad de ver cómo vivía la gente en lugares desconocidos, convivir con sus compatriotas en la Patria y conocer bien su vida. Por eso quería Kim Jiong Zik que su hijo tan pequeño hiciera todo el recorrido a pie.

Mas sus planes no se limitaban a esto. En su hijo —hecho todo un hombre— veía rasgos de un carácter poco común.

Los compañeros de lucha que visitaba Zung Son para transmitirles informes secretos del padre, unas veces escritas y otras orales, ensalzaban la inteligencia y la seriedad del niño y todos le auguraban, como de acuerdo, un futuro espléndido.

Kim Jiong Zik respondía modestamente a estas opiniones de los compañeros, pero se alegraba de todo corazón de que la opinión de sus camaradas en este aspecto coincidiera con la suya y se enorgullecía del hijo.

Por eso Kim Jiong Zik mandaba a menudo a su hijo a llevar cartas urgentes o como enlace y aprovechaba toda ocasión para forjar en él una férrea voluntad desde pequeño.

Después de despedir a su hijo, que emprendió aquel largo camino, Kang Ban Sok dormía muy mal.

Cuando la nevasca del Amrokang azotaba las contraventanas, veía a su hijo caminar de cara a los torbellinos de nieve, con el atillo al hombro. Iba por senderos escarpados, atravesando altas montañas.

Un día llegó un telegrama enviado por el niño desde Kangue, y trece días más tarde otro de Pyongyang. Había llegado sin novedad.

"Eso sólo lo hace un hombre", pensó la madre.

Ya podía sentirse tranquila. Entonces recordó con orgullo lo que decían las personas acerca de su hijo, al que siempre ensalzaban.

Le decían que era inteligente, honesto y sensato, igual que su padre. Lo que más le alegraba eran las cartas que enviaba el niño desde su lugar natal.

En la primera les contaba concisamente lo que había visto y sentido en los trece días de camino de Patoukou a Pyongyang, a través de Juchang y Kangue.

En su recorrido el pequeño Zung Son había visto muchos cuadros amargos de la Patria; en el camino de Kangue contempló con gran dolor a los pobres campesinos harapientos que cultivaban terrenos en que habían talado árboles; en la misma Kangue y en otras ciudades estalló de ira al ver las insolentes arbitrariedades de los japoneses. Tropezó por el camino con muchos fugitivos obligados a abandonar sus lugares natales a causa del mangoneo de los invasores japoneses, terratenientes y capitalistas. Habiendo creído en los infundios que se divulgaban sobre el bienestar que existía en las extensas y fértiles llanuras de Manchuria, aquellos infelices marchaban al Norte con sus familias llevando los bártulos al hombro o sobre la cabeza. El niño hacía altos en el camino al ver estos tristes espectáculos. Y siguió caminando, con el recuerdo de las renegridas piedras de la ribera del Amrokang, que se habían grabado en su mente cuando vivía en Zungangzin y se imaginaba a aquellos refugia-

dos que dejarían poco después sus infortunadas huellas en la orilla del río Amrokang.

Produjo una impresión horrorosa en Zung Son la realidad de su Patria, en la que la habían sumido los invasores imperialistas japoneses, y de la que hablaba siempre con amargura su padre.

En las cartas posteriores, el niño describía detalladamente cómo vivían los abuelos y el tío Kim Jiong Rok y la tía y su familia del abuelo materno en Chilgol.

Al leer estas cartas, Kang Ban Sok se figuraba que estaba en Mankiongde.

Se imaginaba el telar de pedales, la rueca que usaron la abuela de su marido y su suegra, el mortero y el cántaro arreglado con cal.

En la carta escrita desde el monte Mankiongbong hablaba el niño de sus recuerdos de la infancia cuando junto con su madre contemplaba el deshielo del río Dedongang, pensando en su padre, que se encontraba entonces en la cárcel.

En la cumbre de aquel monte, una temprana primavera, cuando empezaba el deshielo y volaban los patos y los grajos, ella estaba con Kim Jiong Zik y escuchó sus palabras llenas de fe en el futuro luminoso de la Patria.

Cierto día recibió Kang Ban Sok una carta de su hijo.

Kim Jiong Zik y Kang Ban Sok habían enviado a sus padres una fotografía familiar en la que aparecían con sus tres hijos. Zung Son escribía que ni en Mankiongde ni en Chilgol colgaban esta fotografía en la pared. Añadía que tanto en Mankiongde como en Chilgol tenían esta foto escondida —aunque las demás podían colgarse—, porque por allí pasaban a menudo los policías japoneses preguntando por el lugar de residencia de Kim Jiong Zik, tratando de saber si mantenía algún contacto con la familia.

"Sería realmente estupendo que llegue un día en que podamos vivir en paz y colgar en la pared esta fotografía de vuestra familia", escribió Zung Son estas palabras pronunciadas por el abuelo materno al preguntarle el niño por qué no colgaba la fotografía en la pared.

Esta carta apenó y a la vez llenó de orgullo a Kang Ban Sok.

Le dolía que los abuelos siguieran siendo vigilados en la Patria por los imperialistas japoneses, ante todo porque el hijo de ellos fuera revolucionario.

Pero se enorgullecía de estar allí, lejos de su familia, donde

ayudaba a su marido en la lucha revolucionaria, haciendo frente a las dificultades y privaciones. ¿No habían dejado su tierra natal para eso?

Kim Jiong Zik pasaba los días muy ocupado. A veces estaba un mes entero apartado de los asuntos de la enfermería. Estos días lo sustituía su hermano Kim Jiong Guon que había llegado de Mankiongde, cuando la familia de Kim Jiong Zik se encontraba en Linziang, para ayudarle en la labor revolucionaria.

Cuando Kim Jiong Guon iba a cumplir alguna misión clandestina en la Patria, lo que ocurría a menudo, llevaba noticias de la familia de Mankiongde.

Zung Son había llegado a la casa de Mankiongde, donde lo recibieron los abuelos con los brazos abiertos. Cuando se enteraron de que el niño había recorrido mil *ri* a pie, y además solo, se quedaron estupefactos.

La abuela Ri Bo Ik dijo mientras abrazaba a su nieto:

—Pero, ¿has venido tú solo? ¡De verdad que tu padre es más feroz que un tigre! ¡Mira que dejarte venir solo!

—¿Y qué, abuela? ¿Acaso mi edad podía ser un obstáculo para que pasara solo la frontera?

Al escuchar tal contestación del nieto, al que se le marcaban dos hoyuelos en las mejillas, la abuela se fijó en el aspecto bizarro del niño y dijo:

—¡Eres tan valiente como tu padre! Dentro de unos años te sentarás sobre el Bektusan y querrás lavarte los pies en el Mar Este.

Esta escena la contó Kim Jiong Guon a Kang Ban Sok, que se imaginó el cariñoso encuentro entre el nieto y la abuela, y pensó, ¿por qué no le había escrito él mismo acerca de este encuentro? Pues habría sido una alegría para su madre. Pero cuando se imaginaba al pequeño Zung Son en esta escena, aún se alegró más por la modestia de su hijo, que no se alababa incluso ante la madre, y esto la embargó de un sentimiento de amor materno hacia el hijo.

Para Kang Ban Sok fue un gran acontecimiento la apertura de una escuela para niños coreanos en Patoukou. Esa escuela la había organizado su marido y de ello había tratado el matrimonio.

La escuela fue emplazada en un lugar elegido por Kim Jiong Zik, en el paso del desfiladero en la cordillera de Patoukou, donde vivían muchas familias coreanas.

Al fundar la escuela, Kim Jiong Zik tuvo en cuenta dos

circunstancias: primero, había que preocuparse del futuro de los niños coreanos, que se veían obligados a estudiar en un idioma extraño en la escuela china, antes de que empezasen a estudiar la lengua y la historia de su país; segundo, había que atraer a la escuela a los niños de las familias pobres, que no tenían acceso al estudio, eximirlos del pago por la enseñanza y preparar de ellos reservas para la actividad revolucionaria.

El enemigo mantenía constantemente la vigilancia de Kim Jiong Zik. Y a pesar de todo, la burló más de una vez, atravesando el Amrokang para dirigir la labor de las organizaciones revolucionarias del interior del país.

En esos días, Kang Ban Sok se sentía muy intranquila hasta que volvía sin novedad su marido.

A finales de 1924, Kim Jiong Zik debía entrevistarse con unos compañeros que se encontraban en Corea por un asunto urgente, y por la noche pasó el río.

Esa misma noche a Kang Ban Sok la despertaron unos fuertes golpes dados en la puerta y exigían que abriera la puerta puesto que le llamaban para visitar a un enfermo grave. A diferencia de otras ocasiones, esta vez Kang Ban Sok sintió inquietud. Se alarmó al advertir que llamaban así los compañeros de lucha cuando llevaban algún informe especial a su marido. Se fue a abrir presintiendo que le había sucedido algo a Kim Jiong Zik, que había ido a Corea.

Y se confirmó su presentimiento. Entró un compañero de Kim Jiong Zik que trabajaba clandestinamente en Popiong. Llegaba todo sofocado. Al explicar a Kang Ban Sok la causa de su presencia, le dijo que tomara grandes precauciones, pues Kim Jiong Zik había sido detenido.

El manco Son, que había estado al acecho, sospechó que Kim Jiong Zik había pasado a Corea.

En cuanto Kim Jiong Zik cruzó el Amrokang y llegó a Popiong, Son lo fue siguiendo.

En el puesto de policía de Popiong, el sabueso Son informó que Kim Jiong Zik había penetrado en Corea.

Al apresar por fin a Kim Jiong Zik, la policía del imperialismo japonés estaba de fiesta: habían cazado a un destacado dirigente del movimiento por la independencia tanto tiempo buscado, que actuaba en el Nordeste de China.

En vista de que Kim Jiong Zik había trasladado el centro de su actividad revolucionaria al Nordeste de China, la policía japonesa no podía prenderlo y sólo aguardaba el momento propicio cuando pasase a Corea. Y por fin lograron su propósito cuando se encontraba en territorio de Corea.

Entre los policías que detuvieron a Kim Jiong Zik había un bruto que en Popiong le conocían todos por "el marrano". Bastaba verle la cara para saber qué torturas aguardaban al detenido Kim Jiong Zik.

Kang Ban Sok se dispuso a ir inmediatamente al puesto de policía de Popiong, en el que se encontraba recluido Kim Jiong Zik. Le parecía que era ayer cuando había sentido un gran dolor por no haberlo salvado al detenerlo en Bongjuari a fin de que no sufriera en la prisión.

Pero el compañero de Kim Jiong Zik le dijo que se estaba elaborando un plan para salvarlo, y que por eso había que esperar algún tiempo.

Kang Ban Sok conoció el plan y también empezó a prepararse. Aquellos días de espera se hacían interminables.

7

Creyendo que iban a sacarle algo, los policías japoneses, ya antes de llevar a Kim Jiong Zik a la comisaría, lo sometieron a un riguroso interrogatorio.

El detenido miraba con desprecio a los miserables policías que creían que tales interrogatorios, con torturas u otras ferocidades, podrían doblegar a un revolucionario.

Temiendo que se fugara lo condujeron a la estación policíaca de Juchang. Aquel día caían grandes copos de nieve.

A más de veinte *ri* de Popiong, a lo largo del Amrokang, había a la izquierda un profundo desfiladero por el que pasaba un atajo hacia Juchang.

Por este atajo, conducido por un policía japonés, apellidado Akisima, iba en silencio Kim Jiong Zik, que marchaba maniatado.

Por fin apareció el agudo pico de Chonzebong (así lo llamaban los del lugar). Enfrente, en la falda de la montaña, estaba la taberna Yonfori, que tenía el mismo nombre que el poblado.

Kim Jiong Zik caminaba con paso cansino, conducido por el policía.

Los pasos rápidos de un hombre que marchaba detrás hicie-

ron volver la cabeza al detenido. Volvió también la cabeza el policía.

En el rostro de Kim Jiong Zik se esbozó una sonrisa casi imperceptible. Aquel hombre era Juang, un coreano que trabajaba en el centro maderero de Sinfa y actuaba en la clandestinidad bajo la dirección de Kim Jiong Zik.

Al policía le llamó la atención la enorme botella que llevaba Juang a la espalda. La botella estaba llena del aguardiente chino "Baygan".

Al ver al policía, Juang le saludó como si lo conociera muy bien y le propuso entrar en la taberna diciéndole que por el monte no había que apurarse tanto y que él tenía aguardiente y podrían beberlo y comerse una gallina asada.

Juang, enterado de que había sido detenido Kim Jiong Zik, adquirió una botella de aguardiente y fue tras él para ayudarle a fugarse.

Al ver Akisima el aguardiente se le caía la baba. Conocía a Juang del centro maderero, por lo que no sospechó nada.

Cuando Juang y Akisima empezaron a beber, Kim Jiong Zik, sentado en la terraza, hizo como que se quedaba dormido, y hasta comenzó a roncar. El japonés pensó que el detenido, rendido por el cansancio, se había dormido, y se puso a comer con toda tranquilidad la gallina, rociándola con aguardiente. Esta fuerte bebida se le subió en seguida a la cabeza y, borracho como una cuba, se quedó dormido.

Juang, que había estado esperando ese momento, rompió las cuerdas que atenazaban las manos de Kim Jiong Zik, y éste salió hacia la cumbre del Chonzebong, que se encontraba enfrente. Pasó bastante tiempo antes de que se despertara el embriagado policía y descubriera la desaparición del detenido y de Juang. Sólo entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido e inmediatamente salió corriendo a la calle.

Pero Kim Jiong Zik se encontraba ya en la cumbre del Chonzebong.

Akisima llevó en seguida a otros policías al lugar del suceso y rodearon el monte. A lo lejos se oía el estampido de los disparos.

Al poco tiempo llegó la jubilosa noticia de la salvación de Kim Jiong Zik a oídos de Kang Ban Sok. Le dijeron que policías y gendarmes japoneses reforzaban la vigilancia y andaban como locos por las orillas del Amrokang, tratando de capturar a Kim Jiong Zik.

Por fin Kang Ban Sok podía sentirse tranquila. Estaba segura de que si su marido había logrado escapar de las garras japonesas, ya no conseguirían capturarle, por más que se esforzaran, pues los compañeros y el pueblo lo defenderían.

Pero la alarma no la abandonaba. Sacó rápidamente de la casa las armas y documentos. Escondió algunos informes secretos llegados de Corea y quemó otros. Luego ocultó a Kim Jiong Guon en un lugar seguro y observó atentamente las actividades de los agentes japoneses.

De Corea seguían llegando noticias de los compañeros de Kim Jiong Zik. En una situación tan tensa, recibió al cuarto día una nueva misiva.

En ella se decía que la noche anterior su marido había cruzado subrepticiamente el río Amrokang y que la esperaba en un lugar de Patoukou.

Latiéndole fuertemente el corazón de alegría, iba Kang Ban Sok a reunirse con su marido. Se quedó angustiada al ver a Kim Jiong Zik. Estaba tan débil que aunque hacía un gran esfuerzo para incorporarse, no lo lograba, pues su cuerpo no le obedecía. Y le ayudaban a levantarse los compañeros que estaban con él.

—Perdona que te haya hecho alarmarte otra vez —dijo, sonriendo.

Al ver al marido comprendió que todo su cuerpo —manos, pies y rodillas—, estaba descalabrado por las crueles torturas a que lo habían sometido los japoneses. Además tenía todo el cuerpo helado.

—¡Monstruos! —exclamó Kang Ban Sok.

—No es nada, tranquilízate.

Kim Jiong Zik seguía sonriendo, y a ella se le partía el corazón por no haber podido proteger a su marido. El odio a los torturadores le brotaba a borbotones.

—¿Los niños están sanos? —preguntó—. ¿Qué tal Jiong Guon?

—Nosotros estamos todos bien —contestó ella.

Kim Jiong Zik le contó lo que había sucedido después de haberse fugado de la taberna de Yonfori con ayuda de Juang.

Después de haber vagado por el monte Chonzebong fue a dar con una cabaña solitaria en un desfiladero del monte Kaduk. Vivía en ella un trabajador apellidado Kim, oriundo de Zonzu. Antes fue bracero y se había trasladado a la montaña,

donde se ganaba la vida cultivando una parcela en un terreno talado y quemando madera para hacer carbón.

Kim Jiong Zik se dirigió a él pidiéndole ayuda y le habló francamente de la difícil situación en que se encontraba.

Después de escucharle, el amo de la cabaña le preguntó:

—¿Entonces es usted el señor Kim Jiong Zik?

—¿De qué me conoce?

—¡Cómo no voy a conocerle! Todos los coreanos vecinos de estos lugares le conocen. Hasta un hombre tan ignorante como yo sabe que usted entrega todas sus fuerzas para libertar a los coreanos. Estoy dispuesto a hacer por usted lo que pueda.

Y escondió a Kim Jiong Zik en un almiar de mijo.

Pronto aparecieron en la cabaña los policías japoneses, disparando sin ton ni son. Por fortuna, aquel día nevaba copiosamente, y la nieve había borrado las huellas de Kim Jiong Zik. Los policías realizaban la persecución sin sentido alguno y llegaron a la cabaña por casualidad.

Después de hablar con el carbonero, los policías bajaron por la pendiente, pues Kim les había dicho que unas dos horas antes, un hombre le había preguntado allí abajo por el camino de. Juchang.

Los policías, por supuesto, no encontraron a nadie, pero durante unos cuantos días mantuvieron cercada la montaña.

El dueño de la cabaña llevaba a Kim Jiong Zik patatas asadas y cereales cocidos y le informaba de la actividad de la policía.

Sólo después de que los policías levantaron el sitio, Kim lo alojó en su aposento. Al ver tan débil a Kim Jiong Zik le pidió mil perdones, como si fuera él el culpable. Kim Jiong Zik expresó su gratitud al dueño de la cabaña y empezó a pensar en cómo debía pasar el río Amrokang.

—¿Cómo va a pasar así el río en el estado en que se encuentra? Será mejor que se quede aquí unos cuantos días —insistió el dueño. Pero Kim Jiong Zik le explicó por qué no podía demorarse, y le preguntó qué posibilidades había para pasar a la otra orilla.

El Durungso, afluente del Amrokang, acababa de cubrirse de hielo. En la lancha era imposible pasar. La capa de hielo era delgada y no aguantaría a un hombre. No se le ocurría nada.

Después de pensarlo todo minuciosamente, el dueño le expuso una idea: emplear dos pértigas, que habría de poner sobre

el hielo y moverlas con las manos de tal manera que el peso del cuerpo no recayera sobre un solo punto. Añadió que el método era peligroso.

Desafiando el peligro, Kim Jiong Zik decidió pasar el río de ese modo. Acompañado por el dueño de la cabaña, Kim Jiong Zik fue a Jasamfo, situado más abajo de Popiong, y amparado por la oscuridad se puso a cruzar el río a pesar del peligro. Quería aprovecharse de que los guardias japoneses no vigilaban bien aquel tramo del río por creer que ni a pie ni en lancha podría pasar un hombre sobre un hielo tan fino.

Puso sobre el hielo las dos pértigas y moviéndose con las manos fue avanzando. Fue entonces cuando sufrió los efectos de la helada por todo el cuerpo. De todas maneras cruzó el río y llegó a Patoukou.

Y esto fue no sólo una alegría para Kang Ban Sok y los compañeros de lucha de Kim Jiong Zik. También se alegraron mucho, como si se tratara de un éxito propio, los vecinos de la localidad y el amo de la cabaña, que lo había ocultado y atendido durante varios días.

Pero la salud de Kim Jiong Zik había quedado muy quebrantada.

Cuando detuvieron a Kim Jiong Zik, Kang Ban Sok se lo comunicó a Zung Son, que asistía a la escuela en la Patria.

Estudiaba en la Escuela Changdok, mientras vivió en la casa materna de Chilgol. El inspector de la escuela era Kang Don Uk, su abuelo materno. Y era en esta escuela donde diez años antes, cuando estaba de maestro en la Escuela Sunjua, Kim Jiong Zik enseñó al alumnado la siguiente canción:

Jóvenes, de duros huesos y vigorosos músculos,
¡Demostrad vuestro espíritu de patriotas!
Ha llegado nuestra hora,
¡La hora de actuar la juventud!
Aprendamos a golpear al enemigo
De cara a futuras hazañas.
De nosotros esperan héroes,
Artífices de una gran causa.

Al cursar sus estudios Zung Son en dicha escuela, esta canción no se podía enseñar allí por las represalias de los imperialistas japoneses, pero él se sabía la letra por su abuelo materno. La había escrito su padre, Kim Jiong Zik.

Mientras estudiaba en la Escuela Changdok, Zung Son jamás olvidaba los preceptos que le había indicado su padre:

"Antes que nada todos deben conocer bien a su país. Y de aprender algo foráneo, que sea para hacer mejor y más bello lo propio".

Zung Son quería discernir lo más pronto posible lo que había visto durante la caminata de los mil *ri*. Al cabo de dos meses de ingresar en la Escuela Changdok, aprendió todo lo que no había podido estudiar por su traslado, y al finalizar el trimestre era sobresaliente. Ello no sólo era fruto de su inteligencia y extraordinarias aptitudes. Su gran amor al trabajo pulía y daba brillo a sus dotes excepcionales y a su talento.

Ante la casa de Chilgol había un pozo de agua potable. Zung Son salía por las noches a refrescarse con el agua fría y después se volvía a sentar al escritorio para preparar las lecciones a la luz de un quinqué. Era, además, muy modesto y aplicado en el estudio. A menudo invitaba por las noches a sus compañeros que le ayudaban a aprender cosas que él no había estudiado.

El preguntaba y ellos contestaban; al mismo tiempo, le pedían que les hablase en chino. Sentían gran curiosidad.

Zung Son conocía muy bien la lengua china. Prueba de ello es las repetidas veces que el director de la escuela de Patoukou de China, lo alabó ante los alumnos chinos. Sin embargo, en vez de hablar en chino, les aconsejó:

—Si hace falta, claro que se puede hablar en chino, pero un coreano debe conocer mejor su propia lengua y hay que estudiarla con todo tesón.

Desde la infancia Zung Son tenía bien presente el consejo que le había dado su padre respecto a la actitud hacia el estudio de las cosas foráneas, o sea, el espíritu de Zuche.

En cierta ocasión el niño manifestó así su patriotismo y su protesta contra los imperialistas japoneses: tras de recibir un manual de "Lengua Materna", aprobado por el "gobierno general de Corea", aquella misma noche borró lleno de ira, la palabra "materna", y escribió en su lugar: "japonesa".

Con este estado de ánimo asistía a la Escuela Changdok y poco a poco iba conociendo la realidad coreana. Tanto la familia materna de Chilgol como la paterna de Mankiongde vivía en una gran pobreza. En Chilgol trabajaban varios adultos: la abuela, el tío y la tía, pero pasaban tanta miseria que la advertía incluso Zung Son, que había llegado de tierras lejanas. Zung Son se daba cuenta de que la casa era muy pobre de siempre al escuchar a su abuela materna, que le contaba la penosa vida de Kang Ban Sok en la infancia.

También el niño trabajaba mucho. Nada más llegar de la escuela, en cuanto dejaba los libros, empezaba a trillar con mayales o a escardar la parcela. Cuando visitaba a Mankiongde tiraba de un pequeño arado para ayudar a su abuelo y a su tío. Pero las familias no salían de la pobreza. Todo el poblado era muy pobre. Y los culpables eran los terratenientes, los capitalistas y los invasores japoneses.

"En este mundo no debe haber terratenientes, que viven a costa ajena. Los bandoleros japoneses y los terratenientes son lobos de la misma camada.

Sólo cuando no haya bandoleros japoneses ni terratenientes, toda la gente podrá vivir en paz y con holgura."

Estas palabras las repetía para sí con cólera el pequeño. Una vez, sin propósito alguno, escribió estas frases en su cuaderno.

Mas no todos sus compañeros de escuela conocían tan bien como Zung Son las entrañas de los japoneses. Llenos de envidia, miraban cómo pasaban de Chilgol a Nampo camiones cargados con postes de la luz, levantando nubes de polvo. Un muchacho ignorante dijo: "¡Qué bien cuando haya luz!".

Zung Son le habló del alma perversa de los japoneses.

—No olvidéis que las líneas que tienden los japoneses son una telaraña que chupa la sangre y el sudor a los coreanos. La pérfida araña teje su tela en los rincones oscuros para que nadie la vea, y cuando caza a una mariposa danzarina, le succiona la sangre. Los japoneses son, precisamente, arañas. No sólo vacían los bolsillos a los coreanos tendiendo sin cesar cables eléctricos, sino que quieren llevarse en mayor cantidad posible y lo antes que puedan nuestro arroz de grueso grano a su país. Al poner en explotación fábricas y minas por medio de la electricidad, quieren robarnos las grandes riquezas del país. Son unos bandoleros redomados.

Zung Son había visto suficientes ejemplos de saqueo por parte de los imperialistas japoneses. A lo largo de los mil *ri* recorridos, desde Patoukou a Chilgol, había visto a los capataces japoneses vestidos con ridículas prendas adornadas, con enormes jeroglíficos en la espalda. Estos eran los encargados de dirigir la colocación de los postes, el tendido de las líneas y la apertura de los pozos de las minas. Conocía estos arteros pro-

pósitos de los samuráis por conversaciones que había oído a su padre con camaradas. Donde su arbitrariedad saltaba más a la vista era en la ciudad de Pyongyang, donde mangoneaban descaradamente. Los policías japoneses y sus secuaces detenían sin indagación alguna a los coreanos y los apaleaban. Todo esto atizaba el odio a los invasores. Salvo un grupito de terratenientes y capitalistas lujosamente vestidos, el pueblo vivía harapiento y hambriento. En los terraplenes de las orillas del Botongang vio un espectáculo espantoso de chabolas, donde vivían miserablemente los pobres. Por las calles vagaban desocupados y niños implorando limosna. Todo esto laceraba de dolor el corazón de Zung Son.

En mayo de 1924 se abatió la desgracia en la casa de Chilgol: fue detenido Kang Zin Sok, el tío de Zung Son por la línea materna. Después de su regreso a Corea, el niño había visto pocas veces a su tío, puesto que visitaba rara vez a Kim Jiong Zik en el Nordeste de China, y por Chilgol pasaba sólo una vez al año. A pesar de eso, Zung Son le quería tanto como a su padre. Consideraba la actividad y seguridad de su tío como la de su padre, y he aquí que había sido detenido. Una desgracia tras otra fueron abatiéndose en la casa de su madre. La policía realizó frecuentes registros en ella. Varias veces revisaron los libros y cuadernos de Zung Son. Los agentes prepararon una emboscada para ver si aparecía algún compañero de Kang Zin Sok. La policía de Pyongyang hacía presentarse con frecuencia al abuelo y al otro hermano de su madre.

El tribunal japonés condenó a Kang Zin Sok a 15 años de reclusión. Y por si era poco esta desgracia, Kang Don Uk recibió la noticia de la detención de Kim Jiong Zik, que se la comunicó a Zung Son.

Esta noticia despertó en el muchacho un odio incontenible a los imperialistas japoneses y sed de venganza hacia los samuráis.

"Aunque me maten, he de vengar a mi padre" —se dijo.

Le angustiaba no poder ir de un salto allí, a mil *ri* de distancia. Tenía crispados los puños. Con el corazón estremecido de rabia, se vio forzado a despedirse de su infancia. Juró no volver a su amada Patria hasta que no se vengara del enemigo y no recuperara a su país.

De Chilgol se fue a Mankiongde, donde pernoctó. De madrugada hizo los preparativos para el viaje.

Los adultos estaban en silencio. Además, con qué palabras

podrían expresar todo el sentimiento acumulado de amargura al nieto que emprendía otra vez solo aquel largo camino de mil *ri*, para ir allí donde le impelía la triste y desconsoladora noticia de la detención de su padre.

Su abuela y la tía no durmieron en toda la noche, y al amanecer le prepararon el desayuno. El abuelo, sin decir ni una palabra, le entregó dos pares de alpargatas que había hecho durante la noche y le dio el dinero que le había sobrado del que le había facilitado la familia cuando hizo el viaje de Patoukou a Mankiongde. Al llegar a esta localidad, se lo había entregado al abuelo, que aquel día se lo devolvió al nieto, añadiendo él algo más.

—No volveré hasta que no cumpla el propósito de mi padre —juró ante sus abuelos, de los que se despidió con una inclinación de cabeza.

—Bien, querido. Esperaremos ese día.

Los abuelos no dijeron nada más. Con gran dificultad podían contener las lágrimas.

Zung Son se puso en camino. Por tercera vez haría ese recorrido.

La primera, con sus padres; la segunda, cuando regresó para estudiar. La realidad de Corea era entonces angustiosa, y se encontraba a la expectativa de algo. Esto lo advirtió Zung Son al hacer el viaje para estudiar. Y en esta ocasión marchaba por el mismo camino por tercera vez. Era la ruta del juramento. Había jurado no regresar a la tierra natal hasta que no recuperara la Patria.

Al cabo de diez días llegó a la orilla del Amrokang.

Junto al paso de Popiong vio correr las aguas del conocido río, que cruzó su padre con una gran idea en el corazón. El Amrokang había sido atravesado ya por tantos compatriotas que diríase que lo habían formado sus lágrimas y amargura.

Era a principios de 1925. Zung Son tenía trece años.

En el paso del río, no sólo los policías japoneses y los agentes secretos, sino también los aduaneros con el fusil en bandolera, identificaban y cacheaban insolentemente a los viajeros palpándoles la ropa. Rabiosos, reforzaban el control porque hacía poco tiempo que Kim Jiong Zik se les había escapado de la taberna de Yonfori.

Acostumbrado por su padre a odiar a los invasores japoneses y a estar alerta, Zung Son se dio cuenta de qué era lo que

buscaban. Cruzó el río, andando sobre el hielo, más abajo del paso de Popiong, al oscurecer.

Pasado el tiempo recordaría:

"Cuando yo tenía trece años, crucé el río Amrokang, con la firme decisión de no regresar hasta que Corea fuera independiente. Aquel día, cantando la 'Canción de Amrokang', que no sé quién la compuso, pensé cuándo podría pisar otra vez esta tierra, cuándo vendría el día en que podría regresar de nuevo a esta tierra donde crecí y donde se hallan los restos de mis antepasados. Pensando en esto, no pude contener la tristeza en mi corazón, aunque era niño."

1. El primero de marzo del año diecinueve
Pasé el río Amrokang.
Cada año llega este día,
Pero volveré cuando logre lo que quiero.

2. ¡Oh, azul Amrokang! ¡Oh, montes y ríos queridos!
¿Cuándo volveré a la tierra entrañable?
Ni la muerte apagará mis ansias,
Volveré luego de liberar a mi Patria.

("Canción del río Amrokang")

8

Song Zu se presentó de improviso ante su madre y la saludó. Se veía que ya no era un niño.

Era más madura su mirada dulce e inteligente, y su aspecto más robusto y apuesto. La madre, radiante de alegría, miró si venía con su hijo algún familiar de Mankiongde. Pero no lo acompañaba nadie.

—¿Has venido tú solo? —preguntó mientras le abrazaba.

—Sí.

Kang Ban Sok no sabía cómo ensalzar a su hijo. Le tomó de la mano y lo hizo entrar en casa.

—¡Eres un hombre hecho y derecho!

Estas palabras significaban muchas cosas: elogio, admiración, satisfacción y esperanza. Los hermanos pequeños se colgaron de Song Zu, no querían separarse de él.

Acariciándolos, esperaba oír lo que le diría su madre.

Durante todo el camino de mil *ri* había ido pensando en su padre.

—Tu padre está ahora en Fusung —dijo la madre—. Se encuentra bien.

Sólo entonces se tranquilizó Song Zu e hizo preguntas concisas para enterarse de lo sucedido durante su ausencia. Repartió entre sus hermanos unas galletas que había comprado por el camino con el dinero ahorrado.

Kang Ban Sok se apresuró a servir la cena. Hacía tiempo que no veía a su hijo sentado a la mesa preparada por ella. Muy pronto se esparció por la casa el agradable olorcillo de la papilla de arroz cocido y de la cuajada de soya, platos que con tanto amor preparaba su madre. Ese olorcillo lo conocía muy bien Song Zu desde la infancia. Reinaba un ambiente y un sosiego placenteros, que sólo se siente en casa después de una larga caminata. Todavía no se le había pasado el cansancio del largo camino, pero se sentía invadido por la alegría de esperar a la noche para escuchar de la madre y hermanos largos relatos de todo lo sucedido. Mas la madre le dijo de súbito:

—Esta misma noche irás con tus hermanos a Linziang.

Al principio le disgustaron estas palabras. Hacía tanto tiempo que no veía a su madre, y además aún pensaba pasar muy buenos ratos con sus hermanitos. Creía que pasaría con ellos allí unos días.

En seguida comprendió el sentido de las palabras de la madre, que tenía un carácter firme. Y ese carácter no le permitía que supeditara la gran causa a la que se consagraban a sus preferencias particulares.

Ella también quería estar al lado de su hijo, al que no veía hacía mucho tiempo y que había recorrido sin compañía mil *ri*. Deseaba oírle hablar mucho de su vida en la casa de sus padres y otras noticias de su lugar natal. Por muchas cosas su hijo era digno de elogio.

Song Zu tenía que salir aquella misma noche. Así lo exigía su gran amor al hijo. Y qué difícil le era, con el frío que había pasado en el camino. Pero para bien de él debía partir. El amor de Kang Ban Sok hacia su hijo era infinitamente mayor que el amor maternal corriente. Era un auténtico gran amor. Un amor de madre y de revolucionaria.

Sin perder ni un momento hizo partir al hijo mayor, al que hacía tanto tiempo que no veía debido a la situación creada.

La policía japonesa, que había detenido a Kim Jiong Zik y luego no había podido impedir que se fugara, estaba desconcertada y trataba a todo trance de volver a capturarlo. No sólo los confidentes, sino también los propios policías, vestidos de paisano, se habían trasladado a Patoukou y rondaban la casa de Kim Jiong Zik. Podían aparecer en cualquier momento, y al saber que había llegado Song Zu se pondrían furiosos. Por eso Kang Ban Sok decidió que sería preferible separarse otra vez que someterlo a tal peligro.

—¿Y tú, mamá, te quedas? —preguntó Song Zu, contento por haber cruzado el ancho río sin que lo vieran los policías.

—¿Acaso se van a atrever a meterse conmigo? Me iré cuando venda lo que tenga que vender, recoja las cosas y pague las deudas.

Les dijo que se dieran prisa, que ella tenía que esperar a Kim Jiong Guon, que se había ido a Sinfa, y que terminaría unos asuntos pendientes.

Al despedirse, encargó al pequeño Yong Zu que no riñera con los numerosos hijos de Ro, a cuya casa iban.

—¿Y cuándo irás, mamá? —preguntó Yong Zu.

La madre extendió los dedos de las dos manos y después cerró el puño de una de ellas, dando a entender que iría dentro de quince días.

Kang Ban Sok había hablado de antemano con Song, alias el "Capataz", para que le ayudase a mandar a sus hijos a Linziang, pues aquella misma noche tenían que ocultarse. El "Capataz" tenía gran respeto a Kim Jiong Zik y a su esposa. Song accedió inmediatamente y le dijo que les esperaría al final de la calle con un trineo.

Al amparo de la oscuridad, Kang Ban Sok llevó a sus hijos al lugar convenido con Song.

Yong Zu gimoteaba pidiendo a su madre que se fuera con ellos.

—Todo saldrá bien, pues vas con tu hermano mayor. El solo anduvo mil *ri* y pasó por montes llenos de tigres. No tiene miedo ni a los tigres —decía la madre para consolar al pequeño Yong Zu.

—Ahora confío enteramente en ti —dijo la madre a Song Zu.

Este, vestido con la misma ropa que llevó durante el recorrido de los mil *ri*, se arregló el calzado y junto con sus hermanos menores salió de Patoukou en dirección a Linziang.

Al volver a casa, Kang Ban Sok echó una mirada a la desierta habitación y sintió un gran alivio. Ya no temía la presencia de la policía ni la de cualquier otro enemigo.

Se sentía tranquila como si todo estuviera preparado para el cambio. Tenía absoluta confianza en Song Zu. El hecho de que hubiera recorrido mil *ri* él solo y de que a la primera palabra comprendiera a su madre y decidiera marchar aquella misma noche le infundía una enorme confianza en el hijo.

Estaba segura de que sus hijos llegarían sin contratiempos al lugar de destino, pues irían por donde les había dicho ella, por la orilla china del río Amrokang, sin pasar a la parte coreana.

Song Zu hizo lo que había aconsejado la madre y llevó a sus hermanitos, a la luz de la luna creciente, por la orilla china del río Amrokang.

En la otra orilla se alzaban los montes entrañables en los que en alguna que otra parte había empezado a derretirse la nieve. Las cimas de las montañas acompañaban a los viajeros.

Song Zu recordaba una y otra vez lo que le había mandado su madre: ir sólo por la orilla china sin pasar al otro lado.

Les había mandado eso, porque en la orilla coreana, en la tierra natal, podrían caer en las garras de los japoneses. Pero los montes y los ríos de la Patria les acompañaban.

"¡Mientras Corea no sea independiente, no volveré a la Patria!"

Song Zu repetía para sí el juramento que se había hecho al pasar el río unas horas antes, y caminaba mirando la otra ribera débilmente iluminada por la luna.

De vez en cuando le sacaban de su ensimismamiento las voces de sus hermanos, que lo llamaban: "Hermano mayor". El le daba palmaditas en la espalda al hermano menor para que se durmiera y le arreglaba la manta para que no tuviera frío.

Dos días después llegaron a Linziang.

En aquellos tiempos, los imperialistas japoneses no habían llegado aún a Fusung, pero sus agentes detenían con frecuencia en Linziang a patriotas coreanos. Por eso Ro, un excelente amigo de Kim Jiong Zik, tuvo que ocultar a los tres hijos de éste.

Era Ro un coreano honesto, que se encontraba bajo la influencia de Kim Jiong Zik, y ayudaba material y moralmente a los miembros del movimiento por la independencia de Corea.

Sentía gran respeto por Kim Jiong Zik desde que éste vivía en Linziang. Al enterarse Ro del peligro que corría Kim Jiong Zik y de la difícil situación en que se encontraba su familia acudió inmediatamente en su ayuda.

Al cabo de dos semanas, Kang Ban Sok, que había resuelto todos los asuntos de la casa y otros relacionados con el trabajo revolucionario, partió para Linziang, acompañada de Kim Jiong Guon, que había regresado de Sinfa.

Nada más llegar a casa de Ro, después de saludar cariñosamente a todos, llevó a sus hijos a la calle y en un restorán chino les compró empanadas. Les preguntó con todo detalle lo que había ocurrido durante su ausencia.

—¿Ha ido alguien a casa de Ro y os ha preguntado algo? ¿Cómo se han comportado los adultos de la casa con vosotros? ¿En qué casas habéis estado? ¿Cuántas personas sabían que estabáis allí?

Tras de preguntar pormenorizadamente y escuchar las respuestas, se tranquilizó. Tan precavida como siempre, les preguntó acerca de todo, les ordenó que por nada del mundo dijeran en las conversaciones el nombre del padre mientras estuvieran en la ciudad, y les explicó todos los casos en que debían tomar los tres hermanos precauciones de manera especial.

Después de esto, volvieron a casa de Ro, donde pernoctaron. Estas extremadas precauciones de la madre, en unas condiciones en las que el enemigo acechaba por todas partes, fueron una buena lección para los niños, y sobre todo para Song Zu.

La madre, por lo general, cordial y bondadosa, que había ordenado a su hijo ponerse en camino aquella misma noche en que llegó a casa, después de haber recorrido mil *ri*, en aras de la gran causa, era al mismo tiempo muy precavida en todo. Analizaba a fondo los actos de la gente y no se equivocaba al enjuiciarla.

Vivieron en casa de Ro alrededor de un mes, en espera de noticias de Kim Jiong Zik.

La madre sólo se tranquilizó cuando su marido dio señales de vida desde Fusung.

Para poder comunicárselo en seguida a Kang Ban Sok, Ro habló con Fusung por el teléfono interurbano.

Kang Ban Sok se presentó ante el aparato telefónico con sus hijos. La madre sintió una inmensa alegría, como si viera a su marido. Después de la detención y fuga de Kim Jiong Zik, la familia pasó infinitas dificultades y privaciones. Ella hacía

todo lo que se le pedía. Arreglaba debidamente los informes enviados en los paquetes a la dirección de "Enfermería Kuangze", en Patoukou, despistaba al secuaz de los japoneses, Son, y envió a su familia a Linziang.

La voz de Kim Jiong Zik, transmitida por el cable, sonaba más animosa y dulce de lo que se creía. Dijo que ya estaba restablecido y que se alegraba de que los hijos estuvieran sanos.

Añadió que tenía mucha gana de oir la voz de sus hijos y todos hablaron por turno con su padre. Eso era una manifestación de su inmenso amor de siempre a los hijos.

Los tres hermanos, cada uno a su manera, hablaron por teléfono. Aunque era muy grande su alegría, Song Zu respondió con precisión a todas las preguntas de su padre, Chol Zu llamaba a su padre a gritos, y el pequeño Yong Zu buscaba con la mirada a su padre en el auricular, lo que produjo la hilaridad de todos.

Satisfecho Kim Jiong Zik por las briosas voces de sus hijos, pidió a su mujer que partiera inmediatamente de Linziang para Fusung.

Al día siguiente salieron en dirección a Fusung, Kang Ban Sok y sus hijos junto con Kim Jiong Guon.

A unos diez *ri* aproximadamente de Linziang se encontraron a tres miembros del movimiento por la independencia con dos trineos, tirados por caballos.

Eran compañeros de Kim Jiong Zik. Kang Ban Sok los había visto varias veces en Linziang y en Patoukou.

—Muy buenas. Bienvenidos. Nos ha pedido Kim Jiong Zik que saliéramos a esperarles —dijeron.

Una gran alegría invadió a Kang Ban Sok al ir a encontrarse con su marido en Fusung.

Kang Ban Sok se sentía agradecida a los compañeros de Kim Jiong Zik, que le ayudaban y trataban amistosamente y con los que se encontraba en sus recorridos cuando iba a cumplir alguna misión para ayudar a su marido.

Kim Jiong Zik, a pesar de no haberse repuesto totalmente, salió al encuentro de la familia en el poblado de Dayong, situado a unos cuarenta *ri* de Fusung. En Dayong vivían coreanos, en los que Kim Jiong Zik había sembrado la semilla de la revolución.

Con él habían ido otros compañeros. Tranquilizó a su mujer, después de escuchar lo que había sufrido, y, una vez más, la colmó de elogios por lo bien que había resuelto los asuntos.

Contemplando a Song Zu que había crecido y se había desarrollado durante su estancia en Corea, le preguntó:

—¿Has aprendido mucho allá en la Patria? —y con satisfacción observó la actitud seria del muchacho.

Desde aquel encuentro, Kim Jiong Zik trató a su hijo como a un camarada adulto, que había aprendido de la vida y se había trazado su camino de lucha. Esta actitud del padre hacia el hijo alegró enormemente a Kang Ban Sok.

9

Al iniciarse la primavera de 1925, Kim Jiong Zik y su familia pasaron a vivir a la calle Sionanmen, en Fusung.

Esta ciudad, rodeada de bosques tupidos por todas partes, estaba situada en un lugar pintoresco. Desde el norte corre un afluente del río Oldo Sungari y desde el oeste, otro afluente. Los dos se separan allí en dos brazos y ciñen a la ciudad por los costados.

Desde hacía mucho tiempo, desarrollaban allí sus actividades miembros del movimiento por la independencia y otros patriotas, que acogieron con gran cordialidad a Kim Jiong Zik.

Este lugar fue famoso durante mucho tiempo por la buena labor que realizaba el movimiento por la independencia. Entonces no había tendido aún sus tentáculos el imperialismo japonés en aquel lugar. Los militantes del movimiento antijaponés, dirigidos por Kim Jiong Zik, crearon una organización política y formaron un destacamento armado.

Después de la llegada de Kim Jiong Zik, los militarotes reaccionarios chinos, en consonancia con el "Acuerdo Mitsuya", empezaron a aplicar una política projaponesa, creando todo género de dificultades a la actividad revolucionaria de los coreanos miembros del movimiento antijaponés. Trataban de acabar con la organización de los coreanos e incluso de arrestar a aquéllos.

Bien sopesado todo, Kim Jiong Zik propuso conjugar las formas legales e ilegales de organización, y planteó el problema de realizar la propaganda política antijaponesa no sólo entre la población coreana sino también entre la china.

Al mismo tiempo subrayaba la necesidad de reforzar la dirección de las organizaciones clandestinas antijaponesas dentro de Corea, así como de enviar al interior del país a más y más trabajadores de la clandestinidad.

—Para cazar al tigre hay que ir al monte —decía—.

Era su refrán preferido. Insistía en que había que intensificar la lucha a medida que crecían la ofensiva enemiga y las dificultades en el trabajo revolucionario.

La "Enfermería Murim", emplazada allí por Kim Jiong Zik, lo mismo que en Linziang y Patoukou era el puesto de mando del movimiento revolucionario antijaponés y el centro clandestino desde el que eran dirigidas todas las organizaciones clandestinas de Corea.

En cuanto llegó Kim Jiong Zik a Fusung instaló el punto sanitario y puso su nombre: "Enfermería Murim".

Los miembros del Ejército Independista organizaban clandestinamente destacamentos armados. Creció considerablemente el número de combatientes antijaponeses, que por indicación de Kim Jiong Zik entraban en Corea.

Al engrosar las filas de los miembros del movimiento antijaponés en Fusung, Kim Jiong Zik visitaba con frecuencia a los compañeros revolucionarios, discutía con ellos el rumbo que debía tomar la lucha y realizaba entre el pueblo propaganda política antijaponesa.

De la enfermería se volvió a ocupar Kim Jiong Guon.

Cada día era mayor la alarma de Kang Ban Sok al ver cómo Kim Jiong Zik, debilitado por la enfermedad, contraída al huir después de su detención, desempeñaba actividades que sólo podía realizar una persona sana.

Por las noches se reunía con camaradas para discutir asuntos y al amanecer salía de prisa de casa. Kang Ban Sok le pidió infinidad de veces que cuidara de su salud.

—Gracias, pero no te preocupes demasiado —dijo. Y sonriendo, añadió: —Aunque esto es nocivo para la salud, es tan interesante vivir así.

Kang Ban Sok, como en Zungangzin, Linziang y Patoukou se preocupaba mucho de Kim Jiong Zik y sus compañeros y participaba en las actividades revolucionarias.

Después de trasladar el centro de la actividad revolucionaria a Fusung, tuvo que ayudar a las familias de los combatientes revolucionarios llegados a aquel lugar. Muchos iban desde Corea con lo puesto; había que buscarles vivienda y ayudarles a organizar el hogar. Repartía la poca vajilla y la ropa de que disponía, por eso, en casa faltaban muchas cosas. Mas ella no perdía la serenidad.

A todos los lugares adonde la llevaban las circunstancias, lo

primero que hacía era enterarse de la situación general de cada nueva localidad. En Fusung, que era la ciudad más grande de todas donde había vivido, se concentraban importantes fuerzas revolucionarias. Hacía ya mucho que se habían instalado allí participantes en el Ejército Independista, y en torno a la ciudad había muchas localidades pobladas por coreanos.

En la calle Sionanmen había numerosas casas coreanas, y por ella pasaban muchas amas de casa coreanas, como si se tratara de una ciudad de Corea.

Las mujeres coreanas no estaban organizadas. Lo mismo que en otros lugares se hallaban ocupadas en las faenas de casa, preocupadas siempre por el arroz, por el combustible, por lo que estaban muy lejos de las ideas revolucionarias. Esto se dejaba sentir aún más en un ambiente de gran actividad por parte de los miembros del movimiento por la independencia.

Kang Ban Sok se sentía obligada a despertar de semejante letargo a las mujeres. Había que hacerlas mujeres dispuestas a ligar los destinos de sus maridos e hijos con el futuro de su nación, de su país.

En cierta ocasión, Kang Ban Sok compartió estos pensamientos con su marido, lo que alegró mucho a éste.

—Bien pensado —dijo el marido—. Hay que incorporar a las amas de casa a la actividad revolucionaria. Antes existía aquí una Sociedad Femenina, y sigue existiendo de nombre, pero no hace nada.

—Yo me he encontrado con algunas mujeres —decía Kang Ban Sok—, y he hablado con ellas. Parece ser que hay muchos maridos tozudos y familias que no comprenden las cosas. Entre las jóvenes coreanas hay muchas que se aburren. Hay solteras y casadas que quieren salir del letargo en que se encuentran; sienten que han llegado nuevos tiempos, pero los padres y maridos siguen aplastando su voluntad. ¡Es lamentable! Al hablar con las mujeres, veo que todas tienen motivos para estar preocupadas y descontentas. Las mismas preocupaciones caseras, el mismo descontento hacia los suegros. Al no comprender dónde está la causa principal, echan la culpa a su propio destino. Por eso, he pensado que hay que despertarlas.

—Es cierto. Para desplegar entre ellas una labor revolucionaria, lo primero que hay que hacer es estudiar la situación en que se ven. Tengo confianza en ti. El estado de mi salud me obliga a poner más esperanza en ti.

Kim Jiong Zik explicó detalladamente a su esposa cómo había que empezar y le expuso concretamente los fines y el programa de acción. Dijo que le ayudaría en todo lo que le permitieran sus energías.

Después de su llegada a Fusung, Song Zu ingresó en la Escuela Primaria No. 1 de Fusung, ya mediado el curso.

Después de la estancia en la Patria se hizo más reflexivo. Cada vez pensaba más en la difícil situación en que se hallaba su Patria.

Kang Ban Sok se sentía feliz al ver a su hijo descollar entre sus condiscípulos y actuar y razonar siempre como si fuera su líder reconocido.

En Fusung, Song Zu eligió con mucho cuidado a sus compañeros.

Analizaba con rapidez la esencia de los fenómenos que incidían nocivamente en el pueblo, desenmascaraba implacablemente a los culpables y presentaba sus convicciones ante los adultos.

A veces exponía sus ideas en el papel, y poco a poco fue desarrollando sus dotes oratorias: daba conferencias y hacía informes.

Había en casa un hectógrafo que usaba Kim Jiong Zik. Song Zu empezó a utilizarlo.

A veces mantenía largas disputas con sus compañeros hasta altas horas de la noche e inmediatamente imprimía en el hectógrafo un periódico o una octavilla.

Entre los documentos reproducidos por Song Zu y sus camaradas en el aparato, había algunos que desenmascaraban a los malvados agentes, y otros eran amenazadoras advertencias.

Kang Ban Sok, al ver trabajar enérgicamente a su hijo con el hectógrafo, con los dedos manchados de tinta, pensó:

"¡Tú vas por el camino de tu padre!".

Se enorgullecía con toda el alma de su hijo, que crecía así. Se lo contaba a Kim Jiong Zik y éste se alegraba infinitamente.

Una vez el padre mandó llamar a Song Zu, que estaba completamente identificado con él. Y mantuvieron una seria conversación.

"Antes de emprender tareas revolucionarias, hay que saber unir a tus compañeros, mas para ello hay que conocer su procedencia social, posición actual y con qué personas tienen amistad.

Cuando te los atraigas, sabes compartir con ellos las penas y las alegrías. Sólo es capaz de ganarse auténticos compañeros el que está dispuesto a morir por ellos.

No es nada fácil llevar la revolución hasta el fin. Es demasiada carga para un solo hombre. Por eso, hay que unir y atraerse a camaradas y engrosar sus filas.

Lo principal para comenzar la revolución es tener buenos camaradas, pero antes hay que saber cómo son."

Estas palabras causaron fuerte impresión a Song Zu.

Desde entonces empezó a elegir con más seriedad a los amigos, aunque siempre se portaba generosamente con todos; observaba con suma atención cómo trataba su padre a los amigos.

Kim Jiong Zik dedicaba singular atención a la instrucción de la joven generación. Consideraba que de ello dependía la suerte ulterior de la revolución. Decía que si su generación no alcanzaba la independencia, la siguiente la alcanzaría sin falta.

Partiendo de ello, fundó en Fusung una escuela, la Escuela Paisan de cuatro grados para niños coreanos.

La escuela era modesta, de una sola planta, construida de madera y de adobe en la estribación sureña del monte de Dongpaota. Su inauguración constituyó un triunfo sobre los enemigos que obstaculizaban la instrucción nacional de los coreanos.

Kang Ban Sok acogió con enorme alegría la fundación de la Escuela Paisan para niños coreanos e inmediatamente inscribió en ella a su hijo menor, Yong Zu.

Unas noches antes de la apertura, se puso a coser los trajes para las obras "An Zung Gun dispara contra Hirobumi Ito", "La Liga de las naciones inundada con la sangre del odio" y otras, que se debían representar el día de la inauguración.

Las representaciones, desde el principio hasta el fin, habían sido organizadas y puestas en escena por Song Zu.

Kang Ban Sok se dirigió apresuradamente a la escuela para asistir al acto.

Antes de alzar el telón, Song Zu intervino ante el público. Habló de la amarga suerte del pueblo despojado de Patria por los samuráis y llamó ardientemente a los coreanos a la lucha, si no, jamás se sacudirían de los grilletes de la esclavitud.

—Un hombre sin Patria —dijo— vale menos que un perro de la familia en duelo. ¿Acaso nosotros no somos desterrados al vivir en el Nordeste de China? Esto ocurre porque nos han quitado la Patria.

Ahora verán ustedes —continuó Song Zu con énfasis— en esta representación cómo An Zung Gun dispara contra Hirobumi Ito. En esta escena verán cómo gentes privadas de Patria combaten a los malditos invasores. Pero An Zung Gun caerá asesinado por los bandidos.

Ahora los invasores imperialistas japoneses, mediante una ley de rapiña, detienen, torturan y matan a muchos patriotas coreanos. ¿Acaso se puede aguantar eso...?

Todos los que améis entrañablemente a la Patria, ¡uníos! An Zung Gun actuaba solo y cayó, pero nosotros seremos invencibles si nos unimos. Hirobumi Ito fue eliminado, pero los agresores viven. Tenemos que expulsar a esta horda de bandoleros de nuestra tierra querida. Para ello debemos unirnos...

El público estalló en aplausos atronadores.

En la sala se encontraba Kang Ban Sok, que contemplaba a Song Zu, el cual había conquistado la simpatía del público. De todas partes llegaban gritos de júbilo, con los que fue premiada la intervención de su hijo. Varias veces oyó estas palabras: "Es el hijo mayor de Kim Jiong Zik".

Al oir estas palabras jubilosas, decidió resueltamente dedicar todas sus fuerzas para que no sólo el mayor, sino también los otros dos hijos, Chol Zu y Yong Zu, como miembros de una familia revolucionaria, fueran por el camino de su padre.

En la primavera de 1926, al año de llegar la familia a Fusung Kim Jiong Zik empezó a sentirse cada vez peor.

La enfermedad que parecía vencida empezó de nuevo a progresar rápidamente al entregarse por entero a la infatigable actividad revolucionaria, y su salud empeoró bruscamente.

Había contraído la enfermedad en la cárcel de Pyongyang, y sin curarla, empezó el trabajo revolucionario en ambas riberas del río Amrokang. Se agravaron las dolencias a consecuencia de las brutales torturas a que lo sometieron en el puesto de policía de Popiong y empeoró aún más por efecto de las heladas durante la huida. Pero él proseguía trabajando sin descansar ni prestar atención a su estado de salud.

Kim Jiong Guon y los camaradas le proporcionaban los medicamentos necesarios y más eficaces, pero era ya tarde. A comienzos de junio se vio definitivamente postrado en el lecho. Al presentir su próximo deceso, unos días antes del fallecimiento, llamó a su mujer.

Acariciándole las callosas manos, le dijo pensativo:

—Te he ocasionado muchas privaciones. Recuerdo cómo

estas manos preparaban la comida a los camaradas que salían para la Patria. Estas manos que jamás han descansado.

Conteniendo las lágrimas, Kang Ban Sok contestó:

—No te he atendido como es debido, y por eso la enfermedad ha resultado ser peligrosa. ¡Cómo me maldigo!

Kim Jiong Zik hizo un gesto desaprobatorio con la cabeza. Su mirada se posó en dos jeroglíficos "Ziwon" (gran propósito) que siempre escribía y colgaba en la pared durante sus peregrinaciones. Debajo estaba el mapa de Corea, en el que se reflejaban los rayos del poniente sol de verano, que caían en la ventana.

Al enterarse de que Kim Jiong Zik se hallaba en grave estado, empezaron a llegar de todas partes sus camaradas.

—¡Qué poco se cuidaba él mismo, con lo bien que atendía a los enfermos! —le reprochaban amistosamente sus compañeros, afligidos por un gran dolor.

5 de junio de 1926.

Se acercaba el desenlace. Los ojos del enfermo seguían ardiendo con fuego inextinguible. Le costaba respirar. La mano que sostenía la de su mujer se iba enfriando, aunque no flaqueaba. Diríase que no quería soltar los destinos de la Patria.

—Quisiera vivir —dijo con voz apagada—. Combatir hasta el final, recuperar a la Patria, ir a mi querido Mankiongde. Pero esto son sólo deseos, pues las fuerzas me abandonan.

A Kang Ban Sok se le partía el corazón. No encontraba palabras que pudiesen consolar a su agonizante marido. Le costaba reprimir el llanto.

—Goza tú de salud y haz todo lo posible por darle a Song Zu instrucción, aunque sea media, a fin de formarlo como un excelente hijo de la Patria. Guarda mis pistolas y entrégaselas a Song Zu cuando las pida. Que siga mi camino, que continúe mi causa, que no he podido llevar a cabo...

—No te preocupes. Si ese es tu deseo, le daré no sólo instrucción media, sino también...

Quería decirle que hasta lo mandaría a estudiar a la Universidad, pero de nuevo se le hizo un nudo en la garganta, y sólo le apretó con más fuerza la mano, que se iba poniendo cada vez más fría.

Como si se hubiera tranquilizado, Kim Jiong Zik miró a su mujer y con la vista le señaló la habitación contigua.

—Llama a los niños —dijo en voz baja.

Nunca había desobedecido a su marido. Kim Jiong Zik le pedía que llamara a los hijos.

Quería despedirse de sus hijos. Superando el terrible agobio que la embargaba, Kang Ban Sok llamó a sus hijos, que estaban en el cuarto próximo.

Kim Jiong Zik estuvo mirando largo rato a su hijo mayor y, por fin, pronunció su último legado.

—Me voy de la vida sin haber realizado mi sueño. Mas tengo fe en vosotros. No olvidéis jamás que sois hijos de vuestro país y de vuestra nación. Aunque vuestros huesos se hagan polvo, y el cuerpo trizas, tenéis que recuperar el país sin falta. Quisiera estar otra vez en mi tierra querida. Cuando la Patria sea independiente, enterradme a la orilla del río Dedongang.

¡Azotad, tempestades! Dejó de palpitar un corazón que latió tan fogosamente por el bien de la Patria y del pueblo. A los treinta y dos años de edad nos dejó Kim Jiong Zik, hijo del pueblo coreano, firme combatiente revolucionario antijaponés, ardiente patriota, entusiasta pedagogo revolucionario e insigne pionero que elevó el movimiento antijaponés de liberación nacional en nuestro país a una nueva etapa, iluminada por la bandera del marxismo-leninismo.

Para Kang Ban Sok el mundo se entenebreció, se cubrió de tinieblas.

Y aunque hubo de soportar infinidad de veces tempestades fuera de la Patria, en tierra extraña, huyendo del enemigo y cambiando de residencia, vivió con orgullo, porque a su lado estaba Kim Jiong Zik y porque se sentía segura de que su marido alcanzaría sin falta la victoria.

Se alegraba al ver cómo eran cada vez más los camaradas de su marido, cómo éste se granjeaba la confianza y el respeto de ellos; sentía afluir fuerzas y valor al verle siempre tan audaz en la lucha sin caer en la desesperación ante los fracasos. Se enorgullecía de ser la esposa de un hombre así.

Temprano se fue su querido, su amado esposo, su compañero de lucha revolucionaria, su fuerte, su digno apoyo. Se le desgarraba el alma: se había quedado sin marido, el apoyo en la vida y en la lucha, con el que había vivido llena de fe en que regresarían a su entrañable Mankiongde, junto con sus hijos queridos, el día de la victoria, por la que habían luchado su marido y sus compañeros.

Pero recordaba el legado que le había encomendado su marido y costase lo que le costase debía vencer la desesperación.

Conteniendo las lágrimas miró a su hijo, vestido de luto, el cual, conteniendo ardientes lágrimas, juraba ante su padre muerto.

—Padre: Iré por tu camino y lucharé sin descanso contra el enemigo para culminar tu obra.

Asistieron al entierro de Kim Jiong Zik numerosos camaradas suyos revolucionarios, miembros del movimiento por la independencia, y también vecinos coreanos y chinos. Lloraban a gritos, sintiendo profundamente la muerte del que había poseído tan firme espíritu combativo y tan noble carácter, y que había realizado tantas hazañas.

Cuando se enteraron de la triste nueva, lloraban también los combatientes del movimiento antijaponés y los habitantes del interior de Corea, al recordar la influencia revolucionaria y los brillantes méritos de Kim Jiong Zik.

Esto demuestra lo grande que era la influencia revolucionaria de Kim Jiong Zik entre las masas trabajadoras y sus compañeros; el profundo respeto que le profesaban y la gran confianza que depositaban en él.

Muy corta fue la vida de Kim Jiong Zik, que falleció prematuramente, pero sus elevadas ideas patrióticas y su firme espíritu revolucionario quedaron grabados en la Historia de Corea y vivirán siempre en los corazones de las jóvenes generaciones de nuestro país, por las que tanta solicitud manifestó.

Las exequias fueron una solemne ceremonia pública.

Llorando a lágrima viva, lo acompañaron en el último camino sus compañeros de lucha y el pueblo. A la larga procesión se unieron, con gran aflicción, los habitantes chinos, a los que tantas veces ayudó. Todos le acompañaron al cementerio próximo a Yangchi, aldea que visitaba muy a menudo Kim Jiong Zik.

Sólo Kang Ban Sok, haciendo un gran esfuerzo, reprimía las lágrimas. Seguía al féretro con sus hijos vestidos de luto.

Pero no fue hasta el cementerio.

Pasados unos días, llegó la fiesta primaveral *Dano*. Song Zu pensaba que esta vez su madre iría sin falta a la tumba del padre, pero no la veía dispuesta. Cuando su hijo le propuso ir con él, dijo:

—¿Vale la pena que vaya yo? Id vosotros solos.

No fue con sus hijos a la tumba. Existía una poderosa razón para que el día del entierro no llorara ante sus hijos y no los acompañaba a la tumba.

Recordando los legados del marido, pensó que no debía poner la menor sombra en el ardiente corazón de sus hijos, que habrían de hacerse cargo en el futuro de su gran causa en aras de la Patria y la nación. Por eso visitaba sola la tumba de su marido. Y entonces daba rienda suelta a las lágrimas.

No quería que sus hijos advirtieran lo inmensa que era su amargura, y pensaba que el llanto desconsolado de la madre relajaría el carácter de los hijos, que debían hacer triunfar la gran causa de la salvación de la Patria.

Lo único que deseaba era que sus hijos fueran verdaderos revolucionarios, hombres con firme voluntad de lucha, que no se acobardaran ante las más terribles circunstancias ni ante el dolor. Esto fue lo que la hizo superar el infortunio de quedarse sola en tierras extrañas con sus hijos, sufrir y llorar en silencio esta amargura que le partía el corazón y continuar educando en la forma debida a sus hijos, como corresponde a la esposa de un revolucionario, como corresponde a la madre de futuros revolucionarios, para que tuvieran las insuperables cualidades del auténtico revolucionario. Este gran amor de Kang Ban Sok, madre de Corea, que se mantenía firme ocultando su honda amargura y su pena, ligando su infinito amor a los hijos con la causa sagrada de la revolución en aras del renacimiento y la independencia de la Patria, brindó un gran hijo a la Patria.

PARTE CUARTA

1

Kang Ban Sok debía superar el infortunio y el dolor.

Después de la muerte de Kim Jiong Zik sintió como si el mundo se sumergiera en las tinieblas, y la amargura le laceraba el alma... Pero su esposo le había encomendado realizar cosas importantes y le había dejado un gran legado.

Debía darle enseñanza media a su hijo mayor.

Kim Jiong Zik le había pedido que fueran trasladados sus restos a la orilla de su querido Dedongang el día que Corea fuera independiente.

Kim Jiong Zik había dejado dos pistolas, que ella debía entregar a su hijo mayor cuando llegara el momento...

Al despedirse de sus hijos les había encomendado liberar a la Patria, sin escatimar esfuerzos en aras de esta gran causa, ofrendando incluso la propia vida.

Después de fallecer su marido, Kang Ban Sok adquirió la costumbre de quedarse mirando pensativa a sus hijos. El mayor iba camino de los catorce años y los otros eran todavía niños. Con profundo amor y esperanza contemplaba a sus hijos, sentados a la mesa por la mañana y por la noche o cuando dormían uno al lado del otro.

Después de la muerte de su padre, Song Zu parecía más hombre, más serio, más comedido al hablar y en los hechos. Se advertía que hacía todo lo que podía por aliviar la pena y los sufrimientos de su madre.

La madre se alegraba de esto, pero aún se sentía angustiada.

Kang Ban Sok tenía fe en Song Zu; confiaba en él como en la estrella polar. Se enorgullecía de su hijo, que a los once años había recorrido mil *ri* y luego había vuelto a andar el mismo

camino al regresar de la tierra natal. ¡Así era Song Zu! Por algo su padre le había encomendado una causa tan importante.

Sólo cuando le diera instrucción a su hijo, y cuando él, alentado por ella, liberara el país y trasladara los restos de su padre a las orillas del Dedongang, podría decir que había cumplido con su deber sagrado de esposa de un revolucionario, que había sido la auténtica madre de revolucionarios y que ella misma era una revolucionaria. Sólo entonces podría considerar que había cumplido su solemne juramento hecho a la Patria al salir de Mankiongde. Sólo entonces podría abrazar a sus padres y hermanos, y la risa, sonando a través de las lágrimas en el día de la despedida, se convertiría para siempre en una risa alegre y dichosa.

Ella no debía mostrar a su suegra la herida que laceraba su corazón y que en casa había necesidad, a fin de no alarmar a la anciana, para que se fuera tranquila a Mankiongde, de donde había ido al recibir la triste noticia. Al ver su suegra que, sin marido y en tierra extraña, le sería difícil a Kang Ban Sok educar a los niños, le propuso ir con ella a vivir a Mankiongde.

—Usted sabe bien, mamá, por qué estamos aquí. Para luchar por la independencia de nuestro país —le dijo Kang Ban Sok.

Si hubiera notado la suegra la más mínima flaqueza, ¿con qué ánimos habría regresado a la Patria, a mil *ri* de distancia, y cómo se habrían inquietado allí los familiares, en Mankiongde y Chilgol? Había que ser firme e inquebrantable; había que ocultar en lo profundo del alma todas las penas y sufrimientos y sentir un odio inextinguible a los invasores japoneses.

Al ver la firmeza de su nuera, que se negaba a ir con ella a Mankiongde, la anciana dijo:

—Hay que alcanzar sin falta la independencia. Cada vez vivimos peor a causa de los crecientes escarnios y desmanes de los invasores japoneses. Nos tratan peor que a los perros y a los cerdos. La vida de un coreano, para ellos, no vale más que la de una mosca.

Estas palabras eran un grito del alma desgarrada de la anciana al ver las arbitrariedades que cometían los miserables imperialistas japoneses.

Kang Ban Sok comprendió además que estaba obligada a orientar a Kim Jiong Guon para que fuera por el mismo camino de su hermano mayor.

Quebrantada la salud por el largo tiempo que hubo de atender a su marido enfermo y a consecuencia de las calamidades

que se habían abatido sobre la familia, Kang Ban Sok debía echar sobre sus hombros una gran carga. Las nuevas circunstancias exigían de ella, que decidía todas las cuestiones a lo revolucionario, ser aún más activa en la lucha revolucionaria.

Tenía bien presentes las palabras de Kim Jiong Zik:

"Ahora tendrás que ocuparte más de la revolución".

Cuando vivía su marido le ayudaba con esmero en el trabajo y de este modo contribuía a la causa de la revolución. Pero ahora, sola, debía asumir por su propia cuenta tareas revolucionarias. Esto ya se lo había dicho Kim Jiong Zik. Sólo ahora, después del fallecimiento del esposo, comprendió el verdadero significado de aquellas palabras.

Debía dedicar íntegramente su vida a la actividad revolucionaria.

Para hacer a sus hijos patriotas, que lucharan por la liberación de su Patria, no era suficiente con apoyarles. Ella debía ponerse al frente y hacer que la siguieran. Hasta entonces así lo había hecho su marido.

Las excelentes cualidades y los rasgos del carácter de Song Zu eran el resultado de la gran influencia de las patrióticas ideas antijaponesas y de la actividad de Kim Jiong Zik. Y entonces, al faltar Kim Jiong Zik, ¿quién podría reemplazarle en esta labor? Sólo ella. Así se lo dijo él presintiendo próxima la muerte.

De este modo, la madre debía imbuir en sus hijos aquel sublime espíritu y transmitirles el legado ideológico del padre.

En 1926, Song Zu terminó los estudios en la Escuela Primaria No 1 de Fusung, y por recomendación de los amigos del padre ingresó en la Escuela Juasong, situada en Juaten. Kang Ban Sok recomendaba a su hijo que estudiara con aplicación, pues había ingresado en dicha escuela gracias al inmenso respeto y confianza de los compañeros hacia Kim Jiong Zik. Por eso debía mantener bien alto el honor que conquistó en vida su padre.

Como era la primera vez que enviaba a su hijo a estudiar a un lugar extraño, Kang Ban Sok se sentía inquieta.

Aunque estaba lejos la Escuela Changdok, en Chilgol, allí vivía la familia del abuelo y ella no tenía que preocuparse de nada. Pero en Juaten el muchacho iba a vivir con gente desconocida. Además en la escuela se impartían no sólo las disciplinas corrientes. Era una escuela política y militar, creada por

los miembros del movimiento nacionalista para formar cuadros con destino al Ejército Independista.

La madre sabía que entre los militantes del movimiento nacionalista surgían borrascosas discusiones políticas y que no había unanimidad en lo que se refería a los métodos de lucha. Tenían lugar incluso excesos.

—Jamás olvides —aconsejó a su hijo— las palabras de tu padre, que dijo que lo más importante es tener buenos compañeros y saber conocer bien a las personas. Recuerda el refrán: "Se puede ver a cien varas debajo del agua y no ver una pulgada en el alma del hombre".

—Sí, mamá. Estate tranquila —contestó el muchacho.

—Sé aplicado, hijito. Por aquí pasan a menudo amigos de tu padre. Por ellos sabré cómo te van los estudios. Procura que sólo escuche cosas buenas.

Después de mandar a su hijo, la madre trataba de tranquilizarse a sí misma.

Ella conocía las extraordinarias aptitudes de su hijo y, además, debía creer a los amigos de su marido como a él mismo.

Al poco tiempo escuchó alabanzas sobre su hijo: leía mucho, llevaba una vida ordenada y era cortés con los mayores.

Le contaban que en los ejercicios militares reveló ser un "tigre volador"; destacaba por su capacidad, que, con el tiempo, le permitiría hacer de él no sólo un político de talla, sino también un relevante estratega militar. Le decían a Kang Ban Sok que su hijo se parecía mucho a su padre. Ni las esperanzas ni el presentimiento la defraudaron.

Mas he aquí que a principios de diciembre del mismo año, apareció Song Zu, sin previo aviso, en casa.

Se llevó hasta la manta. Aquello tan inesperado asustó a la madre. ¿Habría caído enfermo?

Después de los meses transcurridos le veía más robusto y sano.

—He abandonado la escuela, mamá —dijo con firmeza.

La madre no sabía qué opinión formar. Sólo miraba atentamente a su hijo.

Kang Ban Sok sabía calar profundamente en el alma humana y nadie mejor que ella conocía a su hijo, pero en esta ocasión no comprendía lo que podía haber pasado.

—Bien. Ya me lo dirás después. Esperaba con impaciencia el día que recibieras el título. Ha sido todo tan inesperado... Tendrás hambre después de la larga caminata, ¿no es así?

Cuando ponía la mesa pensaba si su hijo habría abandonado la escuela con el asentimiento de los amigos de su marido. ¿Por qué no le hicieron desistir? Ellos se portaban con él como si fuera su propio hijo y lo habían enviado a aquella escuela. Con todo y con eso, Kang Ban Sok estaba descontenta de que su hijo hubiera abandonado la escuela sin contar con nadie.

Por la noche lo llamó. El problema era demasiado serio para tratarlo así como así.

—A ver, cuéntame por qué has dejado la escuela —preguntó, mientras arreglaba la mecha del quinqué.

—Mamá, leí allí unos libros maravillosos. Por ellos conocí mejor a Lenin, a la revolución socialista de Rusia, de lo que tanto nos hablaba papá. Comprendí por qué nos hablaba de aquello... Y decidí que tenía que marcharme de la escuela. Perdona que no te lo advirtiera antes, pero sabía que me dejarías hacerlo nada más que te lo contase. La escuela me fue útil, aunque sólo sea porque pude leer allí aquellos libros.

No le había dicho a su madre qué libros eran, pero su rostro encantador se puso radiante de emoción y le brillaron los ojos. Aunque su madre se mantenía seria, sintió el corazón aliviado.

—O sea, que en aquellos libros se habla de lo que contaba tu padre.

—Sí. En los últimos tiempos he leído infinidad de libros provechosos. Lo que dicen no se puede explicar en dos palabras. Todos hablan de cómo la gente pobre debe derrocar la injusta sociedad y cómo construir otra sin explotación ni opresión. Después de leer estos libros me sentí fuerte. Tú y yo sentimos compasión de los pobres y odiamos a los japoneses y a los ricachones. ¡Así era nuestro padre! Pero antes, yo sólo odiaba, ya que no sabía bien cómo expulsar a los japoneses, lograr la independencia y construir un país para los pobres. De esto hablan esos libros. Hay que estudiarlos basándonos en la realidad de nuestro país, y ya encontraremos los métodos de lucha que necesitamos.

Hasta muy entrada la noche, Song Zu habló con gran apasionamiento a su madre de lo que había descubierto.

A la madre le interesó mucho cómo había expuesto la senda para expulsar a los japoneses y conducir a la gente pobre hacia una vida decorosa. Ella misma era pobre, pero aún la conmovían más la tristeza de no tener patria y la tragedia de los demás, de los que vivían sumidos en la pobreza. Esto lo sabía desde Chilgol, cuando era una niña, después lo presenció en Mankiongde y Kangdong, y ahora allí en Manchuria.

—No estaría mal que los leyera también yo. Pero lo que no entiendo es por qué tenías que abandonar la escuela después de leer esos libros.

—Mamá, el espíritu de las lecciones de la escuela es contrario al de los libros de que te hablo.

—¿Es cierto?

—Sí. Por eso decidí obrar así después de pensarlo mucho.

En realidad sucedía lo siguiente. La base de la educación de la escuela era el nacionalismo. La escuela no se planteaba impartir disciplinas que permitieran a los alumnos saber cómo está estructurada la sociedad y cuáles son las relaciones entre las clases. Song Zu estaba dispuesto a estudiar aplicadamente, pero le asqueaba la formación nacionalista, puesto que no satisfacía sus crecientes aspiraciones a la búsqueda de lo nuevo; no le daba respuesta científica ni lógica a infinidad de cuestiones, sino que sólo subrayaba el duelo y la ira por la pérdida de la independencia de su Patria. Pero había algo que la escuela inculcaba con terquedad e insistencia. Con el tiempo crecieron las dudas respecto al movimiento de los nacionalistas por la independencia y sus métodos de lucha. Sobre todo, desde que en Juaten empezó a estudiar a fondo las nuevas vertientes del pensamiento social.

En Juaten leyó muchos libros revolucionarios acerca del socialismo, del que hablaba a menudo su padre. Estos le dieron un fuerte impulso, pues, basados en un análisis científico, hacían una crítica de los complejos fenómenos sociales y trazaban un luminoso camino de lucha. Era un mundo de ideas totalmente nuevo.

Una vez, siendo niño, había subido al Mankiongbong para tomar con las manos el arco iris. Y después estos libros le habían causado tal impresión como si hubiese cogido realmente el arco iris. Era la primera vez que leía estos libros, y lo que decían no le era desconocido. Le hablaban de la vida humana tal y como es y le revelaban la esencia de la vida de la gente que tan bien conocía. Los libros le explicaron detalladamente la situación de los pobres que había visto con sus propios ojos en Chilgol, Mankiongde y Pyongyang. Sus abuelos y tíos de la línea materna habían trabajado toda la vida sudando la gota gorda y no habían podido salir de la miseria. Estos libros le atraían más que nada porque explicaban las causas de la miseria de los hombres. Cuan-

to más los leía mejor comprendía que el contenido de los libros coincidía con la realidad de la vida, se disipaban las dudas y el camino para avanzar se hacía más claro. Quería hacer realidad todo lo que enseñaban estos libros. Se acrecentaba la simpatía de Song Zu hacia la Unión Soviética, primer Estado socialista del mundo y primer país de obreros y campesinos. Y estudió más y más las ideas socialistas.

Por último, se dio cuenta de la limitación de los criterios nacionalistas y de sus métodos de lucha.

El movimiento nacionalista por la independencia se manifestaba en contra de los agresores extranjeros y fijaba como meta la independencia política y militar, pero aspiraba a establecer el régimen capitalista, basado en la explotación de las masas populares. En el ideario de dicho movimiento se reflejaban anquilosadas ideas feudales.

Por ello ese movimiento no respondía a las aspiraciones de las masas trabajadoras, sobre todo, de los obreros y los campesinos, que constituían la mayoría absoluta de la población.

El movimiento nacionalista burgués en Corea, estaba, desde el principio, condenado al fracaso. Además, en el seno del movimiento reinaba un espíritu servil, mezclado incluso con ideas de la no resistencia. Todo esto condujo al movimiento a un fracaso inevitable.

Esto quedó bien revelado en las actuaciones de los propios dirigentes del movimiento nacionalista burgués durante la insurrección popular del primero de marzo. En Manchuria los nacionalistas, aunque de palabra propugnaban el movimiento por la independencia, limitaban su actividad a recaudar recursos para gastos militares y a pelearse por la conquista del "poder" en pequeñas regiones pobladas por coreanos.

Tras analizar estos hechos, Song Zu dedujo que sólo el marxismo-leninismo ilumina claramente el camino de la lucha de liberación nacional y empezó a trazar una vía nueva, incorporando a estas ideas a la juventud estudiantil.

El primer paso que dio en su labor revolucionaria fue crear una organización revolucionaria clandestina, la Unión para Derrotar al Imperialismo ("T.D." en siglas coreanas).

El objetivo de la Unión consistía en luchar por la construcción del socialismo y el comunismo en Corea en el futuro. En aquel momento la organización se planteaba derrocar al imperialismo japonés, liberar a Corea y darle la independencia. Para ello Song Zu consideraba necesario en primer término,

estudiar las ideas de vanguardia, el marxismo-leninismo, e incrementar la fuerza de la organización. Esto encontró un ferviente apoyo entre la juventud estudiantil avanzada, que estaba desengañada del movimiento nacionalista burgués.

Pero un lugar tan remoto y perdido como Juaten, apartado de las corrientes modernas que sacudían al mundo, lugar donde era muy fuerte la influencia nacionalista, no respondía a tales requerimientos. Por eso, después de largas reflexiones, Song Zu decidió desplazar el campo de acción a la ciudad de Kilin, una población mayor, que por aquel entonces bullía por efecto de las nuevas ideas.

Se puso de acuerdo con los miembros de la Unión para encontrarse en Kilin. A principios de diciembre de 1926 abandonó la escuela y fue a casa de la madre a Fusung.

Song Zu había contado a su madre todo lo que comprendió en Juaten acerca de los nacionalistas.

Al escucharlo, Kang Ban Sok experimentó la extraña sensación de haber oído aquellas palabras alguna vez. Y eso ocurría ya porque Song Zu le dijo que al leer esos libros acerca del socialismo sentía que le eran ya familiares, o porque se trataba de palabras, de profundo contenido, de su amado hijo.

En ella surgió la fuerza de atracción de las ideas comunistas.

El comunismo, como es sabido, no es una simple idea, sino una profunda teoría científica. Por muy compleja y honda que sea, cualquiera puede asimilarla si actúa sin prevención alguna. Ello se explica porque esta doctrina es verídica. Y todo el que tenga desarrollado el espíritu de justicia tiende hacia el comunismo.

Siendo aún adolescente, Kang Ban Sok soñaba con un mundo todavía inexistente, sin explotación ni opresión, en el que todos pudieran vivir decorosamente, y aquel sueño la llevó al comunismo.

—Te oigo hablar, hijo mío, y me parece que el camino se hace más claro... Es tarde, vamos a dormir. Estarás muy cansado de la larga caminata.

Kang Ban Sok estaba asombrada para su dentro de este descubrimiento, pues su hijo sólo iba camino de cumplir los quince años. No todos a esa edad serían capaces de romper con tanta decisión y audacia con lo caduco y lanzarse con tanto ímpetu en busca de lo nuevo. Por tanto, sin vacilación alguna había

abandonado la Esouela Juasong porque no le satisfacía, y había manifestado tal decisión en aras de lo nuevo.

No bastaba sólo con elogiar a su hijo; había que apoyarlo y ensalzarlo sólo mentalmente. Si viviera su marido se alegraría y se sentiría, junto con ella, orgulloso de su hijo. Pero su querido Kim Jiong Zik no existía.

2

Kang Ban Sok tuvo que volver a resolver varias cuestiones debido a que su hijo había tomado nuevas decisiones.

Antes de ingresar Song Zu en la Escuela Juasong, la madre consideraba que, como había prometido a Kim Jiong Zik, debía ocuparse de actividades revolucionarias, darle instrucción media a su hijo y hacerlo un revolucionario dispuesto a luchar por la liberación de la Patria. Por supuesto, no era fácil hacer revolucionario al hijo, pues había que afrontar cualesquiera dificultades, pero por el momento había que dar instrucción al hijo y después aplicar sus energías a la solución de los problemas.

La situación era complicada. Para que su hijo siguiera estudiando debía enviarlo a Kilin, como él quería. Pero esto era aún más difícil que en Juaten, pues tendría que pagar los estudios.

Después había que arreglar lo referente a las relaciones con los miembros del movimiento nacionalista, cuyas gestiones habían desempeñado un gran papel en el ingreso de Song Zu en la Escuela Juasong. Ellos habían mostrado interés por el muchacho, preocupándose por su futuro. En una palabra les había desagradado que abandonara la escuela. Cuando marchó Song Zu a Fusung, por Juaten corrían rumores de que volvería a la escuela. Decían que Kang Ban Sok le obligaría sin falta a hacerlo. Muchos de los miembros del movimiento nacionalista la apreciaban. Cada uno de los nacionalistas le estaba agradecido por algo, pues en vida de Kim Jiong Zik habían recibido ayuda en su casa, les admiraba mucho su abnegación y se sentían conmovidos por su comportamiento y entereza durante el entierro de su marido. Esperaban de ella que hablara seriamente con el hijo y lograra que volviera a la escuela.

Cierto día visitó a Kang Ban Sok una persona que vivía en Fusung y estaba relacionada con la administración de la escuela. En contra de lo que él esperaba, Song Zu no había regresado aún a las clases, lo que ejercía cierta influencia en la administración de la Escuela Juasong.

La marcha de un alumno tan excelente como Song Zu había suscitado vacilaciones entre los estudiantes. La administración confiaba en poner fin a esas vacilaciones en cuanto regresara Song Zu a la escuela, y por eso recurrió a Kang Ban Sok. La administración de la escuela consideraba que la atracción por las ideas del comunismo era una simple curiosidad propia de la juventud.

—Sí, eso no es más que curiosidad de la juventud —afirmó el visitante— y, ¿acaso la independencia se puede lograr con la curiosidad de la juventud? Nosotros, los adultos, tenemos que dosificarla. Es deber nuestro, como tributo de respeto a Kim Jiong Zik, así como un deber nacional, llevar a un alumno tan capaz como Song Zu por el buen camino y hacer de él un excelente luchador por la independencia de Corea.

Kang Ban Sok no dudaba de la buena disposición del visitante y agradecía el que quisiera hacer de su hijo un verdadero combatiente por la independencia. Pero Kang Ban Sok no podía traicionar su sentimiento de admiración por la decisión y sagacidad de su hijo, que había abandonado aquella escuela que no le agradaba, pero no sabía cómo comunicarle su criterio al visitante. Por fin le dijo con franqueza.

—Debido a su corta edad, Song Zu puede actuar un poco a la ligera, pero después de escuchar las explicaciones del muchacho, he llegado a la conclusión de que tiene razón.

—¿Qué es lo que dice él? —exclamó el visitante.

—Parece ser que ha encontrado de una vez dos caminos para proporcionar una vida decorosa a los desposeídos y conquistar la independencia del país. Y para ello, dice, hay que estudiar mucho y de otra manera. Y en esto estoy absolutamente de acuerdo.

—¿Proporcionar una vida decorosa a los desposeídos? —preguntó el visitante asombrado.

—Sí.

—Cuando Corea sea independiente, ¿acaso no mejorará la vida? En cualquier caso, lo primero que hay que lograr es la independencia. Si nuestro país fuera independiente, ¿por qué tenía que haber venido aquí, que es tierra extraña, nuestra gente

a pasar privaciones? Vivirían sin preocupaciones, con desahogo, cultivando sus fértiles tierras. La fuente de la desgracia está en que nos han quitado nuestro país. Y los jóvenes no saben lo que sufren los que han sido privados de la Patria... Y se dedican a hablar sin ton ni son.

¿Vive uno en la abundancia porque tenga país y haya tierras fértiles? Antes de que el país fuera invadido, ¿había visto Kang Ban Sok algo más que el plato de papilla? El amargo recuerdo de esto era aún muy vivo, por lo que sentía brotar la protesta, pero se contuvo. El hombre aquel había venido a hablar del porvenir de Song Zu y ella seguía hablando como si quisiera aconsejarse, pero él mantenía tercamente sus puntos de vista.

¡Qué falta hacía allí Kim Jiong Zik! Estaba segura de que él habría aprobado sin vacilación alguna la actitud del hijo. Y no sólo por su espíritu combativo y decisión. Un mundo en el que los pobres vivan bien... ¡qué maravilloso sueño! Kim Jiong Zik jamás aisló su vida de la vida de las masas necesitadas. Esto lo sabía bien Kang Ban Sok. Buena prueba de ello fueron las escuelas que fundó en Manchuria para los hijos de las familias humildes y el hecho de que atendía a los enfermos pobres gratuitamente. ¡Cómo habría estimulado y colmado de elogios a su hijo y habría aprobado su decisión de luchar por una sociedad en la que la gente humilde viviera decorosamente!

Incluso los miembros del Ejército Independista que respetaban su memoria no podían coincidir, lamentablemente, con las ideas de Kim Jiong Zik en este punto.

Kang Ban Sok decidió firmemente ayudar a su hijo en la realización de ese propósito.

Aquella noche llamó a su hijo y le dijo:

—Song Zu, has comprendido antes que yo que con el Ejército Independista no conseguiremos la independencia ni una vida decorosa para la gente humilde. Me he convencido definitivamente al hablar con el visitante de Juaten. Obra como has decidido y actúa con tenacidad. Yo estaré contigo.

Song Zu miró con ternura a su madre. Hasta entonces no la había oído hablar con tanta convicción. Su consenso de aquella noche le alentó infinitamente.

—Eres admirable —dijo el muchacho—. Yo comprendí que los libros tenían razón y tú lo has entendido oyendo mis palabras.

—No lo comprendí sólo por tus palabras. Lo comprendí, luego de escucharte, al recordar con todo detalle la vida que he llevado. Ahora lo hemos comprendido los dos. ¿Acaso puede

asustarnos algo en este mundo? Luchemos juntos con todas nuestras fuerzas.

—Yo voy a luchar, mamá.

Aquella fue la noche del juramento de Song Zu, que presagiaba un nuevo día. Durante su corta estancia en Fusung, Song Zu había trabajado sin descanso, buscando nuevas vías de lucha.

El camarada Kim Il Sung había reunido a jóvenes y adolescentes del distrito de Fusung y organizado la Unión Infantil Senal.

Los objetivos de esta organización eran los siguientes:

—Luchar contra el imperialismo japonés por la independencia de Corea. Para ello, los militantes debían pertrecharse con una ideología social progresista y poseer conocimientos militares.

—Luchar por la liberación nacional y al mismo tiempo por la liberación clasista. Para ello, los miembros de la Unión debían renunciar a los viejos criterios nacionalistas de sus padres y adoptar una nueva ideología progresista.

—Despertar políticamente a los compatriotas, intensificando entre ellos la propaganda antijaponesa y la labor de ilustración...

Para cumplir estas tareas, el camarada Kim Il Sung elaboró en primer término las normas de conducta de los adolescentes, agrupando a los más progresistas en la Unión; organizó y dirigió el trabajo aplicando distintas formas y métodos, con arreglo a la sicología de los afiliados.

Con frecuencia organizaba conferencias de lectores, charlas, veladas, competiciones de oradores, discusiones y ejercicios militares. Fundó el primer periódico revolucionario marxista-leninista —"Senal"— de nuestro país, periódico que se distribuía en la ciudad de Fusung y en los poblados próximos.

Conjuntos de aficionados al arte, organizados por él, representaban en las aldeas cercanas obras de teatro, canciones y bailes. Además realizaban propaganda antijaponesa y labor ilustrativa.

El camarada Kim Il Sung desplegó una enérgica labor revolucionaria. La inactividad era incompatible con su carácter. En cuanto descubría nuevas ideas, las ponía en práctica.

Inmediatamente después de su fundación, la Unión Infantil Senal creció a ritmo acelerado y empezó a extender sus actividades por todo el distrito de Fusung. Por doquier se veían los frutos de la labor de sus miembros y se oía hablar de ellos. Todo

esto se debía al genio y a la capacidad organizadora del camarada Kim Il Sung, y la labor de agitación y propaganda realizada por él respondía al estado de ánimo de la población que estaba ansiosa de cambios.

Los militantes de la Unión llevaban un palo parecido a una porra, de unos treinta centímetros. En un extremo habían enrollado una cuerda. Cuando los muchachos iban de excursión llevaban el palo al hombro como si fuera un fusil y cantaban canciones revolucionarias.

También cantaban canciones que evocaban a la Patria. Recorriendo aquellos inmensos lugares desérticos sentían nostalgia por sus montes y ríos y percibían aún con más fuerza su gran amor a la Patria. Pero aquello no era desesperación.

...
Vendrá un día y será feliz nuestro pueblo,
privado de Patria.
¡Animos, padres, hermanas y hermanos!
Un día seremos hombres y liberaremos la Patria.
...

Los miembros de la Unión lucían pañuelos rojos anudados al cuello, y cuando iban a los ejercicios militares llevaban macutos y durante las marchas cantaban canciones revolucionarias.

Marchaban bizarramente, moviendo al compás los palos, delante y atrás. El palo hacía de fusil; en estas excursiones demostraban su fuerza y cohesión. De este modo aparecieron las nuevas tendencias en el distrito de Fusung. Así el nuevo movimiento revolucionario era vigoroso, lozano y dinámico. La actividad de la Unión Infantil Senal —a diferencia del movimiento por la independencia, cuya afiliación era privilegio exclusivo de los nacionalistas, que se vanagloriaban de ello y sometían a su férula a las masas, a las que sólo cabía la sumisión y el acatamiento incondicional—, contribuía a elevar considerablemente el patriotismo de las masas populares gracias a la idea de que cada coreano podía incorporarse a la lucha por la independencia.

Los miembros de la Unión Infantil Senal se entrenaban fuera de la ciudad, más allá de la puerta de ésta, en la aldea Yangchi, en la arena de las orillas del Oldo Sungari, cubiertas de mimbres y matas de aliso. Allí realizaban toda clase de ejercicios tácticos: exploración, incursión, ataque, emboscada, marchas forzadas, pasos de obstáculos acuáticos y defensa de posiciones

en la orilla del río. El camarada Kim Il Sung ponía piquetes de guardia para impedir el paso de gente extraña al lugar de los ejercicios.

Allí, en Yangchi, estaba la tumba de Kim Jiong Zik. Kang Ban Sok pensaba en lo que se alegraría su marido si pudiese ver los ejercicios militares que realizaba el hijo.

Un domingo visitó un nacionalista la casa de Kang Ban Sok, que se encontraba en la Puerta Oriental, y le expuso su descontento.

—En cierta ocasión fui a la aldea Yangchi invitado por Song Zu. Unos muchachos no me dejaron pasar. ¿Dónde se ha visto cosa semejante? Entre aquellos irrespetuosos muchachos para con los adultos estaban Chol Zu y Yong Zu. Les hablé, pensando que puesto que son sus hijos... pero, ¡qué va!, tampoco me dejaron pasar sin ton ni son, y esto es una descortesía por parte de ellos. Por eso he venido aquí. Como se reúnen en su casa, vengo a pedirle que los instruya para que no se comporten así.

Se había enfadado porque no le dejaron pasar; consideraba que se habían portado mal con él, pues había ido invitado por el camarada Kim Il Sung, que le había prometido enseñarle la preparación militar de los muchachos.

—Lo lamento y le pido perdón por el comportamiento de mis hijos. ¿Les dijo que había hablado con Song Zu? y ¿tampoco le permitieron pasar?

—En fin de cuentas les dije eso. Al principio creí que era un juego de niños, pues intenté entrar sin decir nada.

A Kang Ban Sok no le agradó precisamente ese aire jactancioso de aquel adulto.

—Seguramente no le dejaron pasar por no decir desde un principio lo de la invitación de Song Zu.

—En fin de cuentas eso son travesuras de niños.

Cansada de escuchar tantas majaderías, Kang Ban Sok dijo tranquila, conteniéndose.

—¿Por qué considera usted que eso son travesuras de niños? ¿Acaso no se habla en las canciones infantiles: "*Aunque somos niños, vamos a los ejercicios con carga a la espalda*"? ¿Cuál es, entonces, la carga que llevan a la espalda? "*...Un día, seremos hombres y liberaremos la Patria*". Para eso se forjan desde la niñez. Y usted considera que eso son travesuras, seguramente porque no le dejaron pasar. Pruebe a pasar otra vez y dígales que le ha invitado Song Zu. Los muchachos se pondrán en con-

tacto con él y pasará. Y probablemente no pasará de cualquier manera, sino observando las reglas del orden correspondiente, con escolta y todo. Hasta con escolta... ¡Formidable!

Kang Ban Sok apelaba a los sentimientos militares del visitante como combatiente que era del Ejército Independista. Pero él no se desprendía de su limitación mental.

Seguía enfadado sólo por su fracaso. Trataba de demostrar su indiferencia y la de la gente como él respecto al trabajo de la Unión y a los ejercicios militares, que caracterizaba con la frase: "¡Nada serio, travesuras de niños!". Quería asistir a los ejercicios con la intención de descubrir errores y consolarse con ellos. Pero al observar la rigurosa disciplina que reinaba, en lugar de alegrarse se sintió descontento y vencido, y visitaba por eso a Kang Ban Sok para expresarle sus pretensiones injustas.

Kang Ban Sok lo adivinó y le explicó:

—Los adultos deben hacer crecer en los niños buenos brotes. Desde la edad más temprana deben entrenarse sus hijos. Sólo de ese modo nuestro futuro ejército será disciplinado, ¿no es así?

—Si todo esto es una cosa tan fácil, por qué...

El visitante mantuvo su opinión y se fue enfadado, sin despedirse siquiera.

No hay labor revolucionaria sin obstáculos, desentendimientos, intrigas y difamaciones de las fuerzas reaccionarias. Esto lo había visto muchas veces Kang Ban Sok en vida de su marido y esas mismas pruebas habría de soportarlas el camarada Kim Il Sung. Kang Ban Sok decidió firmemente defender las actividades de la Unión Infantil Senal de todo género de intrigas hostiles.

La Unión requería apoyo. No tenían sus miembros uniforme, pero Kang Ban Sok rehacía sus ropas para que todos fueran vestidos de igual manera y que no les trabaran los movimientos; los pañuelos rojos los cortaba todos por un mismo patrón. Los trajes para las funciones artísticas los cortaba y cosía ella misma, como si fuese la sastra de un teatro. Cosía y lavaba para obtener medios de subsistencia, pero cuando era necesario, lo dejaba todo y cosía trajes para la Unión Infantil Senal.

Y no se reducía a esto su ayuda. Su casa de la Puerta Oriental era como la sede de la Unión. En aquella casa de una habitación, sin patio, se reunían con frecuencia los adolescentes de todo el distrito de Fusung. Y cada vez había que ponerlo todo

en orden. En esta actividad complicada y difícil veía ella el porvenir.

3

En diciembre de 1926 Kang Ban Sok fundó la Asociación de Mujeres Antijaponesas, con la activa ayuda del camarada Kim Il Sung, y libró una lucha enérgica por el renacer de la Patria, por la emancipación social de la mujer. Esta Asociación fue la primera organización revolucionaria marxista-leninista de mujeres en nuestro país.

Para fortalecer la Asociación Kang Ban Sok establecía contactos con las mujeres de las capas más diversas, se ponía al corriente de la vida que llevaban y, de la forma más sencilla, les explicaba el carácter y las tareas de la Asociación de Mujeres.

Al principio eran muchas las dificultades. Se había propuesto enseñarles a leer y a escribir, pero algunas mujeres no asistían a las clases. Decían que sus testarudos padres no se lo permitían.

Kang Ban Sok conocía muy bien el empecinamiento de los padres. Por propia experiencia decía que era erróneo que echaran toda la culpa a los padres. Si manifestaban cierta tozudez era porque pertenecían a otra generación. Mas ella consideraba que la juventud podía convencer a los padres con sus obras.

Kang Ban Sok hablaba con las jóvenes que debían hacerse miembros de la Asociación y visitaba a sus padres. Los padres se mostraron benévolos por el hecho de que la promotora de este movimiento era Kang Ban Sok. Por lo visto podían mostrarse benévolos, puesto que la gente guardaba buena memoria de Kim Jiong Zik y porque era la madre del camarada Kim Il Sung, que había vigorizado considerablemente la actividad de la Unión Infantil Senal. La propia Kang Ban Sok gozaba de gran prestigio entre las mujeres. Lo que más les agradaba siempre era el hecho de que fuera una mujer hacendosa, afable y cortés. En el entierro de Kim Jiong Zik no se había desesperado y había dominado su dolor en bien de sus hijos. Como si se tratara de una hermosa leyenda de la antigüedad, narraban de manera conmovedora cómo lloraba a su marido muerto al visitar sola su tumba. Todos adivinaban que la familia vivía con gran estrechez,

alimentándose nada más que de mijo y papilla de harina de maíz. El aspecto de la casa era muy humilde: dos pequeñas ollas en la cocina, unas tazas y unos platos, y en la habitación un cajón empapelado. Mientras vivió su marido no había cobrado ni un céntimo por las curas, y sin dar un asomo de su pobreza, vestía a sus hijos con esmero. Cuanto más la conocía la gente, tanto mayor era la admiración que sentía hacia ella.

Kang Ban Sok ayudaba mucho a la gente. Si veía algún niño harapiento, pedía a la madre de éste unos retales y cosía con ellos un traje a la criatura. Además lo hacía con tanto tacto y sinceridad que no hería en lo más mínimo el amor propio de la gente. En ella veían nobleza de la sinceridad y la generosidad. Vestía ella misma de la forma más sencilla: blusa y saya de tela de algodón barata y un pañuelo del mismo material. El corte del vestido, hecho a base de la manera antigua, admiraba a las mujeres. Ligeramente doblado el cuello de la blusa, alargando los bajos o aumentando la extensión de los pliegues de la falda, lograba un aspecto de novedad y distinción. Tenía un sentido perfecto de la belleza. Era modesta y respetaba siempre la opinión ajena, por lo que la admiraban las jóvenes y ancianas.

Llegó por fin el día de la primera reunión preparatoria de la Asociación de Mujeres Antijaponesas. Se acordó celebrarla en su casa, situada en la Puerta Oriental. Por eso ella podía asistir con la ropa corriente, pero al percatarse de la importancia de la reunión, recibió a las mujeres con un vestido nuevo. Las demás iban vestidas de distinta manera. Las que tenían permiso de sus padres y maridos, se presentaron con su mejor ropa, y las que no, con la que llevaban al trabajar en la cocina. Estas últimas se sentían cohibidas y se juntaron en un rincón.

Kang Ban Sok animó a cada una y les agradeció el haber acudido a pesar de todo. Las presentó e hizo que charlaran, pero, debido a la tensión del ambiente, se mantenían en silencio. Existían grandes esperanzas con motivo de esta iniciativa, pero, a algunas mujeres les preocupaban las consecuencias.

Cuando se empezó a hacer la lista de las asistentes, veinte aproximadamente, la tensión estalló en una carcajada general: sólo unas pocas tenían nombres que correspondían a su dignidad de personas. A la mayor parte de las mujeres reunidas se las llamaba con nombres ajenos, y las demás ni tenían nombre. Figuraban por su pertenencia a alguien: "Madre de Chun Sob", "Hermana de Kiong Chil" y otras cosas por el estilo.

—Por favor, decid vuestros nombres —pidió a las mujeres Kang Ban Sok—. ¿Cómo se llama la madre de Chun Sob?

Aquella joven no supo decir su nombre, sólo se ruborizó.

—Di tu nombre —insistió Kang Ban Sok—. Si os sentís cohibidas, ¿cómo vais a participar en el futuro en la revolución contra los invasores japoneses y los terratenientes?

La "Madre de Chun Sob" dijo con pesadumbre en un susurro:

—Me llaman *Sopsobi* (ofensora).

—¿Qué? ¿Cómo has dicho?

En el cuarto estalló una carcajada.

La cosa no terminó en eso: se oyeron nombres como *Katnani* (nena), *Setse* (tercera), *Dibangño* (la del cuarto de los trastos), *Yamzoni* (santurrona), *Omokño* (ojihundida), etc. Todas se reían a más no poder. Pero después surgió un ambiente de desconsuelo.

—¿Cómo escribirlo? —preguntó a Kang Ban Sok, soltando el pincelito, la que hacía la lista. No había motivos para reírse. Kang Ban Sok recordó su apodo, aunque tenía nombre: en la niñez la llamaban "La pequeña de la casa oriental". El apodo era un tanto cariñoso, pero ella tenía nombre. Las mujeres coreanas carecían de tantos derechos que no tenían ni nombre. Cuando en un hogar nacía una niña, los padres, en lugar de bendecirla, se enfadaban mucho y por eso la llamaban "ofensora".

—¿Qué hacer?

Algunas propusieron dejar los apodos, pues los habían puesto los padres y se valían de ellos en la familia.

Kang Ban Sok no estaba de acuerdo.

—No, de ninguna manera. La ausencia de nombre testimonia que las coreanas no conocen el trato humano, sólo conocen la humillación. Cuando yo era muchacha las mujeres no tenían derecho a ir por las carreteras, y buscaban los senderos. Me rebelé y yo iba con audacia por la carretera. Ahora que ha cambiado la época, nos proponemos liberar al país y conquistar derechos para la mujer, ¿cómo vamos a soportar en esta reunión el ultraje de no tener nombre? Aquí mismo vamos a poner nombres.

Sus palabras tenían fuerza de convicción y lógica. Todas las afiliadas a la Asociación comprendieron lo que significaba aquella risa y por qué dejó una huella tan amarga en el alma. Y todas se pusieron con gran seriedad a buscarse nombres.

Kang Ban Sok trataba de buscar nombres de acuerdo con las tradiciones nacionales, pero que al mismo tiempo sonaran bien y fueran hermosos.

A una de ellas, que más tarde pasó a ser la responsable de la propaganda en la Asociación de Mujeres, le propuso el nombre de Che Zu Son. Antes la llamaban la "tercera", lo que había provocado la hilaridad en la sala.

—En el nombre de tu hermano hay la sílaba cardinal "Zu", así que te podemos llamar Zu Son. ¿Te gusta Che Zu Son?

Che Zu Son sintió como si algo cálido le invadiese el corazón y, como una niña pequeña, sólo asintió agachando la cabeza.

Y aunque eran sólo tres sílabas, atestiguaban que se había acabado para siempre con el pasado, en el que, en realidad, la mujer coreana sin nombre no podía respirar libremente, sometida a una doble o triple explotación y estaba oprimida y humillada; aquellas tres sílabas confirmaban que había nacido un nuevo ser, que anhela para sí una digna vida.

Esto fue lo que sintió aquel día aquella mujer apellidada Che, y no sólo ella. Diríase que ese día habían vuelto a nacer todas otras afiliadas a la Asociación.

La Asociación de Mujeres fundó una escuela nocturna y unos cursillos, y emprendió la labor de ilustración con arreglo al nivel de instrucción de las mujeres. No sólo se enseñaba a leer y escribir, sino también se llevaba a cabo la educación política. Como manual se utilizaba la "Lengua Materna", escrito por Kim Jiong Zik para la Escuela Paisan, con adiciones del camarada Kim Il Sung.

A las principiantes les daba clase Kang Ban Sok. Por cierto que resultó ser una experimentada pedagoga, pues en la infancia ella sola había aprendido a hurtadillas a leer y escribir, escuchando lo que estudiaba su hermano y, además, había enseñado a su cuñada en Mankiongde.

Kang Ban Sok iba por las casas de los coreanos dándoles a conocer los objetivos de la Asociación de Mujeres Antijaponesas y explicaba de qué manera expulsar a los imperialistas japoneses, recuperar la Patria y conquistar derechos para las mujeres. El camarada Kim Il Sung había elaborado la línea general para la labor propagandística, y Kang Ban Sok hablaba de estas cosas, aportando infinidad de ejemplos tomados de su rica experiencia, de tal manera que la escuchaban encantadas, como si oyeran un cuento maravilloso.

La incapacidad y corrupción de los venales gobernantes

feudales, sus traiciones a la Patria, la avaricia sin límites de los terratenientes, la represión brutal de los invasores japoneses y las acciones de la lucha de masas, como el Levantamiento Popular del Primero de Marzo a que se refería Kang Ban Sok, eran historia y realidad de Corea. Eran muchas las huellas amargas que habían dejado por los caminos los fugitivos que se trasladaban a Manchuria por haber sido expulsados de la Patria.

—O sea —decían las mujeres—, que la madre de Song Zu es igual que nosotras.

Esto expresaban a menudo las mujeres al escucharla. Hasta entonces habían sentido su afinidad con ella, en la que depositaban toda su confianza. Es imposible equivocarse al aquilatar el alma y el origen social del ser humano. Kang Ban Sok desde pequeña conocía la vida miserable de los pobres y soñaba con erradicar la miseria. Media vida había luchado con su marido para expulsar a los samuráis y conquistar la independencia de la Patria. Por eso sus palabras, rebosantes de sinceridad, calaban hasta lo más hondo del corazón de las mujeres. Su rostro, que irradiaba bondad, y su dulce mirada atraían a la gente explotada y oprimida.

Por iniciativa de Kang Ban Sok, la Asociación de Mujeres Antijaponesas organizaba cada semana discusiones. Esto se hacía también a propuesta de su hijo. El camarada Kim Il Sung estimulaba a los miembros de la Unión Infantil Senal para que aprendieran a hablar a las masas y propuso a su madre que perfeccionara sus dotes oratorias. Subrayaba que en el trabajo político del futuro sería un arma importante saber expresar las ideas. Kang Ban Sok tenía el don de la palabra desde la niñez. Su inteligencia le permitía saber analizar muy bien las cosas, enjuiciar las discusiones y expresar con precisión sus ideas. La lógica era su arma. Mas para perfeccionar tal arte era necesario ejercitarse. Por eso Kang Ban Sok escuchaba siempre con gran atención a su hijo cuando hablaba en público y adoptaba su método.

Al organizar las discusiones, la Asociación de Mujeres Antijaponesas se planteaba como objetivo enseñar a las mujeres a expresar sus puntos de vista y a hablar en público. Esas discusiones fueron una buena escuela para aquellas mujeres que no conocían más que la cocina y que sólo sabían una cosa: ser sumisas a los padres y maridos, y también para aquellas mujeres que tenían algo que decir, pero se avergonzaban de expresar sus ideas.

En la primera discusión nadie se atrevió a levantarse. Todas se miraban de reojo unas a otras y, al enfrentarse con la mirada de Kang Ban Sok, agachaban la cabeza.

—Aquí todas somos de la familia, miembros iguales de la Asociación y no hay por qué avergonzarse —las alentaba—. Hablad de lo que queráis. De vuestra vida. Animos.

Al verse apoyada, por fin se levantó una mujer. Su decisión suscitó un aplauso general.

—Me llamo Kim Ok Rim.

No pudo decir nada más que las tres sílabas de su nombre. Se cubrió el ruborizado rostro con las manos y trató de esconderse detrás de la espalda de una amiga. Todas se echaron a reir. Kang Ban Sok la alabó.

—¡Estupendo! Se ha levantado y nos ha dicho su nombre. ¿Acaso esto no es motivo de orgullo? Antes ni teníamos nombre y ahora lo pronunciamos con dignidad. ¿No es esto un progreso? En ese caso, que alguna más pruebe a pronunciar su nombre.

Se levantó otra mujer. ¿Por qué no decir el nombre, si aun por ello te alaban?

—Me llamo Bak Jua Sil. Es mi nombre nuevo; antes no tenía. No estaría mal conquistar ahora nuestros derechos de mujer...

Dijo la frase de una tirada y se detuvo. Le faltó el ánimo. Por fin se lanzó hacia la salida, toda ruborizada. Pronto apareció con los ojos llorosos. Le había sido imposible contener el llanto.

—¿Para qué llorar? —consoló Kang Ban Sok a aquella mujer—. Nos vamos a entrenar un poco y todo marchará bien.

Kang Ban Sok las encomiaba por tener la audacia de levantarse por primera vez.

Así las estimuló a que fueran hablando por turno todas las mujeres reunidas. Con gran dificultad decían igual que la primera dos o tres palabras, se tapaban desconcertadas el rostro con las manos y se sentaban de repente. Pese a eso, Kang Ban Sok consideraba que la primera reunión había transcurrido con éxito.

Señaló que el hecho mismo de que se hubieran reunido y discutido era ya un éxito y pasó a hablar de la cuestión de la propia discusión.

—No hay que creer que hablar en público sea algo difícil. Yo también lo creía así hasta que oí hablar a nuestro Song Zu. Esto no es tan difícil. Basta con que se manifieste lo que se piensa. ¿Es que no tenemos nada que decir? Una quiere decir

muchas cosas. Y hay que decirlas. Y para esto no se necesita formalidad. Lo que se dice tiene que tener sentido. Eso es lo principal. Si no es así, aunque hablen bien y digan cosas muy bonitas, en realidad no dirás nada. ¡Con qué finura y belleza hablan los predicadores en la iglesia! Sólo hablan del paraíso celestial, en el que no han estado nunca, y por eso al oir tales sermones te sientes engañada. Y eso ocurre porque esos sermones son mera palabrería. Las palabras verídicas surgen de nuestra vida. Así es. Todos nosotros somos personas que tenemos que vivir bien. Todo el que trabaja debe vivir decorosamente. ¿Por qué vivimos mal, expulsados en estos lejanos parajes manchúes? La suerte aquí no tiene que ver nada. El mundo es malvado. Esa es la cuestión. Los culpables son los miserables japoneses y los terratenientes. Hay que luchar contra ellos. Si tomas conciencia de esto, podrás hablar todo lo que quieras de lo que has visto y has sufrido. Y serán palabras justas, dichas con sentido, que darán brotes. Y querrás hablar de muchas cosas. Pero si pensáis de tal manera que no pueden cambiar las cosas, entonces se cierra la boca y no habrá nada que decir. Si ves algo, está bien; y si no ves nada, da lo mismo. De ese modo la gente se convierte en inválidos desde el punto de vista moral.

Las afiliadas a la Asociación de Mujeres Antijaponesas asimilaron rápidamente la facilidad de hablar en público. Como les aconsejaba Kang Ban Sok, empezaron a sacar temas de sus mismas vidas. Para las intervenciones había muchas cosas de las que querían hablar. Además, cuando se propusieron reclamar derechos, todo lo que les rodeaba era contradictorio y embrollado. Y esto pasó a ser el blanco de sus críticas.

Las discusiones fueron adquiriendo un tono más agudo e iban siendo más argumentadas. Y creció el interés por ellas. Se pronunciaban conferencias una vez a la semana, pero más tarde, tuvieron lugar con más frecuencia los debates después de los cursillos, que muchas veces, sin que se dieran cuenta, duraban hasta bien entrada la noche. La fogosa juventud se pasaba a veces de la raya.

A menudo había que excusarse ante los viejos dueños de la casa. Una vez un marido cerró la puerta y no quería dejar entrar a su mujer, que se había demorado.

Y esta afiliada a la Asociación de Mujeres, con lágrimas en los ojos, se quejó a Kang Ban Sok de su marido.

En la siguiente reunión, Kang Ban Sok planteó esta cuestión para que fuera discutida.

"¿Cómo hay que educar a la familia?".

Este fue el tema de la discusión. En sus intervenciones, las afiliadas a la Asociación se quejaron del conservadurismo de sus padres y maridos. El examen de esta cuestión amenazaba con llegar a la conclusión siguiente: la revolucionarización de las familias era un problema a resolver en un futuro lejano.

Comprendiendo la trascendencia de la cuestión, Kang Ban Sok temía que la revolución fuera motivo de discordias familiares.

—La revolución es una buena cosa —dijo apasionadamente—. Queremos recuperar nuestro país, las mujeres conquistarán sus derechos y viviremos felices. Entonces, como lo deseamos todas, los padres y los maridos se sentirán bien. Pero si no lo comprenden y se encierran en sus casas, nos amenazará una gran desgracia. ¿Está claro? Pues nosotras no podemos vivir como ermitañas.

Kang Ban Sok echó una mirada a las afiliadas a la Asociación. Le dolía que hubiese gente que no apoyara esta buena labor. Las mujeres, pensativas, agacharon la cabeza.

—Pensemos ahora de otra manera. Una buena obra siempre es aprobada por la gente. Como no ha sido así, figurémonos que no son ellos los culpables, sino nosotras mismas. He oído decir que en los últimos tiempos, después de haber sido fundada la Asociación de Mujeres, en ellas ha surgido una nueva costumbre: la de oponerse por cualquier cosa a sus padres o maridos.

Me siento avergonzada. Eso es una mala costumbre. A los padres hay que respetarlos. Y si se muestran testarudos, hay que convencerlos con tranquilidad, pero vosotras, por lo visto, en lugar de hacer eso regañáis con ellos. Si vuestras razones no tienen fuerza, haced las faenas de la casa mejor que antes de la fundación de la Asociación de Mujeres. Levantaos a las cinco si antes os levantabais a las seis; lavad la vajilla dos veces si antes la lavabais una vez, limpiad mejor la casa y tratad de complacer al marido. Entonces los suegros encomiarán a sus nueras y los padres a sus hijas y dirán que desde que empezasteis a frecuentar la Asociación habéis cambiado mucho.

En primer lugar hay que respetar a los padres. Esto se deriva de la ética que cada mujer coreana debe observar. El menospreciar a los padres no es digno de la mujer coreana. Al respetar a los ancianos y acceder a sus pequeños caprichos, hay que saber ver lo esencial. Ser bruscas con ellos en la conversación, comportarse con soberbia, considerando que todos son inferiores a ti, sólo porque te han abierto un poco los ojos, no es digno de elogio. De ese modo tendrán mal concepto de nosotras aunque hablemos muy bien y hagamos una buena labor. Cuanto más madura el trigo, tanto más se inclina hacia el suelo. Eso debemos hacer nosotras: cuanto más sepamos, tanto más modestas debemos ser...

Kang Ban Sok había vivido con sus suegros en Mankiongde y, al formar a la nuera más joven, jamás había chocado con los ancianos. Incluso cuando la regañaban por culpa de su cuñada, Kang Ban Sok siempre fue condescendiente con ellos. De ese modo se ganó la confianza de los suegros y no se sintió una persona extraña en la familia.

Con su cuñada incluso cantaba canciones en la cocina, lo que en aquellos tiempos era considerado como un atrevimiento. Pero ella cantaba. Todo depende de cómo es la persona.

A iniciativa de Kang Ban Sok se promovió una campaña por realizar las tareas de la casa de la mejor manera posible. Se averiguó si entre las afiliadas a la Asociación había alguna que descuidaba la ropa de los padres y del marido y si los hijos iban mal vestidos. La campaña resultó ser eficiente. Las mujeres no podían ocultarse las cosas unas a otras. Se criticaban porque sus familias eran menos pulcras, porque no tenían relucientes los peroles en la cocina.

Había algunas que no soportaban las críticas y se echaban a llorar. Pero no se limitaba todo a las críticas. Si era necesario, las afiliadas a la Asociación de Mujeres se prestaban ayuda mutua. Kang Ban Sok era ejemplo para todas.

Los ancianos se sentían satisfechos.

—Desde que la mujer de la enfermería fundó la Asociación de Mujeres, nuestra nuera parece otra.

Llamaban "mujer de la enfermería" a Kang Ban Sok. Su acertada gestión de los asuntos de la Asociación de Mujeres suscitaba la aprobación de la gente, y ante todo de los ancianos.

Y esto se debía al exitoso trabajo de la Asociación de Mujeres. Se habían creado las condiciones para que las mujeres realizaran libremente trabajo social.

En las actuaciones de la Unión Infantil Senal empezaron a participar las afiliadas a la Asociación de Mujeres.

En aquellos tiempos, en la zona de Fusung se fue caldeando el ambiente antijaponés.

El camarada Kim Il Sung organizó el conjunto artístico de

la Unión Infantil Senal y salió de gira con él por las aldeas próximas. Detrás salieron las afiliadas más jóvenes de la Asociación de Mujeres.

Los muchachos marchaban al son de trompetas y tambores. El viento agitaba sus rojos pañuelos anudados al cuello. ¡Qué hermoso espectáculo! Movían rítmicamente las porras en las manos, lo que hacían recordar los ejercicios gimnásticos.

Las trompetas resonaban desde lejos, y en las aldeas coreanas, la gente vestida de blanco salía a la calle.

Los primeros que aparecían eran siempre los niños. Caminaban al lado de los pioneros, tratando de marcar el paso.

El camarada Kim Il Sung los miraba y les decía:

—Venga, muchachos, ingresad en la Unión Infantil y aprenderéis a marcar bien el paso.

El conjunto iba de una aldea coreana a otra, seguido constantemente de una pandilla de chiquillos, más numerosos que los componentes del conjunto.

En todas partes los recibían cordialmente. A pesar de que se oponía el camarada Kim Il Sung, la gente organizaba ese día una fiesta.

Después de la cena, en un espacioso patio ardía una hoguera que alumbraba el terreno circundante. Abundaba la leña, pues tras la aldea empezaba la selva virgen. Iluminaban el escenario con astillas que tenían mucha resina. Montaban la escena con cajones. En otras aldeas los entusiastas la construían con troncos y así resultaba un sotabanco.

El concierto empezaba con el coro, que cantaba una canción revolucionaria. El repertorio era de lo más variado: cantantes solistas, interpretaciones musicales para un solo instrumento o para un conjunto, danzas y hasta obras de teatro en un acto.

Las canciones revolucionarias compuestas por el camarada Kim Il Sung se referían a la vida de los coreanos que se hallaban en el exilio y llegaban al alma de los espectadores. Al escucharlas lloraban, sintiendo que su corazón rebosaba odio. Las viriles danzas enfervorizaban a los espectadores. El programa subyugaba a todos por su enorme tensión anímica.

La obra en un acto representada por el conjunto trataba de la vida de los pobres. La esencia de la tragedia consistía en que un niño de una familia pobre vendía agujas, y los hijos de un ricachón le dieron una brutal paliza y le quitaron las agujas. Durante la representación de esta obra lloraban los espectadores.

Pobre niño, no llores.
Nosotros, estrechamente unidos
¡Nos alzaremos en la revolución!

Cuando todos los presentes se hallaban afligidos por lo que habían contemplado, salió al escenario una afiliada a la Asociación de Mujeres.

—Queridos compatriotas —su voz resonó muy fuerte.

Todos pusieron la mirada en la joven que se había presentado en el escenario.

Era asombroso el hecho de que pronunciara un discurso, lo que no había hecho nunca. Dijo palabras pletóricas de ira y pasión.

—¿Por qué hemos dejado nuestra Patria con sus hermosas montañas y ríos cristalinos? ¿Por qué tenemos que vivir miseramente, derramar lágrimas y sufrir humillaciones en lejanas tierras extrañas?

Para los exiliados, las palabras "compatriotas" y "tierras extrañas" tenían fuerza extraordinaria. Tanto la oradora como los espectadores estaban muy emocionados y experimentaban un sentimiento común.

—¿Quién nos ha arrojado aquí? ¡Los odiosos japoneses! Los capitalistas y los terratenientes. Pronto hará diez años que llegué a Manchuria, sentada en los trastos míseros que traían mis padres. De esto podrían estar hablando toda la noche y no terminaría. Todos los que están presentes conocen este triste destino, todos saben muy bien lo que son los sufrimientos y las injusticias. Creíamos que aquí se podría vivir como personas, pero resulta que también en estas tierras hay terratenientes. Y hasta aquí están llegando los malvados japoneses.

Todo su discurso se refirió al camino de cara a un futuro luminoso, en aras del cual el pueblo trabajador debía aunar sus esfuerzos para derrotar a los odiosos japoneses y a los terratenientes.

Después del largo concierto, el conjunto regresó a sus casas, pero los vecinos de la aldea permanecieron durante mucho tiempo bajo la influencia de la actuación del conjunto.

Kang Ban Sok andaba también por los poblados repartiendo a veces números del periódico "Senal". El periódico se imprimía en una multicopista que tenía el camarada Kim Il Sung en casa.

En el periódico se incertaban artículos de carácter educativo que ayudaban a las masas a asimilar la concepción revolucionaria del mundo, artículos sobre los últimos acontecimientos, crítica y noticias. El periódico se difundía ampliamente no sólo en Fusung, sino también en las aldeas vecinas. La responsable de la distribución era Kang Ban Sok. Al principio esta labor la realizaban los miembros de la Unión Infantil pero cuando los artículos empezaron a tomar un cariz político más agudo, a fin de evitar la vigilancia de los funcionarios chinos, se encargó de la difusión del diario a Kang Ban Sok.

Era conveniente encargar a Kang Ban Sok la distribución del periódico y la recogida de informaciones sobre él, de impresiones acerca de los conciertos del conjunto y de noticias de la vida en las aldeas.

Además, en Wanlijo, Taing y otras aldeas próximas a Fusung, Kang Ban Sok fundó filiales de la Asociación de Mujeres, a las que visitaba a menudo y, al mismo tiempo, ayudaba a la Unión Infantil Senal.

Podríamos decir que Kang Ban Sok era una labradora que cuidaba de los cultivos, para que las semillas de la revolución sembradas por el conjunto artístico no se secaran y dieran buenos brotes.

En Fusung y a unos doscientos *ri* alrededor, en todas las aldeas y pueblos tenía lugar la revolucionarización de la población, y no había un lugar donde no se cantasen canciones revolucionarias, cuyo número superaba a la centena. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes las cantaban en todas partes: en el campo al arrancar las malas hierbas, en las bodas, a las que acudían muchos invitados, y hasta junto a las hogueras que encendían para espantar a los mosquitos. Se consideraba oprobioso no saber cantar canciones revolucionarias.

4

Kang Ban Sok debía a toda costa satisfacer el deseo del camarada Kim Il Sung: ir a estudiar a Kilin. El hijo la tranquilizaba diciendo que él estaba dispuesto a ganar lo suficiente para la comida y para costearse los estudios. Eso creía él, pero

su madre pensaba de otra manera. Fue ella la que hubo de buscar dinero para el viaje y para pagar los estudios.

Ganaba dinero cosiendo y lavando día y noche, economizando cada centavo, y, a veces, sin probar bocado. En enero de 1927 el camarada Kim Il Sung salió para Kilin.

Este quería dejar a la madre una parte del dinero, pero la madre, inspirada por sus sentimientos maternales, no quiso aceptarlo.

—Llévatelo todo. Vete y estudia con aprovechamiento.

El camarada Kim Il Sung se calló, ya que entrar con ella en discusiones en casos como ése era inútil.

—Lo gastaré con cuidado. Mientras no te escriba, no me mandes más. No estaría mal que prosiguieras tu labor en la Asociación de Mujeres.

—Cómo la voy a dejar. Te mando a estudiar para hacer labor revolucionaria e independizar al país. Pero me quedo algo intranquila. Hasta ahora todo marchaba bien gracias a tu ayuda. Y debemos continuar; así nos lo encomendó tu padre.

—Mamá, ten cuidado y sobre todo con la gente desconocida.

Kang Ban Sok se sonrió. Su hijo repetía exactamente las palabras de su padre.

El periódico "Senal" seguía desenmascarando y poniendo en la picota a los reaccionarios, sin que dejara de realizar trabajo educativo revolucionario. Y los reaccionarios no podían levantar la cabeza.

En un artículo titulado "Vuelve pronto la cabeza. O te meterás en un atolladero", el periódico le hacía advertencias al dueño de un hotel. Asustado por el artículo, no sabía dónde meterse. ¿Qué haría ese hombre después de que se fuera el camarada Kim Il Sung? En Fusung extendían sus tentáculos los agentes japoneses, y los funcionarios chinos intensificaban la represión contra los comunistas.

—Así me decía tu padre. Yo debo andar con pies de plomo, y tú debes hacer lo mismo. Al que hace algo le pasan estas cosas, pero no vamos a dejar de hacerlas por eso. Esto también lo decía tu padre.

El camarada Kim Il Sung salió para Kilin, que era capital de provincia, antigua ciudad situada junto al río Sungari; centro político, económico, cultural y docente de la provincia de Kilin, así como importante nudo ferroviario. Allí tenía su residencia en aquellos tiempos la camarilla reaccionaria militar de Chang Chiu-siang.

En aquel período, en la provincia de Kilin vivían muchos coreanos. La ciudad de Kilin, que era el centro administrativo de la provincia, era al mismo tiempo el centro de la actividad de los miembros del llamado movimiento "comunista" coreano y del movimiento nacionalista burgués en Manchuria.

Allí se habían reunido muchos emigrados políticos y jóvenes estudiantes de Corea, sin hablar ya de China.

Kilin era el lugar de concentración y la base principal de los "líderes" del nacionalismo. Allí sostuvieron largas negociaciones para fusionar a las fracciones "Zong-ibu", "Chamibu" y "Sinminbu", que actuaban en la segunda mitad de los años 20, y eran las principales fuerzas del movimiento nacionalista burgués en Manchuria.

Kilin no era solamente un centro político, económico y cultural para la camarilla militar manchú, sino también el centro de la actividad política de los nacionalistas coreanos y de los llamados "comunistas" de aquella época.

Por aquel entonces los fraccionalistas de las filas comunistas, como las agrupaciones M-L, Juayo, Sosang y otras, se peleaban en el Nordeste de China, al igual que en Corea, por extender sus posiciones predominantes.

Tanto el movimiento comunista como el nacionalista estaban escindidos, y en su seno se libraban lamentables batallas campales, se injuriaban unos a otros, tramaban sucias intrigas y recurrían a la perfidia.

El que sufría las consecuencias era, por supuesto, el movimiento revolucionario de Corea. ¿Quién sacaría de la crisis al movimiento e iluminaría el camino a la revolución coreana?

La situación exigía imperativamente la aparición en la palestra revolucionaria de un gran dirigente.

En este complicado período, en que el camarada Kim Il Sung estudiaba tesoneramente el marxismo-leninismo y con fogosidad juvenil estaba dispuesto a consagrar su vida a la revolución coreana, dejó a su madre y se fue a Kilin. Kang Ban Sok lo despidió satisfecha.

Después de la partida del hijo, la madre continuó dirigiendo la Asociación de Mujeres. Causaba inquietud el empeoramiento de su estado de salud. La angina de pecho contraída en Mankiongde, seguía progresando, y a menudo no dormía por la noche ni se alimentaba como era debido, pero trabajaba en aras de la independencia de la Patria y de la emancipación de las mujeres. La grave dolencia consumía sus energías.

Los conocidos le decían que descansase, pero ella contestaba siempre lo mismo:

—¿Qué importa mi enfermedad cuando el infortunio marchita a la Patria? Además, trabajando te olvidas de que estás enferma, y a todo llegará su hora.

Sólo su voluntad de acero le infundía fuerzas y la sostenía tanto espiritual como físicamente para poner en práctica el gran proyecto que no pudo realizar su marido y por el que seguía luchando su hijo.

Bajo la dirección de Kang Ban Sok seguía desarrollando sus labores la Asociación de Mujeres. Fueron organizadas filiales en casi todos los suburbios de Fusung y en aldeas coreanas.

El camarada Kim Il Sung ingresó en la Escuela Media Iwon; iba a casa durante las vacaciones de verano e invierno, prestaba a su madre una gran ayuda y le daba los consejos necesarios relativos a su trabajo. Cada vez que llegaba a casa advertía que se incrementaba su fervor revolucionario y era más certero su punto de vista sobre la revolución.

Kang Ban Sok se persuadía cada vez más de la clarividencia de su marido al encomendarle que por encima de todo diera instrucción media al hijo. La madre presentía que su hijo no sólo sería el continuador de la obra de su padre, sino que la desarrollaría aún más.

Siempre que recibía carta de su hijo anunciándole el viaje, Kang Ban Sok mandaba a Chol Zu a pescar al río Sungari. Y éste secaba el pescado.

Cuando llegaba el camarada Kim Il Sung, siempre había en casa varias decenas de pescados secos. Si se sale por la puerta de Fusung, se pasa el Sungari y se asciende al monte Wangugang, se contempla hasta perderse en el horizonte la carretera de Mongziang. La madre mandaba a Chol Zu y a Yong Zu que salieran a esperar a su hermano. A veces iba ella. Esperaba con impaciencia al hijo y salía corriendo a su encuentro en cuanto lo divisaba, vestido con el uniforme de estudiante.

La madre se transfiguraba cuando estaba en casa el camarada Kim Il Sung. Y se alegraba de que en los pocos días que él estaba en casa progresara rápidamente el trabajo de la Unión Infantil y de la Asociación de Mujeres.

Cuando iba de vacaciones, el camarada Kim Il Sung estaba muy poco tiempo en la casa; se marchaba no se sabe dónde sin decírselo incluso a su madre. A veces, durante sus estudios

se presentaba un momento en casa. La madre sabía que, aparte de los estudios, tenía asuntos muy importantes.

En la primavera del año 1928 fue sin aviso alguno a pasar unos días en casa.

Una noche se había convocado una reunión de la Asociación de Mujeres Antijaponesas. Kang Ban Sok puso la cena a sus tres hijos y se dispuso a salir.

—Mamá, ¿puedo ir contigo?

—¿Dispones de tiempo para ello?

En Fusung el camarada Kim Il Sung se encontraba muy pocas veces en casa. Por su carácter no permanecía en un lugar y siempre tenía prisa por ir a alguna parte.

—Para eso se busca tiempo. He oído decir que ha crecido mucho el número de afiliadas a la Asociación.

—Pues sí, durante tu ausencia ha crecido algo.

—Has trabajado mucho, mamá, durante este tiempo. Por eso quisiera echar un vistazo.

Cuando Kang Ban Sok se presentó con su hijo en la reunión, ya se encontraban allí bastantes afiliadas. Se alegraron al ver al camarada Kim Il Sung, que vestía el uniforme negro de estudiante. Todas las caras le eran conocidas.

Para no infringir el orden existente, Kang Ban Sok puso a votación la presencia de su hijo.

—Mi hijo quiere asistir a nuestra reunión y ha venido conmigo. ¿Alguien está en contra?

Acordaron unánimemente que se quedara.

La reunión se desarrolló en un ambiente tenso.

El camarada Kim Il Sung escuchó con mucha atención las intervenciones. Después del discurso de clausura de Kang Ban Sok, el camarada Kim Il Sung expuso sus impresiones a las reunidas.

—Prosperan ustedes de manera sorprendente.

Felicitó a las mujeres por sus progresos y después pronunció un discurso, en el que en forma comprensible para aquellas mujeres dijo que para liberarse enteramente de la explotación, la opresión y las humillaciones, las mujeres coreanas debían expulsar a los imperialistas japoneses y conseguir el renacimiento de la Patria. Como material real puso ejemplos de la vida en el distrito de Fusung. Al generalizar y analizar los ejemplos, los hechos corrientes de cada día adquirieron una importancia singular para las afiliadas, y las cosas que les parecían complicadas se hacían más comprensibles y claras. Todo esto atrajo la

atención de las militantes de la Asociación, que escucharon con satisfacción durante largo rato al camarada Kim Il Sung.

Tenía éste entonces dieciséis años. A pesar de su juventud poseía una gran clarividencia y se había trazado un magno plan para liberar a la Patria. Y de esto se dieron cuenta las afiliadas a la Asociación de Mujeres que asistían a la reunión. El discurso lógico y comprensible, que había brindado amplias perspectivas a las mujeres, impresionó fuertemente a Kang Ban Sok.

Y ese sentimiento lo experimentaba siempre la madre cuando hablaba con el hijo en casa. Kang Ban Sok veía a su hijo de manera distinta a como lo veía en casa.

El camarada Kim Il Sung propuso en vista del crecimiento de la Asociación reforzar la organización y aconsejó elegir dos responsables para el trabajo de organización y de propaganda, adjuntas a la Presidenta, bajo cuya dirección se encontraban antes las dirigentes de los grupos. De acuerdo con tal propuesta fue reorganizada la Asociación. Kang Ban Sok siguió siendo la Presidenta y fueron elegidas dos responsables para el trabajo de organización y propaganda, subordinadas directamente a ella.

Aquella noche, Kang Ban Sok escuchó a su hijo sintiendo una gran confianza en él.

Su rostro irradiaba bondad, experimentando un sentimiento infinitamente sublime, al escuchar atentamente al hijo, y ahondando profundamente en lo dicho por él, que indicaba con toda claridad el camino por el que debía marchar Corea y expresaba las ansias fervientes de liberar el país y construir una nueva sociedad.

—¿Tienes algo que decir, mamá? —le preguntó con toda amabilidad—. Si en mis palabras ha habido alguna omisión o incomprensión, que pregunten y les contestaremos los dos.

Como si despertara de un sueño, Kang Ban Sok miró cariñosamente a su hijo.

—Yo, personalmente, no tengo nada que objetar —dijo, y miró a las asistentes.

Días y noches soñaba sólo con ver a su hijo hecho un auténtico hijo de la Patria, que tomara en sus manos los destinos del país y llevara a sus compatriotas por un justo camino. Esta era la voluntad de su padre, que decía: sé hijo no sólo de tus padres, sino de la Patria y del pueblo. Veía a su hijo tal como deseó verle su padre, iluminando el camino de la revolución y encabezando firmemente al nutrido destacamento de la juventud. ¡Qué inmen-

sa era su alegría! Estaba silenciosa como si temiera desvanecer esta enorme alegría.

Si eso fuera amor maternal, sería un amor que sólo podría experimentar la madre más feliz del mundo, y si eso fuera orgullo, sólo podría ser el orgullo que puede experimentar una verdadera revolucionaria.

Después de la reunión, en el camino de regreso a casa, el camarada Kim Il Sung felicitó a su madre por los éxitos conseguidos en las labores de la Asociación.

—En realidad el progreso de las mujeres es muy grande. Parece que fue ayer cuando les pusiste nombre y aprendieron a escribirlo con dificultad. ¡Es un progreso increíble! Mamá, eres formidable, has hecho una gran labor revolucionaria.

—Yo no considero que esto sea una gran labor revolucionaria —discrepó la madre—. Me satisface saber que a ti te alegra. Antes tu padre me elogiaba a veces por llevar bien el gobierno de la casa y ahora tú me elogias por mi trabajo revolucionario. Mas, ¿será útil esto para la revolución? Recuerdo unas palabras de tu padre: "Querida, debes ocuparte más de las labores revolucionarias".

Kang Ban Sok consideraba siempre el trabajo realizado por su difunto marido como muy grande e importante, mientras que el que hacía ella en aras de la revolución le parecía insignificante. Esto asombraba al camarada Kim Il Sung.

—¿Cómo puedes decir, mamá, que tu trabajo es insignificante? Esto es hacer revolución, una gran revolución. Despertar la conciencia de las mujeres coreanas, ¿acaso no es eso un gran trabajo revolucionario?

—Para ti todo lo que hace tu madre está bien hecho.

—¿Por qué? Tú también haces algunas cosas que no están bien. Por ejemplo, ¿por qué te esfuerzas tanto para mandarme dinero? Yo te dije que no hacía falta que lo mandaras, y por eso no debías mandarlo. ¿Por qué no me crees, mamá?

En efecto, sucedía así. Economizaba dinero para mandarle a su hijo todos los meses lo que podía.

—¿Acaso no has gastado ese dinero?

—Puesto que llega el dinero, no hay más remedio que gastarlo —contestó, riendo alegremente.

—¿Lo ves? Los hombres siempre deben llevar dinero en el bolsillo, pues no saben cuándo les va a hacer falta.

En otra ocasión cuando pasó unos días en Fusung el camarada Kim Il Sung se ponía al corriente del trabajo de ilustración y de otras actividades de la Asociación de Mujeres y la Unión Infantil Senal dirigidas por la madre, de la situación política en Fusung y de la preparación ideológica de la población más progresista, y le daba a su madre a conocer su plan para crear una nueva organización.

—Ahora ya comprendes por qué dejé la Escuela Juasong. Tú me conoces aún mejor que me conozco yo. Entonces te expuse en rasgos generales algo de mis planes, pero como estaba estudiando todavía la cuestión, no podía decírtelo todo. Sin embargo, en Kilin he aprendido mucho leyendo, he visto muchas cosas y he reflexionado mucho. También he participado en la lucha.

La explicación fue breve. Era aquél un período en que estaba culminando la formación de su concepción marxista-leninista; era un período en el que el camarada Kim Il Sung, aplicando esta doctrina a la realidad coreana, empezó a trazar la vía creadora de la revolución coreana; era el período en que elaboró la idea Zuche y se convirtió en el heraldo de la aurora de la revolución coreana.

El proceso era complicado y pletórico de luchas.

En Kilin se entrevistaba con mucha gente. Por lo general, los alumnos coreanos eran, en su mayor parte, hijos de los "líderes" del Ejército Independentista; por eso tenía muchas relaciones con ellos y visitaba sus casas. La mayoría de los nacionalistas coreanos respetaban a Kim Jiong Zik, por lo que el camarada Kim Il Sung podía visitarlos libremente y observar la vida que llevaban.

Como organizador y dirigente del movimiento comunista juvenil, trataba con muchas personas: coreanos, chinos, nacionalistas, comunistas, fraccionalistas y otros. Conocía detalladamente sus puntos de vista y hasta las características de sus actividades.

En la primavera de 1927 ingresó en la Escuela Media Iwon en Kilin y se dedicó a estudiar a los clásicos del marxismo-leninismo. Los amigos del padre y los profesores progresistas le proporcionaban esos libros. Además, como fue elegido encargado de la biblioteca de la escuela, esto le permitió leer aún más y estudiar el marxismo-leninismo. En concepto de práctica, organizó y dirigió en esta escuela la sociedad de lectores. Al mantener, además, contacto permanente con los jóvenes y estudiantes progresistas, empezó a ejercer en ellos influencia revolucionaria y a cohesionarlos poco a poco.

En 1927 creó y dirigió organizaciones legales e ilegales, como la Asociación de Niños Coreanos de Kilin, la Asociación de Estudiantes Coreanos Cursantes en Kilin, la Unión de la Juventud Antimperialista, la Unión de la Juventud Comunista de Corea y otras.

La Asociación de Niños Coreanos de Kilin la fundó basándose en la experiencia acumulada al crear la Unión Infantil Senal en Fusung. La nueva Asociación formaba a los adolescentes en un espíritu antijaponés y poco a poco les imbuía la conciencia de clase.

La Asociación de Estudiantes Coreanos Cursantes en Kilin agrupaba a la mayoría de los alumnos coreanos que aprendían en las diversas escuelas de Kilin. Su composición era muy abigarrada: el grupo de alumnos que seguían la línea nacionalista, el de los que se sentían atraídos por el comunismo, etc., y cada uno mantenía su posición ideológica exclusiva. En realidad se trataba de una organización legal patrocinada por los nacionalistas, que depositaban grandes esperanzas en el camarada Kim Il Sung y se proponían utilizar la organización para fines propios. Pero el camarada Kim Il Sung se había planteado convertir esta Asociación en una organización estudiantil que tendiera al comunismo.

Gracias a la buena dirección de la Asociación de Niños y de la Asociación de Estudiantes, el camarada Kim Il Sung se hizo muy popular. Mantenía contacto con jóvenes de diversas convicciones ideológicas, llegados de Corea, Manchuria, el Japón y la Unión Soviética, y los dirigía.

Además, cambió el nombre de la "T.D." por el de la Unión de la Juventud Antimperialista, conforme a exigencias reales del momento. La consigna combativa de esta Unión era la siguiente: "Nuestra meta es derrotar a todos los imperialismos e implantar en el mundo el comunismo".

En la primera etapa de su actividad, el camarada Kim Il Sung amplió la organización de la Unión en las escuelas de la ciudad y de las aldeas próximas. Envió a miembros de la Unión a trabajar como maestros a la aldea Siniantun, cercana a Kilin, y creó allí el centro dirigente. En poco tiempo logró que todos los vecinos de la aldea se revolucionarizaran.

Basándose en esta experiencia, seleccionó a los mejores militantes de la Unión y los envió de maestros a escuelas de muchas aldeas, como por ejemplo Kalun, en el distrito de Changchun. A estos maestros les encomendaba la misión de desplegar

en aquellas zonas la labor de organización y de propaganda. Los sábados y los domingos, el camarada Kim Il Sung visitaba esas aldeas, daba conferencias y realizaba trabajo de organización.

De este modo, bajo su dirección, la Unión de la Juventud Antimperialista desplegaba entre la juventud diversas formas de propaganda antimperialista y antijaponesa; abrió escuelas diurnas y nocturnas en ciudades y aldeas, daba conferencias, publicaba materiales propagandísticos, organizaba espectáculos, enseñaba canciones revolucionarias, y así incorporaba a las masas a la organización.

En el verano de 1927, el camarada Kim Il Sung fundó la Unión de la Juventud Comunista de Corea. La organización la componían los activistas-núcleos de la Unión de la Juventud Antimperialista. Además realizó grandes esfuerzos para organizar, apoyándose en los miembros de la Unión, el estudio del marxismo-leninismo y ampliar la Juventud Comunista.

En la escuela media creó la Sociedad de Lectores, a la que incorporó a los miembros de la Juventud Comunista y a alumnos de ideas progresistas, y dirigía sus estudios. Así pues, acrecentó las filas de la Juventud Comunista, llevando a ella a los mejores jóvenes de la Unión de la Juventud Antimperialista y de la Sociedad de Lectores.

Como resultado de este trabajo se crearon filiales de la Juventud Comunista en todas las escuelas de Kilin y organizaciones de base de las aldeas cercanas.

En aquellos tiempos iba a Fusung con misiones relacionadas con la organización de la Juventud Comunista.

Realizaba un enorme trabajo que iba rindiendo magníficos frutos: ardía la llama de la revolución coreana encendida por el camarada Kim Il Sung. Llegaba la aurora de la revolución coreana.

Mientras que los miembros del movimiento nacionalista no podían lograr la unidad y se enfrentaban entre sí, y los llamados comunistas, dispersos en grupitos, se peleaban e intrigaban, el camarada Kim Il Sung marchaba con paso seguro por la vía verdaderamente marxista-leninista y, dirigiendo la Unión de la Juventud Antimperialista y el movimiento de masas, se ganaba plenamente confianza de los patriotas y de las personas progresistas en las zonas respectivas.

En un ambiente de aguda lucha teórica y práctica se iba estructurando y ampliando la Juventud Comunista, que se robustecía y adquiría madurez en cruenta lucha contra los propó-

sitos agresivos de los imperialistas japoneses y contra los militarotes reaccionarios chinos.

Esta actividad revolucionaria del camarada Kim Il Sung no era dirigida por ninguna personalidad progresista o revolucionaria de la generación adulta, sino que era la continuación lógica de su línea creadora, trazada por él mismo, que aplicaba de manera independiente. Esta actividad no transcurría en una atmósfera apacible, sino en unas condiciones muy duras, de constantes tempestades y pruebas, en un ambiente de persecuciones por parte de los militarotes chinos y los agentes de los japoneses.

Sus estudios en la escuela de enseñanza media y toda su actividad revolucionaria se desarrollaban en muchos casos con el apoyo moral y material de los amigos de su padre, Kim Jiong Zik, miembros del movimiento nacionalista.

Y a pesar de todo, el camarada Kim Il Sung no se adhirió a los nacionalistas, sino que, tras liberarse de su influencia, se trazó independientemente el camino marxista-leninista. Este proceso fue muy complicado. Había que ser un hombre audaz y resuelto para soportar tantas pruebas difíciles.

Estas cualidades le hicieron abandonar la Escuela Juasong. A medida que estudiaba el marxismo-leninismo en Kilin, su posición independiente adquirió un carácter aún más combativo.

En febrero de 1927 llegó a Kilin, procedente de Shanghai, uno de los que llamaban "líderes" del movimiento nacionalista, An Chang Jo, que pronunció un largo discurso titulado "El futuro del movimiento nacionalista de Corea". Los cabecillas nacionalistas burgueses de Kilin armaron tanto alboroto con este motivo como si hubiera llegado el propio "presidente".

El camarada Kim Il Sung y otros alumnos decidieron ir a escuchar aquel discurso. El contenido del discurso era manida propaganda nacionalista, de la que todos estaban hasta la coronilla. Esto no pudo por menos que hacer aún mayor la decepción que ya había sufrido el camarada Kim Il Sung en Juaten.

Al mandar una nota con unas preguntas que refutaban las tesis del discurso, el camarada Kim Il Sung colocó a An Chang Jo en una situación harto embarazosa y atrajo la atención de los "líderes" nacionalistas que lo consideraban como un "heterodoxo".

Pero no se limitó a eso. Bajo la dirección del camarada

Kim Il Sung se puso en escena ante los "líderes" del nacionalismo, llegados de Manchuria del Norte y del Sur, una obra teatral y unas canciones que ponían al descubierto las infinitas discordias de estos "líderes", lo cual contribuyó a que se unieran tres fracciones.

Al ser derrotada en pugna teórica por el camarada Kim Il Sung, una de las "figuras políticas" del "gobierno provisional con sede en Shanghai" se enfadó tanto que cometió la siguiente grosería: empezó a chillar como un energúmeno en toda la sala: "¡A mí con esas! ¡Ahora verán lo que es bueno! Y comenzó a quitarse la ropa con la intención de salir en cueros a la calle.

El camarada Kim Il Sung se convencía cada vez más de que ni las autodenominadas "figuras políticas" del "gobierno provisional con sede en Shanghai", ni el movimiento nacionalista podrían enfrentarse con los imperialistas japoneses ni lograr la independencia de Corea.

No eran una excepción los que se llamaban a sí mismos líderes comunistas, fraccionalistas de todo género, pertenecientes a grupitos como M-L, Juayo y Sosang, que fundaron en el Nordeste de China el Buró general de Manchuria por el renacimiento del Partido Comunista de Corea.

El camarada Kim Il Sung sabía que esos fraccionalistas no conseguirían la independencia de Corea ni realizarían la revolución coreana. Tanto en Kilin como en otras regiones lo único que hacían era dedicarse a tramar confabulaciones para afianzar su influencia personal. Estos "líderes" de diversos grupos simulaban su fidelidad al comunismo y pronunciaban uno tras otro fogosos discursos, tratando de atraerse con su charlatanería a la juventud.

"¿Debería pasar o no la revolución coreana por la etapa de la revolución democrática burguesa?"

Este era uno de los temas que más trataban en sus discursos. ¿Acaso esto tuviera relación con problemas vitales de tanta importancia como la liberación y la independencia de Corea? El camarada Kim Il Sung criticaba implacablemente esta palabrería huera, que no tenía fundamento alguno.

El conocía muy bien la verdadera esencia de aquellos recalcitrantes fraccionalistas, que habían dividido el movimiento comunista coreano y causado daños incalculables a la revolución coreana. De ello no sólo sacó una seria lección, sino que combatió estas teorías y criterios erróneos.

Además libraba en la Escuela Media Iwon una enérgica lucha contra las acciones violentas de los profesores reaccionarios que se pusieron en contubernio con los militaristas. En octubre y noviembre de 1928 organizó con los estudiantes de Kilin una importante manifestación antijaponesa y el boicot a las mercancías japonesas.

Los imperialistas japoneses, que hacía mucho tiempo se proponían invadir a Manchuria, empezaron en esos años a preparar la invasión a marchas forzadas. En 1928 iniciaron la construcción de la vía férrea Kilin-Jeriong, que estaba llamada a jugar un importante papel en la ejecución de los planes agresivos. Esta vía férrea era la continuación de la línea Kilin-Tunjua.

La Juventud Comunista, dirigida por el camarada Kim Il Sung, organizó una gran manifestación contra la construcción de esta vía férrea, que era necesaria para llevar a cabo la agresión imperialista de los japoneses a Manchuria. Fueron incorporadas a la lucha todas las organizaciones de la Juventud Comunista, la Unión de la Juventud Antimperialista, la Unión de Estudiantes Coreanos Cursantes en Kilin y otras organizaciones, así como todos los alumnos de las escuelas de la ciudad.

Los grupos de manifestantes, organizados por escuelas, marchaban por las calles coreando las consignas: "¡Abajo los agresores japoneses!" "¡Nos oponemos a la construcción del ferrocarril Kilin-Jeriong!".

Estas acciones de los alumnos de Kilin tuvieron lugar casi cada día a lo largo de los meses, en octubre y noviembre. Las manifestaciones fueron en aumento de día en día y arrastraban a la lucha antijaponesa a todos los habitantes de Kilin. La ciudad quedó convertida en un volcán. Los alumnos luchaban contra la represión armada de las camarillas militares del Kuomintang. Sacaron las mercancías de las tiendas de los japoneses y las echaron al río Sungari.

La prolongada lucha de los alumnos de Kilin estimuló al combate a la juventud de ciudades como Harbin y Tientsin, y asestó un golpe demoledor a los imperialistas japoneses y a la venal camarilla militar reaccionaria.

Esta lucha, organizada y dirigida por el camarada Kim Il Sung, reflejó certeramente en sus consignas la situación subjetiva y objetiva de aquellos tiempos y la mentalidad antijaponesa de las masas, incorporó al movimiento revolucionario a los alumnos de todas las escuelas de Kilin y logró viva

resonancia entre la población urbana y los alumnos de otras zonas.

De este modo, después de haber marchado de su casa, el camarada Kim Il Sung avanzó a través de la tempestad de la lucha revolucionaria y obtuvo brillantes éxitos.

Dijo a su madre que para librar mejor la lucha revolucionaria en Fusung había que crear un círculo clandestino para estudiar el marxismo-leninismo a base de la realidad coreana y desplegar una lucha más activa. Le habló a la madre de Marx y de Lenin. Impresionó profundamente a Kang Ban Sok el relato sobre Lenin y su madre.

Kang Ban Sok apoyó la idea de su hijo de organizar un círculo revolucionario clandestino. ¿Acaso podía ser de otra manera cuando había hecho la propuesta su hijo, el camarada Kim Il Sung?

En la casa de Kang Ban Sok se celebró la primera reunión, dirigida por el camarada Kim Il Sung, del círculo revolucionario comunista clandestino. Sus hermanos Chol Zu y Yong Zu montaban la guardia y hacían de enlaces.

El círculo tenía su objetivo, confeccionado a base de las tesis sistematizadas que había propuesto el camarada Kim Il Sung a su madre.

En el círculo tomaron parte las mujeres más activas de la Asociación de Mujeres, encabezadas por Kang Ban Sok, el tío del camarada Kim Il Sung, Kim Jiong Guon, y otros compañeros.

El objetivo fue aprobado unánimemente.

Fueron debatidas las normas, que eran obligatorias para todos los componentes del círculo. En unas circunstancias en que estaban prohibidas las actividades comunistas por la camarilla militarista china, antes que nada había que observar una rigurosa clandestinidad, lo cual comportaba riesgos para la vida. Se acordó celebrar una reunión cada semana en la casa de Kang Ban Sok.

En la primera reunión, cada miembro del círculo hizo una declaración en forma de juramento. Kang Ban Sok dijo lo siguiente:

—Sufrimos la desgracia de ser personas privadas de Patria. ¿Para qué temer por nuestras vidas si arrastramos una vida de esclavos? A una rama sola se la puede quebrar con facilidad, pero no es tan fácil romper un haz. Estamos presentes varias personas, pero si aunamos nuestros esfuerzos, aunque esto

ponga en peligro nuestra vida, lograremos lo que nos planteamos.

Kang Ban Sok ingresó en el círculo revolucionario clandestino.

Los miembros del círculo, que conocían su férrea voluntad, inclinaron la cabeza al oir sus palabras. El camarada Kim Il Sung escuchó a su madre con singular atención. Su decisión le evocaba el legado del padre. La aleccionadora frase de la fortaleza del haz de ramas se la había oído decir de niño muchas veces a su padre. Kang Ban Sok, cumpliendo perseverantemente el legado de su marido de que el hijo cumpliera con lealtad el mandato paterno, repetía con frecuencia las palabras de su marido.

Las ideas revolucionarias por las que habían luchado el padre y la madre pasaron a ser las ideas del camarada Kim Il Sung.

En ello se reflejaban la afinidad y la fidelidad del hijo, que marchaba por el camino de la revolución, a los ideales de los padres. En esto se revelaba el verdadero amor que profesaba la madre a su hijo.

El camino era espinoso y duro, pero mandó intrépidamente a su hijo, al que quería más que a su propia vida, sólo en aras de la Patria y del pueblo.

La madre no sólo encaminaba a sus tiernos hijos en este difícil recorrido, sino que, con una gran fuerza de voluntad, les ayudaba y ella misma seguía por esa escabrosa senda.

Kang Ban Sok era una admirable mujer, la madre de Corea, la madre de un revolucionario y ella misma era revolucionaria.

Kang Ban Sok se mantuvo siempre fiel a la revolución, sin quebrantar el juramento que pronunció aquella noche ante la organización.

5

Un día, el camarada Kim Il Sung consiguió ir un rato a su casa. Aunque en la escuela era período de clases, él, por asuntos de la revolución, viajaba por toda Manchuria. Por eso había ido a Fusung. Cuatro o cinco días antes de llegar él habían ido algunos de sus compañeros y lo esperaban. Los compañeros de

lucha podían ir a cualquier hora y quedarse en casa de Kang Ban Sok como si fuera su propia casa, independientemente de que estuviera en ella o no el camarada Kim Il Sung, al igual que ocurría en vida de Kim Jiong Zik con los miembros del movimiento por la independencia, que visitaban a menudo su casa. Y si se advertía alguna diferencia, ésta consistía en que los que llegaban se sentían allí con toda soltura. Todos ellos llamaban a Kang Ban Sok "nuestra madre".

A veces en casa se reunían diez e incluso más compañeros, que pasaban varios días, y a veces hasta un mes.

Kang Ban Sok los atendía siempre solícitamente, como si fueran sus propios hijos. Les lavaba la ropa y les zurcía los calcetines. Por tarde que fuera, los acogía cordialmente y les hacía cenar. Les daba dinero para el trabajo revolucionario o para el viaje, el dinero que ganaba con tanto trabajo. Cuando se le acababan las provisiones, les hacía tortas de salvado para que tuviesen algo que comer en el camino. Sólo así se sentía tranquila.

Cuando le agradecían de todo corazón tanta solicitud, ella respondía siempre lo mismo:

—A lo mejor esta misma noche mi Song Zu come arroz cocido por otra madre en alguna otra casa. Así que no tenéis por qué pedir disculpas ni agradecérmelo. Y basta, pues la gente podrá creer que me lo decís por decir. Mejor será que procuréis cumplir bien vuestra misión.

Habían llegado los compañeros del camarada Kim Il Sung cuatro o cinco días antes y estaban esperándole. También lo esperaba Kang Ban Sok. Por fin apareció el camarada Kim Il Sung, y en cuanto llegó se llevó a alguna parte a los compañeros que habían estado esperándole. Aquel mismo día fue proclamado en Fusung el estado de emergencia.

No se sabe por qué causa, las autoridades adoptaron medidas más severas que de costumbre. Por las calles patrullaban policías con los fusiles en bandolera, que paraban y cacheaban a los transeúntes.

Como esto había sucedido inmediatamente después de la llegada de su hijo, Kang Ban Sok agudizó la vigilancia por si acaso. Llamó a sus dos hijos menores y les propuso poner en acción la Unión Infantil Senal. Los miembros de ésta se distribuyeron por distintas regiones de la ciudad y se pusieron a vigilar la actividad de la policía. Comunicaron que la policía hacía registros en las casas. Kang Ban Sok comprendió que la

situación era muy seria. Ella mantenía contacto permanente con el camarada Kim Il Sung y tomaba toda clase de medidas de precaución.

Pasaban un día y una noche, pero seguía en vigor el estado de emergencia. Kang Ban Sok no podía tranquilizarse; le parecía todo el tiempo que el cerco se estrechaba cada vez más en torno al lugar en que se encontraban el camarada Kim Il Sung y sus compañeros.

Inesperadamente apareció Chol Zu con una nota cifrada, en la que le pedían que fuera de inmediato. Marchó sin demora. El camarada Kim Il Sung y sus compañeros estaban discutiendo algo en un ambiente muy tenso.

—¿No habrá un sitio más seguro? —preguntó apresuradamente un compañero a Kang Ban Sok.

Ella le contestó:

—Lo hay, pero la cuestión está en llegar a él. Pues nada más salir de la calleja tropezaréis con una patrulla.

Y les habló de la rigurosa vigilancia que había visto al cruzar la calle.

El camarada Kim Il Sung, que estaba pensativo, dijo a su madre:

—Mamá, te hemos llamado para que nos hables de ese sitio. Ir por la calle es peligroso. Mamá, ¿tú crees que aquí corremos peligro?

—La situación es seria.

El camarada Kim Il Sung explicó a sus compañeros:

—En semejante situación, lo más acertado es abrirse paso a balazos; no podemos permanecer aquí, porque si vienen, nos agarrarán a todos, y eso no se puede consentir.

Al escuchar estas palabras del camarada Kim Il Sung, Kang Ban Sok y todos los compañeros que se encontraban en la habitación se percataron de que el peligro era cada vez mayor.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó preocupado uno de los presentes.

—Pues abrirnos camino valientemente —contestó, y en el rostro del camarada Kim Il Sung apareció una firme decisión. Por estas palabras, Kang Ban Sok dedujo que su hijo no sabía lo arriesgado que era andar por la calle.

—No es tan fácil salir de aquí —previno ella.

—Lo sé, mamá. Por eso estamos indecisos. Ahora es cuando hacen falta las armas.

—¿Para qué...? —preguntó el mismo compañero, acercándose a él.

—Si tuviéramos armas podríamos salir audazmente y emplearlas en caso de necesidad.

En la mirada del camarada Kim Il Sung se advirtieron destellos, lo que veía por primera vez su madre, que le dieron un aspecto de rigor y, al mismo tiempo, radiante.

Al final de la conversación se aclaró que uno de los compañeros tenía escondidas pistolas en Wanlijo. Mas, ¿cómo llevarlas al lugar en que se encontraban ellos?

Todos se ofrecieron para ir a buscarlas. El camarada Kim Il Sung, que no sabía a quién encomendar la tarea, miró a su madre.

A Kang Ban Sok le asombraba el coraje de aquellos muchachos, pero no quería ocultarles el peligro que corrían.

—Todos vosotros me habéis entendido mal. A Wanlijo se puede ir, pero, ¿cómo traer las armas?

Los muchachos se callaron. Kang Ban Sok preguntó a su hijo.

—¿Si tenéis armas, saldréis de aquí?

La pregunta requería una contestación bien meditada.

—Sí, saldremos —respondió el camarada Kim Il Sung, decidido y seguro.

—Entonces yo iré y las traeré —dijo ella en voz baja, en un tono distinto al de antes. Todos se quedaron asombrados.

—¿Irás, mamá?

—Sí.

—De ninguna manera, Wanlijo está muy lejos de aquí.

Los compañeros del camarada Kim Il Sung se opusieron. Kang Ban Sok, al darse cuenta de que no la dejarían ir, preguntó a su hijo:

—¿Tú también piensas lo mismo?

El camarada Kim Il Sung vaciló un instante. La respuesta iba dirigida a sus compañeros más que a su madre.

—Desde niño tengo la costumbre de confiar en mi madre.

Le miraron alarmados. El camarada Kim Il Sung contempló lleno de júbilo a su madre.

—Está bien, iré en seguida.

Sin apurarse, como si fuera a pedir algo a las vecinas, salió a la calle.

Sólo ella conocía aquella mirada de su hijo, que aun confiando plenamente en la madre, se sentía alarmado.

Como sabía muy bien su hijo, Kang Ban Sok siempre cumplía con su palabra.

Tras dejar la puerta de la ciudad, aceleró el paso. Cuanto más de prisa iba, más lejos le parecía que estaba Wanlijo.

El que escondía las armas estaba en casa, tal y como lo deseaba Kang Ban Sok. Inmediatamente sacó dos pistolas. Kang Ban Sok las escondió en seguida en los pliegues de la falda.

—Así no puede ser —dijo el dueño de la casa, pasando la mano por la falda. A Kang Ban Sok también le pareció que se notaban las armas. Además, los guardias que estaban en la puerta de la ciudad registraban con mucho cuidado.

Kang Ban Sok entró en una carnicería y compró diez libras y pico de carne fresca de vaca. El dueño de la casa aprobó entusiasmado esa ocurrencia.

—Muy bien pensado. Y se le ha ocurrido al momento, ¡formidable!

Estaba maravillado de la ingeniosa solución de Kang Ban Sok, a la que siempre respetó y apreció.

Las pistolas las escondió entre el costillar, y envolvió la carne de tal manera que se veía ésta muy bien. Se puso la cesta a la cabeza y salió de la casa pero volvió al instante. Descargó la cesta y le pidió al dueño:

—Por favor, póngalas de tal manera que se pueda disparar.

El dueño, estupefacto, no sabía qué contestar.

—Venga, en seguida.

Pedía cargar las pistolas y retirar los seguros. Pero llevar así las armas era peligroso. El dueño de la casa comprendió el propósito de Kang Ban Sok. Admirado por su intrepidez, le preguntó:

—¿No le será incómodo?

—Tengo mucha prisa. Por favor, haga lo que le pido.

El, con manos temblorosas, soltó los seguros.

—Tenga cuidado —volvió a advertirle una vez más.

Preocupado, la siguió con la vista durante un largo trecho.

En la puerta de la ciudad la paró un centinela. Bajó la cesta de la cabeza y mostrándole la carne empezó a apresurar al soldado:

—Anda, que tengo prisa. ¿No ves que es carne?

Habiendo pasado sin novedad la puerta de la ciudad, iba a paso rápido por las calles. Por doquier se veían policías armados, que montaban guardia.

Cuando entró en la casa suspiró con alivio. El camarada Kim Il Sung y sus compañeros estaban maravillados.

—¿Las ha traído? —preguntaron a la vez.

—Las he traído —respondió tranquila. Sacó las pistolas y se las entregó a su hijo.

El camarada Kim Il Sung y sus compañeros quedaron asombrados de la ocurrencia de Kang Ban Sok, y un muchacho palmoteó sin ruido y saltó de alegría.

Al coger las pistolas, el camarada Kim Il Sung vio que estaban cargadas y con los seguros descorridos.

Cualquiera podía darse cuenta de lo peligrosa que era aquella carga para transportarla.

—¿Pero cómo traías las pistolas sin el seguro? —preguntó el camarada Kim Il Sung, asustado y, a la vez, contento.

—¿Y si las hubieran descubierto? La sangre se paga con sangre. Pensaba tumbar a dos o tres canallas si trataban de detenerme.

Al escuchar a Kang Ban Sok decir esto, los compañeros del camarada Kim Il Sung quedaron en silencio y la miraron admirados. Estaban conmovidos por el valor y la nobleza de aquella madre, dispuesta a ofrendar la vida por la causa revolucionaria de su hijo. Al instante todos se echaban a abrazarla.

—¡Ay mamita, mamita!

Todos le cogían la mano al no poder expresar con palabras sus sentimientos.

Sólo el camarada Kim Il Sung permanecía inmóvil con las pistolas en las manos, como si no sintiera el entusiasmo y alborozo de sus compañeros.

—Mamá —dijo para sí.

¿Qué significa la madre? Nadie podría explicar esto con facilidad.

No hay nada que pueda compararse con la enorme fuerza de una madre que es consciente de la justeza de la causa revolucionaria de su hijo.

Aquel día, el camarada Kim Il Sung y sus compañeros, con la ayuda de Kang Ban Sok, eludieron el peligro.

Desde aquel período los militaristas chinos redoblaron la ofensiva reaccionaria. La escuela coreana fue la primera en sufrir las consecuencias.

En Fusung la escuela nocturna la dirigía de manera permanente Kim Jiong Guon. Hacía varios años que funcionaba, y

a las afiliadas a la Asociación de Mujeres que habían adquirido cierto nivel de conocimientos las preparaba políticamente.

A medida que iba creciendo la actividad de la escuela nocturna para coreanos, las autoridades del distrito de Fusung redoblaban su control sobre ella.

En el círculo clandestino se realizaban sistemáticamente discusiones y cenáculos de estudio eludiendo la vigilancia del enemigo. Kang Ban Sok reunía en su casa, como si fuera para hacer costura colectiva, a las afiliadas a la Asociación de Mujeres. Todas las mujeres llevaban consigo la labor, que extendían ante sí, y después de eso empezaban las discusiones. Bastaba una señal de alarma dada desde afuera por la compañera que montaba la guardia para que Kang Ban Sok empezara a extender y cortar telas. Si entraba alguien, sólo veía mujeres cosiendo.

Era ésta una lucha que requería una gran tensión, energía y nervios, pero Kang Ban Sok superaba todas las dificultades.

Esa lucha se libraba día tras día, y cada jornada transcurría en medio de una gran tensión, hasta que se creó una situación muy seria.

Se recibió una notificación de las autoridades del distrito en la que ordenaban cerrar la Escuela Paisan. Aducían que la escuela era un vivero de ideas avanzadas.

Kang Ban Sok no podía resignarse tranquilamente a esta tropelía de las autoridades locales y decidió batirse hasta lo último.

Esta escuela tenía para ella mucha importancia, pues la había fundado Kim Jiong Zik. Para ella, esa escuela no era un simple establecimiento docente para la joven generación de coreanos en el exilio. La Escuela Paisan era obra de Kim Jiong Zik, una partícula de su vida, y fue creada con miras al grandioso futuro. Empezando desde el espíritu docente hasta la cosa más insignificante, todo estaba relacionado con Kim Jiong Zik.

Kang Ban Sok tuvo que salvar varias veces a la escuela en momentos de crisis. Después de la muerte de su marido, la escuela se vio en diversas ocasiones en una seria situación material. Tratando de aprovecharse de eso, las autoridades distritales propusieron varias veces fusionarla con la Escuela Primaria Número Uno de Fusung, pero Kang Ban Sok protestó en todos los casos. Ella quería proseguir la instrucción nacional de los coreanos, como lo deseaba Kim Jiong Zik. Los niños coreanos debían estudiar su idioma y la historia de su país. Kang Ban Sok era firme partidaria de los puntos de vista de Kim Jiong Zik,

que había enviado a su hijo, siendo muy joven, a estudiar a mil *ri* de distancia.

Kang Ban Sok visitó a los padres de los niños y recaudó recursos para mantener la escuela. Acompañaba a los miembros de la Unión Infantil Senal cuando iban de gira artística por las aldeas y aprovechaba la oportunidad para solicitar ayuda de los padres de los alumnos con destino a la escuela. De ese modo conseguía mantener la instrucción nacional e impedía que cerraran la escuela.

En la escuela se hablaba en coreano y se cantaban canciones coreanas. Gracias a que existía la Escuela Paisan, los alumnos estudiaban la historia de Corea, se enorgullecían de sus antepasados y recibían una formación patriótica. No era una simple escuela, sino una escuela en la que se daba una formación revolucionaria. En esa escuela se estudiaba la historia con los manuales elaborados por Kim Jiong Zik.

"¡No vais a conseguir eso. Mientras viva no lo lograréis!", se decía a sí misma con firmeza Kang Ban Sok.

La Escuela Paisan era un vivero de ideas progresistas.

Ejercían de maestros los jóvenes recomendados por el camarada Kim Il Sung, que transmitían a los alumnos las ideas avanzadas. En la escuela se mantenía vivo el espíritu instructivo, heredado de su fundador Kim Jiong Zik.

Kang Ban Sok adoptó una firme posición. Convocó a todos los padres y los cohesionó, y eligió a unos emisarios para que protestaran a las autoridades del distrito.

En un día de invierno, las autoridades expulsaron inesperadamente de la escuela a los niños, arrojándolos a la calle. Con los libros en la mano, los alumnos miraban a través de la cerca el edificio escolar. Soplaba un viento frío y en las clases ardían las estufas; en la entrada y en el patio había policías armados que no dejaban pasar a los niños.

Al enterarse, Kang Ban Sok fue de prisa a la escuela. Los niños, a punto de llorar la rodearon. Entre ellos vio a su hijo Yong Zu. Los alumnos sabían que Kang Ban Sok ya había impedido varias veces que cerraran la escuela. Con el semblante afligido por la rabia, todos confiaban en ella y esperaban que resolviera el problema.

Kang Ban Sok no podía resolver de inmediato el asunto. Se le partía el corazón cuando tocaba las manos heladas de los niños.

—Se helarán los niños —dijo a los maestros, y decidió alojarlos en las casas coreanas más próximas.

—¿No será mejor mandarlos a sus casas, por ahora? —propuso un maestro. Kang Ban Sok rechazó la propuesta.

—En este caso los niños tendrán la impresión de que se retiran expulsados. Y eso no vale. Tenemos que imbuirles a los chicos el espíritu de que aunque nos quiten el edificio, nosotros seguiremos estudiando. Hay que ocupar una habitación en cada casa y aunque estén apretados, que sigan estudiando. Si faltan maestros, habrá que invitar provisionalmente a personas que puedan enseñar a los niños, pero las clases deben continuar.

Seguidamente Kang Ban Sok se volvió a los niños y les preguntó:

—¿Estáis dispuestos a estudiar en otro lugar?

—Sí —gritaron los niños con alegría. Al ver a los chicos tan contentos, a Kang Ban Sok se le saltaron las lágrimas, pero se volvió para que no la viesen llorar los niños.

Las clases continuaron en unas habitaciones prestadas de casas particulares. Todos los días pasaba Kang Ban Sok por aquellas casas para expresar su gratitud a los amos y cuando se sentían incómodos, buscaba otras casas. Así superó la crisis provocada por el cierre de la escuela. El edificio de la Escuela Paisan, pese a todo fue confiscado. Los méritos de la escuela eran enormes. Los que terminaron los estudios en ella trabajaban en la región de Fusung. Y como la escuela era un vivero de ideas progresistas fue sometida a la vigilancia de las autoridades, y en fin de cuentas la clausuraron.

Kang Ban Sok vivió muchos momentos conmovedores. Le trajeron el rótulo de la escuela en el que se reconocía la escritura de Kim Jiong Zik. El maestro que se lo había entregado le dijo con amargura:

—Si a nosotros nos parte el corazón, ¿cómo se sentirá usted?

—Lamentablemente no hemos podido impedir que cerrasen la escuela —dijo Kang Ban Sok—. Pero no hay que desanimarnos. Consagraremos todas nuestras energías a la escuela nocturna. Hay que seguir imprimiendo manuales para ella. Si consideran que tanto la escuela diurna como la nocturna pueden servir a la revolución, no importan que quiten el rótulo; porque se mantendrá el espíritu de la escuela. ¡No hay que desesperarse!

Por indicación de Kang Ban Sok, los maestros se encargaron de confeccionar manuales con destino a la escuela nocturna,

lo que fue una de las causas del descontento de las autoridades del distrito respecto a la escuela. Pero aquéllas no sabían que habían empezado a imprimir clandestinamente los manuales en casa de Kang Ban Sok.

En Fusung y en las aldeas próximas funcionaron normalmente escuelas nocturnas a lo largo de todo el invierno. Poco antes de la primavera, se abatió la desgracia sobre Kang Ban Sok.

Hacía tiempo que esperaba la llegada de su hijo. Antes iba con frecuencia a Fusung por asuntos de la dirección de las organizaciones locales, pero ni en el otoño ni en el invierno había aparecido. Kang Ban Sok había ido hasta Wangugang, a través del Sungari, a esperar a su hijo, que debía venir en las vacaciones de invierno, pero no llegó. Volvió a esperarlo a comienzos de la primavera, cuando le dijeron que vendría. Permaneció largo rato en el cerro, desde el que se otea el camino de Mongziang a Fusung. Chol Zu fue ese día al Sungari, encadenado por los hielos, y capturó muchos peces. Pero fueron pasando los días y su primogénito no llegaba. Una vez, a la hora del crepúsculo vespertino, en su purpúreo destello se divisó una figura con uniforme estudiantil. ¡El! Kang Ban Sok miraba atentamente, figurándose que era su primogénito. Pero el que pasó por el río fue Yong Zu con un estudiante desconocido.

Saludó a Kang Ban Sok y, tras vacilar un instante, dijo:

—Vengo de Kilin. No quisiera decírselo, pero habiendo oído decir que espera con impaciencia al camarada Song Zu, se lo diré.

Kang Ban Sok le tomó de la mano y metía prisa al muchacho.

—El camarada Song Zu fue detenido en el otoño pasado. En este momento se encuentra en la cárcel de Kilin.

Esta noticia oprimió el corazón de Kang Ban Sok, pero se sobrepuso, escuchando con tranquilidad. Anímicamente estaba preparada para eso. Mas no por ello sufría menos.

Sintió que la vista se le nublaba, como si todo alrededor, alumbrado por el crepúsculo, se viera sumido en tinieblas.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, marchó a casa. Y aunque era grande su dolor, pensó en la obra de su hijo, en que la revolución sufría una crisis pasajera. Kang Ban Sok superó su dolor con vigor y noble espíritu, inherente sólo a la madre de un revolucionario, a una verdadera revolucionaria.

Pasó el río Sungari y se fue a la aldea Yangchi para visitar

la tumba de su marido, que estaba cubierta por el blanco manto que dejara la víspera la nevada primaveral.

El camarada Kim Il Sung fue detenido por los reaccionarios militarotes chinos en octubre del año 1929. Encontrándose en la cárcel de Kilin, no se lo comunicó a su madre. El esperaba alegrar a su madre en un futuro próximo con éxitos en la lucha.

Al pensar en los sentimientos de su hijo, Kang Ban Sok experimentó un dolor todavía mayor.

—Ha obrado así para disgustar menos a su madre. Pero cómo no va a sufrir su madre al enterarse de que el hijo está en la cárcel y que no le ha enviado en estos días fríos prendas de abrigo.

Toda la noche la pasó cosiendo apresuradamente ropa para su hijo.

Ella no conocía todos los detalles del trabajo revolucionario del camarada Kim Il Sung en Kilin. No sabía muchas cosas. Lo que sabía se lo contaban los compañeros de su hijo, que pasaban con frecuencia por su casa.

Les agradaba hablar a la madre de las brillantes actividades revolucionarias del camarada Kim Il Sung, labor de la que estaban tan orgullosos como si fuera propia.

Toda aquella noche, mientras Kang Ban Sok estuvo cosiendo ropa para su hijo, el muchacho que le llevó la noticia de la reclusión del hijo le habló de su trabajo revolucionario. Aunque había oído algo, desconocía ciertos hechos arriesgados. De ese modo se enteró de que en cierta ocasión, el camarada Kim Il Sung estuvo a punto de ser víctima del terror blanco en Wangchingmon.

En mayo de 1929, en Wangchingmon, distrito de Singzing, se inauguró un congreso de la Federación General de la Juventud en Manchuria del Sur. Como resultado de la actividad de los autodenominados "teóricos" del movimiento nacionalista, se desencadenó una ola de terror blanco.

El congreso había sido convocado por la organización coligada de nacionalistas "Kukminbu".

El camarada Kim Il Sung no tenía nada que ver con la Federación General de la Juventud de Manchuria del Sur ni con la Federación General de la Juventud de Manchuria del Este. Mas para asegurar la unidad del movimiento juvenil e incrementar la influencia comunista en las organizaciones juveniles

antijaponesas, participó en las labores del congreso como delegado de la Unión Juvenil de Paisan.

Se creó un comité preparatorio compuesto por delegados, en el que figuraron muchos comunistas, encabezados por el camarada Kim Il Sung.

Al ver que había en el comité muchos comunistas, que constituían una nueva orientación, contraria a la de ellos, y temiendo perder el control del congreso, la dirección de la organización "Kukminbu" desató vilmente una ola de terror blanco.

El camarada Kim Il Sung había sido prevenido por sus compañeros, pero no adoptó las medidas pertinentes de precaución, como le propusieron. Indignado por la perfidia de los nacionalistas, decidió hacer frente a los promotores del terror.

Protestó más o menos así: desencadenar el terror blanco contra compatriotas equivale a seguir ahondando la escisión nacional en el exilio. Podéis detener físicamente a un hombre, pero no detendréis la idea de la juventud que tiende al comunismo. Si aplastáis el ánimo de la juventud cuya ideología progresa con el paso de los días, no podréis escapar al castigo del pueblo.

Tras esta protesta se negó rotundamente a participar en el congreso y aquella misma noche salió para un lugar llamado Linzia.

Durante la ausencia del camarada Kim Il Sung por asunto del congreso de la Federación General de la Juventud de Manchuria del Sur, la situación en Kilin empeoró bruscamente. Los imperialistas japoneses se percataron de que el obstáculo principal para invadir a Manchuria era el movimiento antijaponés de los coreanos, encabezado por los comunistas que se encontraban dispersos allí. Por eso, en la segunda mitad de 1929 redoblaron la represión contra los miembros de dicho movimiento, y en especial contra los comunistas coreanos.

Entonces el camarada Kim Il Sung publicó en Saniuampu, distrito de Liujo, una declaración de protesta contra las acciones escisionistas de los nacionalistas. Después de esto fueron desenmascaradas las acciones contrarrevolucionarias de sus cabecillas, y el movimiento nacionalista perdió la confianza de las masas, que habían estado bajo su influencia y se pasaron al lado de los comunistas, dirigidos por el camarada Kim Il Sung.

Precisamente por esa época consiguió la policía un testimonio contra la organización de la Juventud Comunista de la Escuela Media No 5 de Kilin que sirvió de pretexto para rea-

lizar una batida contra todas las organizaciones de la Juventud Comunista de la ciudad. Fueron detenidos casi todos los jóvenes comunistas. Fue detenido y encarcelado en la prisión de Kilin por los militarotes reaccionarios chinos el dirigente de la organización juvenil comunista, el camarada Kim Il Sung.

La imagen heroica de su hijo, del que hablaba su compañero, aparecía ante la madre y alivió algo su dolor.

6

No era la primera vez que Kang Ban Sok debía soportar semejantes pruebas. En cada ocasión le era difícil y duro, pero su voluntad no se quebrantaba. El infortunio la templaba y acrecentaba su odio al enemigo.

Antes de pensar en la desgracia familiar pensaba en el daño causado a la revolución, que temporalmente atravesaba momentos difíciles.

Kang Ban Sok recordó los sucesos de los últimos meses. Se había intensificado la represión policíaca. El trabajo del círculo revolucionario clandestino tropezaba con muchas dificultades. Costaba celebrar las reuniones que tenían lugar periódicamente. Varios miembros habían salido a cumplir tareas a otras zonas y algunos se ocultaban de la persecución de la policía. Al principio creía que ésta era la causa que obstaculizaba la celebración de las reuniones, pero entonces comprendió que el motivo no sólo residía en eso. Una de las causas consistía en que la Juventud Comunista había sido casi totalmente destruida. Se habían interrumpido los contactos con muchos lugares.

Convencida de que todo se debía a la detención de su hijo y de sus compañeros, Kang Ban Sok decidió adoptar sin pérdida de tiempo las medidas necesarias.

Habló con Kim Jiong Guon. El tenía que conocer las detenciones de los jóvenes comunistas, pero adivinando las intenciones del camarada Kim Il Sung, lo mantuvo todo en secreto.

—Veo que estás enferma.

Kang Ban Sok sabía lo que le quería decir con eso, pero tenía que pensar en cosas más importantes.

—Te entiendo, cuñado, pero esa solicitud no favorece a

la causa. Lo que le ha sucedido a Song Zu no sólo ha repercutido en mí, sino que ha perjudicado a la organización revolucionaria. Sería conveniente adoptar a tiempo las medidas pertinentes, pero tratas de esquivar la realidad. Mas, ¿qué se gana con eso? No nos dejarán en paz. Otro tanto sucedía en vida de tu hermano. Por consiguiente, tenemos que proseguir nuestros asuntos, pero ante todo debemos analizar lo ocurrido. Por ejemplo, lo referente al círculo revolucionario clandestino. Han sido detenidos muchos jóvenes comunistas, mientras que en Fusung está todo en calma. Eso significa que se mantiene la conspiración en ese sector. Por lo visto, los jóvenes comunistas detenidos lo han pasado mal. Seguramente los han torturado. Pero esa valiosa conspiración que se ha mantenido no significa que debemos permanecer con los brazos cruzados. Tenemos que continuar haciendo la revolución manteniendo inteligentemente la conspiración, sin ser detenidos. Ahora aquí todo está en calma. Quizás porque no hay órdenes de arriba, pero así no podemos continuar. Tenemos que seguir trabajando en las localidades a impulsar la revolución, aunque los dirigentes de la organización estén encarcelados. Por eso propongo aclarar cuál es la situación en Fusung y en Antu, que está cerca. Vete hoy a Antu. Cuanto antes, mejor. Hay que continuar tenazmente la revolución, así debe actuar el verdadero revolucionario que haya consagrado su vida a la felicidad de la gente. Nadie se compadecerá de nosotros si caemos en la desesperación derramando lágrimas. Debemos llevar la revolución hasta las últimas consecuencias. Así debemos reír los últimos. De mí no te preocupes. Lo mejor será que te vayas en seguida para ver cuál es la situación allí.

Kang Ban Sok mandó a Kim Jiong Guon para Antu y a Chol Zu a las aldeas próximas a Fusung a fin de que visitara a los compañeros del camarada Kim Il Sung, que debían reunirse urgentemente en el centro del distrito. Kang Ban Sok quería conocer detalladamente la situación y proseguir la lucha aunque sólo fuera en la zona cuyo eje sería Fusung.

Transcurridos unos días se reunieron todos los compañeros que habían sido convocados en Fusung. Los reunidos estaban muy alarmados por la detención del camarada Kim Il Sung y se sentían desanimados por su ausencia, aunque fuera provisional.

—Está muy bien que os preocupéis por la suerte de Song Zu, pero antes que nada hay que pensar en los destinos

de la revolución. No olvidéis por qué ocurrió eso a Song Zu.

Al escuchar a Kang Ban Sok decir esto, los jóvenes reunidos comprendieron mejor cuál era su misión a cumplir.

Los jóvenes, que llamaban a Kang Ban Sok "nuestra madre", siempre consultaban con ella todas las cuestiones —tanto las relativas a la revolución como las particulares—, al igual que lo hubieran hecho con su propia madre. Sabían que en ese momento únicamente podían hablar con ella de la revolución. Comprendieron, además, que portándose así merecerían llamar a Kang Ban Sok "nuestra madre" y ser compañeros de lucha del camarada Kim Il Sung.

Tras esta preparación ideológica, los compañeros del camarada Kim Il Sung revisaron su actitud hacia la revolución durante los últimos meses y comprendieron por qué Kang Ban Sok los reunía.

—A lo mejor yo no tengo razón —dijo—, pero me parece, muchachos, que esperáis a que se aplaque el temporal.

Kang Ban Sok miró con cariño, pero un tanto severa, a los jóvenes sentados en torno a ella.

Estos respondieron:

—Se ha comprendido todo muy bien. En realidad, después de lo ocurrido con el camarada Song Zu hemos estado esperando a que saliera, pensando que tal vez pasara entonces el temporal.

—Yo no digo que debéis marchar sin ton ni son de cara a la tempestad. Cuando es necesario, hay que esperar. Pero no se puede interrumpir el trabajo revolucionario sólo porque hayamos tropezado con dificultades. El invierno toca a su fin. ¿Sabéis cuántos poblados tienen escuelas nocturnas?

Había menos escuelas que el año anterior.

—Ya lo veis. Todavía hay lugares que no tienen escuela nocturna. Con lo importante que es la escuela nocturna, que imbuye a la gente las ideas de la revolución. Ahora que la Juventud Comunista es perseguida no se pueden cerrar las escuelas nocturnas. El enemigo deduciría que hay alguna relación entre la Juventud Comunista y las escuelas nocturnas. ¿Para qué dar motivo a tales sospechas? Démosles a entender a esos canallas que aunque repriman a los jóvenes comunistas, mantenemos las escuelas nocturnas y no tenemos nada que ver con la Juventud Comunista. Sin estas escuelas no podremos despertar la conciencia de la gente. Me he enterado de que en varios lugares las autoridades no saben nada de la existencia del círculo clandestino, pero es un hecho que no soportan las escuelas nocturnas. Así que si no prestamos atención a las escuelas nocturnas, ¿qué resultará? Cuanto más les desagraden las escuelas nocturnas, mejor las debemos organizar. No debemos olvidar que lo que no les gusta a ellos, es provechoso para nosotros, y lo que les agrada a ellos, a nosotros nos perjudica. Nuestros intereses son contrapuestos.

Kang Ban Sok tenía bien presente que Kim Jiong Zik, ya desde Mankiongde y en todas las partes donde estuvo, fundó escuelas para propagar las ideas revolucionarias. Por eso estaba segura de que la escuela, diurna o nocturna, en el medio rural sería un baluarte de la revolución. Sin esto, todo lo demás no serviría para nada.

Tenía razón. A iniciativa suya fueron restablecidas muchas escuelas nocturnas y de nuevo empezó el auge revolucionario. Kang Ban Sok se trasladó a vivir de Fusung a Antu.

Esta localidad estaba situada a unos doscientos *ri* de Fusung, en medio de los bosques. Hasta allí no habían llegado todavía los invasores japoneses y, a la vez, era un lugar apropiado para mantener contactos con la Manchuria Oriental y Meridional. Kang Ban Sok y Kim Jiong Guon asumieron ante la organización la tarea de crear allí la base de la Juventud Comunista. Se decía que ése era el propósito del camarada Kim Il Sung.

Como tenía pocas cosas para llevar, no fue necesario demorar la partida. Pero le fue doloroso separarse de la gente. Quizá este dolor se disiparía pronto, si se marchara. Mas allí quedaban muchas mujeres a las que dirigía Kang Ban Sok en la Asociación de Mujeres. Quería llevarse a algunas a Antu para seguir guiándolas por el camino de la revolución. Pero no pudo conseguirlo.

Tuvo que hablar mucho para que prosiguieran las labores revolucionarias después de su marcha y enseñarles muchas cosas, como a sus propias hijas o nueras, para que fueran buenas amas de casa. Al enterarse de su partida, muchas mujeres la visitaban y lloraban desconsoladas. Había que tranquilizarlas. Había que enseñarles alguna cosa más de la costura.

Después de resolver con prisas estos asuntos, Kang Ban Sok salió de Fusung, que le parecía su segunda patria. Le era penoso dejar aquella ciudad. Lo sintió más que cuando se marchó de Zungang, Linziang y Patoukou.

Había formado revolucionariamente a mucha gente a través de sus actividades en la Asociación de Mujeres y se hizo

acreedora de muchos méritos. Además le era muy amargo dejar la tumba de su marido, Kim Jiong Zik. ¿Cuándo trasladaría sus restos a las orillas del Dedongang? ¡Cuántas veces volvió la cabeza, sin que la vieran sus hijos Chol Zu y Yong Zu, hacia la aldea Yangchi, al pasar sobre el hielo del Sungari!

Pero todo era cosa del futuro, y dependía de los éxitos de la causa revolucionaria del camarada Kim Il Sung. Había que aplacar todos los sentimientos y entregarse por entero a la revolución, al futuro. En Antu la aguardaban días de intenso y difícil trabajo, pero de gran significación.

Mucha gente acompañó a la familia hasta Wangugang. Todos le aconsejaban que cuidara la salud, que la tenía quebrantada. Durante varios días habían pasado por su casa las mujeres coreanas para despedirse. Pero cuando llegó la hora de separarse no podían soltar la mano de ella. Era realmente para todos una madre.

—Oídme, queridas, ¿acaso se puede ser tan débil de carácter, cuando estáis dispuestas a hacer la revolución? Nos encontramos y nos separamos para bien de la revolución. Despedidme con una sonrisa, pues me marcho en aras de la revolución. Pase lo que pase, continuad manteniendo la escuela nocturna.

Cuando nuestro país sea libre y volvamos a nuestra Patria, ya no nos separaremos más. ¡Que nos volvamos a ver en la tierra Patria!

Después de consolar a las acompañantes, Kang Ban Sok dio la señal de partir. El trineo arrancó tirado por caballos, que hicieron sonar sus campanillas.

7

Antu era un centro de distrito, situado en una región boscosa y rodeado por tres lados de montes; atravesaba la ciudad el río Simunziang —uno de los afluentes del curso superior del río Sungari—, que nace en el monte Bektusan. Allí vivían muchos coreanos. Las aldeas próximas —Siosajo, Tasajo, Singlungchon y Toguizomkol— eran exclusivamente coreanas.

Al llegar allí Kang Ban Sok comprendió mejor por qué había insistido su hijo en el traslado a Antu.

A Kang Ban Sok la visitaban con frecuencia compañeros de su hijo, que estaban desconcertados por no saber qué hacer después del desastre sufrido por la organización de la Juventud Comunista. Fusung quedaba lejos y además no se podía ir allí, porque la casa del camarada Kim Il Sung era conocida por el enemigo. Por eso persuadieron a Kang Ban Sok para que se desplazara a Antu.

Mientras el camarada Kim Il Sung se encontraba en la cárcel, sus compañeros visitaban a Kang Ban Sok para que les aconsejara y confiaban completamente en ella, porque era "nuestra madre", con su férrea voluntad, pureza moral y encanto personal y, además, porque era la madre del camarada Kim Il Sung.

La casa de Kang Ban Sok en Antu era el punto de apoyo de la revolución en aquella zona. Los compañeros del camarada Kim Il Sung y otros jóvenes comprendían que había que actuar, pero antes del traslado de su madre, ellos andaban siempre buscando dónde celebrar las reuniones clandestinas. Desde la llegada de Kang Ban Sok, cada día se reunían en su casa, a la que acudían como si fuera su propia casa. Allí se quedaban varios días esperando la llegada de otros compañeros, y se marchaban después de encomendar a Kang Ban Sok alguna misión para transmitirla a otros compañeros que debían llegar. Estas misiones eran tan importantes que no se podían encargar a cualquiera. Sólo ella era capaz de realizar con éxito tal trabajo, teniendo siempre en cuenta las cambiantes condiciones. Los muchachos tenían más confianza en ella que en sí mismos.

Al cabo de cierto tiempo después de su llegada a Antu, al tratar con los muchachos Kang Ban Sok se dio cuenta de que no podían, de ningún modo, precisar el centro de gravedad de sus actividades. Aunque ponían mucho entusiasmo en su trabajo, no sabían encontrar el eslabón fundamental. A menudo, sus acciones eran de carácter emocional, lo que es característico en la juventud, pero carecían de la correspondiente capacidad de organización.

Por medio de los miembros de la organización, el camarada Kim Il Sung transmitió a su madre el deseo de que durante cierto tiempo la juventud debía ocuparse de afianzar las posiciones revolucionarias en las aldeas, en lo que se empleó mucho tiempo.

Después de conocer a fondo la situación, Kang Ban Sok convocó una reunión.

—Me doy cuenta —empezó diciendo— de que vosotros sólo pensáis en grandes hazañas. Otro tanto sucedía en Fusung. Han pasado casi dos meses desde que andaban apurados sin saber qué hacer ni cómo hacerlo. El fuego juvenil que arde en vuestros corazones os hace pensar en que hacéis algo, ¿no es así? Pero mirándolo bien, no se hace nada serio; y eso no puede ser. Hay que pensar en algo, aunque no sea muy importante, pero que sea práctico. No sabemos el tiempo que durará la actual represión del enemigo, pero de cara al futuro debemos aunar a la gente para que puedan alzarse de nuevo. Lo mismo pensaría seguramente Song Zu al comunicarnos su propuesta. Por eso concedía tanta importancia en Fusung a las escuelas nocturnas. Sin embargo, ahora está próxima la primavera, por lo que no es probable que consigamos reunir a la gente en las escuelas nocturnas. ¿Qué os parece que se podría hacer de provecho?

Se hicieron numerosas propuestas. Pero aparte de escuelas nocturnas o cursillos, nadie propuso nada sustancial para el punto de apoyo de la actividad en la aldea. Esto respondía más que nada a las demandas de los obreros y campesinos, que no tenían posibilidad de estudiar, aunque lo quisieran.

Ella insistió:

—Fundad escuelas nocturnas o cursillos allí donde sea posible. Bastaría con lograr que la gente se reúna con un objetivo. El padre de Song Zu logró agrupar a la gente, no tan sólo con las escuelas nocturnas, sino también organizando las *Jakkiogue*, *Bisokgue* y *Jiangtogue*. Ahora, en primavera, podemos aunar a la gente basándonos en el propio trabajo agrícola... Todos los explotados aspiran a una vida mejor, pero hay algo en el mundo que lo impide. Por eso es natural que pueda manifestarse en ellos el descontento; y esto les incitará a alzarse en el futuro...

—¿En dónde no hay descontento? —dijo alguien que no estaba satisfecho sólo con la fundación de tales organizaciones legales.

Kang Ban Sok lo persuadió:

—Todos los explotados están descontentos. Pero manifestando su descontento individualmente no se logra nada. Debemos enseñar a los explotados a resistir unidos. Manifestar el descontento por separado es cosa de gruñones, mientras que

en común constituye una fuerza poderosa. Por eso no hay que considerar que tales organizaciones sean algo insignificantes. Hay que crearlas y consolidarlas. Yo, por mi parte, haré todo lo posible por organizar la Asociación de Mujeres. En Fusung empezamos poniendo nombre a las mujeres; aquí aún no sabemos por dónde empezar. Pero si tenemos deseo de empezar algo, podremos hacerlo todo, pues esto es necesario y útil.

Kang Ban Sok envió a las aldeas a muchos jóvenes. Le parecieron bien los encuentros frecuentes, en los que compartían experiencias.

Su casa estaba siempre llena de jóvenes, y ella, atendiéndolos no tenía ni un día, ni una noche de descanso.

Como antes, se dedicaba en casa a coser y lavar para particulares, y emprendió así la organización de la Asociación de Mujeres. Se entrevistaba con muchas mujeres que iban a encargarle costura. Al explicarles cómo había que coser, realizaba entre ellas propaganda antijaponesa. Estas mujeres, al igual que toda la gente refugiada en Manchuria, tenían muy desarrollado el sentimiento de la dignidad nacional, por lo que la educación a la que se dedicaba Kang Ban Sok marchaba satisfactoriamente. Su humanitarismo y su pureza moral causaban gran impresión a las mujeres. Kang Ban Sok visitaba a todas las vecinas cuando sufrían alguna desgracia. Y los vecinos incluso por la noche acudían a ella en busca de ayuda cuando se enfermaba un niño o un anciano, puesto que poseía conocimientos y ricas experiencias del tratamiento médico. Siempre se tomaba muy a pecho las desventuras ajenas, y las palabras que decía en aquellos momentos eran una guía para la vida y una llamada a la lucha.

En seguida fue creada la Unión de Niños. Chol Zu, que andaba muy bien en zancos, se atrajo inmediatamente a los chiquillos de los alrededores. De entre ellos se escogieron a los mejores y se fundó una organización, que tenía idéntico programa que la Unión Infantil Senal, de Fusung.

En la primavera aparecieron en Antu, como las setas después de la lluvia, y actuaban varias organizaciones —legales y clandestinas— como la escuela nocturna, la Asociación de Mujeres, la Unión de Niños y la Asociación Campesina. Comenzaron su actividad como organizaciones de masas bien estructuradas, capaces de adoptar consignas de lucha política.

Kang Ban Sok se dedicaba más y más a estas actividades. Los problemas iban en aumento a medida que crecía el trabajo en las organizaciones de masas. Muchos se dirigían a ella para

resolver todo tipo de cuestiones. Algunas no podían solucionarlas. Lo que lamentaba era que los fraccionalistas prosiguieron sus acciones. Al advertir que renacían en Antu las fuerzas revolucionarias, esos elementos empezaron a frecuentar ese lugar. Kang Ban Sok previno a las organizaciones para que no se dejaran arrastrar por sus provocaciones. Se acercaba el día en que debía ser puesto en libertad el camarada Kim Il Sung. Kang Ban Sok y los compañeros de su hijo postergaron la solución de todos los problemas esperando con impaciencia ese día. Por aquel entonces, en el Nordeste de China se produjeron de súbito importantes acontecimientos.

Empezaron a detener en masa a los coreanos. Empeoró la actitud de cierta parte de la población china respecto a los coreanos, sobre los que recaía una doble persecución. Estalló la "Insurrección del 30 de mayo".

Metidos de lleno en toda clase de querellas de camarillas, los fraccionalistas, encabezados por el grupo M-L, siguieron ciegamente la línea izquierdista y aventurera, exigiendo a los coreanos que renunciasen a su revolución y acatasen al principio del Komintern de que en "un Estado no cabe nada más que un partido". Sin tener en cuenta las condiciones reales, el 30 de mayo de 1930 alzaron a las masas a una insensata insurrección en la Manchuria Oriental.

No se había fijado con precisión el objetivo de la lucha ni se había preparado previamente a las masas, a las que se arrastró a un levantamiento condenado al fracaso. En consecuencia fueron descubiertas muchas organizaciones que sufrieron enormes pérdidas. Los imperialistas japoneses pudieron aplicar, además, la pérfida política de la discordia nacional.

La organización de Antu sufrió grandes pérdidas. Muchos jóvenes se vieron obligados a ocultarse. A Kang Ban Sok no le quedaba otro remedio que esperar el regreso de su hijo.

Pasaban lentamente los días de la primavera y el verano. Por fin se recibió la tan esperada noticia de la excarcelación del camarada Kim Il Sung. Pero éste tardó en presentarse en la casa de Antu.

Obligado a adoptar medidas para superar la crítica situación creada, el camarada Kim Il Sung no pudo ir inmediatamente a ver a su madre.

Después de salir de la cárcel, no dispuso de tiempo ni siquiera para restablecer su quebrantada salud. Convencido firmemente de las perspectivas de la revolución coreana, que había

analizado a fondo en la cárcel, nada más salir recorrió varios distritos y sólo después de eso fue a ver a su madre a Antu.

—¡Mamá! —exclamó, abrazando fuertemente a su madre, y la casa, debido a eso, pareció iluminarse toda, como si el hijo hubiese llevado el sol consigo.

—¡Mamá! —volvió a llamar cariñosamente a su madre.

Tras una larga separación se volvieron a ver la madre y el hijo. Llegó después de soportar duras pruebas y torturas en la cárcel, y de nuevo se lanzó a encender la llama de la revolución. La madre recibía al hijo, que realizaba trabajo revolucionario y había resistido con estoicismo los infortunios que se habían abatido sobre él. Eran muchas cosas las que tenían que contarse el uno al otro. En el primer instante Kang Ban Sok sintió una alegría sin límites. El camarada Kim Il Sung quedó asombrado al ver el semblante de su madre, que era lamentable.

—¿Qué te pasa, mamá?

—¿A mí? Nada. Me siento bien.

—Debes descansar. Tienes mal aspecto.

Cogió las manos de su madre y se asustó de lo delgadas y frías que las tenía. Como tenía por costumbre en la infancia empezó a calentárselas con el aliento. La madre le pasó las manos por las mejillas.

—Te has quedado sin mejillas —dijo angustiada—, sólo te han quedado los hoyuelos.

El camarada Kim Il Sung había enflaquecido mucho. Tranquilizó a su madre diciéndole que se encontraba sano, pero no pudo ocultar que se había debilitado.

Durante la ausencia se había hecho más hombre. Tenía un aspecto viril y, a pesar del rostro enflaquecido, en su expresión bondadosa y dulce se advertía un hondo pensamiento y una voluntad de acero.

Desde el primer día de la llegada del hijo, Kang Ban Sok recogió por los campos y en el monte toda clase de hierbas comestibles: pimpinela, *bakchisak, pobongue,* etc. Al hijo le gustaban más las verduras que los platos de carne. Además sabía que su madre era una maestra cocinando cosas sabrosas. Antes, Kang Ban Sok elogiaba a su madre por lo bien que guisaba, y en esto el camarada Kim Il Sung se parecía a su madre.

Todas las noches hablaba con sus compañeros que iban a visitarle, y les exponía sus ideas, que eran el fruto de sus largas reflexiones en la cárcel sobre el carácter y las tareas inmediatas de la revolución coreana y sobre sus perspectivas y las vías

de su realización. Les habló de su propósito de partir para las aldeas Kalun, Ziaziatun y Kuwisu, próximas a Changchun, para efectuar labores clandestinas encaminadas a revolucionarizarlas, y fundar las escuelas, como una de estas labores.

—¿No podrías fundar una escuela así en Antu? —preguntó su madre—. Con mucho gusto trabajaría contigo. ¿Qué te parece?

—Mamá, tú ahora debes descansar. Ya has trabajado mucho. La revolución no se hace en uno o dos días. Por eso, cuando hay que descansar, se descansa. Además, allí donde pienso ir, ya está todo preparado desde que iba a la escuela en Kilin. Estas aldeas están cerca de Changchun. Además se puede mantener contacto desde Harbin, pues circula un tren. Tú, mamá, descansa. Ahora pasaré más a menudo por casa. Antes apenas me quedaba tiempo para nada: había que ir a la escuela y trabajar. Ahora te visitaré con frecuencia. Mi campo de acción va a ser la Manchuria Oriental, pero como allí se ha creado ahora una situación desfavorable, por el momento me instalaré en la zona de Changchun, y de allí iré a menudo a la Manchuria Oriental. Entonces pasaré por casa.

—Eso son promesas. ¿Acaso podrás venir a menudo?

—Como sabes, mamá, la Juventud Comunista ha sido destruida casi por completo. Los compañeros se han desperdigado y no hay ninguna organización que no haya sufrido reveses, puesto que ha pasado una tormenta terrible. Ahora vigila el enemigo con gran atención y por todas partes olfatean sus agentes. No se puede permanecer largo tiempo en un sitio si se quiere restablecer la organización y reajustarla, eludiendo la vigilancia. Habrá que viajar mucho, sobre todo en la Manchuria Oriental, y en mis desplazamientos pasaré por casa. Tú descansa y recupera las energías.

—No te preocupes de mí, hijo mío.

—¿Cómo no me voy a preocupar, cuando tienes tan mal aspecto? ¿Es que puedo permanecer indiferente?

—La mejor medicina para mi son tus éxitos en el trabajo revolucionario.

El camarada Kim Il Sung no podía seguir mucho tiempo en Antu. Como había proyectado, tenía que marcharse al poco tiempo hacia las zonas de Kalun, Ziaziatun y Kuwisu.

Se aproximó rápidamente el verano y llegó la fiesta de *Dano*. Este día, el camarada Kim Il Sung tenía que entrevistarse, según había convenido, a la orilla del Simunziang con compañeros llegados de las aldeas.

Debía examinar la labor que tenía que ser realizada en Antu después de su partida.

Asistió Kang Ban Sok, que había ordenado a Chol Zu y Yong Zu que llevaran al lugar de la reunión a los miembros de la Unión de Niños y que montaran la guardia. Por cuanto dicho encuentro, al que debían asistir todos los activistas de la juventud del distrito de Antu, era muy importante, Kang Ban Sok decidió participar en ella y asegurar la vigilancia.

Los sauces mostraban sus vistosas vestiduras verdes, y sus colores daban un tono especial a las azuladas aguas del río.

—Lo mismo que en Fusung, cada vez que veo un río me viene a la memoria nuestro entrañable Dedongang y siento una sensación extraña —dijo la madre al hijo.

Este le contestó:

—Haré todo lo que pueda para que vayas a Mankiongde.

—¿Cuándo estaremos en la orilla del Dedongang comentando de cosas sucedidas?

—Dentro de unos diez años y pico.

—Y diez años pasarán volando como una exhalación. Parece que fue ayer cuando salimos de Mankiongde y han transcurrido ya once años.

—Iba yo para los ocho.

—Y ahora pronto cumplirás dieciocho.

—Sí, dieciocho.

El camarada Kim Il Sung lo repitió como si se refiriera a la edad de otra persona y quedó pensativo. Contempló largo rato el firmamento y, por fin, dijo resuelto:

—Debemos tomar las armas de modo paulatino, a lo que ya me he referido antes. A los japoneses armados no los podremos echar si estamos inermes.

—¿Es que podemos hacer eso de inmediato?

—Hay que prepararse poco a poco.

—Siempre estoy de acuerdo con lo que propones. Actúa. A tus años tu padre manejaba las armas.

Al hablar de esto, Kang Ban Sok recordó que una noche en Mankiongde oyó el chasquido de una pistola en el cuarto de Kim Jiong Zik.

Las palabras de su hijo le sonaron como un juramento solemne. Pensó en lo grande que es la causa a la que consagra su vida el revolucionario. Su fe en el hijo se hizo aún mayor.

Ya de vuelta de la reunión, Kang Ban Sok llamó cariñosamente a su hijo, que acudió a la llamada.

—Siéntate.
El camarada Kim Il Sung se irguió al ver que su madre estaba vestida de fiesta. Desenvolvió un paquete ante sí, temblándole ligeramente las manos como expresaran la emoción sublime. Eran dos pistolas.
—Te las entrego, hijo mío.
El camarada Kim Il Sung no pudo tomarlas inmediatamente. En la habitación reinaba un ambiente solemne. El hijo miraba a su madre. No podía adivinar de dónde había podido sacar su madre aquellas pistolas. La severa mirada de su madre irradiaba amor y fe. El camarada Kim Il Sung sintió en lo más hondo la gran solemnidad de aquel momento.
—Estas pistolas te las entrega tu padre.
Una sensación cálida invadió todo su ser; se recobró y tomó las pistolas, sintiendo físicamente su peso. Consciente de su fuerza, que le había hecho asumir aquella magna tarea, se sintió rebosante de una fe ilimitada y de un fervor anímico. No era simple emoción, era un noble impulso espiritual por haber prestado juramento a la Patria ante la preclara memoria de su padre.
Repitió para sí el último precepto de su padre cuando su madre le dijo:
—No olvides jamás que perteneces a la Patria y al pueblo. Antes de morir, dijo tu padre que tú debes devolver al pueblo su país, aunque el enemigo destroce tus huesos y haga trizas tu cuerpo. Entonces me pidió que te entregara estas pistolas.
Estas palabras quedaron grabadas para siempre en la mente del hijo. Y le resonaban como palabras de su madre, como legado de su padre y como su propio juramento.
—Cuando me fui de Fusung, saqué las pistolas de la tumba de tu padre.
El camarada Kim Il Sung se maravilló todavía más. Notó que un sentimiento de gratitud colmaba su alma. Sintió como si algo vigoroso le sacudiera el pecho y como si un torrente de palabras quisiera saltar a borbotones de él, pero le parecía que tenía los labios petrificados. Sólo logró decir una frase.
—Yo concluiré sin falta la obra iniciada por mi padre.
—Sí. Debes cumplir este mandato de tu padre. Tengo fe en ti. Por eso presté juramento en tu nombre ante los restos de tu padre cuando saqué las pistolas. Y si guardé las pistolas en la tumba no fue porque no hubiese otro sitio donde ocultarlas. Cosas así son fáciles de esconder. Las oculté allí porque quería

formar de ti un hijo que cumpliera a todo trance la voluntad de su padre. Ahora sé que mirarás de otro modo estas pistolas, sabiendo que se conservaron en la tumba del padre. Eso es lo que quería de ti. Actúa con audacia. Estas armas fueron conseguidas por tu padre al precio de sangre muy valiosa. En ellas está la sangre de tu padre y el alma de los compatriotas. ¡Cuídalas! Al entregarte las pistolas me parece que he cumplido una misión que se estaba postergando demasiado. Aunque experimento una inmensa alegría, me da la sensación de que me he vuelto a echar sobre las espaldas una nueva carga.
—Mamá, tú te preocupas demasiado. Con estas pistolas realizaré hasta el fin la obra que no pudo terminar mi padre.
Te aseguro que será una realidad el anhelo de todas las madres coreanas.

8

Al poco tiempo de su partida, el camarada Kim Il Sung escribió una carta a su madre en la que le decía que había fundado la Escuela Zinmiong en Ziaziatun, a diez *ri* de la estación de Kalun, y la Escuela Samkuang, en Kuwisu, a 200 *ri* de Kalun. Por lo visto se apresuraba a comunicárselo a su madre, porque sabía que ella sufría por el cierre de la Escuela Paisan. Al enterarse de que la Escuela Samkuang contaba hasta con sección superior, la madre sintió aún mayor admiración por el espíritu emprendedor de su hijo. Le parecía asombroso que fundara dos escuelas en un plazo tan corto, cuando a ella le había costado tanto mantener incluso una, la Paisan. En la carta le indicaba a quién había que mandar de Antu y Fusung a la sección superior de la escuela.
Tras convertir las escuelas en puntos de apoyo de la revolución en Kalun, Ziaziatun y Kuwisu, el camarada Kim Il Sung trabajó con gran éxito para revolucionarizar a las aldeas de aquella zona. Este plan, que había meditado profundamente encontrándose en la cárcel, fue aplicado ampliamente con gran entusiasmo y fervor revolucionario.
En el verano de 1930 el camarada Kim Il Sung convocó en Kalun una reunión de los dirigentes de la Unión de la Juventud Comunista y de la Unión de la Juventud Antimperialista. En la

reunión presentó la línea revolucionaria marxista-leninista respecto a la revolución coreana, línea que era el fruto de largas reflexiones sobre la base de las grandes ideas Zuche, es decir, la línea revolucionaria democrática, antimperialista y antifeudal, la línea de la lucha armada, la línea del frente unido nacional antijaponés y la orientación de la creación del Partido Comunista de Corea.

Esta línea revolucionaria respondía a la pregunta de qué táctica y estrategia tenía fundamento e importancia de principio para realizar la revolución coreana. Eran problemas relacionados con el carácter y las tareas de la revolución en nuestro país, sobre los métodos y vías para realizarla, y sobre el Partido como estado mayor de la revolución.

En dicha reunión el camarada Kim Il Sung definió con precisión el carácter de la revolución coreana en la etapa dada:

...Nosotros somos la juventud y la nación coreanas. Nosotros, los jóvenes coreanos, no podemos permanecer como meros espectadores ante el hecho de que nuestra hermosa Patria y nuestros queridos compatriotas, hermanos y hermanas están siendo pisoteados y maltratados por el imperialismo japonés. Tenemos que expulsar a los imperialistas japoneses del territorio nacional y liberar e independizar a Corea. Pero no podemos limitarnos sólo a esto. Nosotros somos comunistas. Los comunistas no pueden dejar intactos a los terratenientes y a los capitalistas que oprimen y explotan a las masas proletarias.

Tenemos que derribar el régimen capitalista y construir la sociedad socialista y comunista. Tal como lo desean las masas proletarias. Estas dos tareas de la revolución no están separadas una de otra... Para realizar la revolución proletaria, primero hay que derribar al imperialismo japonés, liberar a Corea e independizarla, y luego, construir la sociedad socialista y comunista en nuestra Patria y hacer también la revolución mundial...

Rigiéndose por las ideas expuestas, el camarada Kim Il Sung efectuó actividad clandestina para revolucionarizar a la población de las aldeas situadas en las zonas de Kalun, Ziaziatun y Kuwisu.

Ziaziatun era un poblado coreano. Allí vivían los que habían llegado hasta allí desde la Patria a consecuencia de sus infortunios o después de participar en la insurrección del primero de marzo. La mayoría eran campesinos pobres y braceros, que vivían humildemente cultivando arrozales. La labor consistía en difundir entre la población las ideas patrióticas, despertar su

conciencia de clase y crear posiciones revolucionarias en el medio rural. Después de fundar la Escuela Zinmiong el camarada Kim Il Sung destinó a trabajar en ella como maestros a miembros del Ejército Revolucionario de Corea y a militantes de la Unión de la Juventud Comunista y de la Unión de la Juventud Antimperialista, que enseñaban gratuitamente a los hijos de los campesinos de aquellos lugares. Al mismo tiempo, en las escuelas nocturnas, con la juventud, los adultos y las mujeres, con arreglo al nivel de instrucción de éstos, se realizaba labor ideológica y formativa sobre las cuestiones siguientes: esencia explotadora de los capitalistas y los terratenientes, inevitabilidad de la desaparición del capitalismo y del triunfo futuro del socialismo y necesidad de expulsar a los imperialistas japoneses y del renacimiento de la Patria.

En la Escuela Zinmiong fue creada una Unión de Niños. Se formaron una Asociación Juvenil (La Unión de la Juventud Antimperialista), una Asociación de Mujeres, una Asociación de Campesinos y otras organizaciones de masas.

La Unión de Niños agrupaba en sus filas a todos los alumnos de la Escuela Zinmiong. La principal esfera de actividad de esta organización consistía en mantener enlaces clandestinos, hacer guardia, vigilar, explorar, transportar armas, realizar preparación militar y distribuir datos de propaganda.

La juventud local más progresista militaba en la Asociación Juvenil. En conferencias y cursillos asimilaban la ideología marxista-leninista. Era misión suya proteger el poblado, liquidar a los agentes del imperialismo japonés que se infiltraran y custodiar a los revolucionarios. Era ésta una labor muy importante, ya que de Changchun penetraban en la región de Ziaziatun muchos sabuesos y espías del imperialismo japonés.

Las Asociaciones de Mujeres y Campesinos realizaban fundamentalmente la preparación ilustrativa y política e imbuían en sus miembros las ideas antijaponesas.

Bajo la dirección del camarada Kim Il Sung se publicaba el periódico "El bolchevique" (al principio fue revista mensual, que después se convirtió en periódico), que tenía la misión de pertrechar a las masas revolucionarias con el marxismo-leninismo. Gracias a que se valía de diversas formas de trabajo se iban revolucionarizando los campesinos de aquella zona.

El camarada Kim Il Sung recorría constantemente las zonas de Kuwisu y Tulan teniendo como eje a Kalun, para

dirigir la labor ideológica de las organizaciones revolucionarias de estos lugares.

En su labor de dirección en la zona de Kuwisu, el camarada Kim Il Sung desarrolló con perspectiva la formación de cuadros revolucionarios, pues vio claramente el futuro de la revolución. En la Escuela Samkuang se estableció una sección superior con cursos de dos años, en la que se admitía a jóvenes y niños que tuvieran una instrucción equivalente a la de la escuela primaria. Las recomendaciones para el ingreso eran dadas no sólo por las organizaciones de Kuwisu sino también por las de la región de Kalun y de Manchuria Meridional. Las asignaturas fundamentales eran las políticas: Historia de Corea, "El Capital" de Marx, materialismo dialéctico y la Historia de la revolución socialista en la URSS. El material didáctico de estas asignaturas lo elaboraban y reproducían en multicopista los maestros, bajo la dirección del camarada Kim Il Sung.

Además de esto, los jóvenes y los adolescentes estudiaban el arte militar y hacían ejercicios de tiro.

En la Escuela Samkuang los estudios eran gratuitos; a los que ingresaban en la sección superior, por recomendación de las organizaciones locales, se les proporcionaba gratuito no sólo la residencia y la comida, sino también ropa, calzado y material de estudio.

En el verano de 1930, el camarada Kim Il Sung desplegó una gran labor de revolucionarización de las masas campesinas de las regiones de Kalun y Kuwisu, y las preparó para la movilización general bajo la bandera antijaponesa.

El camarada Kim Il Sung no tenía tiempo para descansar; trabajaba día y noche. De día formaba políticamente a los campesinos, ayudándoles en las faenas del campo. Por la noche daba clases en la escuela nocturna y conferencias. Después de terminar las clases, escribía material propagandístico y elaboraba material didáctico. Escribía también obras dramáticas y componía canciones.

No permanecía solamente en el medio rural.

Andaba de una aldea a otra. En agosto de 1930 se recrudeció la represión de los imperialistas japoneses y de los militarotes reaccionarios chinos contra las organizaciones revolucionarias urbanas, y el camarada Kim Il Sung tenía que luchar en defensa de ellas. Así que después de pasar un día en Kuwisu debía salir al día siguiente para Kilin, Ziojo, Harbin, Jailung y Tunjua. El enemigo le seguía la pista sin cesar, pero él tenía

que marcharse de las aldeas y regresar de nuevo. Tanto en la ciudad como en la aldea le aguardaban constantemente labores revolucionarias.

Al llegar a las localidades resolvía los problemas más complicados, superaba la crisis, y la revolución se desarrollaba con éxito.

Desde este período, sus compañeros de lucha y las masas revolucionarias empezaron a llamarle compañero Il Sung o Jan Biol (hasta entonces lo llamaban camarada Kim Song Zu). Al principio, este nombre constaba de jeroglíficos, que significaban "la única estrella", con lo que se expresaba la esperanza de que él sería la estrella matutina que sacaría de las tinieblas al pueblo coreano y lo llevaría a la aurora de la liberación. Más tarde se decidió que a tan gran dirigente de la nación no se le podía comparar simplemente con una estrella matutina, y se le empezó a llamar Kim Il Sung, o sea "Convertido en Sol", con la esperanza de que se convertiría en el Sol radiante de Corea.

Kang Ban Sok conocía detalles de la actividad de su hijo por su cuñado Kim Jiong Guon, al que se lo comunicaban los compañeros enviados a Antu por el camarada Kim Il Sung. Kim Jiong Guon le contaba también los diversos sucesos de los que era protagonista su sobrino en esa actividad. Era enorme la labor que recaía sobre él y tropezaba con muchas dificultades. Más de una vez corrió grandes peligros.

Kang Ban Sok escuchaba entusiasmada los relatos de Kim Jiong Guon acerca de su hijo y a veces le parecía que no se referían a él, sino a un héroe extraordinario. Cuando se enteró del nombre que le puso el pueblo le rebosó el corazón inmenso orgullo, pues el pueblo quería verlo convertido en el Sol de la nación, y ella estaba firmemente convencida de que él justificaría esa esperanza.

En cierta ocasión Kim Jiong Guon decidió dar a Kang Ban Sok una alegre noticia concerniente a él mismo.

—Cuñada, debo comunicarte que me voy a la Patria.

—¿A la Patria? —repitió ella, poniendo énfasis en la palabra "Patria".

—Sí, sí. Voy a la Patria. Tu hijo Song Zu ha enviado un emisario para comunicarme este mandato. Tú, cuñada, has dicho siempre que los varones deben ocuparse de cosas de hombres. Yo les voy a preparar una buena a esos canallas.

Kim Jiong Guon mantenía erguida la cabeza, emocionado por sus propias palabras.

—¿Es cierto eso?

Asombrada por esta noticia, Kang Ban Sok se tornó seria. Era una alegre noticia, pero la misión era importantísima.

—Mira, cuñada, lo que me ha mandado Song Zu.

Kim Jiong Guon se pasó la mano por la cintura, en la que se advertía el bulto de una pistola.

—Ahora soy combatiente del Ejército Revolucionario de Corea.

Era ésta una organización política y semimilitar de los comunistas coreanos —concebida por el camarada Kim Il Sung en la cárcel— para desplegar la Lucha Armada Antijaponesa. Después de organizado el Ejército Revolucionario de Corea, el camarada Kim Il Sung envió a sus combatientes a ciudades y zonas rurales con la misión de instruir y revolucionarizar al pueblo y preparar así el núcleo de los destacamentos armados. A Kim Jiong Guon le encomendó el camarada Kim Il Sung la misión de salir para la Patria a fin de realizar trabajo político de masas con el objeto de preparar la base de la lucha armada.

—¡Excelente trabajo! Un trabajo de hombre y en aras de la Patria. Una labor bien concebida y audaz. Ya no me queda nada más que decirte que tengas éxito.

—¡Tendremos éxitos! ¿Cómo no se me ocurrió a mí esa idea? Pues tú siempre hablabas de ello, y además conocía el legado de mi hermano mayor. Pero tú te encuentras mal. Song Zu estaba en la cárcel y yo no podía decidirme. Ahora que Song Zu está en libertad...

—Song Zu se preocupa de su madre y tú no debes inquietarte. El hombre vive de pan, pero también sería posible mantener la existencia merced al orgullo que se siente. Mas tú sabes, cuñado, que nosotros no podemos vivir sólo de pan. Un buen soporte es hasta hoy la conciencia de que vivimos por el bien de la Patria y esa convicción nos ha dado fuerzas para soportar la miseria. Somos miembros del Partido. Y así será en lo sucesivo. Song Zu emprendió el camino de la revolución y tú, cuñado, te incorporaste audazmente a él. ¿Qué preocupaciones puedo tener yo?

—No olvidaré tus palabras, cuñada. De todos modos, te digo que cuides de tu salud.

Sin prestar atención a estas palabras de Kim Jiong Guon, Kang Ban Sok preguntó:

—¿Cuándo sales?

—Mañana.

—Muy bien. Desayunarás con nosotros y te irás.

Aunque la noche era muy avanzada, Kang Ban Sok fue a la cocina. Kim Jiong Guon quería persuadirla de que no era necesario, pero ella no hizo caso.

—Es mi deber moral. Tengo un poco de mijo glutino. Quisiera hacer unas tortas para cuando venga Song Zu y te haré alguna para el camino.

Después de que Kim Jiong Guon se retiró a su casa, Kang Ban Sok puso el mijo a cocer, y por la madrugada lo echó sobre el tajo y amasó con él tortas. No durmió en toda la noche, pues al mismo tiempo había puesto unas habas rojas a cocer.

Mientras encendía el fogón de la cocina, se sumió en reflexiones.

¡Cómo no había de estar orgullosa cuando Kim Jiong Guon partía para la Patria a combatir con las armas en la mano! Esta noticia suscitaba alegría y era digna de aprobación. Mas no era una alegría ni felicidad de las que se pudiera hablar en voz alta.

Como demostró la experiencia, las acciones de los grupos armados en Corea costaban vidas. Podía ocurrir cualquier desgracia.

Mas ello no era óbice para renunciar al camino elegido. La mente exigía que había que ir y estar dispuesto al sacrificio. Esta inmensa alegría sólo puede sentirla el que ha emprendido ese camino y conoce el precio de la vida.

Estos pensamientos infundieron infinito ánimo en su corazón.

9

Tras despedir a Kim Jiong Guon, Kang Ban Sok esperó con impaciencia noticias sobre su actividad combativa. Llegó el otoño y no se sabía nada de él. Los diarios publicaban a veces noticias sobre acciones de grupos armados, pero no se decía quiénes componían esos grupos.

Kang Ban Sok se sentía cada vez más preocupada. ¿Habría cruzado sin percances la frontera? ¿Serían exitosas las acciones de su grupo? ¿Habrá caído prisionero?

Los contactos con su hijo se interrumpían a menudo. Había oído decir que había partido de las zonas de Kalun, Ziaziatun y Kuwisu, pero nada más. La situación era tensa. Por doquier asesinaban a coreanos.

Por fin, una noche llegó su hijo. Se alegró mucho de verlo, pero su preocupación por Kim Jiong Guon era cada vez mayor.

—Tú has venido, pero, ¿dónde está tu tío?

—¿Mi tío? —repitió el camarada Kim Il Sung, acercándose a su madre como para abrazarla.

—Se fue en agosto y desde entonces no hay noticias de él. Me dio noticias de ti y se marchó y no ha vuelto. Y tú, ¿traes alguna noticia de él?

Al ver a su hijo perfectamente bien, a pesar de que a cada paso le acechaba el peligro, Kang Ban Sok estaba segura de que afrontaría con éxito cualquier tempestad. Lo que le preocupaba era la suerte de Kim Jiong Guon.

—El tío combatió valientemente, mamá.

—¿Es cierto? —exclamó alborozada y asió fuertemente la mano de su hijo.

—Sí, peleó como un héroe.

—¡Cómo un héroe!

—Sí, mamá.

—Lo creo. Tu tío es un hombre valiente. Pero dime, ¿dónde combatió y por qué no ha venido?

Kang Ban Sok quería enterarse de todo, pero no sabía por dónde empezar a preguntar.

—¿Dónde está ahora?

Su hijo permaneció en silencio, pensando en lo que iba a decirle.

—¡Pero habla! ¿Ha sucedido algo con él?

—Ten un poco de paciencia y lo sabrás.

—¿Me lo van a decir?

—Sí.

No se sentía con fuerzas para seguir preguntando. No era la primera vez que le sucedía eso. Seguramente lo habrían detenido. Por un instante se sintió desconcertada, pero se repuso, pues no quería mostrar a su hijo el golpe tan grande que era para ella. Y con un esfuerzo de voluntad se dominó.

—Basta con que haya combatido bien. Todo puede suceder al que se decide a combatir por la Patria. Aunque me duele... Bueno, me es suficiente con saber que ha luchado valientemente.

—Tienes razón, mamá. Lo principal está en luchar bien.

También hay que luchar bien después de ser detenido. Dicen que mi tío se bate formidablemente ante el tribunal.

Kang Ban Sok oyó de su hijo un relato detallado sobre cómo pasó la frontera y combatió en Corea Kim Jiong Guon.

Junto con otros compañeros atravesó el Amrokang, con fe en el éxito e inquebrantable voluntad de cumplir hasta el fin la difícil, pero honrosa misión que le habían encomendado.

El grupo de Kim Jiong Guon asaltó el 14 de agosto de 1930 el puesto de la policía de la aldea Pabari, distrito de Fungsan, provincia de Jamkiong del Sur, ejecutando al brutal jefe de policía, el japonés Matsuyama, apodado "Avispa". Con sus acciones, el grupo de Kim Jiong Guon infundió en el pueblo la fe en la victoria y sembró la semilla de la lucha. Abriéndose paso a través de infinidad de cordones llegó al desfiladero Debawy, distrito de Riwon.

Cuando el grupo se aproximaba al centro distrital de Jongwon, uno de los combatientes fue detenido inesperadamente en la carretera y sometido a interrogatorio. En ese momento de peligro, Kim Jiong Guon se acercó y disparó contra el policía japonés, que era el jefe del puesto de policía de Zonzin, salvando de ese modo a su compañero, después de lo cual el grupo continuó su camino hacia Jongwon.

Estos disparos resonaron en la tierra patria, infundiendo la esperanza en la gente, encendiendo la chispa de la lucha y exhortando al pueblo a la pelea para derrotar a los invasores japoneses. Por desgracia, a consecuencia de la delación de un vendepatria, Kim Jiong Guon cayó en manos del enemigo en Jongwon.

Habiendo penetrado profundamente en Corea, por un camino regado con sangre, presto a cumplir la gran idea del camarada Kim Il Sung, Kim Jiong Guon fue apresado por el enemigo. Kang Ban Sok sentía más que nunca la rabia y el dolor, y lo que más le indignaba era que su cuñado hubiera sido detenido por culpa de un delator.

Puesto que Kim Jiong Guon había pasado dos veces la frontera de la muerte, liquidando policías japoneses, no había dudas de que tenía que haber regresado tras cumplir la misión de organizar la lucha armada. Pero debido a la delación de un traidor... La angustia y la indignación le partían el corazón a Kang Ban Sok.

Kim Jiong Guon había partido con gran entusiasmo revolucionario, pues sabía muy bien la importancia que tenía la lucha

armada dentro del país, según los planes del camarada Kim Il Sung.

La víspera de la marcha habló a Kang Ban Sok de sus aspiraciones y por efecto de su entusiasmo no pudo dormir en toda la noche. Habló mucho de su hermano. Se le recordaban muchas cosas antes de emprender aquel largo camino. Y se lo expresó todo a Kang Ban Sok, que después de la muerte de Kim Jiong Zik, con el que había abandonado la Patria en aras de la revolución, había sido para él la hermana mayor y la madre.

Kang Ban Sok también anidaba estos sentimientos y le escuchó con suma atención, esperando con impaciencia su exitoso regreso, pero había sido detenido y no se sabía cuándo volvería a verlo.

De este modo, dos familiares de Kang Ban Sok se encontraban en la cárcel en Corea. Seis años antes, en mayo de 1924, había sido detenido su hermano mayor, Kang Zin Sok, que aún se hallaba en la cárcel Sodemun, en Seúl. Kang Ban Sok se había pasado muchas noches sin dormir recordando a su hermano, y entonces también se hallaba allí Kim Jiong Guon. Estaba dispuesta a todas las pruebas en beneficio de la revolución, pero se sentía amargada por el hecho de que los dos habían sido detenidos por delaciones de traidores.

—Tu padre decía que había que conocer bien a la gente, pero lamentablemente... ¡Qué dolor!

—Esta es una cuestión muy seria, mamá. La revolución necesita muchas personas, y conocerlas no es cosa fácil.

—Claro que no es fácil.

—Esta vez he recibido una buena lección. Es cierto que a las personas se las conoce en lances de la dificultad y el peligro. ¿Te acuerdas, mamá, del camarada Chang?

El camarada Chang, chino de nacionalidad, había estudiado con el camarada Kim Il Sung en la Escuela Primaria No 1 de Fusung. Era un muchacho progresista, que educado y dirigido por el camarada Kim Il Sung se había hecho comunista.

—Si no hubiera sido por él, me habrían detenido sin falta. Me sacó del cordón policíaco en el carruaje de su padre ante las mismas narices de los policías japoneses.

El camarada Kim Il Sung explicó a su madre cómo había recibido ayuda de Chang en un momento de peligro.

Kang Ban Sok, que no conocía este caso, escuchó el relato del hijo sintiendo profunda gratitud hacia el camarada Chang.

Esto sucedió cuando su hijo atravesó el cordón policíaco al

dirigirse de Kilin a Jailung para establecer contacto con miembros de la Juventud Comunista que vivían en la zona comprendida entre Jailung y el distrito de Chingwen.

La situación era bastante tensa. El enemigo reforzaba la vigilancia y el control. Se recrudecían de día en día las persecuciones por parte de los imperialistas japoneses y los militarotes chinos del Kuomintang contra los coreanos después de la insurrección del 30 de mayo, provocada por los elementos sectarios.

Muchos camaradas relacionados con la organización tuvieron que pasar temporalmente a la clandestinidad, y era muy difícil restablecer el contacto con la organización.

Frente a tal situación, para proteger las organizaciones revolucionarias ante la represión del enemigo, restablecerlas, ampliarlas y crear un apoyo en las masas a fin de emprender la lucha armada, el camarada Kim Il Sung envió a miembros de la organización a varios distritos.

El mismo empezó por restablecer el contacto con los camaradas. Por entonces, los agentes secretos del imperialismo japonés le seguían sin cesar la pista y su vida estaba permanentemente en peligro.

Haciéndose pasar por un chino pudiente, el camarada Kim Il Sung subió al tren en una estación próxima a Kilin, ya que no podía hacerlo en la estación de esta ciudad. Por suerte encontró en el tren al compañero Chang, con el que en un vagón de segunda clase llegó hasta Jailung.

Pero el agente japonés que le seguía en Kilin se enteró de que había comprado billete para Jailung, y lo comunicó a su consulado. En la estación de Jailung le aguardaban policías y gendarmes japoneses para detenerlo.

En la estación esperaba a Chang su padre, que había recibido un telegrama del hijo. Cuando salieron del vagón el camarada Kim Il Sung y Chang, los recibieron solemnemente los guardaespaldas del padre de éste que estaban formados en el andén. Los policías y gendarmes japoneses no se atrevieron a alterar tal recibimiento.

Sin desconcertarse lo más mínimo, el camarada Kim Il Sung subió serenamente al carruaje, tirado por tres caballos, y salió satisfactoriamente de aquel cerco.

Kang Ban Sok, mientras oía el relato, sentía enorme gratitud hacia el camarada Chang.

Otra vez, cuando el camarada Kim Il Sung fue detenido

en Fusung por la policía, Chang convenció a su padre para que ayudase a ponerlo en libertad.

—Sí, tu compañero Chang no olvida tu amistad de los años de la escuela. Buen muchacho. Este ejemplo demuestra que tu padre tenía razón cuando decía que hay que saber conocer a la gente.

—Esto quiere decir que hay que ser amigo de una persona con la que compartes tus ideas y voluntad. De nada sirve la amistad si no hay comunidad de ideas y de voluntad. En esta ocasión he comprendido esto muy bien. Sí, mamá, recuerdas a...

Y el camarada Kim Il Sung nombró dos apellidos.

—Antes eran muy amigos de tu padre y pasaban a menudo por casa. ¿Dónde están ahora?

—Los dos viven en Ziojo.

—¿Hablaste con ellos?

—Sí.

—¿Están bien de salud?

—Parece que sí. Pero, ¿de qué les sirve si se portan como unos verdaderos cochinos?

—¿Por qué dices eso?

—Uno de ellos se ha degenerado por completo. Sólo le interesa el dinero. Cuando aparecí se asustó como si le hubiera ocurrido una desgracia. Se lo leí en los ojos. Así que sin entrar en conversación nos separamos a pesar de que fui a pedirle albergue por una sola noche.

Entonces fui a casa del otro. Se alegró de ver al hijo de su antiguo compañero, pero era evidente que se asustó. No me invitó a entrar en su casa, sino que me llevó a un restaurante chino, donde me dio de cenar y me propuso separarnos.

—¿Cómo han podido hacer eso? —exclamó extrañada Kang Ban Sok.

—Entonces yo necesitaba más el alojamiento para una noche que unas cuantas comidas. Me perseguían los sabuesos. Al hotel no podía ir; los compañeros que yo buscaba no se encontraban, pues estaban escondidos, y nadie sabía dónde se hallaban. Había anochecido y, como si fuera a propósito, no tenía donde dormir. Pensé entonces en esos tipos, creyendo que podrían albergarme durante unos cuantos días, y ya ves lo que salió.

Kang Ban Sok no podía concebirlo. Ella, y siempre lo había hecho así, acogía gustosamente en casa a los compañeros de su hijo; les ofrecía comida, pasando ella misma hambre, les daba

dinero para los gastos y los alojaba, pero no un día ni dos, sino varios meses. Y aún acogía con más hospitalidad a los que buscaban refugio para eludir el peligro. Si era arriesgado pasar la noche en su casa, ella buscaba un refugio seguro, y si no lo encontraba, los alojaba en su casa y se pasaba toda la noche en vela para protegerlos. Y eso ocurrió infinidad de veces. Por ello estaba asombrada de que hubiesen hecho eso con su hijo, pero no personas desconocidas, sino antiguos amigos de su marido.

—Así se degenera la gente que se ha apartado de la actividad revolucionaria —exclamó ella con amargura.

—Resulta que aquellos que proclamaron la consigna de la independencia de Corea, llamándose a sí mismos "patriotas" número uno cuando el movimiento iba en auge, al empeorar la situación y empezar la represión del enemigo se convierten en negociantes que se preocupan sólo de su seguridad y bienestar, olvidándose de las viejas amistades y de su deber. Eso ha sido lo que sentí hasta en la médula —dijo él.

—Y Chang, aunque es chino, es un magnífico compañero —dijo la madre.

—Un excelente camarada. Cuando hay identidad de ideas y de voluntad, la nacionalidad no constituye un problema. Es por eso que se debe conseguir camaradas y, sobre todo, realizar el movimiento revolucionario y la lucha a base de la unidad de ideas y de voluntad de la gente. Jamás debemos forjarnos ilusiones en las personas por lo que fueron.

—Es cierto. Antes hay que saber si la persona puede participar en la revolución. Bien, pero, ¿dónde pasaste la noche? En la calle, seguramente.

Aunque aquello era cosa del pasado, la madre quería saber dónde había pernoctado su hijo.

—Pensaba pasar la noche en la calle, pero eso era peligroso. Fui a casa de un compañero que tenía en Kilin relaciones con una organización juvenil. Al momento me di cuenta de que me perseguían los del Kuomintang. Por lo visto, alguien me había delatado.

Kang Ban Sok escuchaba con gran inquietud.

—Afortunadamente llegué a un callejón muy apropiado para esconderme por el que me metí para penetrar en cualquier casa. Iba corriendo y pensé que era mejor en una casa pobre que en una rica. Entré en una casita chata. Y figúrate, salió de allí una coreana que comprendiendo de qué se trataba, me tranquilizó. Luego de mirar lo que ocurría en la calle, me dijo que encendiese

la estufa en la cocina. Añadió que si se presentaban aquellos canallas, no les hiciera caso, pues ella se las arreglaría. Hice lo que me dijo. En ese momento llegaron corriendo soldados del Kuomintang, preguntando a gritos dónde se había metido el hombre que acababa de pasar a toda prisa por el callejón. La mujer respondió que ella no sabía nada y sentí que yo tenía el alma colgada en un hilo.

De la emoción, a Kang Ban Sok le sudaban las manos.

—La mujer, para que los soldados no sospecharan nada, les preguntó con fingida amabilidad si tenían hambre y les ofreció papilla, pero éstos se marcharon con las manos vacías.

—¿Y luego...? En verdad que es una mujer ingeniosa —Kang Ban Sok, suspirando con alivio, sintió admiración por esa mujer.

—Sí, fue admirable. Escucha lo que ocurrió después. Otra se habría tranquilizado al creer que la tormenta había pasado. Pero esta coreana, temiendo que volvieran los soldados, me dijo que siguiera desempeñando el papel de amo. Ya era hora de regresar su marido. Dijo que se iba a la huerta, donde estaba él para pedirle que no apareciera durante cierto tiempo por casa. Yo debía hacer de dueño de la casa hasta que no se fueran definitivamente los soldados. Es una mujer admirable, pensé. Al cabo de un rato volvieron a aparecer éstos y me pidieron que saliera y les ayudara en algo. Pero la coreana les dijo que su marido no se encontraba bien y salió ella a ayudarles. Qué mujer más buena. Pronto apareció su marido. Se alegró de que todo hubiera salido bien y me llevó a un escondrijo en el que me oculté durante cierto tiempo.

—Así tenía que suceder. No todos son iguales a esos de Ziojo. Hasta siento alivio. Esa es una mujer verdaderamente asombrosa. No cabe duda que las coreanas son ingeniosas.

—Sí, ingeniosas. Parece ser que la explotación y la opresión nacional hace a las personas valientes y suscita en ellas el espíritu de resistencia.

—Son dignas de gratitud estas personas. No olvides sus buenas acciones. Te ayudan personas extrañas, y yo no.

—Yo recibo ayuda de muchas personas.

—¡No las olvides!

—¿Por qué voy a olvidarlas, si lucho por su felicidad?

—Cuando piensas en que hay personas tan buenas, tan ingeniosas, te sientes con mucha fuerza para hacer la revolución.

Al camarada Kim Il Sung le sucedieron muchos casos semejantes.

Después de sortear los peligros gracias a la ayuda de personas así, se entrevistó con un compañero y después de conocer la situación general de esa región, salió para Harbin a fin de establecer contactos con la organización de allí.

Durante su permanencia en esta ciudad, en la que se reunió con compañeros de lucha revolucionaria, el camarada Kim Il Sung decidió alojarse en un hotel de lujo, del que era dueño un ruso blanco, que estaba eximido del control de la policía, aunque para ello tuvo que economizar de la comida. No quería correr riesgos en un hotel corriente, en el que era muy riguroso el control nocturno de la policía. Y cuando las camareras blancas acudían a preguntarle qué quería comer o cenar, les decía que ya había comido, pues le habían invitado unos amigos. Por la tarde salía y pedía el plato más barato: una torta de maíz. Pero esto no se lo contaba a su madre, porque sabía que ésta le diría que el hombre tiene que llevar siempre dinero consigo, y otra vez se mataría trabajando a fin de ahorrar dinero para él.

Al cabo de diez días, después de terminar el examen de todas las cuestiones inaplazables con la organización de Harbin, el camarada Kim Il Sung partió para Tunjua. La situación era allí muy tensa. El enemigo reforzaba la vigilancia, pues los fraccionalistas, que tenían influencia en la parte oriental de Kilin, antes y después del primero de agosto, Día Internacional Anti-bélico, asaltaron cuarteles del ejército chino, destruyeron vías férreas y puentes ferroviarios e inutilizaron las líneas telefónicas y telegráficas.

Después de establecer contacto con la organización local y, activando su trabajo, el camarada Kim Il Sung se enlazó con los compañeros dispersos y les exhortó a prepararse para realizar un nuevo trabajo revolucionario. De este modo, después de restablecer las organizaciones urbanas y dirigirlas, el camarada Kim Il Sung fue en el otoño del mismo año a Kuwisu, distrito de Itung, donde dirigió las labores de la organización revolucionaria. Debía salir también para Uzaz, distrito de Juaido, donde con otros compañeros se proponía establecer contacto con los campesinos y revolucionarizarlos. Pasó por la casa de su madre, en Antu, a fin de ponerse al corriente de las cosas de allí y dar indicaciones en relación con la orientación ulterior de la lucha.

Después de marchar Kim Jiong Guon a Corea, Kang Ban Sok tuvo que librar una dura lucha. Alojó al camarada Kim Il Sung en un lugar seguro y mandó a Chol Zu y a Yong Zu a que buscaran a compañeros de su hijo.

La experiencia de la lucha mostraba la justedad del rumbo propugnado por Kang Ban Sok al llegar a Antu. Esta línea exigía del núcleo penetrar en las masas campesinas, organizar para ellas aunque fuera una pequeña escuela nocturna o una sociedad de amigos, y utilizarlas para agrupar a aquéllas sobre la base de un fin común y revolucionarizarlas en lo sucesivo.

Casi todos los habitantes de los poblados de Singlungchon y Siosajo estaban agrupados en una organización.

El camarada Kim Il Sung ordenó seguir desarrollando esta labor y propuso a su madre que se mudara a Singlungchon en el momento adecuado, pues la actividad de la Asociación de Mujeres era más necesaria en el medio rural que en Antu para la revolucionarización de la población.

La madre le prometió hacerlo en fecha conveniente.

La reunión duró toda la noche, hasta clarear el día. El camarada Kim Il Sung debía hacer un largo viaje y estaba cansado. Los compañeros le decían que descansase aunque fuera un solo día.

Pero Kang Ban Sok, entregando a su hijo un paquete con arroz cocido, le dijo:

—Descansar cuando se quiere es a veces motivo de grandes desilusiones. Ponte en camino, pues se trata de la revolución.

Cuando amaneció, el camarada Kim Il Sung, vestido de otra manera, salió de Antu.

10

Uzaz, zona completamente rural, estaba poblada por coreanos, que habían asimilado aquellos lugares. Existían allí unos 300 hogares campesinos, agrupados en caseríos. Los coreanos tenían establecida una asamblea comunal de aldea como una autogestión rural, a la que competían las cuestiones de industria y administración, así como de instrucción y cultura. Querían crear allí una "aldea ideal", pero como desconocían el marxismo-leninismo, la idea no pasaba más allá de ser un sueño irrealizable. Para que los campesinos locales pudieran elegir el camino justo, el camarada Kim Il Sung estableció conexión con la parte más adelantada de la población y con la juventud progresista, y con su ayuda transformó paulatinamente los grupos existentes en organizaciones revolucionarias marxista-leninistas. Comunicó a Kang Ban Sok que había ido a Uzaz a fin de seguir desarrollando el trabajo.

El gentilicio de Uzaz fue otro nombre que pasó a ser entrañable para Kang Ban Sok.

El camarada Kim Il Sung dirigió allí la Escuela Primaria Samsong y reformó en un organismo revolucionario la filial en Uzaz, del distrito de Huaide, de la Federación General de la Juventud en Manchuria del Sur, agrupando en sus filas a muchos jóvenes. Transformó asimismo la Sociedad Campesina en Unión de Campesinos, para inculcarles las ideas patrióticas antijaponesas y despertar su conciencia de clase, y los alzó a la lucha contra el imperialismo japonés y los terratenientes.

A fin de que las ideas antijaponesas prendieran fuertemente en la juventud y los campesinos, empezó a publicar la revista "Nong-u" (Amigo de campesinos).

Al mismo tiempo que organizaba y desarrollaba la labor para revolucionarizar paulatinamente todas las aldeas en Uzaz, el camarada Kim Il Sung dirigía la lucha revolucionaria en su conjunto en Corea y en toda Manchuria, por lo que no podía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Era una labor impostergable restablecer la Juventud Comunista en Manchuria Oriental y en las zonas fronterizas, en las que vivían muchos coreanos. Esta labor la emprendió nada más salir de la cárcel, pero el recrudecimiento de la represión, a consecuencia de la "insurrección del 30 de mayo", hacía que progresara lentamente. Urgía avanzar. A comienzos del año 1931, el camarada Kim Il Sung se marchó otra vez para Tunjua.

Aunque estaba muy ocupado con el trabajo revolucionario, el camarada Kim Il Sung siempre tenía en su pensamiento a la madre. Cuando pasó un rato en septiembre por casa, la madre se encontraba peor, si bien seguía realizando trabajo revolucionario con todo entusiasmo. Cuando el camarada Kim Il Sung terminó sus asuntos en Tunjua fue a Antu.

A Kang Ban Sok le alegró mucho la llegada del hijo. Acababa de recibir una carta de Mankiongde en la que le decían que su suegra había asistido a la vista de la causa de

Kim Jiong Guon y transmitía impresionantes detalles de este proceso. Al final de la carta, la abuela preguntaba por su nieto. Hacía votos por que el camarada Kim Il Sung acabara cuanto antes con este mundo injusto.

Prenderemos una hoguera en el mundo.
Con el martillo quebraremos las cadenas.
¡La bandera roja es nuestra esperanza!
¡La lucha! Esa es nuestra consigna.
. . . .

Esta canción la cantaron Kim Jiong Guon y sus compañeros durante la celebración de su juicio.

Esta canción exhortaba al pueblo a la lucha.

Cuando cantaba derramó amargas lágrimas Kim Jiong Guon, que había caído en las garras de los imperialistas japoneses y hacía ya mucho tiempo que se había olvidado de llorar. Los japoneses, llenos de pavor al resonar las canciones, se apresuraron a dar fin a aquel injusto proceso.

El fiscal leyó a toda prisa el "acta de acusación" y, a renglón seguido, el juez dictó la sentencia:

A Kim Jiong Guon, quince años de cárcel.

. . . .

Con la cabeza erguida, Kim Jiong Guon miró fijamente al juez. Todo ocurrió en un instante. Como si fuera un titán levantó el banco en que estaba sentado y lo arrojó contra aquellos canallas.

De pronto todo fue jaleo, confusión, gritos y estruendo. Gendarmes y policías se arrojaron sobre los acusados y les pusieron las esposas; otros comenzaron a desalojar rabiosamente al público de la sala.

"¡Abajo el imperialismo japonés!", resonó estruendosamente bajo las bóvedas de la sala y parecía que los gritos de Kim Jiong Guon estremecieron las paredes.

"¡Viva la independencia de Corea!"

Este oprobioso proceso, amañado por los verdugos imperialistas japoneses contra Kim Jiong Guon y sus compañeros, en el "juzgado local de Jamjung", se convirtió en un riguroso juicio contra los verdugos.

El camarada Kim Il Sung leyó y releyó la carta que le había entregado su madre y no la soltó de la mano mientras ella le estuvo hablando de su tío. Era un relato de toda la familia, era en realidad un relato de toda la nación. En la voz de Kang Ban Sok restallaba la ira. Todo lo conocía el camarada Kim Il Sung, pero mientras escuchaba a su madre no sólo pensaba en Kim Jiong Guon o en la abuela de Mankiongde.

El relato acerca de Kim Jiong Guon le traía a la memoria todo lo que veía y oía a diario en los lugares que visitaba para restaurar y extender las organizaciones revolucionarias, a fin de crear una base de masas para la lucha armada.

Se libraba una lucha audaz contra el imperialismo japonés y los militarotes chinos, y la represión del enemigo era cruel. Una desgracia se había abatido sobre todas las familias. Toda la nación era infortunada y sufría.

—Mamá, todavía nos queda mucho por hacer —le dijo el hijo.

En estas palabras sonaba una firme decisión. Kang Ban Sok se imaginaba de otra manera las privaciones de su hijo, que muchas veces ni tenía tiempo de comer y dormir. Entonces se percató de que su hijo se había echado sobre los hombres un peso abrumador: la responsabilidad por los destinos de la nación.

—En ti ciframos todas nuestras esperanzas, hijo mío —le dijo—. Tienes que estar preparado para sufrir toda clase de privaciones. ¿La gente anda todavía buscando refugio? Aquí las cosas se van arreglando poco a poco...

—Esa situación persiste. De todos modos, muchas cosas marchan mejor. Aquí se consiguen éxitos gracias a tu magnífica labor. He estado en la Manchuria Oriental, donde no hay contactos entre los compañeros, y la gente no sabe qué hacer ni cómo hacerlo. Por lo visto, habrá que convocar inmediatamente una reunión. Para ello debo ir más de visita y estudiar la situación de las localidades, y a continuación celebrar la reunión para orientar el trabajo de acuerdo con el rumbo emprendido en Kalun. Pero presiento, mamá, que aquí se presentarán pronto los japoneses. ¿Qué. crees?

—Ya tenemos experiencia. Los japoneses han extendido gradualmente su influencia en Linziang y Fusung. Está claro que también vendrán aquí. Pero no se sabe cuándo lo harán. Por eso nosotros debemos trabajar muy bien, pensando que, de todos modos, han de venir. Dicen que el gato se lame las uñas después de haber probado la carne y ellos le han cogido el gusto después de haberse tragado a Corea. ¿Cómo se van a

perder este bocado en tan espaciosa tierra, que se encuentra situada a la otra parte del río?

—Así es, mamá. En la agresión se revelan las entrañas de los imperialistas. Pronto aparecerán por aquí.

—Cuando aparezcan habrá que cambiar seguramente los métodos de trabajo.

—Precisamente reside en eso el quid de la cuestión —contestó él con viveza—. Mamá, ya te dije el verano pasado en la orilla del río Simunziang que ahora nuestra tarea consiste en armarnos. Mantuve esta idea todo el tiempo en que me entrevisté con los compañeros. ¿Qué pasará si nos cuesta tanto encontrarnos y si el enemigo nos hostiga? Sólo hay una salida: hacer frente con las armas en la mano al enemigo armado.

—Sí, sí. Tú sabes que estoy de acuerdo contigo desde que me hablaste de ello. También estaba de acuerdo con la marcha de tu tío. Es doloroso que lo hayan condenado a 15 años, pero me siento orgullosa de él. ¡Es fantástico: un disparo y se despierta al pueblo!

—¡Mi tío ha peleado valientemente!

En mayo de 1931, el camarada Kim Il Sung reunió en Mingwekou a dirigentes del Partido y de la Unión de la Juventud Comunista.

En el período anterior había recorrido toda la Manchuria Oriental, el distrito de Jolung y la región de Tunjua. Por fin se desplazó a Ungslouz, donde se enfrascó en el trabajo, olvidándose a veces de comer y de dormir.

Dormía sin manta ni almohada y se ponía debajo de la cabeza un leño; comía papilla de maíz con *Kimchi* de berza. Se entregaba por entero al trabajo clandestino con los campesinos.

En la reunión, basándose en un estudio científico de la situación creada, con motivo de la invasión del continente asiático por el imperialismo japonés, de lo que había hablado con su madre, adoptó una serie de medidas de carácter práctico dirigida a la lucha que se avecinaba.

11

Después de la Conferencia de Mingwekou, el camarada Kim Il Sung fue a su casa en Antu después de recorrer Sing-

lungchon, Liusujo, Tasajo, Siosajo y otros lugares, en los que en el curso de la dirección de las organizaciones revolucionarias, creó entre las masas una base para la lucha armada y dio un fuerte impulso a la labor de ampliación y fortalecimiento del Ejército Revolucionario de Corea. En esta región le fue muy fácil la labor, puesto que entre la población había desplegado un ingente trabajo Kang Ban Sok.

Durante un breve tiempo, Kang Ban Sok vivió con su hijo. Era la primera vez después de su estancia de unos seis meses en Fusung, cuando se ocupaba de la actividad de la Unión Infantil Senal, tras su salida de la Escuela Juasong. El camarada Kim Il Sung, preocupado de la quebrantada salud de su madre, trataba de persuadirla para que descansara, pero al ver la intensa actividad de su hijo, ella trabajaba con mayor ahinco, como si jamás hubiera estado enferma.

En cuanto a la salud, la madre se preocupaba más de su hijo.

—¿Resistirás? Hasta te olvidas de comer y dormir.

Después de su regreso a casa, el camarada Kim Il Sung no descansaba en absoluto: imprimía octavillas y otros documentos en la multicopista y leía libros.

—Cuando uno es joven debe trabajar sin descanso. Sólo así se adquiere fuerza.

—También has de descansar, aunque seas joven.

—No te preocupes, mamá; siempre me siento bien.

—¿Cómo te vas a sentir bien, si no duermes?

—Me basta con mirarte y me siento rebosante de energía. Lejos de casa, cuando estoy cansado, me acuerdo de ti, y me afluyen fuerzas. Cuando pienso en que, después de la revolución, viviremos mejor y nos iremos a Mankiongde a recordar el pasado... Ya ves que hay métodos para trabajar durmiendo poco.

—Ahora florecerán los melocotoneros en Mankiongde —dijo pensativa la madre.

Kang Ban Sok puso la mesa. Durante la comida el hijo trataba de calmar a la madre.

—También me brotan energías porque has preparado un riquísimo arroz y hortalizas adobadas...

Al decir esto no sólo quería animar a su madre. El sabía que antes de llegar la primavera su madre recorría todos los cerros soleados, recogía plantas comestibles recién nacidas y

preparaba sabrosos platos. Al camarada Kim Il Sung le gustaban mucho las verduras frescas.

Aunque escaseaba hasta la sal en la casa, la madre procuraba siempre hacer sabrosas las comidas.

Su hijo destacaba su diligencia con mucho cariño. Entonces él pensaba en todas las madres de Corea. Comprendía muy bien que las madres se afanaban por preparar buenas comidas para sus amados hijos, aunque fuese con ensalada de plantas silvestres. Pero también sabía lo que sufrían cuando no podían darles a sus hijos otra cosa.

El camarada Kim Il Sung y otros compañeros fueron detenidos por la policía en Antu a consecuencia de la delación de un traidor. Los enemigos veían alarmados como después de su llegada se había incrementado bruscamente la actividad revolucionaria.

Kang Ban Sok organizó una campaña para liberar a los detenidos. Sufría mucho porque habían detenido a su hijo en su presencia. Le parecía que lo habían arrestado por su falta de vigilancia para protegerlo. Además comprendía muy bien lo importante que era para la revolución el trabajo de cada día de su hijo.

La detención del camarada Kim Il Sung podía asestar un golpe irreparable al desarrollo de la revolución, ya que bajo su dirección habían empezado a restablecerse las organizaciones revolucionarias, y comenzaba a incrementarse la actividad revolucionaria después de la Conferencia de Mingwekou. Por eso debía iniciar una campaña por la libertad de su hijo y de sus compañeros. En realidad, esto era la lucha por la salvación de la revolución coreana.

Cuando la madre iba a llevarle comida a su hijo a la celda, le daba ánimos:

—No te preocupes, pues vamos a iniciar una campaña por tu liberación. Si la organización no puede excarcelaros, ¿para qué sirve?

Kang Ban Sok incorporó a esta campaña a las afiliadas a la Asociación de Mujeres.

Al explicarles que su hijo había sido detenido arbitrariamente, desenmascaraba y condenaba la actividad criminal de la policía reaccionaria y exhortaba a todos a incorporarse a la lucha por liberar a los revolucionarios.

Los habitantes de la región de Antu, que conocían muy bien el glorioso nombre y las altas cualidades morales del camarada

Kim Il Sung y lo respetaban profundamente, estaban indignados. Alentados por los apasionados llamamientos de Kang Ban Sok, se alzaron a la lucha por su liberación.

Siguiendo el ejemplo de Kang Ban Sok se levantaron a la lucha las mujeres de Antu, que hasta poco antes no sabían qué era la lucha, pero gracias a los abnegados esfuerzos y a la buena preparación realizada entre ellas por Kang Ban Sok, se despertó en esas mujeres la conciencia nacional y clasista y estaban decididas a pelear valientemente como las demás.

Formadas en una columna las mujeres, cohesionadas por una voluntad común, avanzaron hacia la estación policíaca coreando consignas.

Los policías, que veían por primera vez una columna de centenares de mujeres, estaban atemorizados al advertir en sus rostros una expresión de ira y decisión.

La policía se vio obligada a poner en libertad al camarada Kim Il Sung.

Al salir de la estación policíaca, éste dijo a su madre:

—¡De veras que has trabajado mucho por la revolución! Si no hubiera existido la organización habría sido imposible levantar a tal masa, y además sólo de mujeres. ¡Mamá, has realizado magistralmente la labor revolucionaria!

No sabiendo qué hacer por la emoción, el camarada Kim Il Sung tomó a su madre de la mano.

El sabía muy bien lo bondadosa que era su madre, pero también sabía que era firme, inquebrantable y recta. Y se alegró mucho al conocer otras cualidades: su capacidad para agitar y alzar a las masas a la lucha. No sabía cómo expresarle su admiración al pensar que ya en libertad, no habría obstáculos para seguir desarrollando la actividad de la organización revolucionaria. Kang Ban Sok no sólo había luchado por liberar a su hijo, sino que había desplegado una actividad heroica en beneficio de toda la organización. El camarada Kim Il Sung se sentía pletórico de fuerzas. Le estimulaba ilimitadamente el enorme apoyo moral de su madre.

El 18 de septiembre de 1931 irrumpieron en Manchuria los imperialistas japoneses. Durante largo tiempo se habían preparado para atacar a China, confiando con ello en hallar salida de la crisis económica en que se veía atenazado el país. El pretexto fue el "incidente de Mambosan" y las explosiones en la vía férrea de Manchuria del Sur. Al culpar de todo esto a China,

el 18 de septiembre de 1931 emprendieron una descarada agresión armada.

Previendo con gran clarividencia los acontecimientos, el camarada Kim Il Sung desplegó una amplia actividad clandestina entre las masas campesinas con el fin de formar fuerzas revolucionarias. Gracias a ello, desde septiembre de 1931 los campesinos coreanos realizaron levantamientos en varios distritos de Manchuria Oriental, llamados alzamientos de la "cosecha otoñal".

Decenas de miles de campesinos coreaban las consignas: ¡Abajo los imperialistas japoneses! ¡Abajo los terratenientes reaccionarios!

Se enfrentaron a los terratenientes exigiendo reivindicaciones políticas y económicas urgentes, que se fijaran nuevas rentas por el arriendo de la tierra: de dos a ocho, de tres a siete e incluso de cuatro a seis. Los levantamientos de la "cosecha otoñal" duraron hasta el mes de diciembre del mismo año y participaron en ellos más de cien mil campesinos.

A finales de la década de veinte y comienzos de la de treinta, el movimiento obrero y campesino de Corea tomó el carácter de insurrección como lo testimonia el caso de los mineros de Sinjung y los campesinos de Danchon. Al mismo tiempo, en los distritos de la Manchuria Oriental se incrementaron las acciones revolucionarias de las masas trabajadoras, dirigidas por los comunistas, siendo testimonio de ello los levantamientos de la "cosecha otoñal".

Los imperialistas japoneses, asustados por las acciones revolucionarias del pueblo coreano, cometieron asesinatos en masa.

Con motivo de la nueva situación, el camarada Kim Il Sung, dirigiendo certeramente las acciones revolucionarias, se propuso elevar la revolución coreana a una nueva etapa, a un nivel más elevado, y dirigía el trabajo clandestino, manteniendo contactos con las zonas de Antu y Singlungchon como centro, y con todos los demás distritos de la Manchuria Oriental. E inmediatamente después del "incidente del 18 de septiembre" convocó en Antu (Sungziang) una reunión a la que asistieron los dirigentes de las organizaciones locales del Partido y de masas.

En dicha reunión expuso una vez más que la única vía para impulsar la revolución coreana era la Lucha Armada Antijaponesa, por lo que los comunistas debían movilizar a las masas a

fin de que todos los que pudieran empuñar las armas tomaran parte en esa lucha.

Después de esa reunión, el camarada Kim Il Sung aceleró la labor para cohesionar a las fuerzas antijaponesas y adquirir armas.

En noviembre de 1931 convocó una nueva asamblea en Mingwekou (Ungslouz), que se prolongó diez días. En ella se examinó la orientación concreta de la organización y el desarrollo de la Lucha Armada Antijaponesa frente a la ocupación de Manchuria por los imperialistas japoneses. Se debatió también la cuestión relativa a la creación de un frente único con el ejército nacionalista chino.

Después de esta reunión de Mingwekou, el camarada Kim Il Sung se dedicó a la labor clandestina para formar los destacamentos armados.

12

Por esa época, Kang Ban Sok tuvo que mudarse varias veces de casa. De Antu pasó a Singlungchon, y de aquí a otro lugar. Con frecuencia paraba en el nuevo lugar un mes, dos y, a veces, sin desempaquetar los bártulos se marchaba al día siguiente, yendo a otra parte donde alquilaba una habitación en alguna casa.

Estos desplazamientos se debían al trabajo clandestino del camarada Kim Il Sung. Cuando la organización consideraba necesario su traslado para favorecer la actividad revolucionaria del camarada Kim Il Sung, ella preparaba inmediatamente los enseres y se trasladaba al nuevo lugar.

En el curso de estos desplazamientos iban quedando cada vez menos cosas, que ya de por sí eran muy pocas. Pero Kang Ban Sok no se quejaba de esto. No escatimaba nada ni le causaba molestia si se trataba de algo que favorecía a la revolución. Casi con las manos vacías se trasladó de Antu a Singlungchon.

Lo preocupante era la salud de Kang Ban Sok, que día a día iba empeorando. Pero, sin hacer caso de esto, ella seguía trabajando.

Con el trabajo procuraba atenuar la enfermedad. En

Singlungchon Kang Ban Sok intensificó las labores de la Asociación de Mujeres y prestó atención a una escuela nocturna. El diapasón de sus actividades era muy amplio.

Su salud empeoraba de día en día. Una vez, durante una lección se mareó y perdió el conocimiento en la escuela nocturna. Los alumnos la llevaron en brazos a casa, en la que estuvo sin levantarse durante unos cuantos días. Una vida colmada de penalidades había derrumbado a una persona que había entregado más de diez años de su vida a la lucha contra la miseria y a la causa de la revolución.

En unos cuantos días, el camarada Kim Il Sung no pudo salir lejos de casa. Esto le dolía más a la madre que la propia enfermedad. Ella se percataba muy bien de lo importante y de lo perentorio que era en aquel entonces el trabajo de su hijo.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad se levantó.

Pero no pudo seguir dirigiendo la escuela nocturna. Se encontró a otra mujer, que no podía dar bien las lecciones puesto que estaba poco preparada. Kang Ban Sok la llamó a casa y la instruía antes de impartir cada lección.

El camarada Kim Il Sung hacía todo lo posible por proporcionar a su madre los medicamentos necesarios. En esto le ayudaban sus compañeros de lucha, enviándole paquetes desde Harbin, Fongtien y Kilin. Eran los compañeros de lucha del camarada Kim Il Sung que llamaban "nuestra madre" a Kang Ban Sok, a los que en muchas ocasiones había atendido como si fueran sus propios hijos.

Cuando el camarada Kim Il Sung estaba en casa, él mismo le preparaba la medicina y enseñaba a Chol Zu a hacerla y a cocinar.

—Como mamá está enferma, nosotros mismos debemos preparar la comida. Cuando no esté yo en casa, no la dejes entrar en la cocina, ¿entendido?

Estas palabras las oía ella a menudo desde la habitación en que estaba guardando cama. El mismo preparaba los entremeses para el arroz cocido. No se sabe cuándo aprendió a cocinar, pero su maestría era tan elevada como la de su madre. Cuanta más atención prestaban los hijos a su querida madre, tanto más le dolía a ella estar acostada, y pese a la enfermedad se levantó.

Pero la dolencia se hacía sentir inexorablemente. Kang Ban Sok se preocupaba más de ocultar su estado al hijo que de curar su enfermedad.

Debido a la agravación de la madre, el camarada

Kim Il Sung hacía todo lo posible por dormir en casa. Había muchos casos en que, aunque saliera muy lejos, volvía, costase lo que costase, aquella misma noche. En casa se pasaba las noches en vela atendiendo a su madre y leía mucho. La situación era muy complicada y planteaba muchos problemas que exigían una solución teórica.

Cierta noche, Kang Ban Sok, que había dormido muy mal, se despertó de súbito y notó que faltaba su hijo. Inmediatamente adivinó dónde estaba. El camarada Kim Il Sung había adquirido la costumbre de ir a la escuela de noche. Temía despertar a su madre al pasar las páginas del libro que leía. A Kang Ban Sok le pareció que pronto iba a amanecer, por lo que el aula de la escuela nocturna estaría muy fría. Se sintió presa del temor al pensar que estaba leyendo en una habitación fría y que podía quedarse dormido. En Manchuria el termómetro marca en invierno hasta 30 grados bajo cero. Se decía que incluso las piedras se resquebrajan.

Kang Ban Sok se levantó de la cama.

Estaba muy débil, pero pensando en su hijo salió a la calle. En la ventana de la escuela ardía la luz. Se acercó despacio y miró al interior. A la luz de una lamparilla, cubierto hasta la cabeza con una zamarra enguatada, su hijo leía un libro. A veces tosía y entonces exhalaba de la boca un vaho blanco.

Kang Ban Sok entró sin ruido en la cocina, buscó las cerillas a tientas y encendió el fogón. Su hijo, enfrascado en la lectura, ni se dio cuenta. Haciendo todo lo posible por no meter ruido, Kang Ban Sok alimentaba el fuego con hojas secas. Hacía lo posible para no interrumpir la lectura. Cuando las hojas se acabaron empezó a partir ramitas con el bajo de la falda para no meter ruido.

En aquel instante pasó junto a la escuela el guarda nocturno y echó un vistazo a la cocina. Kang Ban Sok se llevó el dedo a la boca para que no hablara, salió a la calle y lo llevó detrás de la cocina. Luego le explicó:

—Song Zu no está en casa desde muy entrada la noche. Se halla enfrascado en la lectura, sentado en el suelo helado. Para no estorbarle estoy encendiendo la estufa con mucho cuidado. Váyase en seguida, pues si se da cuenta se mostrará preocupado.

El guarda chasqueó con la lengua y dijo:

—Pero, ¿cómo se ha atrevido usted con esta helada a venir

aquí y además encontrándose delicada? ¡Váyase inmediatamente a casa! Yo mismo alimentaré el fuego.

Ella protestó.

—De ninguna manera. Yo lo haré. Hay que hacerlo sin meter ruido.

—No, no. Yo mantendré el fuego. Vuélvase a casa. Si no se va se lo diré al camarada Song Zu. Yo también sé hacerlo sin ruido. Por favor, vuélvase. Nosotros también respondemos por la protección del camarada Song Zu. Pues realiza labor revolucionaria por el bien de todos nosotros, ¿no es así?

A Kang Ban Sok no le quedó más remedio que marcharse.

El camarada Kim Il Sung volvió a casa cuando en el patio ya era completamente de día.

—¿Cómo has dormido, mamá?

—He dormido de un tirón toda la noche sin despertarme. ¿Tú has vuelto a pasar la noche en la escuela? Hacía frío.

—¡Qué va! El guarda encendió tan bien la estufa que hacía mucho calor. Más calor que en casa. ¿Tú no tienes frío?

El camarada Kim Il Sung tocó la ropa de la cama y fue a la cocina a encender la estufa con ramitas.

La madre le estaba agradecida al guarda, que no había revelado su secreto.

Así ocultaba la madre el abnegado amor que profesaba a su hijo. No quería preocupar a su hijo, que había emprendido el camino de la revolución.

Y de nuevo realizaron otro traslado, esta vez a Siosajo.

Era un poblado exclusivamente coreano. Allí sólo había dos familias que no fueran comunistas. En ese pueblo el camarada Kim Il Sung entraba tranquilamente en casa, sin ocultarse de los vecinos.

Kang Ban Sok consideraba que era obligación suya revolucionarizar aún más a los habitantes de esa aldea.

Después de pasar a este lugar se operó una mejoría temporal en la salud de Kang Ban Sok. La escuela nocturna funcionaba muy bien y en el invierno fue erradicado el analfabetismo. Se produjo un importante progreso en el trabajo de revolucionarización del vecindario.

En todas partes adonde se trasladaba Kang Ban Sok se intensificaba la revolucionarización de las masas y se elevaba su conciencia de lucha contra los imperialistas japoneses y los terratenientes. En cierto poblado, la tierra seguía siendo propiedad de los terratenientes, y la brutal violencia de los militarotes chinos constituía la ley.

Una vez apareció en el poblado un terrateniente que trató de llevarse por la fuerza a una muchacha. Una cosa muy corriente allí donde hay terratenientes y arrendatarios, en donde la gente toma tierra en arriendo a los terratenientes y éstos le exprimen el jugo. El padre de esta muchacha había contraído deudas con el terrateniente y hacía varios años que no podía devolverlas. El terrateniente se había "dignado" concederle el préstamo y durante dos años no se lo recordó siquiera. Pero no hizo eso por sus buenos sentimientos, pues tenía el vil propósito de llevarse de concubina a la hija del campesino, ya que le había llamado la atención la belleza de la chica.

Varias veces había exigido al campesino que le entregara su hija. El padre se negaba rotundamente y lograba que le aplazase la deuda. Además no decía una palabra a nadie de la insolente exigencia del terrateniente. Le era muy afrentoso y no quería que se enterase su hija.

El terrateniente sabía que su deudor no era solvente y por eso prorrogó el débito varias veces. En fin de cuentas, el campesino ya no pudo pedir más prórrogas, y el terrateniente le dijo que se llevaba a la hija.

El campesino, apesadumbrado, contó su desgracia a los vecinos. La Asociación de Mujeres dio suma importancia al caso. La maestra de la escuela nocturna se lo dijo a Kang Ban Sok, que se indignó horriblemente. Ella hablaba a menudo a las afiliadas a la Asociación de Mujeres acerca de la emancipación de la mujer y de la revolución. Y he ahí que en el poblado se presentaba ese caso oprobioso: la compra de una mujer. ¿Acaso no era eso una ofensa a la Asociación de Mujeres y un reto a la revolución?

Kang Ban Sok se levantó y se sentó en el lecho.

—¡Canalla! ¿Qué medidas pensáis tomar?

—Queremos esconder, antes que nada, a la muchacha.

—¿Vais a esconderla? ¿Por qué? ¿Acaso ha cometido ella un delito? Lo que hay que hacer es luchar contra ese malvado. Esconder a la muchacha no ayudará en nada.

Era una chica muy buena, que asistía con asiduidad a la escuela nocturna y ansiaba tomar parte activa en el trabajo revolucionario. Pero su padre se oponía a esto.

Kang Ban Sok, ayudada por Chol Zu, recorrió la aldea y movilizó a las militantes de la Asociación de Mujeres y a los

miembros del Cuerpo Infantil de Vanguardia, y con su ayuda reunió a todos los aldeanos en la escuela nocturna. La gente, indignada por el propósito del terrateniente de llevarse a la muchacha, se congregó rápidamente.

Kang Ban Sok, reprimiendo la cólera, empezó a hablar con calma.

—Les he pedido reunirse para tratar de una cuestión que afecta a la aldea. ¿Se puede tolerar tanta brutalidad?

Tras de hacer esta pregunta, miró a los circunstantes. Sus ojos, que no habían perdido el brillo a pesar de la larga enfermedad, reflejaban su fuerza espiritual e infundían audacia a los presentes. Después de tomar aliento, prosiguió:

—¿Qué no se permite ese canalla terrateniente? No le basta con chuparnos la sangre, sino que ahora quiere comerciar con la gente como si fuera ganado. Y no sabemos qué es lo que se propondrá hacer si nos sometemos sumisamente a su arbitrariedad. No podemos aguardar con los brazos cruzados la muerte tolerando esa afrenta. ¡Debemos alzarnos a la lucha! No tiene sentido alguno esconder a la muchacha. ¿Puede vivir muchos días oculta? Hay que luchar contra ese canalla. Entre ustedes puede haber quien dude de que se puede luchar contra los terratenientes. Es cierto que les respaldan los japoneses, y por eso no es fácil pelear. Además, estos viles terratenientes se permiten mayores desafueros porque han llegado los samuráis japoneses. Pero también les llegará la hora. Debemos arremeter contra los canallas. No aguantarán el embate si se levanta todo el pueblo a la lucha. Debemos pelear unidos. Somos débiles mientras estamos divididos, pero seremos fuertes si nos unimos. Sólo en la unidad está nuestra fuerza. Juntos podremos hacerlo todo. Escúchenme, vamos a actuar hoy, unido todo el poblado, para impedir que ese canalla se lleve a la muchacha. Podemos ganar la victoria en esta lucha. A la muchacha debemos decirle: no te escondas, ponte delante de todos con una piedra en la mano y di: "¡Intenta llevarme!". Si viene armado con sable, empuñaremos hachas y hoces.

Kang Ban Sok hacía pausas porque se le cortaba la respiración, pero la fuerza de sus palabras hacía mella en el corazón de la gente. Todos crispaban los puños, resueltos a luchar.

En su deseo de agradar a la muchacha, el terrateniente se vistió elegantemente, preparó un regalo y subió a su carruaje, guiado por un bracero. A la entrada del pueblo encontró

una resistencia organizada. Los vecinos ocupaban el camino y cerraban el paso.

Al principio el terrateniente, con mirada maligna, empezó a gritar como un energúmeno a los vecinos, mostrando su desprecio. La mayor parte de los reunidos eran campesinos que le arrendaban tierra y creía que los asustaría, como siempre, a gritos. Pero en definitiva él mismo tuvo que emprender la fuga atemorizado por las voces airadas y el aspecto amenazador de todos los vecinos, incluidos sus arendatarios. Todos los allí congregados estaban muy contentos por haber conseguido asustar y expulsar al terrateniente. En aquel mismo momento llegó atemorizada la madre de la muchacha.

—¡Nuestra hija se muere! —exclamó.

Todos echaron a correr hacia la casa de la muchacha, sobresaltados por la inesperada noticia, por esta nueva desgracia.

La muchacha, al ver llegar al terrateniente que iba por ella intentó tragar un trocito de opio, que le arrancó su madre de las manos.

Kang Ban Sok llegó al lugar del suceso. La muchacha estaba tendida en la cama y se había cubierto la cabeza con la manta. Junto a ella estaba sentada la madre, llorando.

Kang Ban Sok se acercó a la muchacha, que tenía los ojos cerrados con fuerza para no ver a nadie.

Al escuchar la voz de Kang Ban Sok, de sus ojos cerrados corrieron unas lágrimas. Más que pálido, su rostro estaba amoratado. A Kang Ban Sok le dolía el alma.

En todo eso veía reflejada la angustiosa realidad de Corea. Un mundo en el que una persona quería poner fin a su vida, en la flor de la juventud, a una edad en la que el alma rebosa jubilosas esperanzas.

—No quieres luchar contra el enemigo y te propones matarte... ¿A qué temes, si no tienes miedo a la muerte? ¿Cómo se te ocurrió semejante tontería?

Al oír estas palabras, la muchacha se incorporó en la cama y dijo entre sollozos.

—¿Acaso tengo fuerzas para luchar? ¿Con qué? Si hubiera tenido aunque fuera un fusil le habría pegado un tiro a ese canalla y otro a mí. Me habría vengado.

—Y si te dan armas, ¿estás dispuesta a combatir de verdad al enemigo?

La muchacha se levantó de repente, como si alguien fuera a darle un arma.

—Denme un arma. Si la tuviera, estaría dispuesta a combatir toda la vida contra el enemigo.

—Si tantas ganas tienes de tener un arma, se puede conseguir. No hay nada imposible para el que se toma firme decisión. Sin embargo, has razonado erróneamente: mato a un enemigo y después acabo conmigo. Hay que pensar de otra manera: derrotaremos al enemigo, construiremos un nuevo mundo y viviremos felices.

De regreso a casa Kang Ban Sok se tranquilizó, pero se sintió tan cansada que estuvo acostada hasta la tarde.

Aquel día el camarada Kim Il Sung regresó después de varias jornadas de ausencia. Al entrar en la habitación felicitó a su madre.

—Has organizado bien la resistencia, mamá. La noticia se ha propagado muy lejos. Me he apresurado a regresar para hacer el balance de la acción de este poblado. Hay gente que no se da cuenta de la importancia de su lucha. Por la noche reuniré a los campesinos y les hablaré de sus asuntos. ¡Te has comportado maravillosamente, mamá! Bueno, ¿cómo te sientes?, ¿no estás peor?

El camarada Kim Il Sung tomó la mano de su madre. Al sentirla delgada y demasiado fría, se alarmó, pero empezó a hablar de los últimos acontecimientos.

—El ejército agresor japonés ha entrado en Tunjua... De Tunjua a Antu hay poca distancia.

—Es de creer que pronto aparecerán los japoneses en Antu. Primero tomarán todas las ciudades y después ocuparán toda Manchuria del Este. Tenemos que armarnos cuanto antes.

—Sí, hay que apresurarse.

—Seguramente tendré que ausentarme por cierto tiempo, pero tú tienes que descansar.

—No te preocupes por mí.

Al día siguiente se marchó el camarada Kim Il Sung.

Kang Ban Sok se levantó y dijo:

—Espera un poco —sacó de un cajón de madera veinte *won*. Dándoselos al hijo, añadió:

—Los he ahorrado para ti, para cuando tengas que hacer un largo recorrido. Los hombres siempre deben llevar dinero. Y lo gastas cuando te haga mucha falta.

El no quería tomarlo, pero la madre insistió poniéndoselo en la mano.

El camarada Kim Il Sung estuvo una larga temporada sin aparecer por casa. No disponía de tiempo para visitar la vivienda de su madre. Estaba dirigiendo la actividad de los combatientes del Ejército Revolucionario de Corea y de los combatientes de la clandestinidad, tendiente a crear la Guerrilla Antijaponesa y se ocupaba también de revolucionarizar los lugares en los que esta labor era muy complicada, los cuales figuraban entre los que debían ser zonas importantes para el movimiento guerrillero.

Uno de los lugares en los que desarrollaba su actividad era en la aldea Fuorjo, que tenía gran importancia para crear la Guerrilla Antijaponesa y para organizar y desplegar la lucha armada, pues era un nudo de enlace entre las organizaciones revolucionarias de Antu y Tunjua. Por eso, el enemigo había extendido a este lugar una tupida red de vigilancia, situando a sus agentes a fin de reprimir la actividad de los comunistas. Muchas veces, las organizaciones revolucionarias habían enviado allí a compañeros de la clandestinidad con el fin de formar en Fuorjo una organización. Pero en cuanto aparecían por ese lugar eran detenidos sin excepción. No podían afianzarse allí.

En esta peligrosa localidad penetró el camarada Kim Il Sung haciéndose pasar por un bracero.

El enemigo barruntó su llegada y movilizó un destacamento de caballería. Cuando penetró en la aldea, la situación era extraordinariamente peligrosa. Pero el camarada Kim Il Sung, hábilmente camuflado, eludió el peligro burlando con gran maestría al enemigo, que tuvo que marcharse con las manos vacías, sin encontrar la pista.

A pesar de los peligros que se cernían sobre él como una sombra, el genial camarada Kim Il Sung imbuyó la conciencia revolucionaria al pueblo por conducto de la organización local, trabajando día y noche para revolucionarizar a la gente.

No prestaba atención a los insultos ni a las humillaciones que tuvo que soportar, entregándose por entero a la causa de la revolución.

Los combatientes del Ejército Revolucionario de Corea y los compañeros de la clandestinidad, sintiéndose enfervorizados por el ejemplo personal del camarada Kim Il Sung, desplegaban una intensa actividad en las diversas zonas, lo que empezó a dar frutos: marchaba a ritmo acelerado la creación de la base organizativa de la lucha armada.

Kang Ban Sok, aunque no sabía que el camarada Kim Il Sung se encontraba en Fuorjo, se imaginaba cómo le

marchaban las cosas, pues advertía muy bien que la zona de Antu se preparaba más y más para la lucha armada.

Se aproximaba la primavera.

13

El camarada Kim Il Sung empezó a organizar destacamentos armados. Kang Ban Sok estaba enferma, pero se sentía muy consolada observando la actividad desplegada por su hijo.

El primer destacamento armado fue formado en la primavera de 1932. Un trueno tempranero se extendió por el cielo de la tierra querida a lo largo de tres mil *ri*. Era una primavera de lucha, una primavera que pasaría a la historia.

En la primavera de 1932, en varias regiones de la Manchuria Oriental se alzó la población hambrienta. Era la continuación de los motines de la "cosecha otoñal" del año 31. La insurrección tuvo enorme importancia para el paso de la lucha de liberación nacional antijaponesa del pueblo coreano a la etapa de la lucha armada bajo la dirección del camarada Kim Il Sung.

La triunfante insurrección de hambrientos desempeñó un papel excepcional en la cohesión de las masas revolucionarias para la lucha armada antijaponesa.

Dirigiendo en las diversas zonas todo el trabajo de formación de las fuerzas armadas revolucionarias, el camarada Kim Il Sung creó personalmente la Guerrilla Antijaponesa en Antu.

Compaginando este trabajo con las acciones revolucionarias de las masas populares, el camarada Kim Il Sung agrupó en un destacamento armado a los elementos progresistas, que habían mostrado su valía en el curso de las acciones.

Desde el principio hubo que superar enormes dificultades. No existía Poder político, se carecía de bases para el ejército nacional y todo el país sufría la brutal opresión y la violencia de los imperialistas japoneses. En tales condiciones tenía que organizar unidades del destacamento armado antijaponés y hubo que crear bases guerrilleras. Para aislar completamente al enemigo había que prestar mucha atención al fortalecimiento de la solidaridad revolucionaria con los pueblos de los países vecinos y formar un frente común antimperialista con sus fuerzas armadas. Se planteaba imperiosamente la cuestión de conseguir armas.

El camarada Kim Il Sung dijo aproximadamente lo siguiente:

...Tenemos que levantarnos y luchar con las armas en la mano. ¿Dónde conseguiremos las armas? Podríamos comprarlas si tuviéramos el dinero, o fabricarlas. Pero el camino más corto es arrebatárselas a los enemigos. Si estamos dispuestos a jugarnos el pellejo, con inteligencia y sabiendo escoger el lugar cada uno puede hacerse de su propia arma...

Siguiendo las indicaciones del camarada Kim Il Sung, las masas revolucionarias empezaron a conseguir armas, enfrentándose audazmente a la represión del enemigo.

Las organizaciones revolucionarias dirigieron al pueblo este llamamiento:

"¡Jóvenes proletarios, muchachos y muchachas que habéis perdido a vuestros padres y madres, a vuestros hermanos y hermanas! ¡Con una voluntad de lucha, dura como el diamante, apretando los dientes y crispando los puños, incorporaos todos al frente común del proletariado y vengaos del enemigo en encarnizada pelea! Las armas son nuestra vida:.. ¡Fogosa juventud! ¡Incorporaos bizarramente a nosotros! ¡Os exhortamos a prepararos para la lucha armada!

¡Compañeros, uníos! ¡Preparaos! ¡Alzaos a la lucha armada general!".

Tras recibir las indicaciones del camarada Kim Il Sung sobre la forma de adquirir armas, la juventud empezó a luchar en común. No hay en el mundo obstáculo cuando se buscan armas para liberar a la Patria, salvar a la nación y cumplir la voluntad del pueblo. Y la juventud arrebató al enemigo las armas y peleó con ellas contra él, capturando de ese modo más armas.

Las dificultades no sólo se debían a la salvaje represión de los imperialistas japoneses. Los destacamentos antijaponeses chinos, bajo la influencia de la propaganda anticomunista de los imperialistas japoneses y de su política de exacerbación de las discordias nacionales, tenían una actitud extremadamente hostil hacia los comunistas coreanos y asesinaban en todas partes a los coreanos que iban a incorporarse a los destacamentos armados antijaponeses, organizados por el camarada Kim Il Sung. A pesar de la complicada situación existente, urgía poner fin a esa hostilidad y establecer una alianza con los

destacamentos chinos. Pero era difícil y arriesgado para la vida entablar contacto con ellos.

Mas el camarada Kim Il Sung, despreciando su propia seguridad en aras de la revolución, inició negociaciones con el mando de los destacamentos antijaponeses chinos y convenció a aquellos hombres, emponzoñados con el veneno del anticomunismo y del chovinismo nacional, logrando en definitiva desplegar la lucha común antijaponesa.

Poco a poco se fue resolviendo el problema de las armas, de lo que informaba periódicamente el camarada Kim Il Sung a su madre.

Habiendo decidido vestir a los combatientes del destacamento con un nuevo uniforme, el camarada Kim Il Sung consiguió tela de algodón y pidió a las mujeres de la Asociación de Mujeres teñirla de tal modo que tuviera colores de camuflaje. Esto se lo ocultó a su madre porque temía que se empeorara su salud al dedicarse a teñir y coser los uniformes.

Pero Kang Ban Sok se enteró de esto porque las afiliadas a la Asociación no podían pasar sin su dirección al coser los uniformes.

La madre comprendía muy bien los sentimientos del hijo, y estaba atormentada por su estado de salud. Toda la vida se había dedicado a la costura y por una mísera retribución había cosido para los demás. Y he aquí que entonces no podía ayudar a coser con sus manos para los combatientes del destacamento armado organizado por su hijo. No había palabras que pudieran describir su angustia.

Quería coser aunque sólo fuera el uniforme de su hijo. Pidió que le llevaran tela. No necesitaba tomarle las medidas, pues sabía muy bien cuál era el contorno del pecho y la longitud de las mangas. El camarada Kim Il Sung se iba haciendo cada vez más hombre. Los jóvenes crecen tan de prisa que uno no se da cuenta, pero ella sabía bien cómo se desarrollaba su hijo y recordaba su contorno de pecho y su talla de cada año como si se le hubiese grabado en la memoria el diagrama de su crecimiento.

En cada puntada ponía todo su amor. "Para que dure la ropa —pensaba— y lo defienda de las balas". Dedicaba en esta labor toda su atención y celo. Se cansaba en seguida. Antes hacía un trabajo así en menos de un día. Y en esta ocasión habían pasado varias jornadas y no lo terminaba. Advirtió a Chol Zu y a Yong Zu que no dijesen nada a su hermano. Sabía

que si se enteraba se lo prohibiría como si se tratase de una cosa que podía acarrear malas consecuencias. Pero Yong Zu, a pesar de todo, se lo dijo a su hermano. El, al igual que el hermano, deseaba que su madre debía descansar tranquilamente. Sin embargo, esta vez, el camarada Kim Il Sung se alegró y se probó el uniforme medio hecho.

El también quería llevar el uniforme cosido por su madre, y sabía, además, que si se lo prohibía se habría agitado aún más en perjuicio de su salud.

—Mamá, no te des prisa.

Le preguntaba cómo había que coser los botones, cortar y coser a máquina. Aprendía para el futuro, cuando tendría que hacer todas las cosas por sí mismo en el destacamento guerrillero.

Por fin se habían conseguido armas y ya estaban cosidos los uniformes. Al pie de la montaña, cerca del poblado Siosajo de arriba se formaron los muchachos luciendo la nueva indumentaria con el fusil al hombro. Habían llegado de Antu, Yenchi, Mingwekou y de otras zonas de la Manchuria Oriental.

—¡Firmes! —fue la primera orden del camarada Kim Il Sung.

Parecía que toda Corea escuchaba esta orden. La oyeron los obreros en las fábricas, minas y puertos, empuñando martillos y picos; la oyeron los campesinos en los campos, con hoces y azadas, y la oyeron los estudiantes e intelectuales en las escuelas e instituciones. Esa orden resonó como un trueno lejano de la tempestad que se avecinaba.

Era el 25 de abril de 1932.

Esta fecha la recordará siempre el pueblo coreano. Este día el camarada Kim Il Sung proclamó la fundación de la Guerrilla Antijaponesa, las fuerzas armadas de nuestra Patria.

Esta Guerrilla eran las fuerzas armadas revolucionarias de la clase obrera, pertrechadas perseverantemente con las grandes ideas revolucionarias del camarada Kim Il Sung, las ideas Zuche, fuerzas que luchaban por la independencia nacional y la liberación social del pueblo coreano, fuerzas que habían sido organizadas para defender los verdaderos intereses del pueblo y estaban entrañablemente ligadas a él.

¡La Guerrilla Antijaponesa que en el tenebroso período de opresión del imperialismo japonés, cuando sobre la tierra amada se cernían nubes que ocultaban el sol, aniquilaría a las tropas japonesas en las llanuras de Manchuria, en las riberas del Amrokang y el Dumangang, en Bochombo y Musan, teniendo

atemorizados a los invasores e infundiendo en el pueblo coreano la fe en el triunfo y en un futuro luminoso!

La formación de la Guerrilla Antijaponesa fue un acontecimiento de trascendental importancia para convertir en realidad la gran línea revolucionaria planteada por el camarada Kim Il Sung, para elevar la lucha de liberación nacional antijaponesa y el movimiento comunista en Corea a un nuevo nivel, a un nivel más alto, y producir de esta manera un extraordinario auge en el movimiento revolucionario de nuestro país. Este acontecimiento constituyó una garantía segura de la futura victoria de la revolución.

La heroica Lucha Armada Antijaponesa de nuestro pueblo fue una difícil lucha, sin parangón en la historia mundial. Fue una lucha en la que sólo hubo victorias.

Esta Guerrilla, sin retaguardia estatal y sin ayuda de fuera, durante quince largos años tuvo que luchar con sus propias fuerzas, al mando del camarada Kim Il Sung, contra un ejército selecto de un millón de hombres de los imperialistas japoneses.

Guiándose por el genial plan estratégico y táctico elaborado por el camarada Kim Il Sung, la Guerrilla Antijaponesa creó en extensas zonas de la cuenca del río Dumangang, que forma la frontera septentrional de nuestro país, bases revolucionarias, compuestas por sectores guerrilleros o semiguerrilleros, en las que se apoyaban para desarrollar la lucha armada. Librando activas ofensivas extendió la lucha armada a vastas zonas y la desplegó en gran escala, infligiendo de continuo a los agresores imperialistas japoneses derrotas militares y políticas.

Al organizar y dirigir la Lucha Armada Antijaponesa, el camarada Kim Il Sung movilizó consecuentemente para la lucha antijaponesa a las amplias masas populares, encabezadas por obreros y campesinos, tanto en Manchuria como en Corea, y envió a diversas zonas a instructores políticos. El formaba a todos los guerrilleros como combatientes valientes y audaces, dispuestos a combatir "uno contra cien", y expertos instructores políticos, capaces de trabajar entre las masas populares.

Siguiendo las indicaciones del camarada Kim Il Sung, los instructores políticos ampliaban por doquier la red de organizaciones de la Asociación para la Restauración de la Patria, agrupaban estrechamente a las grandes masas populares bajo la bandera del Programa de 10 Puntos de esta Asociación y las

alzaban enérgicamente a la lucha por el renacimiento de la Patria.

La gloriosa Lucha Armada Antijaponesa, organizada y desarrollada bajo la dirección del camarada Kim Il Sung, mostró al mundo entero la voluntad revolucionaria del pueblo coreano y defendió el honor de nuestra nación. Esta gran lucha revolucionaria condujo al logro de la independencia de la Patria y a la liberación del pueblo.

Especialmente los disparos que el 4 de junio de 1937 sonaron en Bochombo y los combates que tuvieron lugar en la zona de Musan en mayo de 1939, así como otras muchas operaciones combativas, encendieron en los corazones del pueblo coreano la chispa del renacimiento nacional e infundieron en él la aspiración a la lucha y el orgullo nacional.

En el fragor de la Lucha Armada Antijaponesa, el camarada Kim Il Sung hizo surgir las gloriosas tradiciones revolucionarias en Corea, la raíz histórica de nuestra revolución.

Esta gran Guerrilla Antijaponesa fue fundada en aquel día por el camarada Kim Il Sung.

Aunque había aún pocos combatientes, era un destacamento armado de treinta millones de coreanos, compuesto por sus mejores hijos e hijas, un destacamento que, creciendo y fortaleciéndose rápidamente, sería invencible en la lucha contra el ejército agresor japonés, que se jactaba de contar en sus filas con un millón de hombres.

Al frente del destacamento flameaba la bandera roja, agitada por el viento primaveral, símbolo del entusiasmo revolucionario y de las ardientes aspiraciones a liberar a la Patria y construir una nueva sociedad, libre de la explotación y de la opresión.

El camarada Kim Il Sung dio a los combatientes la orden de descansar y fue corriendo a su casa.

—¡Mamá, aunque sea una vez tienes que ver nuestro ejército!

Hacía dos años que el camarada Kim Il Sung había salido de la cárcel de Kilin, y que en casa, en Antu, habló con su madre de sus ideas acerca del armamento. Fue cuando recibió de su madre las pistolas que había dejado para él su padre.

Durante todo ese período, el camarada Kim Il Sung se había abierto camino a través de bosques de bayonetas enemigas, dedicando todos sus esfuerzos al restablecimiento de las

organizaciones revolucionarias y a la creación del destacamento armado.

Pero en ese momento no se le ocurrió pensar en las privaciones y dificultades pasadas por él mismo, sino que sólo recordaba los méritos y sufrimientos de su madre, y por eso deseaba tan vivamente atribuirle toda la hazaña de haber organizado el destacamento armado.

Kang Ban Sok caminó mucho tiempo agarrada del brazo de su hijo, para llegar al lugar donde se encontraban en formación los guerrilleros.

—¿Qué te parece, mamá?

El camarada Kim Il Sung quería hacer alarde ante su madre de todo cuanto había hecho. Creyó que eso le ayudaría a mitigar la enfermedad.

—¡Fir-mes! ¡Presenten armas!

Dio la orden el subjefe del destacamento. Los combatientes colocaron los fusiles alzados delante de ellos y volvieron la cabeza hacia Kang Ban Sok. ¡Cuántos rostros conocidos! Allí estaba el joven al que dio dinero para un viaje, y el muchacho al que preparó las tortas de salvado para el camino. También se encontraba el compañero que dirigía el trabajo de la Juventud Comunista en Fusung y Antu, contando con las instrucciones de Kang Ban Sok y el muchacho que impartía clases en la escuela nocturna. Kang Ban Sok había ayudado a cada uno de ellos, y todos eran combatientes, que habían pasado a través de la tempestad al mando del camarada Kim Il Sung.

—Mamá, los combatientes te rinden honores.

Los ojos de Kang Ban Sok estaban radiantes.

—¿Y por qué a mí sola? A todos los coreanos hay que rendirles honores. Diles que terminen —pidió al hijo, pero levantó la mano involuntariamente hasta la cabeza. Esto, que hizo en un impulso de excepcional auge espiritual, resultó ser el saludo militar. La madre había presenciado la preparación militar unas cuantas veces nada más, cuando su hijo hacía instrucción militar en Fusung con los miembros de la Unión de Niños. Pero en ese momento, al ver cumplido su sueño, que abrigó en su corazón en cuanto a la formación del destacamento armado, sin darse cuenta saludó de manera militar a los combatientes, tan correctamente como lo exigen las ordenanzas militares. Cuando la mirada de la madre se cruzaba con la de los combatientes parecía que se había detenido el tiempo y calmado el viento. A la vista de todos se ofrecía un panorama de confianza y de

amor, de futuras victorias brillantes y de un mañana luminoso.

—¡Luchad con arrojo, muchachos! —dijo, expresando su incontenible emoción.

—¡Descansen!

Los soldados rompieron filas y rodearon a Kang Ban Sok, tomándole de las manos.

—¡Madre! ¡Nuestra madre! ¡Gracias por todo! ¡Pelearemos muy bien!

Todos la saludaron. Kang Ban Sok miraba si les quedaba bien el uniforme; les estiraba los pliegues y les arreglaba el cuello de la guerrera.

—Combatid valientemente —les dijo—. Más de una vez he visto cómo se formaban los destacamentos del Ejército Independista, pero es la primera vez que veo tomar las armas tan disciplinadamente con una sola voluntad e idea.

Ya sé lo que os ha costado empuñar las armas. La lucha fue difícil y dura. Han logrado fundar este ejército tras sobreponerse a tantas penalidades y peleas; ahora os espera sólo la victoria. Estoy segura. Lo leo en vuestros ojos. Veo decisión en vuestra mirada y facciones y un solo deseo: servir a la Patria y al pueblo. Luchad intrépidamente. Puede que tropecéis con dificultades en la lucha contra los crueles invasores japoneses. Pero si pensáis que os apoyan todos los coreanos, esto os infundirá valor. No olvidéis las esperanzas de vuestras madres y pelead intrépidamente para justificar esas esperanzas. Con frecuencia se cree que las madres vierten lágrimas al pensar en los sufrimientos de sus hijos, pero el que cree así, no sabe leer en lo profundo de su alma. La madre sufre y llora más que nada en la soledad, cuando su hijo se dedica a cosas intrascendentes. No hay nada que se pueda comparar al orgullo de una madre cuando sabe que su hijo se ha consagrado por entero a una causa digna, sean cuales fueren las vicisitudes que se encuentren en su camino. No olvidéis esto y combatid valerosamente, alegrando a vuestras madres. Cuando me entere de que habéis combatido audazmente y vencido, yo misma visitaré a vuestras madres. Cómo se alegrarán. Decid a vuestras madres que pasen por mi casa si desean comunicaros algo. Y por favor, no os preocupéis por el trabajo de la Juventud Comunista que habéis realizado hasta ahora. Lógicamente la gente crece y se forma todo el tiempo, y habrá quien os reemplace en el trabajo. Los disparos que anunciarán vuestra victoria sobre los invasores japoneses transformarán a las personas en una sola noche. ¡De

vosotros y de los fusiles que empuñan depende que Corea sea pronto independiente!

En presencia de Kang Ban Sok, los combatientes realizaron ejercicios militares. La madre, conmovida, dijo al hijo:

—¡Cómo se alegraría tu padre si viera todo esto! ¡Cuántos esfuerzos realizó para lograr esto! ¡Y ahora, tú, lucha bien!

Los ejercicios duraron hasta que oscureció. Una vez en casa, al acostarse, Kang Ban Sok oyó el toque de trompeta, al que parecía estar muy familiarizada, ya que le recordaba aquellos tiempos lejanos en los que Kim Jiong Zik tocaba la trompeta en Mankiongde y Bongjuari.

"Ahora yo sola escucho el toque de la trompeta", pensó.

Jamás había vivido un día tan feliz como aquél, y ese día recordó más que nunca a Kim Jiong Zik. ¡Cómo habían esperado ambos ese momento!

El destacamento mandado por el camarada Kim Il Sung operaba en el distrito de Antu. A oídos de la madre llegaban a menudo noticias de sus éxitos combativos. Se las transmitían, llenos de júbilo, los vecinos.

Uno de aquellos días pasó por casa el camarada Kim Il Sung. En el fragor de la lucha no olvidaba ni un solo instante a su madre enferma e iba a casa a visitarla.

En la casa se había terminado la leña. El camarada Kim Il Sung se fue con su hermano menor a buscar leña al monte.

Esto no le gustó a Kang Ban Sok.

—¿Por qué te preocupas de la leña, si la hay por todas partes? Será mejor que te ocupes de tus cosas. Tú debes consagrar todas tus fuerzas a la revolución. ¿Hasta dónde han llegado los samuráis?

—Han ocupado todas las ciudades esos canallas y continúan llegando. Para combatir contra ellos habrá que actuar por lo visto con destacamentos mayores. Lanzan tantas fuerzas contra nosotros que con los pequeños grupos no podemos hacer nada.

—Para operar con destacamentos mayores se necesitan muchas armas y muchas municiones. ¿Se ha hecho algo para lograr eso?

—Eso no es tan difícil.

—Entonces, ¿en qué consiste la cuestión?

—Cuando empiecen las operaciones con grandes destacamentos no podré pasar a menudo por casa, y tu enfermedad...

El camarada Kim Il Sung no pudo terminar sus palabras. Kang Ban Sok se levantó de la cama y dijo con semblante serio:

—De mí no te preocupes. Si tú desarrollas exitosamente la lucha revolucionaria puede que me restablezca. Por eso debes irte.

Con expresión seria en el rostro miró a su hijo como si esperara de él una respuesta clara.

El hijo se puso de rodillas ante la madre.

—Mamá, cuando atravesé el Amrokang, juré que no lo volvería a cruzar de regreso hasta que liberara a la Patria con la lucha revolucionaria. Pero debes comprender una cosa: nuestro ejército guerrillero libra una lucha revolucionaria y sirve al pueblo. Cuando es necesario, nosotros, junto con el pueblo, cortamos leña y labramos los campos, y cuando luchamos no regateamos la vida. ¿Por qué estando en casa no puedo ayudarte cortando leña?

—Considero que hace ya tiempo te entregué a la Patria. Y por eso, como madre, quiero que no te preocupes ni una pizca de mí. Tengo fe en tu destino, pero te pido que no olvides mis palabras.

—Cuánto deseo ver pronto felices a todas las madres en una sociedad en la que, como dices tú siempre, los pobres vivan bien y gocen de longevidad sin enfermedades, preocupaciones ni alarmas.

En una ocasión el camarada Kim Il Sung debía salir para Manchuria del Sur a fin de establecer contacto con el Ejército Independista. Entonces se enteró de que su madre se encontraba peor y fue para poco tiempo a su casa. La enfermedad progresaba rápidamente. Los hermanos eran todavía pequeños y las provisiones de arroz se habían terminado.

El camarada Kim Il Sung llevó a casa un saco de mijo que había comprado.

—Haré todo lo posible por volver pronto y con esto... —prometió a su madre dejando el saco delante de ella. Kang Ban Sok, apartando el saco a un lado, le dijo:

—Si te preocupas así de la casa no podrás hacer la revolución. Nunca ocurre que la boca de un hombre vivo se cubra de telaraña por más que le falte la comida. Si tú, que quieres liberar a la Patria, te preocupas de asuntos de la casa, ¿cómo podrás convertir en realidad esa gran causa tuya? Y tienes que

pelear, organizando grandes destacamentos. Yo creo que estás obrando erróneamente.

El camarada Kim Il Sung se quedó un rato pensativo y dijo:

—Tu estado de salud es peor que antes y, ¿cómo yo...?

—Pronto me repondré, pues se acerca la primavera. Además, ¿qué preocupación tendría yo si has elegido tan glorioso camino? Vete cuanto antes porque te esperan tus ocupaciones.

El camarada Kim Il Sung salió de casa impresionado por el inmenso cariño que le profesaba su madre. Pero no podía moverse. Aunque ella le pedía que no se preocupara, la veía cada vez más demacrada. Antes, Kang Ban Sok acompañaba siempre a su hijo hasta alejarse de la casa, ocurriera lo que ocurriese. Pero en esa ocasión le deseó un buen viaje sin abandonar el lecho.

El dio una vuelta en torno a la casa. Había poca leña. El tejado estaba agrietado y gotearía el agua en la temporada de las lluvias. También las paredes se resquebrajaban. Todo requería un buen trabajo de reparación. Los hermanos eran aún pequeños. Ellos cumplían magníficamente las tareas de enlace o las de guardia en el Cuerpo Infantil, pero eran todavía pequeños para cuidar bien a la madre enferma. Aquel día, Chol Zu había salido a llevar un despacho a Antu, y Yong Zu vigilaba, jugando con otros muchachos, en el poblado de arriba.

Aunque se extendía por delante el camino a recorrer, el camarada Kim Il Sung sintió que su pensamiento se dirigía hacia atrás, hacia la habitación donde estaba acostada su madre. Se quedó indeciso junto a la puerta. "¿Le devolveré —pensaba— los 20 *won* que me ha dado y que guardo cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta?". Era dinero que había ganado con un penoso trabajo: lavando y cosiendo. Pero él sabía también que ella, siempre tan bondadosa, en tal caso se pondría seria como ella sola. No se decidió. Dio otra vuelta alrededor de la casa. Era tan inmenso el amor de la madre... y volvió a dar otra vuelta.

Le era muy doloroso dejar a su madre. Estaba todavía al lado, cuando se abrió de pronto la puerta y apareció ella.

—¿Pero todavía estás aquí?

—Sí, ahora me voy.

Le daba tentaciones de entrar en la habitación y seguir

hablando con su madre de cualquier cosa, pero con un gran esfuerzo de voluntad se puso en camino.

Cuando bajaba hacia el río, que corría frente a la casa, apareció no se sabía de dónde Yong Zu y le agarró del brazo.

—¿Te vas, hermano?

—Me voy.

—¿Cuándo volverás?

—No puedo saberlo ahora, pero vendré pronto.

—Vuelve pronto. Mamá se siente tan contenta cuando estás en casa.

Hubiera preferido no oir estas palabras.

—Trataré de venir pronto. Mientras tanto, tú y tu hermano debéis ayudar mucho a la madre. Tú ya eres miembro de la Unión de Niños. ¡Obedece a la madre!

Varias veces pensó en darle a su hermano los veinte *won* para que se los entregase a su madre, pero no podía obrar así, contrariando su voluntad. En definitiva pensó que se los devolvería al regresar del viaje y le dio a su hermano la calderilla que llevaba, obligándole a regresar a casa.

Alarmado por la salud de su madre, prosiguió su camino hacia Manchuria del Sur, para el bien de la causa revolucionaria, cumpliendo la voluntad de su madre.

Ni el camarada Kim Il Sung ni su madre se imaginaban que aquélla era la última vez que se veían.

Los veinte *won* le quedaron no como simple dinero, sino como legado de su madre. Cinco años los guardó en el bolsillo de la guerrera, junto al corazón. Durante aquellos cinco años, en lucha cruenta contra los samuráis, en la difícil marcha a Manchuria del Norte, soportando inverosímiles penalidades y superando todas las privaciones, sintió siempre cerca del corazón este dinero, que para él valía más que todo el oro del mundo y era como el símbolo del gran amor y de los sueños de su madre. Le parecía que sentía la mano de su madre, y este sentimiento no le permitía olvidar ni un instante sus atinados consejos, le infundía nuevas fuerzas y reforzaba su decisión de luchar.

Veinte *won* que conservaban el recuerdo inolvidable de su madre, la cual consagró toda su vida a la causa del renacimiento de la Patria, pero que, sin poder ver el día de la liberación de Corea, falleció en tierras extrañas, lejos de su Patria, de su pueblo natal, de su Mankiongde.

Cuando Kang Ban Sok le dio el dinero, dijo que lo gasta-

se en caso de extrema necesidad. En aquellos cinco años necesitó infinidad de veces el dinero.

Pero el camarada Kim Il Sung no gastó tal dinero, guardándolo como recuerdo de los sublimes sueños de su madre. Y sólo lo gastó en Maansan, en marzo de 1936.

El relato de cómo lo gastó nos obliga a evocar también a Kang Ban Sok junto a la elevada imagen moral del gran Líder, el camarada Kim Il Sung. El encontró la manera más a propósito y digna de gastar los 20 *won* conforme al deseo de su madre, porque lo conocía perfectamente.

Los gastó como los habría gastado su madre si hubiera vivido.

Cuando llegó a Maansan, los hijos de los revolucionarios caídos en la lucha sufrían toda clase de vejaciones de parte de los insensatos nacional-chovinistas y los fraccionalistas. Hasta a aquellos pobres huérfanos se les había colgado el sambenito de pertenecer a la "Minsengdan" y los habían condenado a una mísera existencia. Aquellos canallas habían perdido el último resto de conciencia humana.

Cuando vio a aquellos niños desamparados, el camarada Kim Il Sung sintió que se le oprimía el corazón.

—¿Cómo voy a sentir calor en el alma aunque me cubra con cien mantas, si estos niños enfermos tiemblan de frío? —dijo mientras tapaba con su manta a los niños enfermos.

El camarada Kim Il Sung insistió en que había que coser vestimenta para los niños sin pérdida de tiempo.

Pero en aquella situación era imposible buscar en seguida tela.

En el campamento secreto no había ni un solo trozo de tela ni recursos para comprarla. Al enterarse de esto, el camarada Kim Il Sung se quedó un rato pensativo y luego metió la mano en el bolsillo y sacó algo, envuelto cuidadosamente con un pañuelo. Se veía que era una cosa valiosa que guardaba hacía tiempo.

—Sólo tengo este dinero. No es mucho. Compren con él la tela que puedan y hagan ropa para los niños, sobre todo para los que están desnudos.

Conocemos la procedencia de aquel dinero: lo había ahorrado su madre de lo que ganaba con su pesado trabajo de lavado y costura, y se lo había dado a su hijo para un caso de extrema necesidad.

Resultaba que Kang Ban Sok había vestido a unos niños desnudos.

"Mamá, con el dinero que tú me diste vestiré a unos niños", decía para sí el camarada Kim Il Sung, evocando a su madre.

En nuestros felices días, en la parte Norte de la República se viste a los escolares todos los años por estaciones con trajes de hermosas telas, gracias a la solicitud paternal del gran Líder de todo el pueblo coreano, el Mariscal Kim Il Sung, para quien las privaciones del pueblo son sus propias privaciones, para quien las alegrías del pueblo son sus propias alegrías, y el cual ha estado siempre y en todo momento al lado del pueblo. Esta solicitud es más alta que las montañas y más profunda que el mar. Y cuando vemos su solicitud evocamos siempre a Kang Ban Sok y estamos orgullosos de ella por haber criado al gran Líder, el Mariscal Kim Il Sung.

14

Así pues, tras separarse de su madre, el camarada Kim Il Sung salió sin pérdida de tiempo hacia Manchuria del Sur.

Después de organizar el destacamento armado, empezó a resolver muchas tareas revolucionarias. Estaba muy preocupado por la salud de su madre. Se propuso regresar lo antes posible a casa. Caminaba día y noche.

Cuando hay que andar mucho, lo principal son los pies y el calzado. Este debe estar bien ajustado, porque de lo contrario roza los pies e impide realizar un gran recorrido. Además, sólo con buen calzado se siente cómoda la gente cuando duerme.

Por eso los guerrilleros, cuando descansan durante la marcha o hacen la noche a campo raso, dedican la atención principal a la preparación del calzado.

El camarada Kim Il Sung cuidaba del calzado de sus combatientes en diversas formas. Les obligaba a secar las botas y a veces lo hacía él mismo cuando sus combatientes estaban muy cansados. Si el guerrillero tenía un calzado demasiado holgado o estrecho él le hacía una reparación o ponía una plantilla blanda. Las rozaduras las quemaba con fósforo de cerillas.

Cierta noche descendió bruscamente la temperatura, lo que

ocurre muy a menudo en las zonas montañosas. A los combatientes se les helaron los pies, y algunos los calentaban en torno a una hoguera.

La marcha continuaba. Llegaron a uno de los montes en el momento en que amanecía y se detuvieron a descansar. Era el momento más frío del día, pues empezó a soplar el viento matutino. Los combatientes pateaban el suelo para calentarse los pies.

Le preocupaban los ateridos combatientes porque sabía lo fácil que era enfermar teniendo los pies fríos. Sólo él no sentía frío; tenía calor, como si llevara una bolsa de agua caliente bajo los pies. Le parecía raro.

Se quitó las botas y miró su interior. Y sintió como si le sacudiera una descarga eléctrica: le invadió un cálido sentimiento, le latía con fuerza el corazón y diríase que lo abrazaba con ternura maternal la enorme montaña que se vislumbraba ante él, con sus altas y bajas elevaciones.

—¡Mamá!

De sus ojos saltaron cálidas lágrimas, y algunas le cayeron a la mano. Agachó la cabeza para que nadie advirtiera su emoción. Sacó las plantillas y las metió en el bolsillo interior de la zamarra.

Las plantillas estaban hechas con cabellos de la madre. La madre, temerosa de que se le helaran los pies al hijo, introdujo dentro del calzado la trenza que usaba. El camarada Kim Il Sung apretó cuidadosamente la zamarra sobre el bolsillo en que había puesto los cabellos de su madre, y recordó a ésta con ternura filial. La sensación de proximidad de la madre lo enfervorizó.

—¡Mamá!

El camarada Kim Il Sung sintió remordimiento de conciencia, pues no se había dado cuenta de por qué era tan cómodo el calzado y por qué no tenía frío en los pies. Se creía que conocía a fondo el corazón materno y trataba de comprenderlo a plenitud. Pero sólo entonces se dio cuenta de que nunca podría llegar hasta el fondo de él.

Y aquella mole de montes que se erguía frente a él no podía compararse con los inmensos y cálidos abrazos de su madre; y el elevado firmamento no alcanzaría la altura de las esperanzas que cifraba la madre en su hijo.

—Camaradas, encended hogueras, calentad los pies y que seque el calzado quien lo tenga húmedo —dijo el camarada

Kim Il Sung a los combatientes, como si se hiciera eco de la solicitud de su madre.

En todo el día durante la marcha no sintió frío, y aunque había sacado de las botas las plantillas, le seguía calentando el ardiente amor de su madre y tenía calor en la rigurosa selva invernal.

Y las montañas de Changpai de cumbres altas y bajas, iluminadas por la aurora, abrazaban al camarada Kim Il Sung, como si fueran su madre. A él le parecía que ella marchaba a su lado a través de las montañas.

* * *

Kang Ban Sok se levantó. Debía vencer la enfermedad, pues había dicho a su hijo que mejoraría si éste luchaba valientemente. Estaba segura de que pelearía intrépidamente comandando a la Guerrilla Antijaponesa que él había organizado, y que aniquilaría a los samuráis, como había jurado a su madre. Y ella no podía estar acostada. Se levantó haciendo un esfuerzo, tratando de vencer moralmente la dolencia.

El ejército agresor japonés entró en Tunjua. Decían que pronto ocuparía Antu. Su táctica consistía en apoderarse primero de las ciudades y después de aldeas tales como Siosajo.

Antes de la partida, el camarada Kim Il Sung había ordenado conservar las organizaciones revolucionarias, defender a toda costa el poblado y ayudar con albergue y víveres a los guerrilleros en caso de necesidad. Por eso había que reforzar las organizaciones revolucionarias de las aldeas tanto más cuanto que llegaran los samuráis.

Esta tarea debería asumirla Kang Ban Sok, que se levantó a pesar de que se sentía mal.

Ella planteó la cuestión de que había que proseguir las clases en la escuela.

En la aldea no estaba aquel joven maestro porque se había incorporado a la guerrilla.

Como se aproximaba la temporada de las labores agrícolas estivales se temía que la escuela dejara de funcionar durante mucho tiempo por falta del maestro.

Kang Ban Sok tenía muchas cosas que hacer. El funcionamiento normal de la escuela era muy importante para la educa-

ción de los niños, y en especial para cohesionar la Unión de Niños.

En el poblado aparecieron personas sospechosas.

Kang Ban Sok dijo a su hijo Chol Zu que había que intensificar la actividad de la Unión de Niños. Había que observar la conducta de los forasteros sospechosos que aparecían en la aldea.

Chol Zu era un muchacho valiente y ágil. Cuando el camarada Kim Il Sung desplegó una gran labor en Antu, Chol Zu actuaba de enlace exclusivamente. Cuando iba con sus compañeros era siempre el primero que se lanzaba a los lugares de peligro, a los que nunca incitaba a otros muchachos. Además, sabía disfrazarse muy bien. A menudo aparecía con gafas, engañando hábilmente al enemigo, y eludía inteligentemente el peligro.

Cumpliendo el encargo de su madre, volvió a realizar la tarea de enlace entre las organizaciones revolucionarias.

La organización revolucionaria del poblado, dirigida por Kang Ban Sok, funcionó otra vez normalmente: trabajaba la escuela y actuaba enérgicamente la Unión de Niños. En ese período fueron desenmascarados siete u ocho espías, que querían saber dónde se encontraba el camarada Kim Il Sung.

La defensa del poblado resultó ser muy firme. Los guerrilleros que habían salido podían entrar tranquilamente a cualquier hora y por cualquier sitio y pernoctar en la aldea.

El estado de salud de Kang Ban Sok seguía siendo malo. Se tranquilizó cuando la organización revolucionaria de la aldea empezó a funcionar normalmente, pero, como decía ella, la dolencia había vuelto a levantar cabeza. La gente decía que no se cuidaba y que realizaba un trabajo superior a sus fuerzas.

Los vecinos le ayudaban a preparar la comida por la mañana y por la tarde por lo que Kang Ban Sok se sentía incómoda y obligó a sus hijos, Chol Zu y Yong Zu, a cocinar, pero a menudo se encontraban ausentes por asuntos de la Unión de Niños.

Por eso le ayudaban las afiliadas a la Asociación de Mujeres de la aldea. Seguía tomando las medicinas que enviaban los compañeros del camarada Kim Il Sung desde distintos lugares, pero no se advertía mejoría.

En julio se sintió peor. La alarma cundió en toda la aldea. Junto a su lecho velaban a todas horas por turno. Aunque le llevaban diversas clases de comida, no tenía apetito.

Kang Ban Sok sintió que llegaba su fin. En ese estado, fueron muchos los acontecimientos que recordó. Había recorrido un glorioso camino. Veía a su hijo, a la cabeza del destacamento armado, enarbolando la bandera roja.

No tenía que lamentarse de nada: según lo que deseaba su marido, el camarada Kim Il Sung había emprendido el camino revolucionario, y tras él iban sus hermanos menores, aunque eran todavía muy jóvenes.

Kang Ban Sok estaba completamente segura del triunfo de la revolución. Hasta el último aliento se imaginó la escena triunfal de la derrota del agresor ejército japonés por su hijo, el camarada Kim Il Sung, su victoria y el regreso a la Patria, a Mankiongde.

Kang Ban Sok dijo a una vecina:

—Cuando venga mi hijo Song Zu después de mi muerte, trate con él como yo le trataba. Si los imperialistas japoneses permanecen en Corea y vuelve mi Song Zu sin haber logrado la independencia de Corea, no le deje trasladar mis restos. Pero... Song Zu no se quedará a mitad de camino en el combate... Cuando llegue el día de la independencia de Corea, hermana, vaya sin falta a Pyongyang, a nuestro Mankiongde. Allí se está muy bien...

Kang Ban Sok se imaginaba que iba ella misma a la Patria. Marchaba tras la bandera roja que flameaba enarbolada por el camarada Kim Il Sung. Desfilaba un ejército capitaneado por su hijo, aniquilando en todas localidades a infinidad de samuráis. Y ante Kang Ban Sok se abría el ancho camino de la selva. Allí estaba el río Amrokang. Con Kang Ban Sok iban hacia el río las personas que encontró cuando se trasladó de Mankiongde a Zungangzin, las personas que cocían arroz sobre las piedras en la orilla del río Amrokang y sus hijos extenuados.

Todos le preguntaban, mirando al camarada Kim Il Sung, que marchaba delante, quién era.

—Mi hijo —respondía con orgullo Kang Ban Sok.

Un profundo dolor embargó al poblado Siosajo. Kang Ban Sok había dejado de existir.

Todos fueron a despedirse de la gran madre de Corea. El vecindario, congregado ante la casita en que vivía Kang Ban Sok, lloró su fallecimiento.

Era la estación de las lluvias. Todo el día llovió sin cesar. Fue aquel un angustioso día de lluvia.

Todo el país estaba de luto. La lloraban todas las organi-

zaciones revolucionarias que había dirigido, todas las personas a las que ayudó y enseñó durante sus peregrinaciones de un lugar a otro; la lloraban todas las madres de Corea, que vivían sólo con la esperanza de un mañana mejor para sus hijos, la lloraban todos los hijos e hijas que luchaban por la libertad de la Patria, con la esperanza de ofrecer a sus madres alegrías eternas.

Kang Ban Sok falleció muy joven, tenía sólo cuarenta años.

Había vivido en aras de la Patria y de la revolución, sin preocuparse de su salud. Por eso la perdimos tan pronto, lo que nos sumergió en la aflicción.

La vida de Kang Ban Sok fue la vida de una ardiente patriota y revolucionaria, que se entregó por entero a la causa del renacimiento de la Patria y del triunfo de la revolución.

Kang Ban Sok fue una inquebrantable luchadora antijaponesa que sacrificó su juventud y el amor en holocausto al renacimiento de la Patria y el triunfo de la revolución. Fue una destacada personalidad social y una firme comunista.

Kang Ban Sok fue ilimitadamente fiel a Kim Jiong Zik, su marido, que se consagró a la lucha por la independencia de la Patria, y le ayudó abnegadamente en su labor revolucionaria.

Kang Ban Sok dio a la Patria y a la revolución a su querido marido y a sus entrañables hijos, y revolucionarizó a todos los miembros de la familia, dedicándose ella plenamente a la lucha por la igualdad social y la emancipación clasista de la mujer.

La gloriosa vida revolucionaria de Kang Ban Sok resplandecerá eternamente como una estrella y jamás serán olvidados sus inapreciables méritos.

El día de su deceso nos quedamos todos huérfanos. La madre, al cerrar para siempre los ojos, con una sonrisa en los labios, estaba convencida de que los hijos e hijas de Corea verían un jardín floreciente allí donde derramó ella la simiente de la revolución.

Llovía y llovía sin cesar y el cielo se oscurecía.

Chol Zu y Yong Zu lloraban llamando a su madre, lloraban llamando a su hermano mayor, pero no sabían dónde estaba el camarada Kim Il Sung.

El 31 de julio de 1932 falleció una gran madre, la madre de Corea. Falleció la inolvidable Kang Ban Sok.

El destacamento dirigido por el camarada Kim Il Sung había alcanzado impresionantes victorias. Un día de finales del

otoño de 1932 pasaba con su destacamento cerca de Siosajo y entró en casa de su madre. La misma casa que él había dejado cuando su madre le reprochó porque daba vueltas y más vueltas en torno a la vivienda, sin ánimos para marcharse. En esa ocasión iba corriendo como si le hubieran salido alas. La alegría del próximo encuentro con su madre le espoleaba.

—¡Mamá! —gritó desde el umbral.

La casa se hallaba vacía: no estaban la madre ni los hermanos.

La vecina le saludó cordialmente, pero no le dijo nada. Unicamente se echó a llorar.

Le transmitió las últimas palabras de su madre.

Los hermanos vivían pobremente en casa de un camarada que realizaba trabajo clandestino. Chol Zu trabajaba en una organización revolucionaria y Yong Zu era miembro del Cuerpo Infantil.

Con sus dos hermanos, el camarada Kim Il Sung visitó la tumba de su madre, que estaba cerca del poblado. Al lado de la tumba había un alto olmo que se estremecía al soplo del viento otoñal.

El camarada Kim Il Sung permaneció ante la tumba embargado por un dolor irresistible.

¿Cómo pudo dejar de latir el corazón de una persona que arrostró con firmeza todas las tempestades, con la luminosa esperanza de volver con sus hijos al querido Mankiongde el día en que la Patria fuera libre? Ella amaba apasionadamente a la Patria, amaba su lugar natal, odiaba extremadamente a los invasores japoneses y vivía con una voluntad férrea sin prestar atención a su precaria salud. ¿Cómo pudo irse de este mundo sin ver a su hijo, que entonces dirigía la revolución y se encontraba a la cabeza de la Lucha Armada Antijaponesa?

Le abrumaba el peso de amargos recuerdos.

Recordó la última despedida de su madre, cuando dio dos vueltas alrededor de la casa, sin ánimos para abandonarla. Sólo la ardiente decisión de aniquilar al enemigo, de luchar por el triunfo de la revolución, en aras de los sublimes ideales de su madre, hizo que el camarada Kim Il Sung se fuera de la tumba de su madre.

En el camino de regreso al poblado, los dos hermanos le contaron con lágrimas en los ojos lo que decía su madre después de partir él.

En sus relatos citaron muy a menudo el nombre del hermano mayor.

El camarada Kim Il Sung se puso en camino.

Se detuvo en la cumbre de una montaña. A sus pies, nubes y niebla, pendiendo sobre un mar boscoso. Detrás se extendian Corea y el Nordeste de China. Allí estaban Patoukou, Linziang, Fusung y Antu, y allí, más lejos hacia el Sur, se encontraban Mankiongde, Chilgol y Bongjuari. Desde aquel lugar se vislumbraban los sitios en los que vivió en otros tiempos su madre. Y aunque hasta ellos había centenares y miles de *ri* todos penetraron de una vez en el corazón del camarada Kim Il Sung. Todos le eran entrañables, pues en ellos habia vivido su madre.

Sin embargo, entonces, aquellos lugares entrañables eran hollados por las botas inmundas de los imperialistas japoneses, y el pueblo sufría una cruel explotación y una brutal represión y arrastraba una mísera existencia. La Patria gemía. Y de todas estas penalidades, la más insoportable era la de las madres, ya que sobre ellas recaían más desgracias y privaciones, puesto que tenían que atender a los ancianos y a los niños.

En un desfiladero que se divisaba muy bien desde la cumbre, descansaron los guerrilleros. Eran los valientes combatientes del camarada Kim Il Sung, los combatientes de la revolución, que luchaban "uno contra ciento" frente a las tropas invasoras japonesas; que no regateaban su vida en aras de la Patria y del pueblo. En los altos que hacían recordaban a menudo a sus madres, que habían quedado en la tierra amada o habían sido asesinadas por los crueles japoneses. Toda persona —sea hijo o hija— no puede olvidar a su madre.

El camarada Kim Il Sung recordaba a menudo a su madre cuando daba instrucciones a sus combatientes. El recuerdo inolvidable de la madre, rebosaba siempre noble significación, que enfervorizaba infinitamente el corazón del hijo, y era en todo momento para él manantial inagotable de energías y arrojo.

En cierta ocasión, Kang Ban Sok le dijo que había que acabar con las causas por las que sufren todas las madres del mundo.

Estas palabras jamás las olvidaba el Mariscal Kim Il Sung. Con el pensamiento siempre estaba al lado de su madre y junto a ella luchaba en la selva de Bektusan por liberar a la Patria y al pueblo, y por su prosperidad.

Dirigiendo y organizando durante quince años la ardua Lucha Armada Antijaponesa, el Mariscal Kim Il Sung infundió vitalidad a la nación coreana y nuevas esperanzas en su renacimiento.

Por aquellos tenebrosos años, el pueblo coreano vivió confiando en el triunfo y conservó en su corazón la imagen del Bektusan. A un llamamiento del Líder, el pueblo se alzó a la resistencia antijaponesa, mostrando al mundo entero su espíritu heroico y su orgullo nacional.

La heroica Lucha Armada Antijaponesa, organizada y desplegada bajo la sabia dirección del Mariscal Kim Il Sung, fue una gran lucha histórica que salvó a la nación y sacó a la revolución coreana del estado de crisis crónica, coronando de gloria las hazañas imperecederas de los comunistas coreanos y de la nación coreana.

Hoy, el pueblo coreano es extraordinariamente feliz, consciente de que vive y trabaja bajo la dirección del gran Líder de la revolución, el Mariscal Kim Il Sung, y se siente muy orgulloso de la gloriosa Lucha Armada Antijaponesa organizada y dirigida por él. Lleva adelante y desarrolla brillantemente las gloriosas tradiciones revolucionarias surgidas en esta lucha y las considera inapreciable patrimonio revolucionario y garantía de un luminoso mañana.

Después de su liberación, el pueblo coreano bajo la dirección del gran Líder, el Mariscal Kim Il Sung, ha heredado, defendido y desarrollado multifacéticamente estas gloriosas tradiciones, alcanzando nuevas victorias y relevantes éxitos, y gracias a ellas ha podido crear en nuestra amada tierra un país próspero, una Patria socialista rica y poderosa.

Gracias precisamente a dichas tradiciones, a estas raíces, el pueblo coreano y su heroico Ejército Popular de Corea, durante la Guerra de Liberación de la Patria defendieron con honor la independencia de la Patria y las conquistas revolucionarias, derrotando a los agresores armados de 16 países encabezados por el imperialismo norteamericano, cabecilla de la reacción mundial, y salvaguardaron el baluarte oriental del socialismo y la paz en el mundo entero.

Después de la guerra, el pueblo coreano, enarbolando muy en alto la bandera de la grandiosa idea Zuche del Mariscal Kim Il Sung, la bandera revolucionaria de la independencia y la soberanía, marchó adelante con paso seguro siguiendo sus indicaciones. Gracias a ello ha restablecido en un breve plazo la economía del país, que se hallaba destruida, ha logrado un gran auge revolucionario en la construcción socialista, y ha

realizado verdaderas maravillas que impresionan al mundo entero, acelerando la triunfante marcha de Chenlima.

En plazos cortos sin precedentes, la parte Norte de la República se ha convertido en un paraíso terrenal, en el que han sido erradicadas para siempre la explotación y la opresión y en el que cada uno trabaja y vive felizmente.

Nuestra República se ha convertido en una potencia socialista avanzada, con una sólida base independiente de la economía nacional, y en una fortaleza inexpugnable que le permite defender con toda firmeza a la Patria contra cualquier agresión del enemigo. Se ha convertido en una potente base revolucionaria, garantía del triunfo de la revolución coreana a escala de todo el país.

En este paraíso terrenal, la parte Norte de la República, viven infinitamente dichosas las mujeres.

Esa vida feliz comenzó el día en que el gran Líder de la revolución, el Mariscal Kim Il Sung, tras 15 años de Lucha Armada Antijaponesa expulsó de Corea a los imperialistas japoneses, conquistó la independencia y creó un nuevo Estado en la tierra patria. Gracias a la revolución democrática, antimperialista y antifeudal, las mujeres coreanas fueron liberadas de la explotación y opresión colonial y feudal, de la esclavitud personal. La revolución socialista las liberó completamente de toda explotación y esclavitud. Las mujeres se convirtieron en trabajadoras socialistas, en dueñas de su país, y marchan con dignidad hacia el futuro, gozando de los mismos derechos que el hombre.

Las hijas de los obreros y de los braceros, las esclavas de la cocina y de los pañales, que estuvieron excluidas por completo en el pasado de la vida social y política, y sometidas a todo tipo de humillaciones y discriminaciones, han pasado a ser excelentes personalidades sociales y políticas, directoras que administran las empresas modernas, presidentas de importantes granjas cooperativas agrícolas, que dirigen la economía colectiva en gran escala, científicas, maestras, médicas, artistas y deportistas, queridas por el pueblo, que manifiestan libremente su talento y aptitudes. Todo esto se lo deben enteramente a la solicitud del Mariscal Kim Il Sung.

El estimado y querido Líder, Mariscal Kim Il Sung, ha indicado reiteradamente que el Estado y toda la sociedad deben hacer todo lo posible para crear las condiciones que permitan a las mujeres participar en la vida social.

A todas las madres se les ha aligerado de la carga de criar e instruir a sus hijos y se les ha dado la felicidad de ver con alegría cómo sus niños crecen vigorosamente, siendo brotes de la Patria y futuros trabajadores de ella. Nuestras mujeres disfrutan de condiciones favorables: tienen vacaciones pre y postnatales pagadas; las madres con tres o más hijos trabajan sólo seis horas diarias y se les remunera la jornada completa de ocho horas.

Con tales beneficios, la vida de las mujeres de la parte Norte de la República es hoy más feliz que ayer, y mañana será aún más feliz que hoy.

Bajo este sistema socialista, que es el más avanzado con todas sus ventajas, las mujeres de la parte Norte de la República viven completamente libres y felices. Sin embargo, sus hermanas de la parte Sur sufren terribles penalidades y calamidades bajo el yugo fascista de los imperialistas norteamericanos y de sus títeres, la camarilla pelele de Pak Jung Hi.

Corea del Sur se ha convertido en una colonia completa y en una base militar de los imperialistas norteamericanos. Allí se entrelazan las relaciones feudales y capitalistas, y reina la violencia y la arbitrariedad de cuño fascista. Las mujeres sufren una doble y triple explotación y opresión y son objeto de inhumana mofa como consecuencia de la difusión del pútrido modo de vida norteamericano.

Las mujeres no pueden ni pensar en tomar parte en la vida política y social. Son pisoteados sus más elementales derechos a la existencia. Las obreras surcoreanas son obligadas a trabajar en condiciones horrorosas, sin protección alguna del trabajo. Por su labor perciben un salario de hambre, discriminatorio, que no les asegura el mínimo de vida necesario. No cuentan para nada su dignidad humana. En el medio rural, las mujeres de familiares pobres y braceros que representan la mayoría absoluta del campesinado, padecen un trabajo agotador bajo la cruel opresión y explotación feudal. Condenadas al hambre, se ven obligadas a oir constantemente las voces lastimeras de sus hijos que les piden de comer. Las mujeres de Corea del Sur sienten cada día cómo en sus venas se les hiela la sangre. Lloran lágrimas de sangre al ver que sus hijos son excluidos de la escuela solamente por no tener recursos para pagar la instrucción.

Esta tragedia y esta desgracia terminarán para siempre cuando triunfe la revolución en Corea del Sur y se reunifique el

país, cuando el pueblo surcoreano sienta el cálido abrazo paternal del querido Líder, el Mariscal Kim Il Sung.

El Mariscal Kim Il Sung, además de dirigir la revolución y la construcción en la parte Norte, conduce a la victoria la lucha de nuestro pueblo por la revolución en Corea del Sur y por la reunificación de la Patria.

El siempre piensa en el pueblo surcoreano, que padece la miseria y ausencia de derechos bajo el yugo y la explotación.

El pueblo surcoreano está decidido resueltamente a sacudirse del sino de esclavo colonial. Apoya activamente la sabia orientación táctica y estratégica, tendiente a la revolución surcoreana y a la reunificación de la Patria, orientación elaborada por el gran Líder, el Mariscal Kim Il Sung. El pueblo de Corea del Sur, estimulado por la imagen del gran Líder, combate enérgioamente contra los imperialistas norteamericanos por la salvación de la Patria. La lucha se libra en todas partes de Corea del Sur: en la clandestinidad y en las montañas.

No está lejano el día en que el pueblo de Corea del Norte y el del Sur se estrechen calurosamente la mano ante el Mariscal Kim Il Sung, erijan un gran monumento que se eleve hacia el firmamento en homenaje a la reunificación de la Patria y empiecen a disfrutar de una vida dichosa bajo el cielo de la Patria reunificada, en los cálidos brazos del gran Líder del pueblo coreano, el Mariscal Kim Il Sung.

Gracias a su lucha tenaz contra el imperialismo y a su relevante aporte al desarrollo del movimiento comunista internacional y de la revolución mundial en su conjunto, el Mariscal Kim Il Sung goza del absoluto apoyo y respeto de todos los comunistas y de los pueblos revolucionarios del mundo.

El pueblo coreano es glorioso y dichoso y se enorgullece de que el Mariscal Kim Il Sung sea su gran Líder: patriota sin igual, héroe nacional, invencible y genial comandante de acero y uno de los más destacados dirigentes del movimiento comunista y del movimiento obrero internacional.

El pueblo coreano enaltece con inmenso honor y la más alta gloria a su estimado y querido Líder, el Mariscal Kim Il Sung, que le dio la libertad y la dicha de hoy y le conduce hacia victorias más brillantes, y avanza con paso firme, con gran esperanza y fe cohesionado como una roca en torno a su Líder.

El pueblo coreano guarda en su corazón la preclara imagen de Kang Ban Sok, madre del Líder.

Kang Ban Sok dio la vida y crió al gran Líder, el Mariscal Kim Il Sung.

Kang Ban Sok, madre del pueblo coreano, vivirá para siempre en el corazón de nuestra nación.

Impreso en la República Popular Democrática de Corea

No. 596027